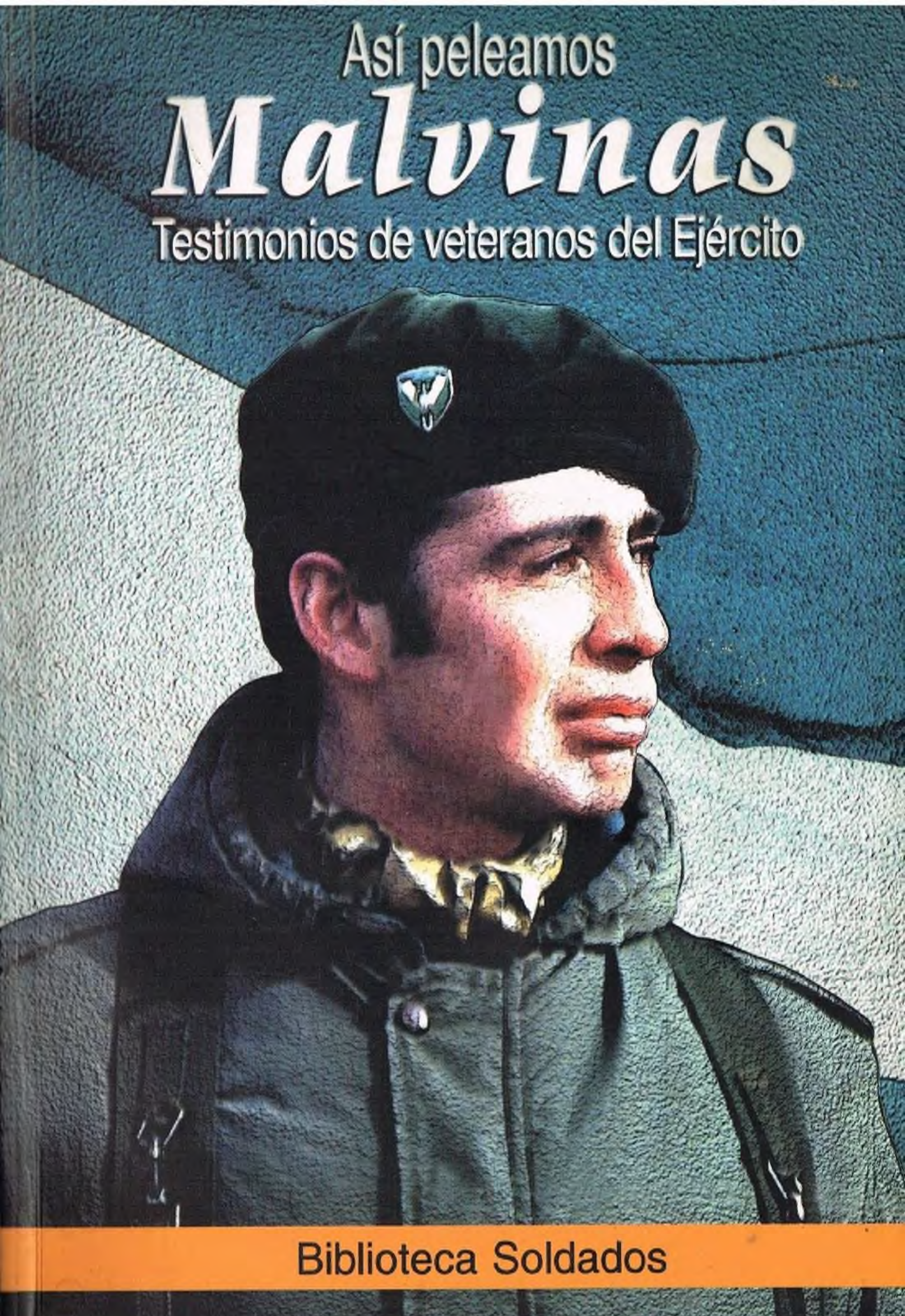
Así peleamos
Malvinas
Testimonios de veteranos del Ejército



Biblioteca Soldados

Así peleamos

Malvinas

Relatos de primera mano escritos por los mismos hombres que combatieron. Sin distinción de grados, estos soldados dan el testimonio más completo de la guerra

Dan su testimonio:

Jorge Alberto Altieri, ex soldado clase 62

Raúl Esteban Andrés, teniente coronel

José Alberto Balmaceda, suboficial mayor

Martín Antonio Balza, teniente general

Claudio Braghini, mayor

Luis Antonio Caballero, teniente coronel

Alejo Cantero, suboficial mayor

Horacio Cañeque, ex soldado clase 54

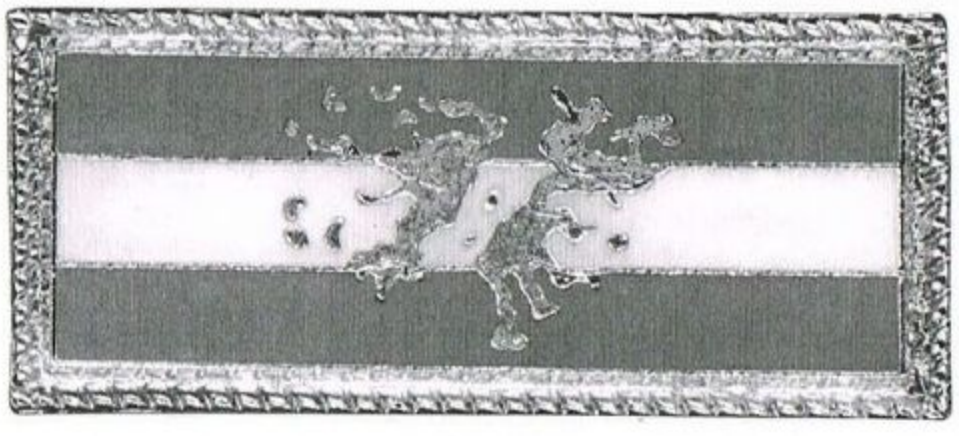
José Manuel Cerezo, teniente coronel

Arnaldo W. Corvalán, suboficial principal

Continúa en la otra solapa

Así peleamos
Malvinas

Testimonios de veteranos del Ejército



Biblioteca Soldados

Un soldado, todos los soldados

En la portada de este libro, la foto de un soldado argentino muerto en combate en las islas Malvinas. Simboliza a los camaradas que dieron la vida en la campaña de 1982. Se trata del teniente de Infantería Roberto Néstor Estévez, quien cayó conduciendo una fracción de su regimiento en medio de un duro combate en el cerro Darwin. En él, un soldado, todos los soldados.

Roberto Néstor Estévez escribió esta carta en Sarmiento, Chubut, el día de la partida de su regimiento rumbo a las Malvinas, el 27 de marzo de 1982. Debía ser entregada a su padre por un camarada, en caso de que él muriera en combate, lo que ocurrió dos meses después, en la batalla de Darwin-Pradera del Ganso.

Querido Papá:

Cuando recibas esta carta yo estaré rindiendo cuenta de mis acciones a Dios Nuestro Señor. El, que sabe lo que hace, así lo ha dispuesto: que muera en el cumplimiento de mi misión. Pero fijate vos ¡qué misión! ¿No es cierto? ¿Te acordás cuando era chico y hacía planes, diseñaba vehículos y armas todos destinados a recuperar las islas Malvinas y restaurar en ellas Nuestra Soberanía? Dios, que es un Padre generoso, ha querido que éste su hijo, totalmente carente de méritos, viva esta experiencia única y deje su vida en ofrenda a nuestra Patria.

Lo único que a todos quiero pedirles es: 1°) Que restauren una sincera unidad en la familia bajo la Cruz de Cristo. 2°) Que me recuerden con alegría y no que mi evocación sea la apertura a la tristeza y, muy importante, 3°) Que recen por mí.

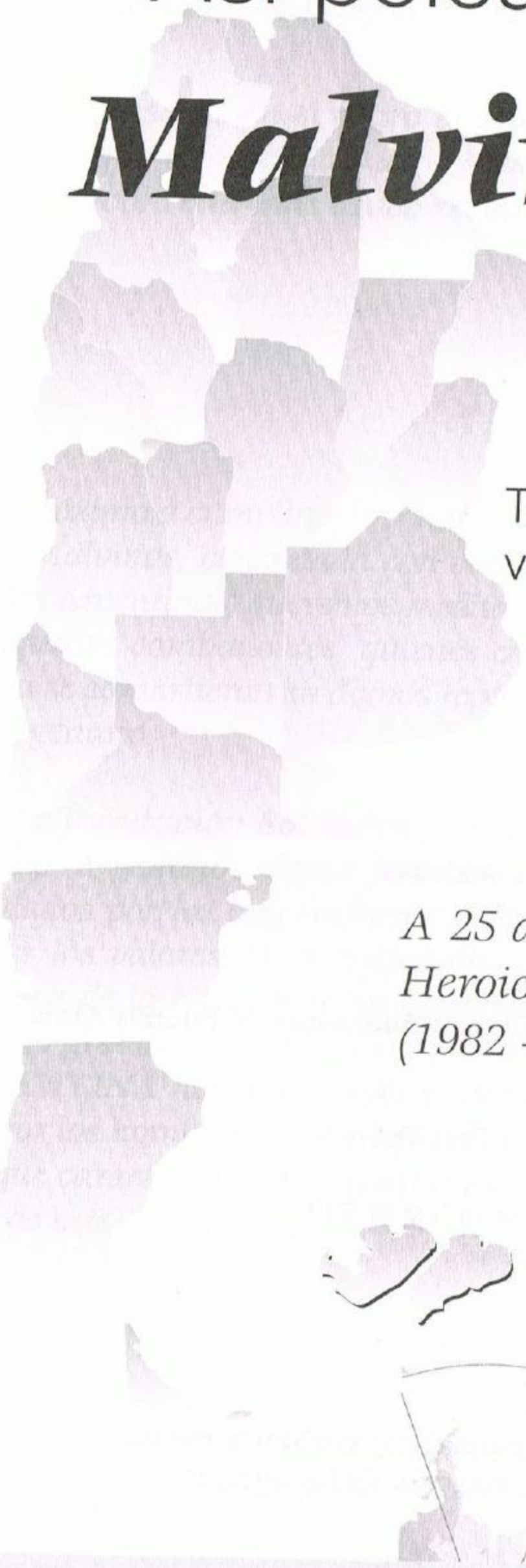
Papá, hay cosas que, en un día cualquiera no se dicen entre los hombres, pero que hoy debo decírtelas:

Gracias por tenerte como modelo de bien nacido, gracias por creer en el honor, gracias por tener tu apellido, gracias por ser católico, argentino e hijo de sangre española, gracias por ser soldado, gracias a Dios por ser como soy y que es el fruto de ese hogar donde vos sos el pilar.

Hasta el reencuentro, si Dios lo permite. Un fuerte abrazo.

Roberto

Así peleamos
Malvinas



Testimonios de veteranos de guerra del Ejército Argentino

A 25 años de la Heroica Gesta (1982 - 2007)

Fundación SOLDADOS

Ficha Técnica y Agradecimientos

1982 – GESTA HEROICA DE MALVINAS – 2007

Buscaré en el retiro el seno de la paz... y en cada día que abrace a un viejo soldado del Ejército Libertador, recibiré la más dulce recompensa en todos mis trabajos.

San Martín

Próximo a cumplirse un cuarto de siglo de la heroica gesta de Malvinas, concretada con valentía por las Fuerzas Armadas Argentinas, queremos reeditar los valiosos testimonios de aquellos combatientes, quienes con denuedo y pasión de Patria se convirtieron en dignos representantes de todo el pueblo argentino.

La ***Fundación Soldados*** *–en apoyo comunicacional del Ejército Argentino– desea fervientemente que los ejemplos brindados por los hoy veteranos de guerra, sirvan para reafirmar los valores de la nacionalidad, tanto en los jóvenes, porvenir de la Nación, como también en los adultos que habitan el grandioso suelo patrio y coadyuvan a conducir a la* ***ARGENTINA*** *hacia los grandes destinos merecidos y soñados por los hombres de bien, con el acendrado espíritu nacional que caracterizó a quienes nos precedieron en la construcción de este amado país.*

Fundación Soldados

En apoyo comunicacional del Ejército Argentino

Así peleamos
Malvinas
Testimonios de veteranos de guerra del Ejército Argentino

Coordinador general de la obra
Tte Grl Martín Antonio Balza

Dirección Ejecutiva
Tcnl Gustavo Gorriz

Adscriptos a la Dirección
Tcnl Roberto Scorzelli, My Emilio Rodríguez y My Javier Pérez Berbain

Dirección Periodística
Chacho Rodríguez Muñoz

Con la colaboración de:
Luis Garasino, Sandra Pien, Pablo Sigal, Selva Echagüe, Carlos Beer, Armando Fernández, Horacio Rodríguez Fischer, Lauro S. Noro, Susana Gorriz y Rubén Ochoa.

Diseño gráfico
Martín Díaz Cortez

Integran este libro los testimonios de los siguientes veteranos de la Guerra de las Malvinas:

(Por orden alfabético)

Jorge Alberto Altieri, ex soldado clase 62

Raúl Esteban Andrés, teniente coronel

José Alberto Balmaceda, suboficial mayor

Martín Antonio Balza, teniente general

Claudio Braghini, mayor

Luis Antonio Caballero, teniente coronel

Alejo Cantero, suboficial mayor

Horacio Cañeque, ex soldado clase 54

José Manuel Cerezo, teniente coronel

Arnaldo W. Corvalán, suboficial principal

Carlos Daniel Esteban, teniente coronel

Sergio Fernández, coronel

Vicente Alberto Flores, suboficial mayor

Eduardo Rubén Gaetán, ex soldado clase 62

José María González Fernández, suboficial principal

Fernando Ignacio Huergo, mayor

Dardo Raúl López, teniente coronel

Carlos Alfredo López Patterson, coronel

Horacio Losito, coronel

Marcelo Llambías Pravaz, mayor

Horacio Marchi, suboficial principal

Francisco J. Montenegro, ex soldado clase 62

Julio César Navone, coronel

Raúl Armando Orcasitas, suboficial mayor

Ernesto Orlando Peluffo, mayor

Julio Miguel Ramírez, suboficial principal

Roberto Ríos, sargento ayudante

Sergio Daniel Rodríguez, ex soldado clase 63

Rodrigo Soloaga, coronel

Pablo R. Sosa, suboficial principal

Malvinas 1982 El escenario de la guerra y los protagonistas de este libro

El mapa de las islas, el escenario de los combates y el lugar aproximado sobre el que pelearon los treinta hombres, oficiales, suboficiales y soldados cuyos testimonios integran este volumen. El número indica la página de cada relato del libro.

Fernández
pág. 134

Peluffo
pág. 244

Rodríguez
pág. 264

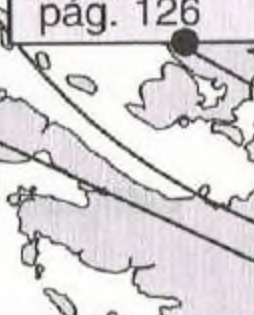
Esteban
pág. 126

Flores
pág. 144

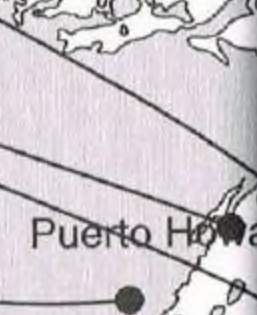
López Dardo
pág. 172

Ríos
pág. 258

Braghini
pág. 52

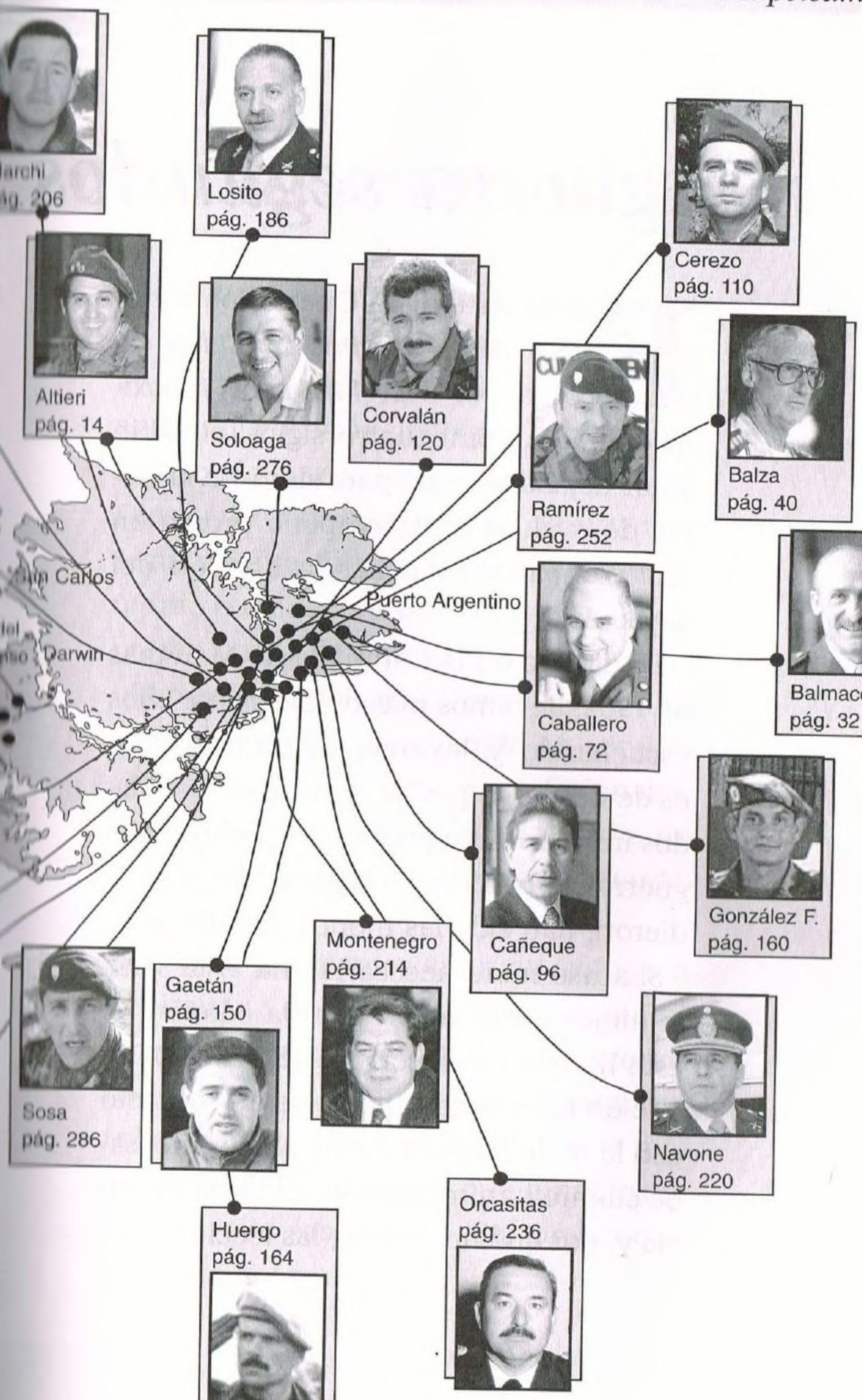


Llambías
pág. 198



Cantero
pág. 90

L. Patterson
pág. 180


larchi
ág. 206
Losito
pág. 186
Cerezo
pág. 110
Altieri
pág. 14
Soloaga
pág. 276
Corvalán
pág. 120
Balza
pág. 40
Ramírez
pág. 252
lin Carlos
Puerto Argentino
Darwin
Caballero
pág. 72
Balmaceda
pág. 32
González F.
pág. 160
Cañeque
pág. 96
Montenegro
pág. 214
Gaetán
pág. 150
Sosa
pág. 286
Navone
pág. 220
Orcasitas
pág. 236
Huergo
pág. 164

La guerra según los

En El Arte de la Guerra, obra clásica sobre asuntos militares escrita por Sun Tzu hace aproximadamente veinticuatro siglos, el sabio autor dejaba sentada para siempre la forma de evaluar el desempeño propio en una campaña: escuchar la opinión del adversario.

En el caso de la Campaña de Malvinas de 1982, llevamos más de diecisiete años escuchando y leyendo opiniones, pero es de destacar que las de nuestros soldados impulsados a ponerle el pecho a una guerra cuyo tiempo y lugar ellos no decidieron, han sido las menos abundantes.

Si acaso fuera necesaria una, ésta sería la mejor justificación para la edición de este libro. La redacción de **SOLDADOS**, que en los últimos años vive en contacto con la realidad del Ejército Argentino, sabe cuánto han influido en él la experiencia y, por qué no decirlo, las lecciones de

que la combatieron

Malvinas. La oportunidad es única pues aún conviven en sus filas muchos de los hombres de coraje que ofrecieron la vida en aquella ocasión, tal como habían jurado hacerlo ante la bandera de la Patria. Si Dios quiso que algunos la conservaran, seguramente fue para que dieran testimonio por aquellos que sí tuvieron el supremo honor de entregarla.

También están cerca muchos otros, los ex soldados que cumpliendo su servicio generosamente y sin ser profesionales, dieron el mejor ejemplo y lo sufrieron todo, hasta la ingratitud que los aguardaba al volver.

Por eso los hemos reunido aquí, sin distinción de grados ni jerarquías, convertidos en un puñado de historias reales. Esto no es literatura ni tampoco tribuna militar. Es, sencillamente, la mejor manera de expresar que amamos la paz, porque sabemos el alto precio que cuesta la guerra.

Este mundo no es fácil para un herido de guerra

Por el ex soldado conscripto clase 62
Jorge Alberto Altieri

Gravemente herido en el monte Longdon, donde combatió con su unidad, el Regimiento de Infantería Mecanizado Coronel Conde, cayó prisionero e inició una larga rehabilitación que culminó mucho después que lo dieran de alta en el Hospital Militar de Campo de Mayo. El suyo es un ejemplo de voluntad y en su historia hay también una cuota de gratitud para quienes lo ayudaron. Hoy, desde su puesto de trabajo en el PAMI se ocupa especialmente de los ex combatientes heridos, con secuelas de la dolorosa guerra.

"Hice la conscripción durante 1981 en el Regimiento 7 de Infantería "Cnl Conde", con asiento en la ciudad de La Plata. El 9 de abril de 1982, cuando hacía apenas un mes que me habían dado la baja, me convocaron de nuevo. Me presenté enseguida y nos movilizamos el martes 13 de abril desde La Plata a Río Gallegos y de allí volamos a las islas Malvinas. Llegamos a Puerto Argentino un par de días después e hicimos la marcha a pie hasta la que sería nuestra posición en monte Longdon. Ese fue mi principal panorama durante la guerra; recuerdo cada piedra de ese terreno.

Yo pertenecía a la compañía de infantería B "Maipú", teniendo como jefe de sección al subteniente Juan Domingo Baldini, muerto en combate, y el jefe de mi grupo era el cabo en comisión Pedro Orozco, también muerto en combate.

El primer bombardeo fue a mediados de mayo, nosotros estábamos a cargo de un grupo electrógeno que cargaba la batería del radar; cuando sentíamos un bombardeo salíamos a apagarlo. Esa vez cuando fuimos a desconectarlo cayó una bomba donde estábamos, hirió en un brazo al soldado Aníbal Grillo y la onda expansiva nos desparramó. Cuando nos incorporamos, este muchacho empezó a gritar: ¡me hirieron, me hirieron! Lo ayudamos y enseguida nos organizamos para llevarlo con una camilla de campaña hacia donde estaba la posición del subteniente Baldini. Cuando bajábamos del monte Longdon aparecieron dos Sea Harrier. Todos hicimos cuerpo a tierra y yo cubrí con mi cuerpo al herido, que se había abierto la chaqueta para revisarse la herida y se le veía enteramente la camiseta blanca. Otros compañeros fueron hacia posiciones para cubrirse. Nos pasaron rasantes por encima y sentimos que éramos el blanco. Yo me eché sobre el herido, cerré los ojos y apreté los dientes esperando sentir la rociada de proyectiles, pero después de un segundo que me pareció eterno supe que no les debimos parecer importantes, porque no dispararon. Quedamos tan impresionados que mucho tiempo después, cuando regresamos de las Malvinas, este soldado Grillo hizo una caminata a Luján y me trajo en agradecimiento por haberlo cubierto una medallita de la Virgen.

Aquél fue el primer acercamiento a la guerra para nosotros. Después vendría lo peor. Yo era tirador de FAL y además tenía diez granadas. El comienzo de la batalla para nosotros fue la noche del 11 en el monte Longdon, que duró toda la madrugada del 12 de junio de 1982.

El día anterior nos habíamos movilizado para buscar un cargamento de medias y repartirlas con otros soldados. Luego regresamos a nuestras posiciones. A eso de las 10 de la noche de ese inolvidable día 11 comenzó el avance inglés. Yo estaba con el soldado Sergio Sánchez dentro de la carpa, que estaba ubicada en un pozo de zorro que habíamos cavado al pie de un promontorio rocoso. Llevábamos no sé cuanto tiempo agazapados, porque el fuego enemigo era incesante. Acovachados en el fondo del pozo, rogábamos porque no nos acertara ningún impacto directo. En un

momento, sin que los hubiéramos visto llegar, sentimos que se paraban sobre nosotros, sí, literalmente sobre nuestros cuerpos, dos soldados ingleses. Seguramente habrán pensado que no había nadie vivo allí porque antes habían pasado otros compañeros de ellos y habían tirado una granada que no nos acertó; en fin, en una palabra, creyeron que estábamos muertos. Creo que ayudó que nuestra carpa se hu-

Altieri estaba recién operado en el Hospital de Comodoro Rivadavia cuando recibió la visita de su padre. La foto fue publicada en julio de 1982 por la revista Siete Días

biese destrozado bastante con las explosiones cercanas.

Nos estremeció oír, mientras estábamos paralizados en esa oscuridad y no podíamos hacer nada, los estampidos y las ráfagas con que mataron al soldado Quintana y al cabo Orozco. Nosotros apretábamos los fusiles en las manos y no los podíamos usar porque los teníamos sin acerrojar. No por impericia nuestra, sino porque cumplíamos la orden dada por el subteniente Baldini de tener las armas de esa manera. Lo que pasa es que corría la versión de que muchos soldados, a propósito o por ignorancia, se disparaban un tiro en un pie, dicen que con la esperanza de que así los sacaran del frente y entonces algunos jefes de pelotón dispusieron esa medida que después ni tuvieron ocasión de revocar. Me acuerdo que mientras andaban los ingleses encima nuestro, nos preguntamos apenas en un susurro: ¿tenés cargado? No, fue la respuesta. Porque si tirábamos de la corredera para atrás, nos hubieran oído y matado a los dos inmediatamente. Al irse estos dos ingleses, salimos de la posición y en medio de la oscuridad sentimos que venían otros compañeros que estaban con el subteniente Baldini. Le preguntamos sobre la situación y nos respondieron que la posición ya estaba tomada y que no podíamos hacer nada.

ABAJO: Entre estos peñascos que coronan el monte Longdon estaba la posición del soldado Cl 62 Jorge Alberto Altieri. La foto fue tomada años después de la batalla por el paracaidista británico Vincent Bramley, quien se la obsequió al argentino.
PAGINA 19: Altieri con Bramley durante la visita del argentino a Londres

Me hieren

Apareció en ese momento un sargento de artillería, observador avanzado y nos dijo que bajáramos hasta una posición donde había una ametralladora MAG, con soldados del 1 Patricios. Empezamos a saltar cuesta abajo; nosotros nos perdimos de otro grupo de soldados y ya no los vimos más, pensamos que habían caído. Todo era un infierno confuso, desenfrenado, desquiciado. Cuando llegamos el sargento Guerra, cuatro pibes más y yo, comenzó en esa posición nuestro combate. Los ingleses bajaban; nosotros comenzamos a dispararles, entonces ellos respondieron el fuego y se comunicaban por radio dando nuestra posición. Arrojé las granadas y tirando, vacié tres de los cinco cargadores que tenía. Usaron morteros descartables; uno de esos proyectiles cayó a poco más de dos metros de donde yo estaba. Le dio de lleno al sargento de artillería, aquel observador avanzado que utilizaba visor nocturno; a él lo desintegró. El soldado Fernández Rito quedó herido en las piernas, y a mí una esquirla me dio en la cabeza. Todo esto ocurrió a eso de las cinco de la mañana, luego de seis o siete horas de combate intenso. Yo caí, me levanté, volví a caer mientras me tomaba la cabeza con las

Altieri en Misa durante el Ofertorio. Lo acompañan: Lita De Lazzari y a la derecha, su querida Madrina de Guerra, Amalia Lacroze de Fortabat

dos manos, aunque en realidad me aferraba sólo al casco. Dos compañeros se me acercan, me agarran y comienzan a bajarme; ahí perdí el conocimiento. Recuerdo sí que mientras me subían a un camión que tenía que avanzar, un teniente primero se acercó y dijo que ese vehículo tenía otro destino y que no podría transportar a los heridos, que debíamos esperar. Cuando ese oficial se fue, el soldado conductor les dijo a los muchachos que me subieran y que el fulano ese se fuera a la puta que lo parió, que él me llevaría sí o sí al hospital, que me quedara tranquilo. Subieron a algunos heridos más.

Me llevaron al hospital de campaña de Puerto Argentino. Yo estaba desencajado, recuerdo como, en mi delirio, insultaba a cada militar que veía, hasta a los que me estaban haciendo la curación; les decía cagones, vayan a defender las posiciones en vez de estar acá. Me realizaron unos primeros auxilios y me sacaron en uno de los últimos aviones Hércules que entraron y salieron de Malvinas. Como en una pesadilla me acuerdo del traslado a Comodoro Rivadavia, donde inmediatamente me operaron. Allí me enteré que como consecuencia del impacto de esa esquirla, tuve pérdida de tres centímetros de masa encefálica del lado izquierdo del cerebro, donde está ubicado un circuito motriz de brazo y pierna. Me quedó una hemiparesia de miembros inferior y superior derechos y además a ello se sumó la pérdida de la visión del ojo izquierdo.

En ese momento estaba hemipléjico. Y en ese estado, y muy dolorido, me pidieron mis datos y el número de teléfono de mi casa. Hasta hablaba mal, tenía parte de la boca torcida. Y entendieron mal mi apellido, en vez de Altieri interpretaron Galtieri. Pensaron que estaba delirando. Pero un policía se animó a llamar y habló con un hermano mío. Le informaron que yo estaba en Comodoro Rivadavia internado, que me estaban haciendo un chequeo. Y cuando mi papá llegó a mi casa y le contaron de la llamada -en ese momento ya estaba jubilado- mi mamá le dijo que juntara toda la plata que pudiera y que se fuera volando a Comodoro Rivadavia; incluso hicieron una "vaquita" entre algunos vecinos porque la plata no alcanzaba para que se pagara el viaje hasta el Aeroparque.

Al llegar al hospital lo llevaron a ver al neurocirujano, quien le explicó mi estado. Lo puso en alerta; siempre el viejo cuenta que le dijo: si llega a despertar, si es que tenemos suerte, cuando usted lo vea y él lo reconozca, por favor no se ponga a llorar porque a él le va a hacer muy mal. Y él, mi viejo supo ser fuerte.

Comienzo otra vida

Me cacheteó, me despertó con cariño, me abrazó como podía con un brazo mientras con la otra mano apretaba el caño de hierro de la cama del hospital para morderse y no llorar, y me dijo: vamos Beto, despertate, despertate, que todo va a salir bien, hijo. Vamos a casa, que te espera toda una vida por delante. Mi padre, Victorio, gracias a Dios cumplió 80 en agosto y mi mamá, Hazel, tiene 73. Estuve durante

un año exacto en hospitales, primero en el de Comodoro Rivadavia, luego en el de Campo de Mayo y por último en el Hospital Militar Central. Y fue durante los dolorosos días de mi internación que ocurrió un hecho que por inesperado, ayudó mucho a sacarme de la depresión en que había caído.

Junto con otros heridos de guerra, empecé a recibir la visita y el apoyo espiritual de la señora Amalia Lacroze de Fortabat, quien quiso ser mi madrina de guerra, a lo que yo, emocionado, acepté de inmediato. Empezó entonces una respetuosa relación de afecto, que se ha mantenido con los años, al punto que ella es hoy la madrina de mi hija Miriam.

Volviendo al asunto, me parece mentira que de pibe, antes de hacer el Servicio Militar pensara que quería quedarme enganchado en la Fuerza. En la historia de mi familia hubo militares; por ejemplo, el bisabuelo de mi mamá fue el general José María Rivero, presidente del Uruguay, y también hubo otros luego. Pero más tarde, durante la colimba, me di cuenta de que la milicia no era para mí. Sin embargo, me gustó la instrucción porque sentía que me estaban haciendo mejor persona.

Después, me acuerdo que cuando ocurrió el 2 de abril de 1982 yo estaba con mi familia esa mañana en casa y todos saltamos de alegría. Pero yo sentí que íbamos a ir a una guerra, que los ingleses no se iban a quedar en el molde y eso me preocupó. Días más tarde, un policía tocó el timbre en mi casa y entregó la convocatoria. Eran las 6 de la mañana del 9 de abril y era Viernes Santo. Confieso que por un momento mi mamá se asustó y me pidió, llorando: Beto, no vayas, ya vamos a buscar la manera de arreglarlo, pero quedate. Todavía no sabía que iba a tomar parte en la guerra. Lo recuerdo claramente, tengo fresco ese momento en mi memoria. Me paré, y mientras la abrazaba y la sujetaba contra mi pecho, le dije: no, mamá, prefiero morir en Malvinas y no quedar como un cobarde para siempre en el continente.

A eso de las 11 de la mañana de ese día salí para presentarme. Mi hermano, clase 58, que había participado como conscripto en la lucha contra la subversión y en el casi conflicto con Chile, me llevó con la camioneta junto con mi padre. En el camino levantamos a otros compañeros convocados que también iban para el regimiento 7 en La Plata. Cuando llegamos al cuartel, muchos saltaban de contentos y decían: los vamos a reventar a estos ingleses piratas.

Allí me reencontré con otros muchachos, entre ellos uno al que le decíamos "el abuelo", Ricardo González, que en ese tiempo tenía 32 años y por su carrera universitaria había pedido prórroga. Y con él decíamos: estos pibes no tienen la menor idea de adónde vamos. Para mí Malvinas era todo un sentimiento de pertenencia; desde chiquito, como a todos, me habían enseñado que era un territorio patrio que los ingleses lo habían arrebatado. Y desde chicos, también decíamos que iríamos a defender la Patria según habíamos jurado la Bandera. Pero el sentimiento en ese momento para nosotros no era de joda, no era

una película de cowboys, íbamos a ir a una guerra. Por mi instrucción en artes marciales me daba cuenta de que estábamos preparados de forma deficiente. Pero nos tocó ir, y allí fuimos. Y algunos de los muchachos de los que me había hecho amigo durante el Servicio Militar cayeron y quedaron en ese suelo sagrado de Malvinas. Recordaré para siempre a Quintana, a Orozco. Esa fracción de la compañía B, de la que formé parte, había tenido una instrucción distinta, muy exigente, del tipo comando y con la particularidad de practicar el ser helitransportados. Cuando se formó esa sección, durante la conscripción, el jefe era el teniente primero Dotto y cuando ya nos estábamos preparando para ir, el jefe fue el teniente Guidobono. Cuando llegamos a Malvinas a ese teniente lo trasladan a otra compañía. Y precisamente, por considerarse que esa sección era especial y estaba bien preparada, con mejor adiestramiento podría decirse, nos mandaron a la vanguardia, arriba del monte Longdon, como primera línea.

El regimiento 7 estaba compuesto por las compañías A, B, C y la de Servicios. En la primera línea de combate, la compañía B, y adelante la primera sección, donde estábamos mis compañeros y yo, en la avanzada de esa compañía.

Antes de seguir este relato debo decir que con la experiencia de guerra mi sentimiento por Malvinas no cambió; al contrario, se enriqueció. Antes era historia, geografía y una emoción; luego se trasformó en dolor, en pasión, en tierra sagrada porque allí descansan para siempre esos soldados que eran mis amigos; ahora Malvinas para mí es todo. Recuerdo por ejemplo con mucha emoción y dolor al soldado Arrascaeta, un pibe que ordeñaba vacas, que cuando entró al Ejército no sabía ni leer ni escribir. Le tocó la conscripción y fue a la guerra. Supo morir con coraje. Su historia es chiquita y enorme: había sido herido unos días antes en una pierna por esquirlas. Le dijeron que bajara al hospital y se negó a abandonar la posición, quería combatir y allí cayó para siempre.

De los oficiales, hubo de todo como en la vida, buenos y malos. Yo puedo hablar del que a mí me tocó. Al subteniente Baldini, durante la conscripción, lo teníamos catalogado como un hijo de puta, nos tuvo ese año a puro "baile". Pero en Malvinas demostró que era un buen milico. Para mí el suyo fue un ejemplo. Lo vimos pelear y sostener hasta el último momento su puesto en el frente, hasta que cayó en combate.

En la guerra se ve de todo

En cambio, como ya he dicho, hubo algún soldado y hasta un suboficial a quienes se les cayeron casualmente sus fusiles al suelo y se pegaron tiros en los dedos de los pies logrando ser evacuados; creo que tal vez a más de uno se nos habrá pasado eso por la cabeza con tal de volver rápido a casa. Pero no lo hicimos. Es que en la guerra se ve lo más repugnante y también lo más sublime, actos de heroísmo junto a la peor cobardía. Es una situación límite en la que el ser humano se conoce a sí mismo y a los demás, a fondo.

Por mi parte, al regreso de las islas me quedó un cierto resentimiento hacia los militares, por la forma en que nos trataron. Parecía que nosotros, los que peleamos y hasta los que habíamos vuelto con serias heridas, fuéramos los culpables de la derrota.

Durante mucho tiempo además, en lo personal me sentí un poco discriminado. Ser veterano de Malvinas no era gran cosa para nadie, pero haber vuelto herido y lisiado era menos todavía. Creo que eso se ha ido corrigiendo un poco con el tiempo. Al menos, es lo que tratamos con nuestra lucha algunos compañeros y yo, hasta que finalmente fundamos en 1997 el Centro Argentino de Heridos en Malvinas, del que soy presidente. Es que sucede que los veteranos que no quedaron con secuelas pueden movilizarse, pueden hacer sus trámites, pelear por un trabajo por ejemplo. Pero a nosotros, los que quedamos con secuelas físicas, la burocracia y la papelería nos abruman. Está el caso del veterano Raúl Allende, que quedó cuadripléjico, pobrecito, y cuando le vine a averiguar porque tenía que ir al Hospital Militar a hacerse un tratamiento, me dijeron que debía venir él personalmente. Y yo me pregunté: ¿cómo hace él para subir los treinta o cuarenta escalones del Edificio Libertador solamente para llegar recién a la planta baja y luego ir a la oficina de Malvinas?

Ayudamos en general a todos los veteranos, pero privilegiamos a los que fueron heridos; los asesoramos con respecto a las leyes y los beneficios que tenemos. A los que vinieron con secuelas de la guerra les explicamos el alcance y significado de la ley 24.310, que otorga a todo aquel veterano que tenga algún grado de incapacidad como consecuencia de la Guerra de las Malvinas una pensión, aunque perciba cualquier otra, con el grado de cabo con dos años de antigüedad y todos los suplementos generales.

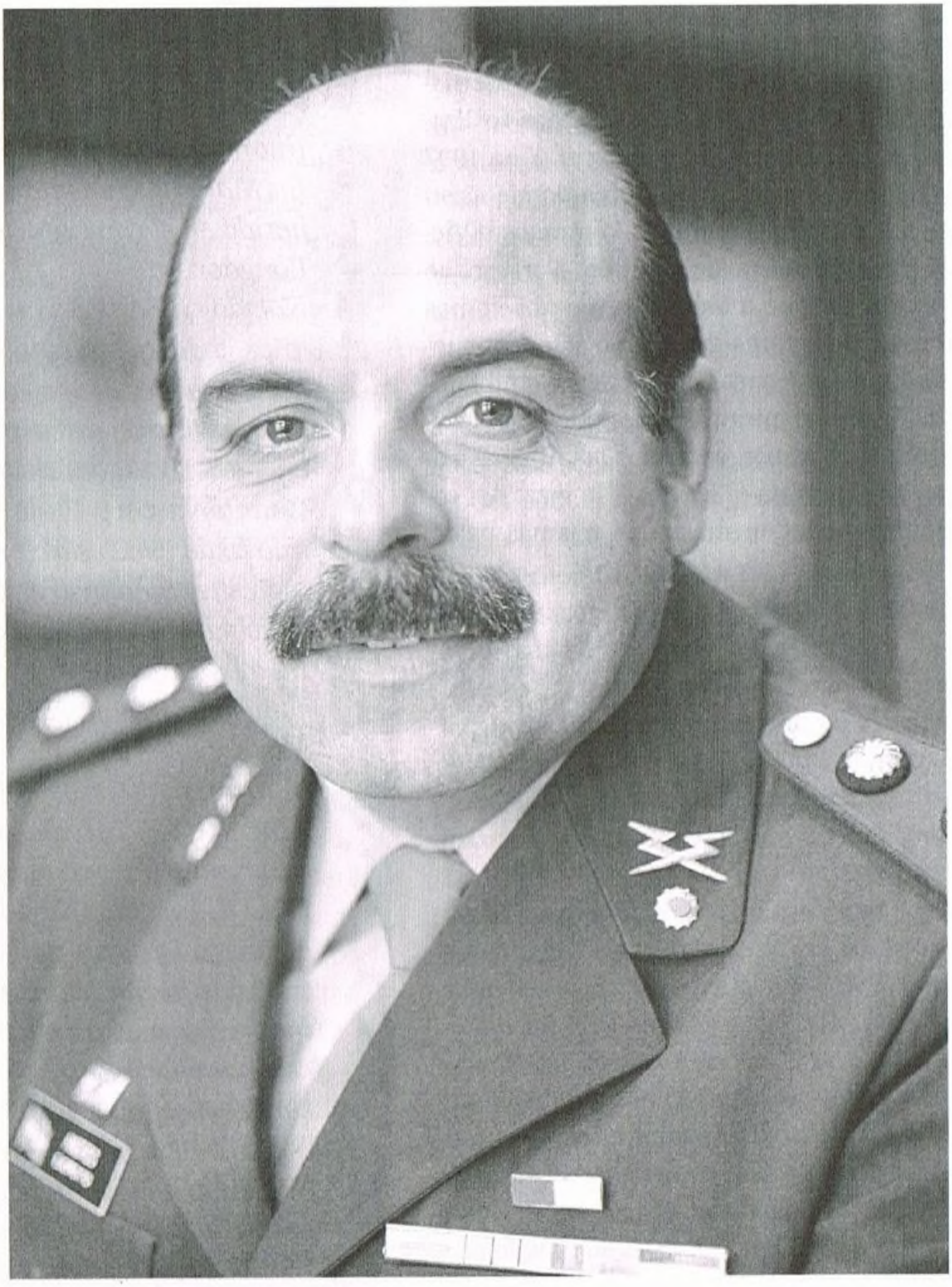
Sobre esto, si me permiten, me gustaría decir algo. Cuando nos llamaron a la guerra, no le costó al Estado ningún problema localizarnos en casa a cada uno. Ya conté lo del policía que vino a entregarnos por mano la citación. ¿Por qué entonces para conseguir los beneficios de la pensión, debemos hacer tantos trámites y demostrar todo cada vez que nos lo requieren?

Hace ya unos años que mantengo contacto con Vincent Bramley, aquel sargento inglés que escribió el libro *Viaje al Infierno* en el que habla de fusilamientos que habrían efectuado los ingleses en el monte Longdon. Yo no presencié ninguno pero tengo conocimiento de un caso. Con el cabo Carrizo, también herido en la cabeza, estuvimos juntos en el hospital de Campo de Mayo, en Neurocirugía. Cada uno contó su experiencia de guerra al otro. El estaba también en la primera sección pero su posición de combate estaba cavada algo más lejos, pasando una lomita y en las conversaciones de hospital que tuvimos, me relató que después que lo tomaron prisionero y habiendo ya entregado las armas, le dispararon; cayó herido en la cabeza y lo creyeron muerto, pero se salvó.

Con los años, me he dedicado mucho a profundizar en mi condición de ex comba-

tiente. Así fue que tuve oportunidad de participar en 1993 del Congreso Internacional de Veteranos Incapacitados realizado en Stockmanville, Inglaterra. Y en 1997 viajé a la República de Corea donde asistí a la Asamblea General de Veteranos y Víctimas de Guerra del Mundo. Por eso he aprendido que a todos los que nos vemos envueltos en una guerra, no sólo nos pueden quedar marcas en el cuerpo sino también en el espíritu. Y que todos los hombres, finalmente, sentimos las mismas cosas, no importa el idioma o la raza. Así como nos pueden matar las mismas balas, podríamos llegar a ser amigos si se nos da la oportunidad.

Jorge Alberto Altieri es ex soldado del Regimiento de Infantería 7 "Cnl Conde". En Malvinas fue gravemente herido en el combate del monte Longdon.
Nacido en Banfield hace 37 años, toda su vida vivió en Lanús. Antes de ir a la guerra era maestro de artes marciales, en las especialidades de Chaiudokwan y Yudo. En marzo de 1982 estaba por ingresar como instructor a la Policía de la Provincia de Buenos Aires cuando lo convocaron. Está casado con Mirta y tiene dos chicos, Miriam, de 10 años, y Jorge Alberto de 6. Trabaja en PAMI y se desempeña en comisión en el INADI, Instituto Nacional contra la Discriminación, tratando los problemas de esa índole que afectan a los ex combatientes. Entre otras condecoraciones, recibió las medallas La Nación Argentina al Herido en Combate y la otorgada por el Congreso de la Nación. Es presidente del Centro Argentino de Heridos en Malvinas.



La última motivación para seguir luchando

Por el teniente coronel
Raúl Esteban Andrés

Entonces un teniente primero del arma de Comunicaciones, Andrés llegó a las Malvinas el 26 de abril de 1982, con el escalón de la Compañía de Comunicaciones 3, que apoyaba a la Brigada de Infantería III, distribuida en las islas Soledad y Gran Malvina. Como segundo jefe de esa subunidad, estuvo afectado a las operaciones hasta el 14 de junio y desde ese día hasta el 14 de julio fue prisionero de los británicos. Comienza su relato con el triste momento de la rendición.

La última motivación para seguir luchando

El lugar, una casa en Puerto Argentino, acondicionada para el personal del grupo escucha, de la fracción de la Compañía de Comunicaciones 3 (apodado "Grupo Cóndor"), reforzado con efectivos de la ex - Compañía de Operaciones Electrónicas 601.

La oportunidad, noche del 13 de junio de 1982. El hecho, desde uno de los puestos de observación de la casa, ser testigos del comienzo del repliegue de los soldados que ocupaban las posiciones defensivas de primera línea.

La sensación, mi dolor e impotencia ante un hecho que consideraba imposible que pudiera ocurrir.

Superada esta primera ingrata impresión, fue menester adoptar una serie de medidas preventivas, de aquéllas que deben implementar los hombres que operan los sistemas de comunicaciones en este tipo de situaciones, doctrinariamente sencillas de aplicar pero emocionalmente difíciles de aceptar porque en su etapa final de ejecución implican la destrucción del material que hace a nuestra razón de ser.

A partir del 11 de junio se desarrollaron una serie de acciones operacionales con características de escalada ascendente, como por ejemplo, el incremento de los contactos entre las patrullas de combate de ambos bandos, la intensificación del fuego nocturno de la artillería enemiga, particularmente la naval y lo llamativo de la aparición de nuevos aviones de combate enemigos, con colores distintos a los que habitualmente utilizaban. El incremento significativo del tráfico de las comunicaciones enemigas, propio de las actividades de ejecución de un ataque y un sin número de otros hechos de distinta naturaleza iban clarificando poco a poco el clima de ansiedad que hasta ese momento se había vivido en la zona de operaciones, generado por la incertidumbre del no saber cómo evolucionarían los acontecimientos.

Del texto de los mensajes que cursaba el enemigo se podía inferir que estaba cada vez más cerca de nuestras posiciones, particularmente porque en la práctica ya no respetaban las mínimas normas de seguridad en los procedimientos del tráfico de comunicaciones, que solamente son vulnerados cuando se resuelve el asalto final a una posición.

Esta circunstancia nos obligó a adoptar una serie de medidas tendientes a prepararnos psicológica y materialmente para enfrentar al enemigo, no sólo en el campo del espectro electromagnético, como lo veníamos haciendo desde un principio, sino también en el acondicionamiento de las posiciones que ocupábamos, tanto para su defensa inmediata como para la posterior destrucción de los centros de comunicaciones y de escucha en caso de ser necesario, para evitar que caigan en poder del enemigo.

Con anterioridad a la situación planteada, ya se había remitido al continente parte de la documentación específica de comunicaciones pertenecientes a estos centros, lo que permitió con posterioridad a la guerra contribuir a aclarar ciertas circunstancias y hechos que se produjeron durante las operaciones.

En cuanto a las actividades de acondicionamiento defensivo de las instalaciones, se las cuidó con una serie de materiales que mejoraba su protección inmediata, como así también se prepararon posiciones para que los tiradores que las ocuparan pudieran desenvolverse con la máxima seguridad posible.

En relación a los equipos radiotelefónicos y material complementario que se operaba, se determinó el orden de precedencia de su destrucción para la oportunidad en que se estableciera su ejecución.

Las horas iban transcurriendo y las noches se convertían prácticamente de día por la continua iluminación de las bengalas de caída muy lenta que le permitían al adversario visualizar el campo de combate para corregir los disparos de la artillería de las fragatas que asediaban de manera alternada las diferentes posiciones de nuestras fuerzas, con munición del tipo fragmentaria que explotaba a cierta altura del suelo, materializándose en forma de grandes nubes de color gris.

Cuando estas luces se apagaban, el cielo se cubría nuevamente con un increíble e interminable manto de munición trazante (luminosa), procedente de las armas largas de los ingleses, recibiendo como respuesta y en menor proporción el fuego de las armas de nuestros soldados. Esta actividad se ejecutaba en forma reiterada y con esta secuencia durante siete horas por noche aproximadamente, mezclándose entre ellos los duelos de la artillería, el fuego de los morteros, de las armas de defensa aérea y el pasaje de misiles que buscaban blancos previamente localizados.

En este especial ambiente que se vivía, también podían observarse globos de papel con pequeños mecheros que los mantenían suspendidos en el aire, de los que pendían láminas metálicas que tenían la finalidad de perturbar el funcionamiento de nuestros radares.

A todo esto y con el fin de intentar disminuir los efectos de tan significativa acción ofensiva, pretendíamos con nuestros equipos radio - telefónicos, interferir de alguna manera las redes radioeléctricas de los observadores enemigos, que tenían la finalidad de guiar y corregir el tiro de las fragatas.

Por otra parte, interceptando los enlaces radioeléctricos que establecían los ingleses, intentábamos identificar los futuros objetivos que iban a ser bombardeados con posterioridad, poniendo en antecedentes a quienes podrían resultar afectados con la antelación suficiente. Esta actividad no era tan sencilla de determinar en todos los casos, debido a que en nuestra contra obraba como factor de presión más importante el tiempo, (que abarcaba el período de escucha/grabación de la transmisión en inglés, traducción, interpretación de los encubrimientos, identificación final del texto y establecimiento de la conexión con los titulares de los posibles objetivos) para que la información llegara en oportunidad.

Al respecto y recordando algunos objetivos particulares tengo presente como rutinarios los lugares de reunión de los helicópteros, la pista de aterrizaje y el períme-

tro de las instalaciones del hospital de campaña, teniendo como consecuencias este último caso, la imposibilidad de trasladar a los heridos a dicho lugar por el peligro que representaba para su integridad física.

Sin embargo, con el transcurrir de las horas y el devenir de los acontecimientos, no resultaba difícil intuir que el final estaba cada vez más cerca, al observarse el paulatino repliegue de nuestros hombres que se encontraban en primera línea, en su mayoría heridos y otros físicamente agotados, no sólo por el hecho de resistir por más de 72 horas continuas la presión del enemigo, sino también por haber acumulado sobre su físico los efectos de haber vivido a la intemperie todo tipo de condiciones meteorológicas adversas en el interior de posiciones que habitualmente se encontraban con agua.

Ante esta circunstancia, el grupo Cóndor comenzó las actividades de alistamiento, tendientes a ejecutar el cambio de emplazamiento de sus instalaciones en razón de que el enemigo se encontraba a una distancia no superior a los 5 kilómetros aproximadamente. Así fue como finalmente se pusieron en práctica los procedimientos previamente establecidos.

Aprecio oportuno destacar que no fue sencillo para nosotros el haber tenido que destruir el material que minutos antes había sido nuestra tan importante, leal y eficiente herramienta de combate, y del cual nos sentíamos muy orgullosos por su rendimiento.

Finalizada la tarea, iniciamos el repliegue exclusivamente con nuestro armamento individual y un equipo de radio, cubriendo nuestra retaguardia, hasta alcanzar una zona próxima al cementerio de Puerto Argentino, para reorganizarnos y preparar las posiciones necesarias para enfrentar al invasor.

Al alcanzar el lugar seleccionado y ante la alternativa de que el contacto con el enemigo pudiera desembocar en consecuencias poco controladas, nuestro jefe, el entonces Mayor Luis Enrique Rábago, adoptó una resolución que realmente nos impactó, afectó la razón por la que estábamos peleando, la que nos unía y por la que habíamos jurado dar nuestra vida. Me refiero a lo que se iba a hacer con la bandera de la subunidad que estaba en nuestro poder.

La resolución fue quemarla para que no pasara a manos del enemigo, ante lo ingrato de la orden, pero con la clara concepción de compartir el espíritu que motivaba a nuestro jefe, iniciamos un pequeño fuego que nos demandó esfuerzo concretarlo por la escasez de medios y la humedad reinante. Una tenue nevada cubría el lugar.

Recordar aquellos momentos no me resulta nada fácil por el hondo contenido emotivo que rodeaba aquel acto, pero lo puedo resumir diciendo que mientras parte del grupo nos brindaba la seguridad inmediata, el resto nos agrupábamos alrededor del fuego en una ceremonia donde el silencio y la angustia eran los principales protagonistas. Sacamos la bandera de su funda, queríamos comenzar por ésta última, como esperando a que surja algo ines-

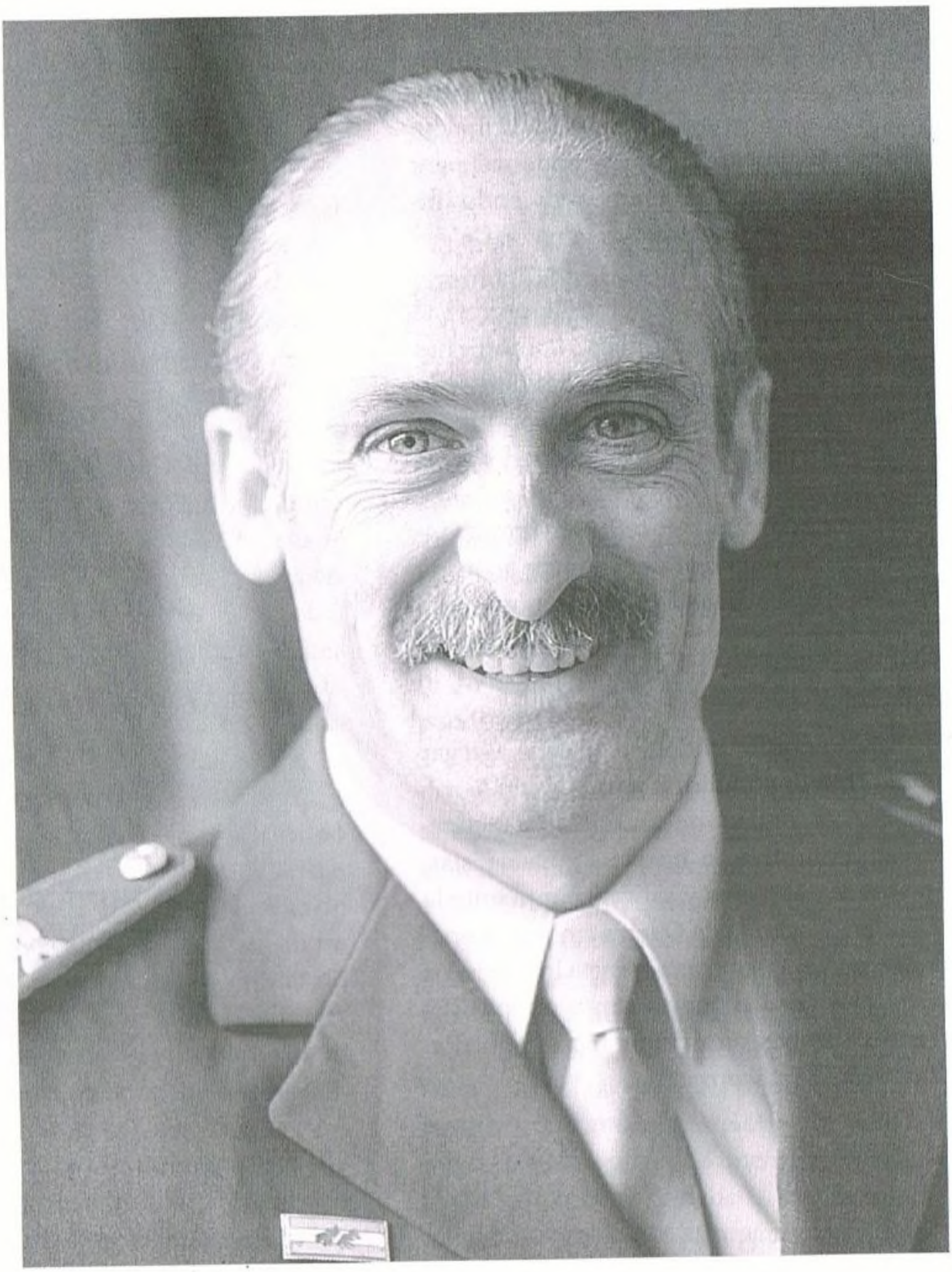
perado que interrumpiera el acto. Así fue, nuestro jefe cambió la orden, nos manifestó que moriríamos con ella. El hecho fue significativamente trascendental para el momento que estábamos viviendo, recuperábamos nuevamente la razón de *dar la vida por nuestra Patria.*

Ante esta nueva situación, le ordené al abanderado, el entonces subteniente Cerruti, que me entregara la bandera, a lo que él respondió: -"mi teniente primero, yo soy abanderado en las buenas y en las malas".

Y diciendo esto, procedió en forma inmediata a envolver su cuerpo con la bandera. Su respuesta enaltece a un soldado que sabe de la esencia de los valores nacionales y de la responsabilidad que le compete.

Para tranquilidad del lector debo agregar que si bien no pudimos cumplir con la misión encomendada de consolidar la recuperación definitiva de nuestras amadas islas, pudimos traer sana y salva al continente la Bandera Nacional de Guerra sin que el enemigo pudiera detectarla, pese a los variados controles por los que pasamos en los diferentes campos de prisioneros. Algún día, nos volverá a acompañar.

El teniente coronel Raúl Esteban Andrés (47) se desempeña hoy como jefe de la División Inspección de Comunicaciones, de la Inspección General del Ejército. Es casado y tiene cuatro hijas. Es oficial de Estado Mayor y, con anterioridad al cargo actual, se desempeñó como jefe del Batallón de Comunicaciones 141, en Córdoba.



En el centro de dirección de tiro

Por el suboficial mayor
José Alberto Balmaceda

La narración de un suboficial artillero que en Malvinas se desempeñó como computador principal del centro de dirección de tiro de la Batería "B" del Grupo de Artillería 3. En ese entonces Balmaceda era sargento primero y se incorporó a último momento a esa unidad, llegando a Paso de los Libres poco antes de su partida. Como él mismo relata, oficialmente el destino era incierto, sólo sabían que marchaban hacia el sur. Pero en todos los espíritus estaba la casi certeza de que iban a tener que combatir en las islas. Esa preparación anímica y profesional los llevó a desempeñarse, en su momento, con la mayor eficiencia.

Abril de 1982, vamos a Malvinas, por cierto sin saberlo. Es por ello que se moviliza personal de algunas unidades en apoyo de otras. Así es que me llega la orden de movilizarme, aunque todavía con destino incierto. Del Colegio Militar de la Nación al primer punto de reunión de los artilleros, la Escuela de Artillería en Campo de Mayo. Ya había pasado el tan recordado 2 de abril y comenzaba una penosa "peregrinación" bélica.

La pregunta de todos quienes estábamos reunidos en la escuela era: ¿y ahora qué? ¿a dónde? Y la respuesta no se hizo esperar. Colectivos, y hasta Paso de los Libres, asiento del Grupo de Artillería 3 (GA 3), no paramos.

Llegando a la ciudad, todo era un caos. Ya en el cuartel del GA 3, la impresión fue estar formando parte de una de las películas de Spielberg. Fuera del cuartel la gente se amontonaba tratando de ver qué sucedía; adentro los soldados iban y venían de un lado a otro, algunos con el bolsón portaequipo, otros con mochila, otros retirando su armamento. Y nosotros, los recién llegados que aparentemente nos quedaríamos a cuidar las instalaciones del cuartel, en un abrir y cerrar de ojos nos vimos arrojados dentro de ese engranaje y terminamos, la mayoría, arriba del tren rumbo a Buenos Aires, de allí a Bahía Blanca, a Río Gallegos, para recalar finalmente en Malvinas.

Mientras viajábamos a Buenos Aires se creó la Batería C, formada casi íntegramente por personal de oficiales y suboficiales de artillería movilizados y agregados al GA 3. Algunos de nosotros tuvimos que formar la Policía Militar del tren, y debíamos cuidar a nuestros soldados, sobre todo en las estaciones donde parábamos para que la gente, entusiasmada por cierto, no se acercara al convoy y se produjeran accidentes. Con esta primera misión se formó la Policía Militar del GA 3, que luego fue bautizada como los "gansos salvajes".

Pasamos por Buenos Aires y el caos vivido en Paso de los Libres se repitió. Teníamos que traspasar todo el material bélico de un tren a otro, trabajo que se hizo muy duro y peligroso debido a que se debió realizar durante toda la noche para salir de madrugada para Bahía Blanca. Ahora sabíamos que nuestro destino era ése y, finalmente, San Antonio Oeste. Así se lo decíamos a nuestros familiares.

En Bahía Blanca, debíamos embarcar en avión, actividad que demoró bastante debido a las malas condiciones climáticas. ¡A volar se ha dicho! Allá fuimos, a Trelew y a San Antonio Oeste. Cuando aterrizamos nos encontramos en Río Gallegos y allí nos enteramos de cuál sería nuestro destino definitivo.

Así llegué a Puerto Argentino, el 13 de abril de 1982, integrando el Grupo de Artillería 3.

Apenas arribé al aeropuerto, comencé a tomar conciencia de lo que Dios nos había impuesto. Personalmente, me di cuenta de la real importancia que tenía el hecho de que nosotros estuviéramos en las islas.

Entonces me dije: "a pesar de haber estado en 1976 en Tucumán y en 1978 en

Río Gallegos (Canal de Beagle), esto es más fuerte y duro porque nos enfrentamos a un adversario que tiene todos los conocimientos técnicos y medios de gran envergadura". Después, con el paso de los días, se confirmó mi presentimiento.

Cuando íbamos en el avión, las islas se veían hermosas. Un pedacito de verde en la celeste inmensidad del mar. Pero en tierra y rumbo a nuestras posiciones de combate todo parecía aún más lindo...

Al descender del avión la llovizna, el frío y la falta de una capa para dormir a cubierta, presagiaban un mal inicio. "¡Hay que armar una!" Y sin darme cuenta ya me encontraba tratando de hacerlo. Allí conocí a quien sería mi jefe. Nuestra presentación fue muy particular: entre la oscuridad, el viento y la llovizna, alguien se mete a hablar con quienes estábamos tratando de armar la carpa, le pido que se calle, que tome un parante, no me escucha. Reitero el pedido y sigue en lo suyo. Con los nervios del momento, le pegué una patada en el trasero, le puse el parante en la mano y terminamos de armar lo que sería nuestro abrigo. Por la mañana, me enteré de quién era esa persona, le presenté mis disculpas y fue el principio de una muy buena relación con el hoy fallecido capitán Cordero.

Ya en operaciones, como dije, fui destinado a un pequeño grupo de comandos del GA 3 llamado "gansos salvajes". Éramos todos cuadros de Artillería, excepto algunos suboficiales del cuerpo profesional (con anterioridad, habíamos formado la Policía Militar). Entre otros, estaban el capitán Cordero, el teniente primero Daffuncchio, el cabo 1ro Quispe, el sargento Britos y los subtenientes Barreiro, Centurión y Herrero. También se encontraban los sargentos Juárez, Baldini y Rodríguez y algunos otros cuyos nombres no recuerdo. Luego se nos agregaron, por un tiempo, el mayor Nanni y el capitán Fox.

Nuestra misión era "cerrar" el valle de Moody Brook, en una posición ubicada a unos 1000 metros al oeste de la Batería C, entre los montes Longdon y Wireless Ridge, por un lado, y las estribaciones de Tumbledown por el otro. Es decir, en el límite del BIM 5 con el RI 7.

Estos cañones que quedaron a nuestras espaldas serían nuestro primer y principal apoyo de fuego, en caso de necesitarlo.

Ya en nuestro sector de responsabilidad comenzamos a organizar las posiciones, esperando que en cualquier momento los soldados ingleses nos hicieran alguna visita. Así fue que comenzamos a hacer campos minados, a la vez que reconocíamos la zona. En algunas oportunidades, solíamos reconocer caminos de repliegue o posibles vías de aproximación y de una posición a otra en plena oscuridad. Primero lo hacíamos de día, y luego lo repetíamos de noche.

Así fueron pasando los días, en medio de los cuales, al tiempo que evocábamos el hogar, la familia y los hijos, también preparábamos nuestras posiciones. En ese lugar llegamos a construir un gran "rancho" para paliar un poco el frío y el viento que, en este valle, parecía nunca acabar.

Estaba construido con palos y paja y lo

habíamos forrado totalmente con unas láminas plásticas que la unidad había llevado desde el continente, con el propósito de cubrir la munición de los obuses. Las láminas cubrían el piso, las paredes y el techo.

Improvisando el abrigo

Además, habíamos fabricado una estufa con un tambor de 200 litros, en el cual manteníamos fuego constante, gracias a la turba que traíamos desde la ladera de un cerro que teníamos cerca. Usábamos el "rancho" para comer y dormir (siempre por turnos); eran los únicos momentos en que teníamos algo de calor. Cierto es que el esfuerzo que demandó hacerlo valió la pena, porque nos resguardó muchísimo del frío.

Entre la construcción del "rancho", campos minados y reconocimientos del terreno fueron pasando los días hasta que el 1º de mayo nos llegó nuestro bautismo de fuego.

Este fue para mí el peor día porque, a pesar de las experiencias anteriores en campañas, nunca me había despertado tan conmocionado.

En la noche anterior, me había correspondido el primer turno de guardia junto con el teniente primero Daffuncchio. A las 4 y 40, hora en que los británicos iniciaron el primer ataque hacía apenas dos horas que estábamos descansando en el "rancho". Recuerdo que oí el grito: ¡aviones! y luego de eso, una gran explosión. Fue la primera bomba que tiraron sobre el aeropuerto. Parecía que la tierra se partía en dos y mi corazón, por primera vez, parecía que se salía del pecho.

A partir de esa fecha, siguieron los ataques irregulares de los aviones británicos durante el día y los bombardeos regulares de las fragatas durante la noche, hasta el final de las acciones bélicas. Las fragatas lo hicieron impunemente, hasta que se dispuso de los cañones de 155mm.

A mediados de mayo, me destinaron a la Batería B del Grupo de Artillería 3. Allí formé parte del Centro de Dirección de Tiro (CDT), junto con el teniente primero Furque y el sargento primero Corradini, quien a pesar de ser el mecánico artillero de la subunidad, hacía las veces de telefonista del CDT. En ese puesto continué mis tareas hasta el 14 de junio.

Ya en el CDT, además de nuestras funciones específicas con mis nuevos compañeros, cumplimos con las funciones de "desagotadores de pozo". El CDT estaba instalado en un pozo de alrededor 3x3x2mts que constantemente se llenaba de agua que brotaba de tal forma que parecía que estábamos dentro de una batea. Para evitar el barro, habíamos construido una especie de contrapiso con tablones, los que debíamos sacar para desagotar el pozo dos o tres veces por día para poder permanecer allí.

Lo que más recuerdo en esta posición fue el ataque de dos aviones Harrier que lanzaron un par de bombas Beluga entre los cañones de 155mm -del Grupo de Artillería 1 agregados al Grupo de Artillería 3- que estaban situados en la ladera este de Sapper Hill, a escasos 2.000 metros del

CDT de la Batería B. Esta explosión fue realmente espantosa porque dio la impresión de que nunca terminaría. Temí por toda esa gente, que además de ser oriunda de mi ciudad natal, había compartido conmigo la vida militar en mi anterior destino hacía escasamente un año. Allí se encontraban, entre otros, el teniente primero Daffuncchio (ex-GA 101 y ex "ganso salvaje"), el cabo primero Liborio (herido en esta acción junto a su servicio de pieza). La suerte nos ayudó, pues sólo hubo algunos heridos pero ninguna baja fatal. Aún hoy no se borra de mis ojos esa nube de tierra y fuego, producto de la explosión.

A esa altura del año, el frío era intenso y permanecer al aire libre era como vivir dentro de un freezer. Para dormir habíamos encontrado un taller mecánico abandonado que limpiamos y acondicionamos con una estufa a leña que alimentábamos con turba y mantenía el local a una temperatura agradable.

En uno de los tantos bombardeos, la suerte quiso que todos estuviéramos en nuestros puestos de combate y el proyectil, que destruyó casi por completo ese galpón, no causó ninguna baja.

Después de eso, con Corradini buscamos otro "dormitorio" y terminamos fabricando uno contra las paredes de una vieja construcción de cemento armado al que le colocamos chapas en el techo con tepes de turba y piedras de canto rodado en el piso para aislarnos un poco de la permanente humedad.

Así, a grandes rasgos, se sucedieron nuestros días en Malvinas. Como expe-

riencia personal noté que a partir del 1° de mayo, y a medida que el tiempo pasaba, perdimos primero el miedo y después también el temor a las bombas y a los proyectiles ingleses. Ya sobre el final de la campaña, se notaba el desprecio al peligro porque, a pesar de los intensos bombardeos, seguíamos organizando nuestras posiciones o caminando de una a otra sin mucha prisa y con el único propósito de cumplir nuestra misión de la mejor forma posible.

Acostumbrados a todo

Por las noches, en las oportunidades que me correspondía descansar, solía despertarme cuando el bombardeo se intensificaba, pero enseguida seguía durmiendo, despreocupándome de si estaban bombardeando lejos o cerca de la posición.

Ejemplo de este desprecio al peligro fueron los últimos días en que los fuegos de contrabatería se tornaron casi continuos. Nuestros cuadros y soldados se mantuvieron al pie de las piezas y tirando sin cesar, sin darle importancia a lo que venía desde el aire, mar o tierra. Tal es el caso de un servicio de pieza que, en la última noche, en ocasión de ser herido su jefe, continuó haciendo fuego sin parar ni esperar reemplazo.

Otro ejemplo de esta despreocupación fue cuando con el capitán Cordero adelantábamos dos cañones hasta sobrepasar las posiciones de la Batería C, más allá del valle de Moody Brook y Bluff Cove, para lograr alcazar las posiciones británicas con

nuestros fuegos y de esa forma frenar un poco el avance de los soldados ingleses. Con estos cañones efectuábamos cuatro o cinco ráfagas a las posiciones británicas y casi al momento nos localizaban con sus radares, lo que implicaba el repliegue inmediato de los cañones y un serio peligro pues recibíamos fuego británico con rapidez y nosotros, sin tener refugios donde cubrirnos. En varias oportunidades repetimos esa maniobra y siempre terminábamos subiendo a los camiones cuando ya estaban en movimiento y las explosiones a nuestro alrededor.

Así llegamos al 13 de junio. El día amaneció nublado y muy frío. La lluvia, que se producía en forma aislada, se parecía más a una tenue nevada.

El principio del fin

Aquel fue uno de los días más duros para nuestra artillería y por qué no también para la artillería británica, ya que con ella se realizaron los más violentos combates de contrabatería, esos que nosotros, los artilleros, llamamos "duelos de artillería".

Desde muy temprano, tratamos de hacernos superiores en lo que a artillería se refiere: los ingleses desde los montes Harriet, Dos Hermanas, Longdon, Kent; y nosotros, desde nuestra estática posición en Puerto Argentino. Fue imposible obtener la superioridad.

Alrededor del mediodía, la posición del GA 3 fue batida intensamente por la artillería de campaña británica. Por momentos, creíamos que no habría lugar seguro donde pudiésemos aguantar semejante bombardeo, pero apenas se producía una pausa, le contestábamos con todo lo que teníamos. Fue tal el "duelo" que a nuestros obuses no les podíamos tocar los tubos de tan calientes que estaban.

El mecanismo de retroceso de los obuses excedía el proceso normal, como consecuencia de que estaba altamente sobrepasada la cadencia de tiro de las piezas; dicho de otra forma, "tiramos más tiros que lo permitido por el manual de los cañones".

Después de la rendición nos enteramos, por comentarios realizados por los mismos ingleses, que también ellos la habían pasado muy mal, ya que a pesar de tirar nosotros "según la carta" (en esos momentos ya no teníamos observadores adelantados), tuvimos mucha suerte al lograr batir las posiciones británicas.

Hacia las 22 horas del día 13, nuestros cañones de 155 mm seguían haciendo alarde de su nobleza y gallardía, pero la munición ya era cosa del pasado. Ya se había agotado.

Esa noche nadie durmió. Todos nos esforzábamos en apoyar el repliegue de nuestros infantes, quienes ya nada podían hacer en primera línea.

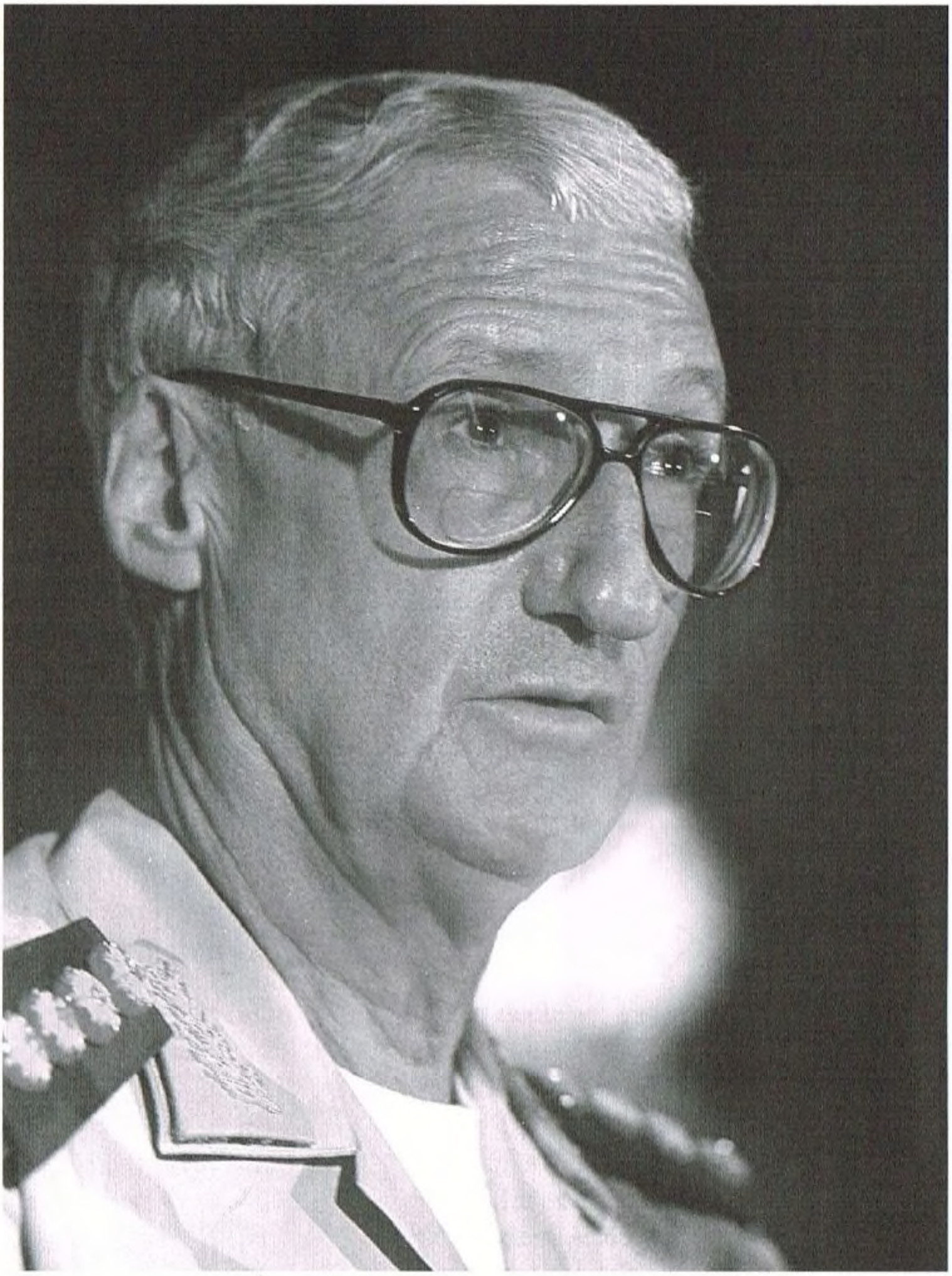
Al amanecer del 14 de junio, con las primeras luces vimos que nuestras piezas estaban demasiado enterradas. Eso fue lo peor que nos pudo pasar porque para poder continuar y, al no tener otras posiciones suplementarias, necesitábamos sacarlas fuera de los pozos y todo el servicio de pieza tuvo que ejecutar sus misiones de

fuego sin cubierta alguna.

Así se continuó "golpeando" hasta que vimos al BIM 5 que se replegaba combatiendo hacia Puerto Argentino.

Recién en ese momento la artillería silenció sus bocas de fuego y ya no se dieron voces de mando para el tiro. Entonces, los artilleros del Grupo de Artillería 3 nos dijimos: misión cumplida. Sólo nos restaba esperar órdenes y aprovechamos el momento para meditar sobre los sucesos que vivimos...

El suboficial mayor de artillería José Alberto Balmaceda es casi una institución dentro del Colegio Militar de la Nación donde es el encargado del Cuerpo de Cadetes desde hace muchos años.
En Malvinas, se desempeñó como Computador Principal del CDT de la Batería "B" del Grupo de Artillería 3, con el grado de sargento primero. Pero además de algún otro esporádico destino alternativo, la mayor parte de su carrera la ha pasado dentro del CMN



Mi lección de Malvinas

Por el teniente general
Martín Antonio Balza

La experiencia de combatir en Malvinas fue decisiva para el entonces teniente coronel Balza. Como jefe de una unidad táctica -el Grupo 3 de Artillería- instalado en el campo de batalla, vivió todas las fases de la guerra entre sus hombres. Su relato, siendo el de un combatiente, es también la memoria reflexiva de un jefe en el terreno que, como tantos otros de su nivel en aquella campaña, peleó hasta el último tiro pero no pudo revertir en lo táctico lo que estratégicamente estaba mal planteado por la conducción superior.

Ser un prisionero de guerra proporciona una situación ideal para la reflexión. Hay tiempo disponible y los pensamientos acuden en tropel a la mente que hasta hace poco estuvo ocupada por entero en combatir y cuidar a los hombres que uno tenía bajo su mando. Así discurría yo en mis largas cavilaciones dentro del viejo frigorífico abandonado en San Carlos, donde los ingleses nos tenían alojados a un grupo de oficiales argentinos prisioneros. Nos acompañaba la vecindad de dos bombas argentinas de 500 libras sin explotar, incrustadas en el lugar. Y vaya si había cosas para pensar en aquel momento, cuando la derrota militar nos presentaba la que creíamos era su peor cara.

Un mes después, al regresar al continente descubriríamos que lo peor nos esperaba en la forma de la indiferencia, cuando no el mal trato de los superiores. Y también esa penosa sensación de que la culpa se estaba buscando en los que combatieron, la misma que en el mundo ya habían experimentado otros soldados tras una derrota, como los norteamericanos que regresaron de Vietnam.

Pero fue en esas largas semanas de prisionero que, además de preguntarme como cualquiera cómo lo estarían pasando mi esposa y mis cuatro hijos (a la más pequeña todavía no la conocía, había nacido estando yo en Malvinas) empecé a poner en orden todos los sucesos que me habían traído hasta aquí.

¡Qué atrás quedaron aquellos momentos iniciales en que nos sacudió la noticia del 2 de abril!

Aquella mañana, a las 7.30 de ese viernes, había llegado a mi oficina en el Grupo de Artillería 3 - GA 3 -, en Paso de los Libres, Corrientes, allí me enteré de la recuperación de nuestras islas. La sorpresa de la guarnición no fue nada comparada con la euforia que ganó al poco rato las calles del pueblo; los autos daban vueltas a la plaza tocando bocina. Compartí la alegría esa mañana, pero para nosotros los militares era imposible no pensar en lo que vendría y yo terminé la jornada con esa preocupación.

Tres días después me dieron la orden de marchar con mi unidad a Buenos Aires. Destino: desconocido. Probablemente el Sur; otros decían Malvinas...

Lo que no olvidaré fue el espontáneo apoyo que la gente de Paso de los Libres nos dio apenas corrió la noticia de que el GA 3 había sido movilizado y se aprestaba a partir. Como siempre, son los más humildes los que tienen más a flor de piel el sentimiento solidario. Y aquélla no fue una excepción. Bufandas, guantes, medias tejidas a mano y tantas otras cosas les fueron entregadas a nuestros soldados que estaban por marchar con destino incierto, pero a cumplir con lo que les pedía la patria. Eso la gente lo tenía bien claro.

Por eso es que cuando llegó la hora de la despedida, en la estación del ferrocarril estaba todo el pueblo. Partimos y en cambio no hubo ningún mando superior que nos saludara, ni mi comandante de Brigada, ni qué decir el comandante del Cuerpo de Ejército. Para mí y mis soldados tampoco hubo ni siquiera un llamado telefónico de

despedida de los altos mandos. Arrancó el tren y salimos, sólo acompañados por los aplausos y los vítores de la gente que nos deseaba buena suerte y las lágrimas de nuestras esposas e hijos. No lo sabíamos oficialmente, pero partíamos hacia la guerra y como suele suceder, alguno no volvería, algo que hasta en un pueblo de paz como el nuestro, la gente no ignora y por eso estaban allí.

En el andén de la estación que se fue quedando atrás aquella noche del viernes 9 de abril, muchos de nosotros dejábamos nuestros mejores afectos. En lo personal, allá quedaba mi esposa María Inés, esperando nuestro cuarto hijo, que nacería el 22 de abril y a quien yo recién conocería tres meses después...

En el tren: un repaso a la instrucción

El largo trayecto entre Libres y Buenos Aires y, cambio de tren mediante, Buenos Aires a Bahía Blanca lo aprovechamos para perfeccionar algunos aspectos de la instrucción, a pesar de que oficiales, suboficiales y soldados llevaban quince meses de adiestramiento juntos. Mientras se robustecía en mí la convicción de que fuera cual fuese la situación debíamos estar preparados para la máxima prueba del combate, compartía con mis oficiales y suboficiales la preocupación por tener a la gente en el mejor nivel de aptitud. Esa era, ocupándonos del equipo y las cosas prácticas, la mejor manera de alejar la incertidumbre que nos acosa siempre que se avecina una instancia desconocida. Casi no prestamos mucha atención a la euforia de Plaza de Mayo, que escuchamos por la radio en un momento del viaje. Teníamos conciencia de que no íbamos a un desfile.

Que ese estado de conciencia no era igualmente compartido por otra gente, empezaría a descubrirlo pronto. A nuestra llegada a Bahía Blanca y mientras mi unidad procedía a descargar sus bagajes, me presenté en el Comando del Quinto Cuerpo. Me recibió el segundo comandante, quien para mi sorpresa me preguntó:

-*¿Qué hace usted aquí?*

-*¡Si usted no lo sabe!* - le respondí.

Regresé adonde estaba mi gente haciendo un esfuerzo para disimular la contrariedad que me había producido hallar tan poca consistencia en la superioridad y convencido más que nunca de que teníamos que preocuparnos nosotros mismos por hacer las cosas bien.

Horas después llegó la orden desde Buenos Aires. Teníamos que cruzar a Malvinas con nuestro Grupo de Artillería. La realidad se imponía vertiginosamente.

Vamos a la guerra

Empezó una carrera contra reloj para tener todo el equipo acondicionado para el transporte que, de acuerdo con las órdenes recibidas, iba a ser aéreo. Sólo dispondría de cinco aviones para embarcar las piezas de artillería y los hombres. De ellos sólo tres eran transportes Hercules C-130 de gran capacidad y aptos para el material pesado.

Ya que no podría pasar la unidad al completo a Malvinas, lo primero fue seleccionar a la gente que "daría el salto". De eso me ocupé personalmente, lo mismo que de otra tarea que entendimos teníamos que hacer antes de partir. Era la última oportunidad disponible de comprar las cosas que no teníamos, que no nos habían sido provistas y que íbamos a necesitar seguramente en las islas.

Con dinero personal que tenía ahorrado adquirimos toda clase de comida en latas, especialmente corned beef, paté, picadillo y duraznos al natural. Otro tanto hicimos con las pilas para las linternas y las radios que no nos podían faltar.

Y a todo ello agregamos un elemento que la experiencia de salir al terreno nos marcaba prioritario: telas de plástico, muchos metros de ese material para diverso empleo, tan útil para poner a salvo de la lluvia y la humedad las cosas como para impermeabilizar nuestras propias posiciones. Eso, como los alimentos que previsoramente embarcamos, lo pagué, reitero, con dinero propio.

¡Y lo bien que nos vino hacerlo! En toda la campaña nunca tuve la suerte de que me entregaran una ración de las preparadas en el continente.

Finalmente todo estuvo estibado a bordo de los aviones y cruzamos. Sobrevolamos el mar sin mayores alternativas y arribamos a la pista de Puerto Argentino a las 3.30 de la madrugada del 13 de abril. Mi primera impresión fue la de un caos total, la desorganización reinaba en la capital de nuestro archipiélago recién recuperado.

"Hablemos en serio"

Nuestros primeros días en el sector que se nos asignó fueron de intensa tarea. Trabamos contacto con la naturaleza del suelo malvinero, la turba, las rocas aflorando y en general la blandura permeable y el afloramiento de agua a poca profundidad.

Empleamos una retroexcavadora y construimos las posiciones de las baterías. *"Como jode El Flaco con las fortificaciones"* fue una frase muy oída en esas primeras jornadas. Después, al irse haciendo veteranos, serían mis propios soldados los que se preocuparían por fortificar bien cada posición.

Sé que lo que menos les gustó todavía fue cuando ordené construir más posiciones pero esta vez simuladas, en distintos lugares. Sin embargo después, cuando la batalla nos envolvió en su fragor, se valoraría lo realizado.

El caso es que, una vez instalados, me presenté al comandante de la Agrupación Ejército Puerto Argentino para formularle un requerimiento. Le pedí que gestionara el envío de artillería de 155 mm, como los cañones Sofma que tenía el Ejército. Mi argumento era sencillo: los Oto Melara de 105 mm. de que disponía mi unidad apenas alcanzaban a los 10.200 metros, en tanto que los Sofma podían poner un proyectil de mayor calibre hasta a 20.000 metros. Como vio que me quedaba esperando una respuesta, o al menos una opinión suya, el señor general expresó:

-¡Hablemos en serio! ¿Usted cree que ha-

brá enfrentamiento con los ingleses?

Le contesté con un lacónico: *-¡Sí!*

Una tensa espera

A pesar de la cháchara de los improvisados estrategas que a veces oíamos por radio y de la poca seriedad con que algunos que debían ser serios tramitaban las cosas de la guerra, lo cierto es que nos estábamos encaminando al choque armado.

Las visitas de los generales Galtieri y Nicolaides a las islas no trajeron cambio alguno en la situación de improvisación en que se debatía la guarnición que debería defenderlas del ataque británico en ciernes.

Por mi parte, yo era uno más de los que cada día se convencían de lo insensato de la guerra que se avecinaba. Comprobaba asimismo que la falta de previsión no inquietaba a la mayoría de los altos mandos en el continente.

No hacía falta ser un genio para comprender que encerrados en las islas, sin dominio del mar y sin dominio del aire, no íbamos a tener mucha chance de vencer.

Seguimos oyendo imbecilidades. Como que *"los barcos ingleses no van a llegar hasta aquí"*, o *"ellos creen que éstas son unas islas caribeñas"* o *"van a llegar mareados y sin aptitud para combatir"* o eso de que *"los norteamericanos están con nosotros y no se van a meter"*. Estas pavadas formaron parte de la pésima acción psicológica que llegaba desde el continente mediante panfletos y caricaturas. Después, cuando se sabía que ya estaban los barcos en el Atlántico Sur, se insistía: *"sí, pero no van a intentar un desembarco porque no traen suficiente gente y sufrirían muchas pérdidas..."*

Entretanto, la desastrosa comunicación institucional aplicada por el Estado Mayor Conjunto rendía los resultados de esperar, contribuyendo tanto a la confusión de los propios como al lucimiento de los adversarios.

No es éste el lugar para una crítica pormenorizada de estos temas, pero no es fácil pasarlos por alto cuando uno se ubica en aquellos días previos a la batalla. El caso es que hubo una hora de un día en que todas las especulaciones que se venían abarajando, con fundamento o disparatadas, llegaron a su fin.

Fue a las 4.42 de la mañana del 1° de mayo de 1982, cuando un alerta nos sacudió.

-¡Atacan el aeropuerto!

Con ese bombardeo británico sobre Puerto Argentino y la Base Aérca Militar Cóndor se iniciaron las acciones bélicas. Los antecedentes políticos que condujeron a eso pasaban a ser historia antigua. Ahora eran los cañones los que tenían que hablar.

La hora de la verdad

Los ingleses desembarcaron en las islas tres grupos de artillería. El número de piezas con que contaban oscilaba entre 54 y 60, porque cada grupo de artillería tiene tres baterías de tiro y cada de esas baterías, seis piezas. La cuenta da 54, pero después comprobamos que algunas baterías las te-

nían armadas con ocho piezas, por lo cual podían haber llegado a disponer de 60.

Cuando llegó la hora de la verdad, el combate, los duelos de artillería fueron intensos y muy prolongados. Tratábamos de neutralizar al enemigo, es decir que sus piezas estuvieran inactivas, lo que dependía únicamente de la cantidad de fuego que les hiciéramos llegar.

Los ataques comenzaron a incrementar su intensidad a partir de los primeros días de junio. De los ingleses recibíamos intenso fuego de artillería, de campaña y naval, así como ataques de sus aviones. Participamos en acciones de apoyo a nuestras patrullas de las Compañías de Comandos 601 y 602 que en repetidas oportunidades incursionaron en territorio ya ocupado por el enemigo. Ese apoyo de nuestra artillería se hizo en forma muy coordinada, ya que entrañaba un gran riesgo para los comandos. Ellos mismos pedían, para poder entrar más en el dispositivo enemigo, que realizáramos el fuego adelantado muy cerca de ellos. Lo hicimos con éxito y nunca causamos bajas propias, pero creo que esto nos ponía más nerviosos a nosotros que a los mismos comandos, que se estaban batiendo con las tropas de élite británicas, los integrantes del Special Air Service -SAS-.

El fuego contra baterías inglesas y sus tropas comenzó a hacerlo una de mis baterías, que estaba sensiblemente orientada hacia el oeste. Como respuesta, fue recibiendo un cada vez más graneado fuego enemigo, que la obligó a realizar diferentes cambios de posición.

A partir de ese momento comenzó también una dramática cuenta regresiva para nosotros; éramos conscientes de que cada disparo que hacíamos no era repuesto. Teníamos todavía una cantidad considerable de municiones, pero disminuía. Una de mis subunidades, que fue la que tomó contacto primeramente con el enemigo, en uno de esos cambios de posición ya estaba aproximadamente a cuatro kilómetros al oeste del ex cuartel de los Royal Marines, es decir Moody Brook, a unos 9 kilómetros de Puerto Argentino.

El almirante Otero comentó después que había observado desde su posición que un intenso fuego inglés prácticamente había aplastado el accionar de esa batería de mi unidad y, temiendo lo peor, pidió dos ambulancias para mandarlas allí. Sin embargo, su sorpresa fue grande cuando, al disiparse la polvareda y el humo de los disparos británicos, vio como hormiguitas que salían, ocupaban sus puestos, contestaban el fuego y volvían rápidamente a sus pozos. Nuevamentre la respuesta inglesa, y otra vez a salir apurados los argentinos a contestar el fuego y a sus pozos. Esto se repitió por casi 30 minutos.

Cuando me lo comunicaron, concurrí al lugar y acababa de cesar el fuego inglés, ya que mediante el uso de helicópteros estaban desplazando esa batería a otra posición. Dios había estado de nuevo con nosotros; casi no hubo bajas. Pero fue un milagro porque varias cajas de repuestos que estaban a un metro de los refugios de los servidores de esas piezas habían sido destrozadas por los impactos.

Mucho mérito tuvo allí el teniente primero Tessey.

El HMS "Glamorgan"

Mientras continuaban las acciones de las baterías, se había implementado un equipo de trabajo orientado a localizar buques ingleses. En la noche del 11 de junio los radaristas de mi unidad, trabajando en conjunto con personal de la Armada, localizan en forma efectiva un buque. Se trataba de la misma nave que noche tras noche venía cañoneando nuestras posiciones y se acercaba hasta lo que consideraba el alcance de nuestra artillería. Nunca soñaron con que podríamos llegar a alcanzarlos con un disparo, pero no contaban con el ingenio criollo. Esta acción es una de las grandes en la historia detallada de lo que los argentinos hicimos en la guerra. Y fue una acción conjunta, en la participamos en integración total el Ejército (GA 3) con nuestra Armada. Se disparó un Exocet MM-38 montado sobre un chasis de camión y esa noche quedó fuera de combate el crucero HMS "Glamorgan".

Los combates finales

Esa misma noche del 11 se produce el ataque inglés a nuestras posiciones en los montes Dos Hermanas, Harriet y Longdon. El enemigo tenía una gran capacidad de ataque nocturno.

Nuestras tropas, el regimiento de Infantería 4 y una fracción del 7, resisten. Son rodeados por el enemigo, que concentra un gran poder de fuego y se produce la caída de esas posiciones.

En el monte Longdon pierdo un observador adelantado, el teniente Ramos. En el último enlace radioeléctrico que realizó conmigo me había dicho que el cerro estaba totalmente rodeado y que iba a tratar de localizar y pedir fuego propio. Era de noche y prácticamente era muy difícil individualizar al enemigo. Simultáneamente, mientras rodean al Longdon, los ingleses tratan de neutralizar nuestra posición. Nos sobrevolaban helicópteros a poca distancia y eran los que sin duda reglaban el fuego de los barcos.

Finalmente, nuestras posiciones caen. En su último enlace, el teniente Ramos me dice que está completamente rodeado y no puede dirigir el tiro, que intentará replegarse. Poco después su auxiliar, que sí logró hacerlo, me dijo que el teniente, herido en una rodilla, había muerto combatiendo, respondiendo al avance inglés con una ametralladora que había logrado tomar. Ese día fue realmente penoso para mí. Además del teniente Ramos, en el monte Harriet tenía como enlace y observadores a otros tres hombres y los tres desaparecieron. Posteriormente, en el campo de prisioneros, me reencuentro con uno de ellos y, después de abrazarnos él nota que temo preguntarle por la suerte de sus compañeros y me dice: *-No se preocupe, los otros están bien y rumbo al continente.*

Aquella noche del 11 de junio los ingleses nos disparaban simultáneamente con artillería naval y terrestre. Se hizo un in-

tenso fuego de iluminación. Tanto, que el teniente Ramos durante su enlace radial, antes de morir, me dijo: *-Esto es un infierno. Hay granadas de iluminación nuestras y de los ingleses. Se escuchan gritos desaforados por todos lados.*

La batería nuestra, que estaba operando detrás de las líneas del Longdon, vino a quedar en el frente mismo. Cuando amaneció el 12 tuvimos que empezar un cambio de posición que nos llevó muchas horas para reintegrarla al resto de la unidad que estaba al sur de Puerto Argentino. Cambio de posición que fue dificilísimo, ya que se hizo pieza por pieza bajo el intenso fuego enemigo. Para colmo, teníamos un solo vehículo ya que de los tres de que disponíamos para arrastrarlas, dos habían quedado inutilizados. Finalmente, quedó tirando la última pieza y pudimos luego replegarla. Mientras realizábamos esta operación, nuestras restantes baterías y las del Grupo de Artillería 4 trataban de favorecer nuestro repliegue haciendo fuego contra la artillería inglesa.

Desde nuestras nuevas posiciones vimos claramente que los helicópteros de ellos se acercaban transportando piezas de artillería. Abrimos fuego y logramos derribar uno. Obligamos así al enemigo a desplazar las piezas a otro lugar.

Todo era sumamente riesgoso, las decisiones debían tomarse velozmente y las tomamos. Las misiones de fuego siguieron.

Con las primeras luces del día 13 ya el enemigo dominó las colinas próximas a Puerto Argentino y centralizó toda su acción sobre un sector defendido por el Batallón de Infantería de Marina 5 y por el Regimiento de Infantería 7. Ese combate, que fue de los más intensos, duró todo el día 13 y la noche del 13 al 14.

El Grupo de Artillería Aerotransportado 4, que estaba más al oeste que el mío, llegó prácticamente a tener el enemigo a la vista. Combatieron hasta que no tuvieron más munición y las piezas quedaron enterradas en el barro, prácticamente inoperables. Mientras que nosotros, en el sector que defendíamos teníamos un piso algo más firme.

Ese día 13 yo cumplía 48 años. Fue entre la una y las dos de la tarde que soportamos el fuego más intenso de la artillería inglesa. La peor "lluvia de proyectiles" (fuego de contraartillería) duró más de media hora y se centralizó en el punto donde tenía mi puesto de comando y en las cercanías de la batería "Ala", a cargo del teniente Caballero. Dos proyectiles explotaron sobre nuestro puesto, que era un contenedor forrado con tambores llenos de tierra. El estampido fue tremendo y pareció que habían explotado adentro.

Cuando se inició ese ataque estábamos fuera del contenedor. Con algunos soldados y suboficiales buscamos refugiarnos, pero uno no lo logró y quedó tendido en el suelo. Cuando fuimos a auxiliarlo vimos que estaba muerto, lo había matado la onda expansiva. Era el cabo 1ro Quispe.

Momentos después de que cayeran los proyectiles sobre nuestro contenedor me habla por teléfono el comandante de la Agrupación Ejército, general Jofre, quien por supuesto veía cómo estábamos siendo

sometidos a un violento bombardeo inglés. Me pregunta cómo andan las cosas.

-¡Hasta ahora bien -le dije- pero debo reconocer que estos ingleses no me están festejando muy bien el cumpleaños!

-¡Feliz cumpleaños y mucha suerte! -fue su respuesta.

Como estábamos en red con las demás unidades, al rato todos los jefes que escucharon me hicieron llegar su saludo así, en medio del combate. Y ahora reconozco que al fin del día pensé que había sido feliz, porque después de tanto cañoneo, a excepción del cabo Iro Quispe, no tuvimos bajas fatales pero sí muchos heridos. Cuando disminuyó la intensidad del fuego inglés, fui hasta la batería "Ala", que estaba a 200 metros y me parecía imposible que con el fuego de contraartillería recibido no hubiésemos tenido más bajas.

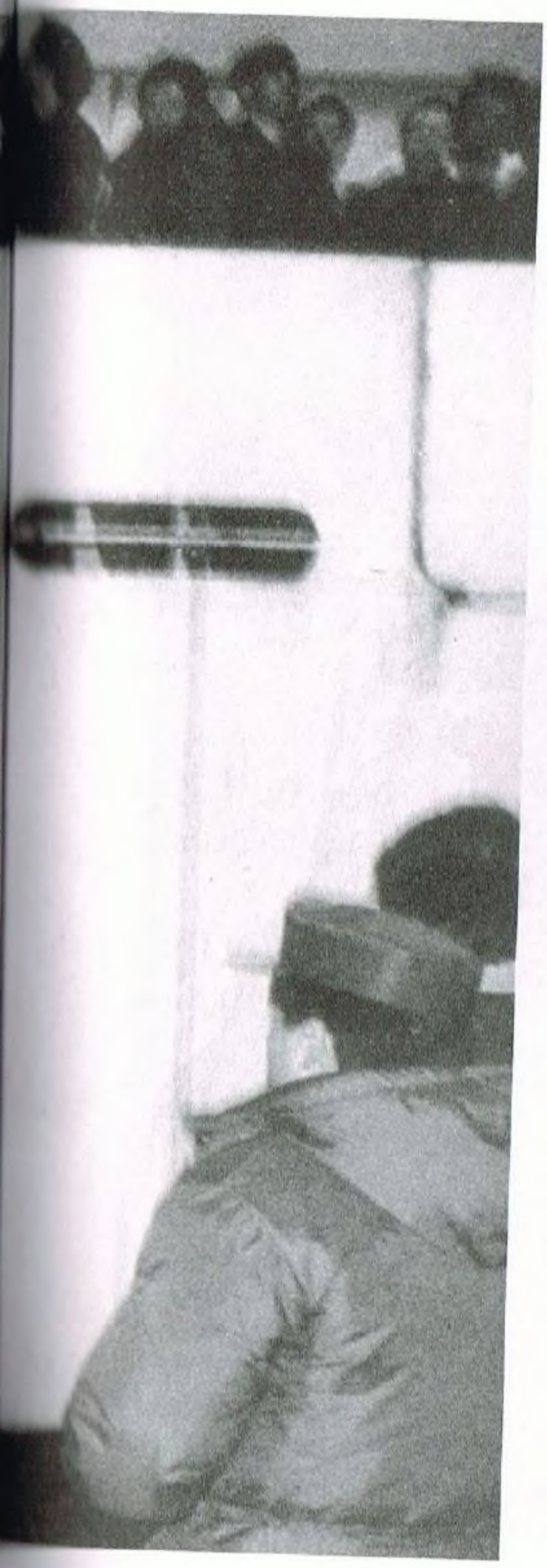
Fue esa misma noche, que allá en el continente oímos que las radios de Buenos Aires se lamentaban amargamente de que nuestra selección nacional de fútbol, participando del Mundial en España, hubiera perdido por 1 a 0 el partido con Bélgica.

Epílogo

Y volvemos al comienzo de esta historia.

Los cañones de Balza, rodeados de cápsulas vacías al fin del combate

El general Balza desciende del barco inglés de regreso al continente al término del mes que pasó prisionero

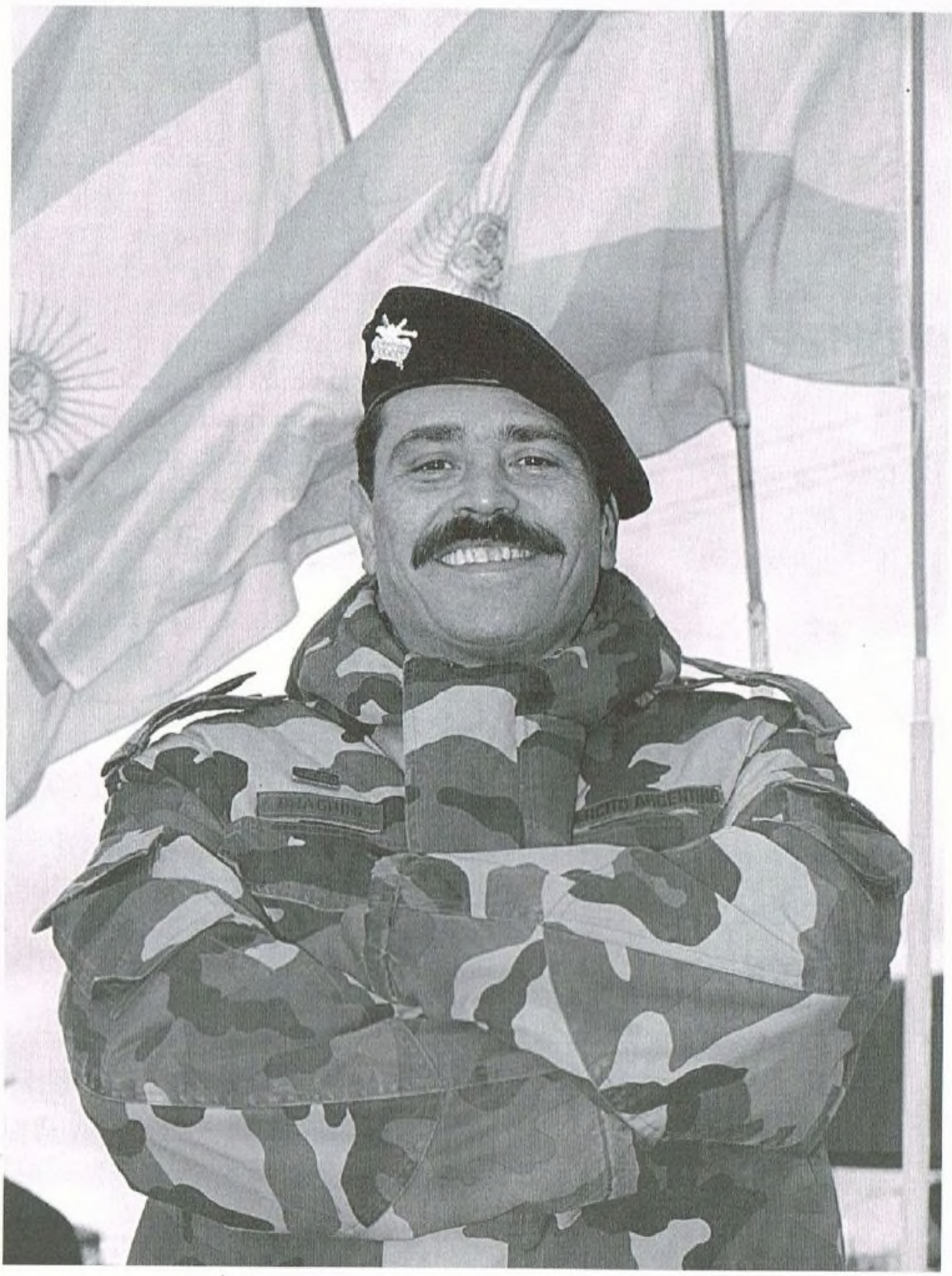


Estar prisionero durante ese último mes me facilitó la digestión de la masa de acontecimientos que nos había tocado vivir. A las lágrimas de bronca le siguió ese tiempo de reflexión y, aunque entonces no tuve conciencia clara de ello, hoy sé que fue allí donde empecé a dar forma a mis ideas de qué clase de Ejército debíamos tener para que no nos volvieran a ocurrir cosas como las que estábamos viviendo.

Por cierto, lejos estaba entonces de imaginar que el destino me daría un día la oportunidad de poner en práctica muchas de esas ideas, nacidas de la experiencia de tantos años de servicio y, muy especialmente, de esa triste guerra. Pero sin saberlo, lo deseaba interiormente; quería por sobre todas las cosas estar a la altura de aquellos soldados que había visto pelear con honor y morir con decoro.

El ejemplo de ellos es lo que nos compromete como veteranos. Haber combatido es nuestro orgullo. Como también es hoy la mejor razón que tenemos para amar la paz.

El teniente general Martín Antonio Balza (65), máxima autoridad del Ejército Argentino entre 1992 y fines de 1999, considera su mayor recompensa militar el haber combatido en Malvinas donde, con el grado de teniente coronel, comandó el Grupo de Artillería 3, de Paso de los Libres, Corrientes.



La experiencia cuesta caro y llega tarde

Por el mayor
Claudio Braghini

Con el grado de subteniente, Braghini se desempeñó en Malvinas como jefe de la tercera sección de la Batería "B" del Grupo de Artillería de Defensa Aérea 601. Así le cupo combatir en su rol específico, como también disparando sus cañones en tiro rasante durante el combate de Pradera del Ganso, cerca del istmo de Darwin.
Actualmente destinado en la Patagonia, es segundo jefe del Grupo de Artillería Blindado 11 con asiento en Comandante Luis Piedrabuena, Santa Cruz.

La experiencia cuesta caro y llega tarde

Luego de conocida la recuperación de las Islas Malvinas por parte de tropas argentinas, el Grupo de Artillería de Defensa Aérea 601 se alistó para su desplazamiento a ese territorio. En ese período que va del 2 al 11 de abril recibimos abundante información sobre el enemigo aéreo al que deberíamos enfrentar.

El 12 de abril partimos hacia Comodoro Rivadavia escala previa a nuestro pasaje a las Islas, donde realizamos ejercicios de tiro y ultimamos los detalles para el vuelo a Malvinas, el que se llevó a cabo el 16 por la tarde.

En esos primeros días en Malvinas recibimos todo nuestro material y lo acondicionamos para su emplazamiento. En aquella ocasión vería por última vez al teniente Alejandro Dachari y al sargento 1ro René Pascual Blanco, quienes junto a los soldados Jorge Llamas y Oscar Diarte, perdieron la vida en un ataque aéreo. No en vano ofrendaron sus vidas, pues hoy son un ejemplo permanente, tanto para aquellos que los conocimos como para los que no los conocieron (los nuevos oficiales, suboficiales y soldados), que al leer sus nombres en los cañones antiaéreos y en los directores de tiro preguntan –¿Quiénes fueron y qué hicieron?– y nosotros podemos decirles –ellos fueron valientes soldados artilleros que murieron luchando por su patria al pie del cañón y son hoy un ejemplo permanente para sus camaradas.

El 22 de abril recibí la orden de ejecutar un reconocimiento en la localidad de Pradera del Ganso para emplazar allí mi sección. El 23 enganchamos la primera pieza en un helicóptero Chinook y el 29 terminamos de helitransportar desde Puerto Argentino todo el material de la sección de defensa aérea de cañones de 35 mm bitubo Oerlikon. Esta la emplacé a unos 300 metros de la pista de aterrizaje en Pradera del Ganso, en una pequeña meseta pegada a una entrada de mar y desde la cual dominaba la altura previa a Darwin, el poblado de Pradera del Ganso y la misma pista de aterrizaje.

En la madrugada del 1º de mayo, siendo aproximadamente las 3 de la mañana, un estafeta me informa que debía presentarme en el Puesto Comando (PC) de la Base Aérea Militar Cóndor para recibir órdenes. Allí el vicecomodoro Pedrozo, jefe de la Base Aérea y a la cual me encontraba agregado, me comunica que por informes de inteligencia recién recibidos era muy probable que se produjeran ataques de la aviación enemiga a partir de ese momento, por lo que pasábamos a alerta roja. De inmediato me dirijí al lugar donde se encontraba emplazada la sección, reuní a mi personal y lo puse al tanto de la situación.

Ya en el director de tiro (DT) y siendo aproximadamente las 5 de la mañana me comunican por radio que se había producido un ataque aéreo sobre el aeropuerto de Puerto Argentino y que los aviones Pucará que habían llegado el día anterior a Pradera del Ganso empezarían a despegar para evitar ser tocados en pista ante un posible ataque aéreo.

A la tensión y nerviosismo que sentíamos en ese momento se sumó el hecho de

que los Pucará permanecían en vuelo en proximidades de la pista de aterrizaje dificultando enormemente la tarea de exploración con el radar, pues tenía ecos por doquier y no sabía si eran propios o enemigos. Esta situación se mantuvo hasta que con las primeras luces me comunican que los aviones comenzarían a aterrizar y que pasábamos a alerta celeste pues era poco probable un ataque aéreo a la luz del día. Confiado en lo que significaba alerta celeste (poca probabilidad de ataque aéreo o un alerta temprana de los radares de Puerto Argentino con tiempo suficiente para alistarse), solicito al jefe de la Base autorización para realizar un tiro al punto ficticio, actividad ésta que no habíamos podido realizar hasta ese momento y que resultaba conveniente ejecutar para controlar el funcionamiento integrado de todo el sistema de armas, pero que implicaba desconectar el radar de vigilancia, por lo que no sería posible detectar la aproximación de aeronave alguna.

Una vez realizada esta operación, ordeno a los jefes de piezas (cañones) retirar la munición de ejercicio empleada para este tiro y reabastecer con munición de guerra las armas, y al cabo 1ro Ferreyra mi auxiliar en el DT, que realice todas las actividades necesarias para pasar a vigilancia normal.

Serían aproximadamente las 8 y 30 hs cuando desciendo del DT para modificar la ubicación del apuntador óptico (AO) y es en ese preciso instante que veo aproximarse desde el noroeste tres aviones Sea Harrier volando a gran velocidad y muy baja altura. Los tres se elevan simultáneamente hasta una altura aproximada a los 50/70 mts y descargan sus armas en la pista de aterrizaje. Uno de ellos, el guía, bombardea sobre un avión Pucará que pocos minutos antes había aterrizado y al cual estaban realizándole mantenimiento; allí perdió la vida su piloto, el teniente Jukik y los mecánicos que trabajaban en él. El Sea Harrier de la izquierda ataca sobre depósitos de combustible de campaña, los que se incendiaron y estallaron con ensordecedor estampido. Por último el Sea Harrier de la derecha descarga sobre una carpa de sección, en el final de la pista.

Soldados argentinos junto a los restos de un avión británico derribado

Tengo grabado en mi mente ese momento como si lo estuviese viendo hoy en una filmación. La silueta del Sea Harrier seguía pasando en vuelo rasante a no más de 50 mts de altura y a unos 100/150 mts de donde me encontraba; ya sobre la pista

una pequeña explosión, el avión que se eleva y bajo la panza del mismo infinidad de puntos negros que se precipitan a tierra y que al tocarla explotan emitiendo un sonido parecido al de ráfagas de cañones antiaéreos (no sólo una explosión, sino varios cientos de ellas, espaciadas por fracciones de segundos), eran las denominadas bombas de ramillete o belugas.

La vista de la pista era desilusionante, un Pucará que había roto su tren de ruedas delantero al aterrizar había sido arrastrado hasta un costado de la misma con su nariz partida y sus hélices destrozadas, el Pucará del teniente Jukik envuelto en llamas, los depósitos de combustible ardiendo y estallando cada tanto y al final de la pista una espesa columna de humo de la carpa de sección que ardía con varios mecánicos de la Fuerza Aérea muertos en su interior. Gritos por doquier, gente corriendo y otros caminando sin rumbo fijo, la sorpresa fue total, la angustia y desconcierto se veía en la cara de mis hombres, el temor nos invadía, había que reponerse y rápidamente. El alerta celeste nos había jugado una muy mala pasada. En esa ocasión de nada nos había servido todo lo aprendido en la paz, por el contrario, el haber confiado en un estado de alerta que nos aseguraba un tiempo de preaviso adecuado nos llevó a descuidar la vigilancia y debimos sufrir las consecuencias en carne propia; de allí la famosa frase tan repetida y veraz a la luz de los hechos que dice: "La experiencia propia cuesta caro y llega tarde".

En alerta roja permanente

La sorpresa del ataque aéreo del 1° de mayo sobre la pista de aterrizaje de Pradera del Ganso no volvería a repetirse. Mi posición había sido localizada y era necesario que efectuase un cambio de lugar. La Sección continuó operando todo el día en forma ininterrumpida y poco antes de oscurecer, con el sargento ayudante Tarditi, tuvimos que reconocer detalladamente la nueva posición y el camino de marcha a la misma pues así lo exigían las características del terreno y el hecho de que gran parte de la zona por la cual deberíamos movernos se encontraba sembrada de ramilletes de granadas de bombas belugas que no habían detonado por la muy baja altura desde la cual habían sido lanzadas durante el ataque.

Esa noche efectuamos el cambio de posición a una pequeña lengua de tierra al este de Pradera del Ganso, desde donde se dominaban las alturas previas a Puerto Darwin y el estrecho que conducía a dicha localidad por donde se preveía un desembarco. El fuerte viento y el frío hacían que el cuerpo doliese, venciéndonos el cansancio de a momentos. La oscuridad total dificultaba enormemente la tarea, debido a que no podíamos encender luces. En pocas horas transportamos la Sección completa y 14.000 kilos de munición que movimos a hombro hasta una plataforma de madera que arrastrábamos con un tractor capturado a los kelpers (nuestro único vehículo de arrastre y que aprendimos a conducir esa noche).

La madrugada del 2 de mayo nos encontró ya en la nueva posición operando en condiciones de brindar defensa aérea y listos para abrir el fuego con nuestros cañones sobre cualquier navío o lanchón de desembarco que se aproximara por el estrecho.

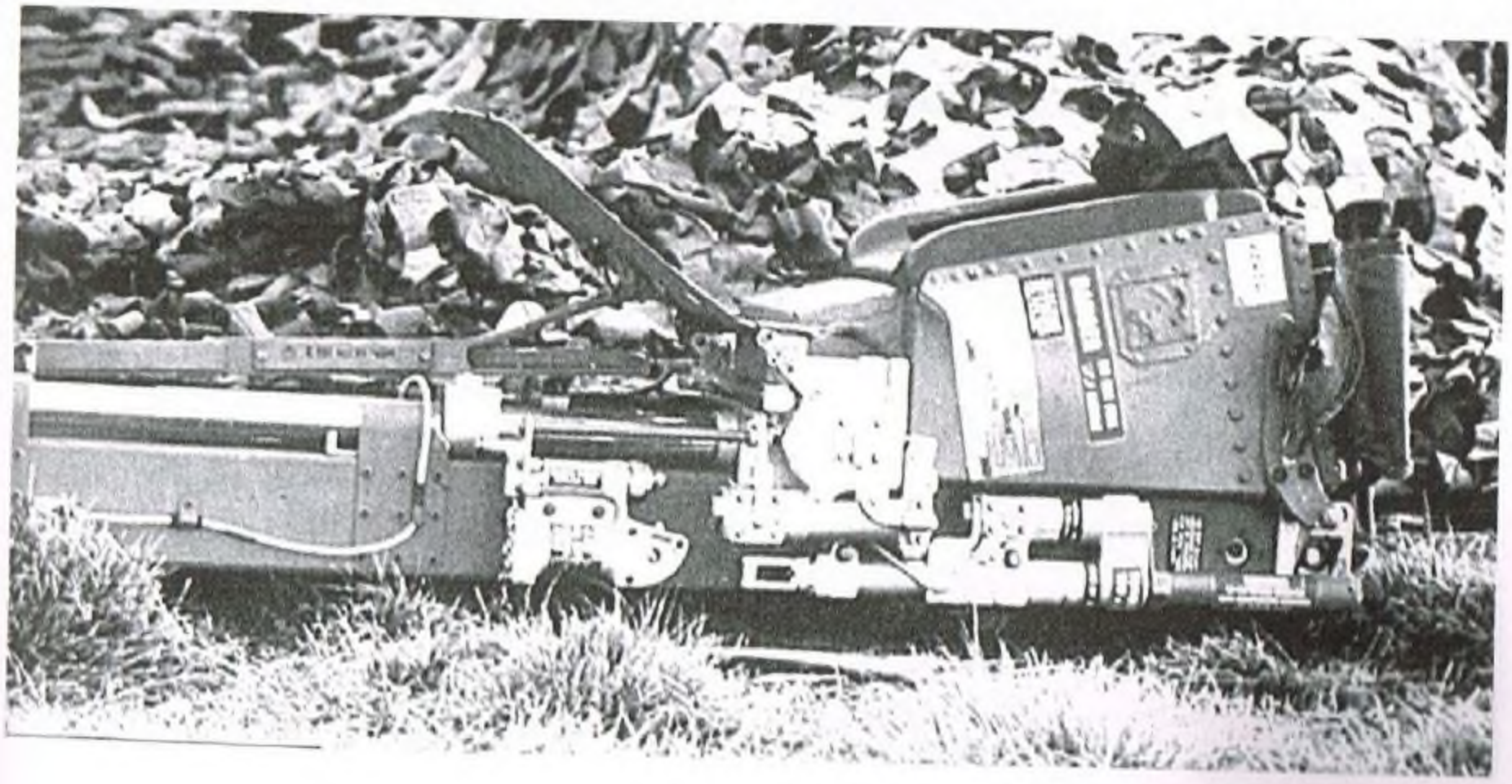
El cansancio se hacía sentir. Mis hombres por turnos dormían sentados en los cañones, abrigándose con mantas, ponchos impermeables y todo aquello que pudiera darles algo de calor y los protegiera del frío, el viento y esa maldita llovizna que calaba hasta los huesos.

Durante tres días operamos en la nueva posición en estas condiciones; por las noches atentos a un desembarco y durante el día en alerta rojo permanente a la espera de un nuevo ataque aéreo. La sorpresa del 1º de mayo no se volvería a repetir. Las características del terreno y la muy baja altura a la que efectuaban su aproximación los Harrier hacían casi imposible contar con una alerta temprana de los radares de largo alcance emplazados en Puerto Argentino, por lo que dependíamos exclusivamente de las capacidades del radar de nuestro DT y del grado de concentración que pusiéramos en su operación.

Con el cabo 1ro Ferreyra planificábamos, coordinábamos y practicábamos detalladamente cada una de las actividades que realizaríamos en caso de producirse un nuevo ataque aéreo.

Este fue el régimen de trabajo al cual se vio sometida la tercera Sección de la Batería "B" del GADA 601, disminuida casi en

Asiento eyectable Martin Baker del avión Harrier derribado el 4 de mayo por los cañones de Braghini sobre Pradera del Ganso. Su piloto, el teniente Nick Taylor falleció

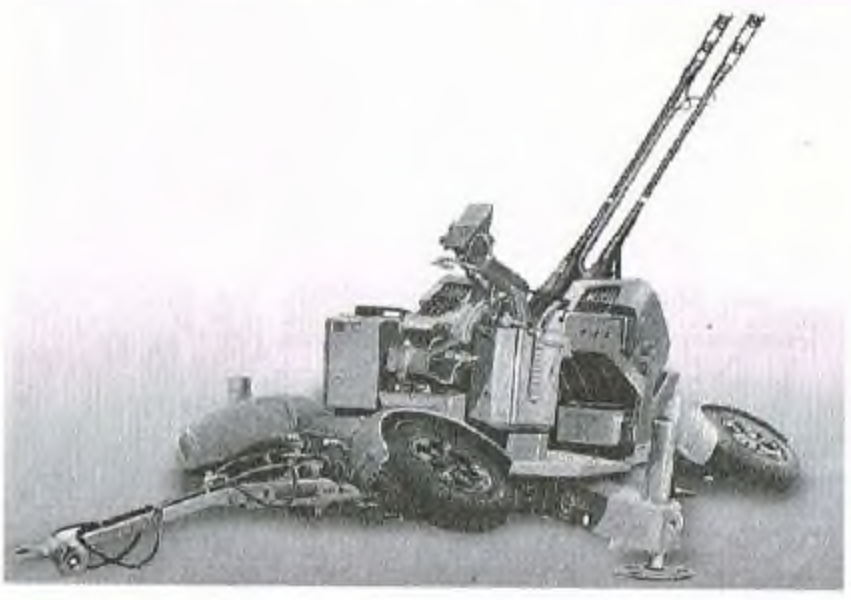


un cincuenta por ciento de su personal y operando totalmente aislada del resto de su Unidad. Pero bien valió la pena su esfuerzo pues el 4 de mayo y siendo aproximadamente las 13:45 hs el cabo 1ro Ferreyra observa tres ecos en la pantalla del radar (PPI); y me dice: "¡Ahí vienen, mi subteniente!". Me pego a Ferreyra y a la PPI. Tres ecos nítidos se veían en la pantalla moviéndose a gran velocidad desde el sudeste hacia nosotros. Inmediatamente paso el alerta al PC de la Base en donde ponen en funcionamiento la sirena de ataque aéreo y por los intercomunicadores paso la voz de "Ataque Aéreo" a los jefes de pieza para que se alisten para el combate en sus cañones.

Siguiendo minuciosamente cada uno de los pasos previamente coordinados con Ferreyra, permitimos la aproximación de los tres Sea Harrier hasta una distancia aproximada a los 5 kilómetros sin adquirirlos, de manera tal de no permitirles, con un descubrimiento temprano el contar con el lóbulo del radar de seguimiento para lanzarnos un misil antiradar.

La detección se había producido aproximadamente a los 12 kilómetros y al llegar a la distancia preestablecida, Ferreyra adquiere la aeronave más adelantada y potencialmente más peligrosa. En el monitor de televisión (MTV) del DT se presenta la imagen frontal de un Sea Harrier aproximándose a gran velocidad en vuelo rasante, el sonido producido por el efecto doppler, un silbido agudo y penetrante, crispaba los nervios. Pulso el botón de alerta a los cañones y estos se enganchan al mando automático siguiendo las órdenes del DT, observo al Sea Harrier en el MTV y veo que el seguimiento no es preciso pues el radar tiende a engancharse en el suelo debido a la muy baja altura de vuelo del mismo, espero unos segundos hasta que el seguimiento se estabiliza y se enciende el indicador de permiso de fuego, lo oprimo con fuerza y ambos cañones disparan simultáneamente; veo en el MTV la trayectoria dejada por la munición trazante dirigiéndose al Harrier y los proyectiles estallando en tierra delante del mismo; el piloto inicia maniobras evasivas ladeándose de un costado al otro volando en zigzag. Espero que el radar me de permiso de fuego nuevamente y en fracción de segundos estoy disparando la segunda ráfaga; ésta tomó de lleno al Sea Harrier provocándole probablemente el estallido de sus depósitos de combustible lo que produjo el desprendimiento completo de su plano iz-

Pieza bitubo de tiro rápido Oerlikon Contraves calibre 35 mm que integraba la defensa aérea argentina



quierdo.

En el MTV veo al Sea Harrier envuelto en llamas que pierde su horizontalidad, eleva su trompa quedando casi vertical, gira sobre su eje longitudinal y se precipita a tierra vertiginosamente estallando a unos quinientos metros de mi posición.

En el primer impacto en tierra y mientras el Sea Harrier conservaba su estructura, el piloto es despedido de la cabina sujeto a su asiento ejectable, los restos del avión formando una inmensa bola de fuego se elevan nuevamente y en sucesivos rebotes pasan sobre posiciones de infantería produciendo quemaduras leves a dos soldados en su pozo de zorro para finalmente quedar desperdigados en proximidades de la pista de aterrizaje de Pradera del Ganso.

Entre estos restos se encontró sujeto a su asiento ejectable el cadáver del teniente Nicholas Taylor, piloto de la Royal Navy. El Sea Harrier tenía la matrícula XZ-450 y pertenecía al escuadrón 800. El teniente Taylor fue enterrado con honores militares y misa al día siguiente en el cementerio de Puerto Darwin.

Mientras este avión se precipitaba a tierra le ordeno a Ferreyra que ejecute un cambio de objetivo y adquiera un segundo sea Harrier que trataba de alejarse del sector volando en zigzag. Cuando el DT me habilita para abrir el fuego pulso el disparador y la ráfaga aparentemente lo toca en su escape, pues se aleja dejando tras de si una espesa columna de humo blanco. El tercer Sea Harrier descarga sus bombas lejos de cualquier blanco argentino y se aleja rápidamente del lugar rumbo al mar.

Terminados estos segundos de intenso combate y tremenda tensión sentimos con Ferreyra por el intercomunicador gritos de "Viva la Patria" que vienen del cañón del cabo Rubina; enfocamos el MTV hacia la pieza y lo vemos a él abrazado al cabo Gallo, y a los soldados de la pieza saltar gritando eufóricos de alegría. Desde el otro cañón el sargento Vega me grita por el intercomunicador –¡cayó aquí nomás, mi subteniente, sobre la pista!– al tiempo que por el handie siento la voz emocionada del vicecomodoro Pedrozo que felicitaba a la sección y culminaba sus palabras con un "¡Viva la Patria Braghini!", a lo que contesté "¡Viva la Patria señor!".

Resulta difícil expresar lo que se vive y siente en esos momentos, pero nos invadió una profunda alegría y sensación de alivio. El derribo del Sea Harrier no sólo había permitido recuperar la confianza en nosotros mismos, en nuestras capacidades

Director de tiro (DT) Skyguard desde donde se conduce el fuego antiaéreo del Oerlikon

y en la de nuestro material, sino que había devuelto la confianza a todo el personal de la base y nos hacía ver con más optimismo lo que pudiera ocurrir de ahí en más.

La euforia era total, nuestro tremendo esfuerzo físico había tenido su justa recompensa, nos habíamos propuesto no dar ningún tipo de cuartel a nuestros enemigos los Sea Harrier, los esperábamos con ansiedad, casi con necesidad diría yo, estábamos sedientos de revancha.

Desde la mañana del 1° de mayo hasta el momento del ataque aéreo habíamos estado en nuestros puestos de combate sin descuidar la vigilancia del espacio aéreo ni por un segundo porque sabíamos por experiencia propia que segundos de descuido en defensa aérea significaban muerte y destrucción y pese al profundo frío, la llovizna permanente y el fuerte viento que lastimaba el cuerpo, mis hombres permanecieron firmes en sus cañones sin siquiera insinuar su profundo cansancio y sus sufrimientos, demostrando cuan compenetrados estaban de su misión y pese a su juventud con cuanta entrega, responsabilidad y profesionalismo la asumían.

Esa noche soy llamado al PC de la Base Aérea Militar Cóndor por el vicecomodoro Wilson Pedroso, quien se encontraba reunido con un grupo de oficiales de Fuerza Aérea, los que me abrazan y felicitan. El vicecomodoro me entrega en esa oportunidad la palanca de mando del Sea Harrier derribado, la que guardé como trofeo de guerra hasta el día de la rendición en que la arrojé al mar para evitar posibles represalias. Sobre una mesa puede ver el casco del teniente Taylor, su armamento portátil, radio baliza y carta de navegación junto a restos del avión los que luego, creo, fueron pasados al continente en vuelos de Hércules.

Entrada la noche me reúno con mi personal y comentamos lo ocurrido durante el día; el sargento 1ro Roberto Fernández me manifiesta que luego de que sonó la sirena de ataque aéreo y cuando ya habíamos tirado la segunda ráfaga con los cañones vio al soldado Hugo Quiñones tomar su FAL y de pie junto al apuntador óptico y totalmente al descubierto efectuar una ráfaga al Sea Harrier que, envuelto en llamas, se precipitaba a tierra pasando próximo a nuestra posición. A partir de ese día el soldado Quiñones no se desprendería de una MAG que poseíamos pues él a toda costa quería derribar un Harrier; su actitud me llenó de placer y me sentí orgulloso de mis hombres.

Quiero resaltar que los puestos de combate en los cañones de Artillería de Defensa Aérea requiere de hombres con verdadero temple y aplomo, pues en los ataques aéreos son ellos los únicos que quedan expuestos a las armas de los aviones, mientras que el resto de la tropa ante el alerta busca cobertura y resguardo en sus pozos de abrigo de personal. Puedo asegurar que no es nada sencillo ver que a uno se le vienen los aviones encima y tener que seguir abasteciendo las piezas con munición sin ningún tipo de protección porque de ello depende derribar el avión o que él nos destruya a nosotros.

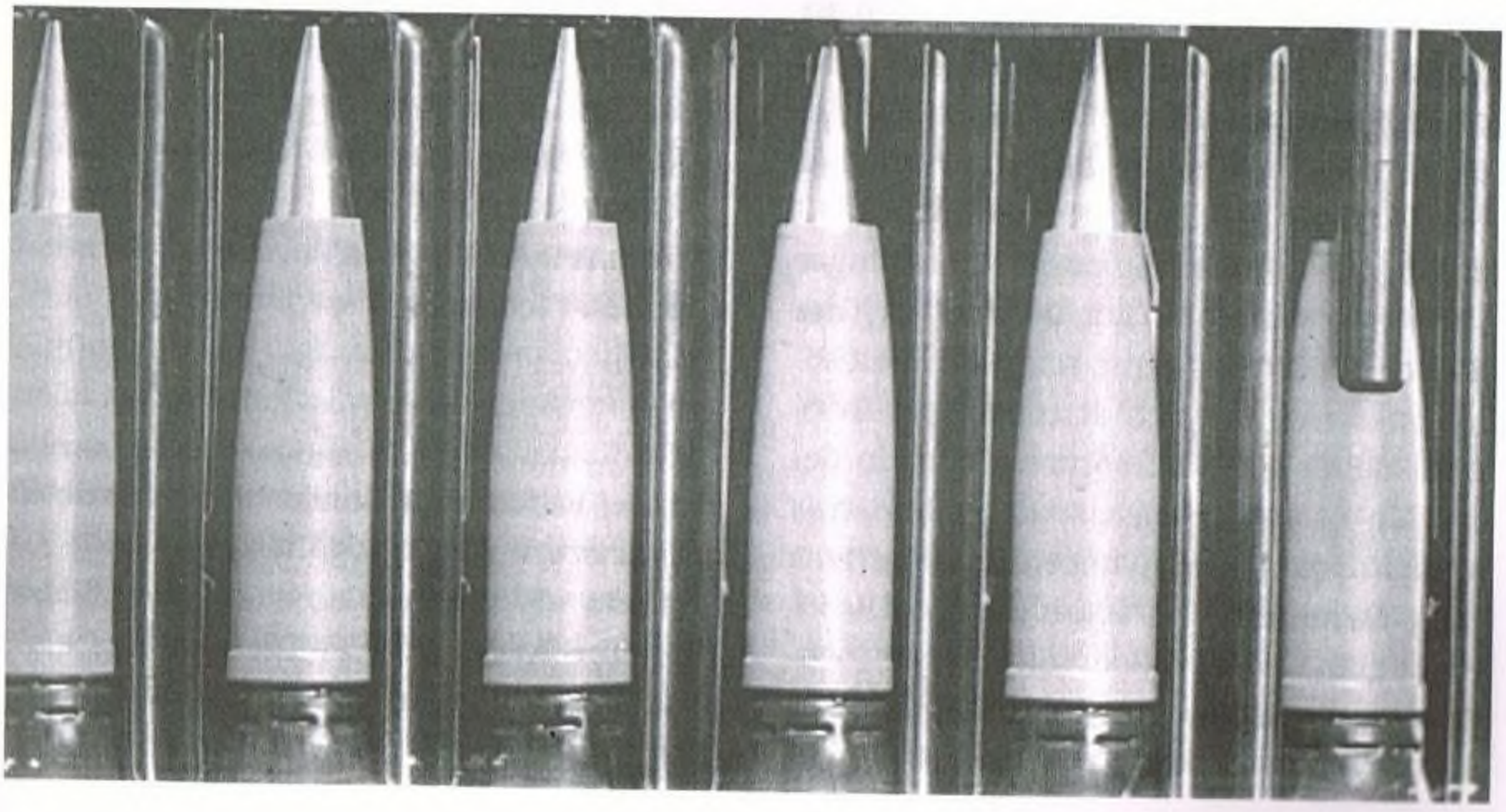
Las experiencias obtenidas en este se-

gundo ataque fueron varias y todas muy provechosas. Evidentemente nuestra primera posición al final de la pista de aterrizaje había sido reconocida por los pilotos de los Sea Harrier en el ataque del 1º de mayo, porque en esta ocasión el ataque se produjo desde una dirección opuesta en 180º a la anterior y sin tener objetivos rentables en la pista de aterrizaje (los aviones Pucará no se encontraban en Pradera del Ganso), su objetivo era muy probablemente el material de Defensa Aérea que creían emplazado todavía en su anterior posición para una vez destruido éste poder operar con total impunidad al no tener ningún tipo de resistencia. Por último confirmamos que no podíamos contar con un alerta temprano proveniente de los radares de vigilancia de Puerto Argentino y que la resolución de operar en alerta roja permanente había sido acertada.

El llanto de un soldado

Luego del derribo del Sea Harrier del 4 de mayo los aviones ingleses prefirieron mantenerse a distancia limitándose a efectuar vuelos de reconocimiento a gran altura y fuera del alcance de nuestras armas, lanzándose en ocasiones en vuelo rasante pero sin entrar en la zona defendida, con el solo fin de hostigarnos con este tipo de maniobras y muy probablemente para comprobar con sus sensores si los detectábamos con el radar y de no ser así lanzarse en un momento determinado sobre la Base para tomarnos por sorpresa, pero esto no ocurriría pues los esperábamos en to-

Proyectiles de antiaéreo de 35 mm., como los que utilizó Braghini contra las tropas terrestres enemigas que intentaban avanzar hacia su posición



do momento listos para combatirlos.

Así llega el día 12 de mayo, llevábamos 8 días operando en espera del ataque que cada tanto amagaban pero que no llevaban a cabo y 11 días en alerta roja permanente. Estábamos realmente agotados tanto física como psicológicamente; la magra alimentación, lo riguroso del clima y la tensa espera en el combate, poco a poco iban dejando mellas en nuestro estado físico y en el anímico. Con el cabo 1° Ferreyra dormitábamos por turnos, sentados en el DT, relevándonos mutuamente en la vigilancia del espacio aéreo con el radar, otro tanto acontecía en los cañones, donde mis hombres dormían por turnos sentados en sus puestos de combate.

Ese día y siendo aproximadamente las 14 hs Ferreyra me manifiesta sentirse descompuesto y que necesitaba ir urgente al baño, yo lo autorizo y por el intercomunicador le ordeno al sargento 1° Fernández que se dirija al DT para asistirme en su operación; es en ese preciso instante que veo aparecer un objetivo en la pantalla del radar, inmediatamente doy la alerta a la Base Aérea y me dispongo a combatirlo. El objetivo se aproximaba por el mismo lugar de donde viniera el ataque anterior; me llamaba la atención que se aproximara solo, pues siempre nos atacaban tres aviones. Mayor sería mi sorpresa cuando detrás de éste y a unos cuatro kilómetros aproximadamente aparecen dos objetivos más, encolumnados uno detrás del otro. No lograba comprender qué estaba ocurriendo, había algo que andaba mal, tenía pocos segundos para analizar la situación y en consecuencia proceder. Los tres aviones continuaban aproximándose a una velocidad de 250 metros por segundo. Yo tenía conocimiento por informes que ese día aviones propios operarían sobre la isla. En un principio pensé que el primer avión podía ser uno propio que escapaba luego de un ataque a la flota inglesa y era perseguido por dos Sea Harrier o podía ser lo totalmente opuesto, un Sea Harrier atacado por dos Mirage propios, lo que resultaba poco probable y un tanto ilógico. Lo que para mí no tenía explicación era esa gran separación entre el primer avión y los dos de atrás, como así tampoco el hecho de que vinieran encolumnados. Por último, otra posibilidad era que el primer avión fuera enemigo al igual que los dos restantes, pero que se encontraba adelantado al solo fin de obligarme a centrar mi atención en él, descuidando a los dos de atrás. Ante esta posibilidad y descartando desde un principio que aviones propios sobrevolaran la zona de Pradera del Ganso por ser esta área de no vuelo, me dispongo a adquirir al primer avión cuando veo que inicia un giro pronunciado hacia su izquierda no entrando en la zona defendida mientras que los otros dos continúan en curso directo a la zona de fuego. En ese momento me resuelvo por mi última apreciación; me quedaban pocos segundos para combatirlos, ya los tenía dentro de los cuatro kilómetros al DT (16 segundos de vuelo). Adquiero al primero, trato de identificarlo por medio del MTV, me resulta imposible pues la imagen era muy reducida y la única forma de poder reconocer los aviones

era teniéndolos de frente, así se podía distinguir el plano alto de los Sea Harrier diferente del plano bajo de nuestros Mirage o A4 o teniéndolos completamente inclinados para distinguir el ala delta de nuestros aviones diferente a los planos tipo convencional de los Harrier. Pero este avión iba pegado al suelo y mostraba su flanco, no podía reconocerlo con certeza pero su silueta lateral, que veía muy pequeña, era para mí la de un Harrier. El indicador de permiso de fuego estaba encendido indicándome que podía disparar. Mientras todo esto ocurría, simultáneamente alertaba a los cañones y me comunicaba por handie con el vicecomodoro Pedrozo narrándole los hechos; él me preguntó si podía identificarlos y le contesté que no con certeza absoluta, decidiéndome a combatirlos como enemigos. Miro el pulsador de fuego y lo oprimo, la ráfaga toma de lleno a la aeronave que comienza a desintegrarse en pequeños pedazos, veo en el MTV al tercer avión elevarse esquivando los restos en el aire del que lo precediera y trato de adquirirlo pero ya era tarde pues pasaba por sobre la base alejándose. Solo en el DT no podía realizar todas las actividades de combate; me preocupaba lo que éste podría haber hecho con sus armas. Por la radio le pregunto al vicecomodoro Pedrozo si había logrado descargar sus bombas sobre la Base y él me contesta que no y que apreciaba que el avión derribado podía llegar a ser propio. En ese momento llega Ferreyra corriendo agitado al DT, le digo –me parece Ferreyra que derribé un avión propio. El me responde –no puede ser mi subteniente, entraron en la zona de no vuelo y a muy baja altura. Fernández llegaba también en ese momento y si bien era mecánico radarista, lo dejo junto a Ferreyra en el DT y me dirijo al PC de la Base para salir de dudas. Al llegar le pregunto al vicecomodoro si el avión derribado era propio o enemigo y me responde que no sabía, que había mandado un helicóptero a reconocer.

Una angustia tremenda me invade, pasan los minutos más amargos de mi vida. Cuando el helicóptero regresa informa que se trataba de un avión propio. Sentía una fuerte opresión en el pecho y un nudo en la garganta, con la cabeza gacha y haciendo esfuerzo para no llorar, derramo en silencio las primeras lágrimas que se convierten en llanto cuando el capitán Re de la FAA me abraza y me dice: -calmate pibe, no es tu culpa, hiciste lo que debías, ellos no se dieron cuenta y volaron por donde no debían hacerlo.

Si bien en lo íntimo de mi ser sabía que había procedido correctamente y ajustándome a las órdenes y directivas existentes, no podía aceptarlo. Cuando me retiré del PC, me acompañaron hasta el DT algunos pilotos de Pucará los que me brindaron un gran apoyo moral y me permitieron levantar el ánimo.

A partir de ese día y por orden del vicecomodoro Pedrozo, los pilotos se turnarían entre ellos, para junto a mí, en el DT, colaborar en la identificación de las aeronaves. No mucho tiempo después viviríamos una situación similar a la anterior. Un A4 desorientado nos atacó como si fuésemos tro-

pas inglesas y al que no logramos identificar como propio hasta después de tirarle una ráfaga que pegó en tierra y lo obligó a desviar su trayectoria posibilitándonos en el momento del giro observar su ala delta y suspender el fuego de inmediato. Un desperfecto en un barómetro que nos proporcionaba los datos de presión para incorporar en la computadora del DT impidió que hiciéramos blanco y que la ráfaga fuera corta en alcance.

Ese día recé mucho, lo necesitaba. Mis hombres, mayores que yo en edad pero subalternos en jerarquía me daban ánimos y me palmeaban la espalda diciéndome – no se ponga así mi subteniente, usted hizo lo que debía... mire si eran enemigos, muchas vidas se hubieran perdido si no disparaba. Todas estas manifestaciones de afecto y camaradería me ayudaron a recuperarme.

Por la tarde casi entrando la noche soy llamado al PC, el vicecomodoro Pedrozo me comunica que el brigadier Castellanos quería hablar por radio conmigo desde Puerto Argentino. Establecida la comunicación éste me felicita por lo hecho hasta el momento y por el celo profesional puesto de manifiesto por mi sección en la Defensa Aérea de Pradera del Ganso y de la Base Aérea Militar Cóndor, exhortándome a continuar así. Luego de esto Pedrozo me repite que no debía sentirme culpable por lo ocurrido pues había procedido correctamente, que era una responsabilidad de los aviones propios no volar sobre áreas de no vuelo, defendidas por el fuego de la Artillería de Defensa Aérea, ordenándome continuar trabajando como lo habíamos hecho hasta ese momento. Todo esto alivió en parte mi pesar, pero sabía que en un próximo enfrentamiento seguramente estaría presente en mí la duda antes de presionar el pulsador de fuego; pero también sabía que no podía vacilar, que debía combatir todo avión que ingresase dentro del alcance de mis armas sin identificarse previamente, que dudar era perdida de tiempo, y son sólo segundos de los que se dispone para detectar, adquirir, identificar de ser posible y combatir un objetivo aéreo. Cualquier duda mía implicaría perdida de segundos con probables consecuencias terribles, como las muertes en el ataque aéreo del 1º de mayo.

A fines del año 1997, casi quince años después de Malvinas, mirando un programa de televisión grabado en las Islas Malvinas por un grupo de periodistas argentinos, vi por primera vez los restos del A4 derribado y a la esposa e hijos del piloto. No sé si tendré oportunidad de hablar algún día con ellos pero quiero expresar en estas líneas, mi dolor y reconocimiento por el coraje de ese valiente piloto que muriera como un héroe en las Islas Malvinas.

Del tiro antiaéreo al tiro terrestre

Las horas de luz se acortaban y las noches se hacían interminables. Durante el día, esperábamos a los Sea Harrier y por las noches, el fuego de la artillería naval, el desembarco o la incursión de tropas comando para destruir el radar. Descansar era al-

go que los ingleses no querían que hiciéramos y empleaban todo lo que tenían al alcance de sus manos para lograrlo.

Los días fueron pasando, el frío se hacia cada vez más intenso, la llovizna era permanente y que saliera el sol era todo un acontecimiento que, pese a facilitar los ataque aéreos enemigos, traía algo de luz y calor a nuestros lacerados cuerpos.

Desde el 12 de mayo y hasta los días previos al combate final en Puerto Darwin y Pradera del Ganso la aviación enemiga prefirió mantenerse a distancia y efectuar sólo vuelos de reconocimiento y hostigamiento. Pero el 21 de mayo tres Harrier a muy baja altura atacan nuevamente la Base y las posiciones del Regimiento de Infantería 12 (RI 12) en proximidades del Puesto Darwin. En esta oportunidad emplean una nueva táctica para su aproximación, lanzan cohetes con Chaff con el objeto de engañar el radar. Si bien en un primer momento logran hacerlo, ganando segundos valiosos, el engaño es descubierto y son recibidos no sólo por el fuego de mis cañones sino también por los cañones de 20 mm de la Fuerza Aérea próximos a la pista de aterrizaje, a los que había logrado alertar con suficiente antelación.

La cortina de fuego es tan intensa que los obliga a iniciar maniobras evasivas y a descargar sus armas sin precisión procurando alejarse. A pesar de que no logramos derribarlos, sus bombas cayeron lejos de nuestra Base y de las posiciones del RI 12, no ocasionando daños materiales ni pérdidas de personal.

Unos días después y entrada ya la noche, Ferreyra detecta un objetivo en la pantalla del radar que se aproximaba a muy baja velocidad desde San Carlos hacia las elevaciones al noreste de Darwin. Por la radio informo al PC.

- Nido, aquí ADA.
- Adelante ADA.
- Tengo un objetivo aproximándose desde el norte a muy baja velocidad, probablemente un helicóptero; pregunto si aeronaves propias se encuentran en el sector.
- Negativo ADA, manténgame informado.

La sirena de ataque aéreo se puso en funcionamiento y su agudo sonido penetró la oscuridad de la noche alertando a todos.

En el radar seguíamos con atención el desplazamiento del eco sin adquirirlo, hasta que vemos que desaparece aproximadamente a los 9 km y con rumbo 30 grados. El eco se había perdido, alertamos a la sección y nos dispusimos a combatir.

En el DT, la tenue luz roja de combate iluminaba el habitáculo; en la pantalla, sólo el cursor girando a 60 revoluciones por minuto...nada en el aire. Los músculos tensos y las manos sobre los comandos, esperando atentos la aparición del objetivo en cualquier lugar. Fuera, la noche cerrada, el frío y el viento soplando con su habitual rigor y mis hombres atentos en sus cañones.

Con Ferreyra pensábamos que se trataba de un helicóptero y esperábamos su aparición en cualquier lugar, esto nos tenía muy intranquilos. Diez minutos después el eco aparece nuevamente en la pantalla,

pero para sorpresa nuestra, lo hace en el mismo lugar donde había desaparecido y comienza a alejarse rumbo al norte; evidentemente se trataba de un helicóptero que había aterrizado allí. Por radio informo al Puesto de Comando (PC) lo ocurrido y transmito los datos de rumbo y distancia donde aterrizara el helicóptero. El vicecomodoro Pedrozo me pide me dirija al PC y allí con una carta topográfica y elementos de medición determino el lugar aproximado de aterrizaje.

No sabíamos de qué se trataba, pero la respuesta no se hizo esperar mucho tiempo. A las 2 de la mañana repetidas ráfagas de ametralladoras y explosiones aisladas quebraron el silencio de la noche. El cielo de un negro intenso se pobló con infinidad de líneas blancas producidas por las trayectorias de la munición trazante que tiraban sobre las primeras líneas de la infantería apostada en Darwin desde donde aterrizara el helicóptero momentos antes.

La respuesta fue inmediata y desde nuestro sector partió también un nutrido fuego de ametralladoras y armas portátiles. El intercambio de disparos duró aproximadamente unos quince minutos y luego el silencio total. Los ingleses estaban tanteando el terreno, esta exploración por el fuego les permitió obtener importante información.

Dado que los británicos ya habían desembarcado en San Carlos, estas acciones más la intensificación del fuego naval sobre las posiciones de infantería hacían prever un ataque terrestre de mayor magnitud todavía.

El 27 de mayo y después de mucho tiempo el sol brillaba, la belleza y tranquilidad del día se vio interrumpida por tres ataques sucesivos de aviones Harrier sobre las primeras líneas de nuestra infantería en Darwin. Los aviones no entraban en el alcance del material salvo en una oportunidad en que uno de ellos en el escape sobrevuela la Base siendo recibido por un nutrido fuego de mis cañones y de los cañones de 20 mm de Fuerza Aérea, explotando en el aire y a unos 5 km de nuestra posición sobre el mar. Luego de estos ataques y entrada la tarde se recibió nutrido fuego de artillería naval sobre la pista de aterrizaje y posiciones del RI 12.

Siendo aproximadamente las 2 de la madrugada del 28 de mayo se inicia un intenso fuego de artillería naval sobre las primeras líneas del RI 12. A éste le sigue el fue-

go de armas portátiles, la noche cerrada como otras tantas, permitía ver con claridad la trayectoria dibujada por los proyectiles trazantes.

En la posición no sabíamos qué estaba ocurriendo en el frente, pero evidentemente se estaba combatiendo contra efectivos mayores.

La mañana del 28 amaneció tranquila y clara, yo no poseía comunicación con las tropas de primera línea y no sabía que había ocurrido esa noche en Darwin. Por la radio me comunican que aviones propios atacarían a las tropas inglesas; minutos después veo aparecer dos Pucará provenientes de Puerto Argentino que descargan sus armas a unos 4 kilómetros de donde nos encontrábamos, en un primer momento pensé que se habían equivocado de blanco, pero no era así, los ingleses estaban allí, ya habían sobrepasado nuestras primeras líneas y se encontraban muy cerca de Pradera del Ganso. La Artillería de campaña propia, reforzada con coheteras de Pucará ingeniosamente montadas sobre un tractor y un caballete, abrían de inmediato el fuego sobre el sector detrás de las alturas previas a Darwin hasta que se cortaran las comunicaciones con el observador adelantado que corregía el fuego. Luego nuevamente el silencio y la incertidumbre.

Poco tiempo después, pequeñas bengalas, todas de un mismo color surgieron detrás de las elevaciones. De repente vemos aparecer allí tropas desplegadas en perfecta formación de cadena. Eran aproximadamente las 11 de la mañana, el día estaba claro, pero no podíamos distinguir si era propia tropa que se replegaba o tropas inglesas. El sector por el cual avanzaban era una leve pendiente de unos 2.000 mts de largo por 700 de ancho, libre de obstáculos, que se encontraba a un costado de la pista de aterrizaje y directamente al oblicuo derecho de mi posición, desde donde dominaba perfectamente toda su extensión. Esta altura, que descendía hacia una entrada de mar, luego comenzaba a elevarse hacia nuestro sector hasta la pista de aterrizaje formando una pequeña quebrada.

Cuando aparecen los primeros hombres establezco contacto radial con el PC. Desde allí me dicen que habían perdido todo contacto con nuestras primeras líneas y que no sabían si éstas eran tropas propias o inglesas. La respuesta no se hizo esperar, desde una pieza de artillería de la FAA que se encontraba en la pista dan la alarma, las tropas que avanzaban eran enemigas pues les estaban tirando. Para ese entonces yo ya me encontraba en uno de mis cañones de 35 mm que cubría ese sector operando como apuntador-disparador. Ordeno a mis hombres armar la mayor cantidad posible de peines de munición y a los cabos Rubina y Gallo ocupar los puestos de sirvientes de munición junto a mí. Inmediatamente busco con el visor de tiro terrestre de la pieza la concentración de tropas más próxima; aprecio unos 2.000 mts, quito el seguro del cañón, apunto al centro de la concentración, (unos 10 hombres aproximadamente) y presiono el pedal de disparo. El cañón bitubo, con una cadencia de 1.100 disparos por minuto resulta un arma mor-

tal y sumamente eficaz en el tiro terrestre. La ráfaga toma por sorpresa a los británicos, cuyos cuerpos quedan esparcidos sobre el terreno. Apreciando que no quedan sobrevivientes busco otro pelotón. Por la radio escucho al vicecomodoro Pedrozo, que desde el PC observaba el fuego de mis cañones, gritar: "¡Muy bien ADA, sigan así; denle duro!". Ante el aniquilamiento del primer pelotón el resto de las formaciones trataban de alcanzar la quebrada para quedar a cubierto del fuego del cañón, pero un largo trecho les quedaba por delante, y en el intento muchos dejarían la vida. Miro nuevamente por el anteojo de puntería del cañón y ubico a otro pelotón que había tomado el trote. Apunto adelante y presiono el pedal de disparo, los cañones comienzan a rugir nuevamente y toman de lleno al pelotón en avance, sus cuerpos quedan tendidos en el suelo. En el extremo más alejado veo otro grupo que al trote trata de llegar a la quebrada, apunto nuevamente y disparo, los cañones comienzan a rugir. Uno se traba, pero la ráfaga ya está en el aire y es certera. Inmediatamente el cabo Gallo salta a tierra y corre a sacar una vaina que se había trabado en recámara por el exceso de pólvora quemada en la misma. Teníamos que sacar esa vaina y debíamos apresurarnos pues pelotones aislados continuaban avanzando.

Reparado el cañón sigo tirando contra fracciones aisladas. Mis suboficiales me marcaban blancos rentables y los soldados acarreaban grandes cantidades de munición que se iba agotando rápidamente y formaba con sus vainas un gran montículo frente al cañón. De repente sentimos un silbido agudo, nos agachamos para tomar cubierta pues sabíamos que era un tiro de mortero. El proyectil impactó en el mar a unos 300 mts. de la pieza y no provocó daño alguno, no les dimos importancia pues caían lejos. El sargento ayudante Tarditi me indica que francotiradores habían alcanzado una escuela que se encontraba a unos 700 mts. Efectivamente, cuando miro por el anteojo de puntería de la pieza veo fogonazos de armas portátiles que salían de las ventanas; apunto a la base de la estructura de dos pisos y disparo una, dos, tres ráfagas. Pedazos completos de la estructura desaparecen al hacer impacto los proyectiles y comienza a incendiarse; minutos después sólo quedaban partes de la estructura metálica y cañerías pues el resto que era madera había sido consumido por las llamas. A todo esto, los tiros de mortero se aproximaban cada vez más a la posición, le ordeno a mi gente que tome cubierta y el cabo 1ro Di Salvi me contesta: "¡no se preocupe mi Subteniente, tiran como la mona, están pegando todos en el mar!". En la pendiente ya no se veían avanzar tropas, salvo por ahí uno o dos hombres que a la carrera trataban de llegar a la quebrada. La última ráfaga que tiraría con el cañón fue dirigida a un pequeño pelotón que en el extremo más alejado de la elevación se movía para rodearnos, pero con tanta mala suerte que un proyectil pegaría en un poste y rebotaría, incrustándose en el grupo electrógeno, dejándome sin energía. Inmediatamente nos dirigimos a la otra pieza para tomar su grupo electrógeno.

El avance por ese frente quedó frenado, evidentemente les habíamos causado muchas bajas.

Los morterazos comenzaron a caer con mayor intensidad y precisión. Mientras tratábamos de trasladar el grupo electrógeno del otro cañón sentimos el silbido de un proyectil que se acercaba, todos nos tiramos cuerpo a tierra y esperamos lo peor. El impacto se produjo a unos 100 mts. de donde nos encontrábamos y a 5 mts. de la pieza desde la que habíamos estado tirando hacía unos minutos. El estampido fue ensordecedor y pensé que podía haber herido a alguien, pero por suerte una casa paró las esquirlas y sólo dañó el material.

Ante el cariz que había tomado la situación, la imposibilidad de hacer uso del cañón y el grave riesgo al que se veía expuesto mi personal en ese momento, ordeno tomar cubierta en los pozos de abrigo. No habíamos terminado de tomar cubierta cuando un Harrier se desprende de entre los cerros y suelta una bomba beluga sobre el cañón, pero con tan mala puntería que la mitad del ramillete de bombas cae en el agua y el resto a unos 80 mts de la pieza.

Tiempo después, una publicación británica comentó al respecto: "En el lado más alejado de Goose Green, en una estrecha lengua de tierra que avanza hacia el este, había unos cañones dirigidos por radar que llevaban todo el día acosando al Regimiento 2 de Paracaidistas; cuando por fin dejó de llover Keeble organizó una incursión aérea con los Harrier. Tres Harrier aparecieron por el oeste lanzando paquetes de bomba antipersonales que estallaron con fuerza estremecedora. Después de esto – comenta Keeble-, disminuyó notablemente la intensidad de la batalla. Entonces tuve por primera vez la sensación de que habíamos ganado, de que contábamos con la victoria. Estaban rodeados, era como la última resistencia del general Custer" (1).

Luego de esto se estableció contacto radioeléctrico con los británicos y se acordó la rendición.

Lo ocurrido en Pradera del Ganso durante toda la campaña y muy especialmente lo narrado años después por miembros del Regimiento 2 de Paracaidistas me lleva hoy a sacar las siguientes conclusiones: respecto del accionar de los pilotos británicos, no cabe la menor duda que por encuentros anteriores conocían muy bien la eficacia de los cañones de 35 mm a los que temían y lo que los llevaba a atacar con sumo cuidado y probablemente mucho nerviosismo por lo que nunca, salvo el 1° de mayo, lograron con sus bombas alcanzar blanco alguno y producir bajas en el personal; en relación al ataque con tres Harrier a una pieza aislada durante el combate final en Pradera del Ganso pone de manifiesto las pérdidas de vida que con ella les ocasionamos -que nunca reconocieron-, cuánto daño les produjimos y cuánto dificultamos su ataque, porque se vieron obligados a emplear tres Harrier para atacar una pieza aislada, blanco normalmente poco rentable para poder vislumbrar recién a partir de ahí una posible victoria.

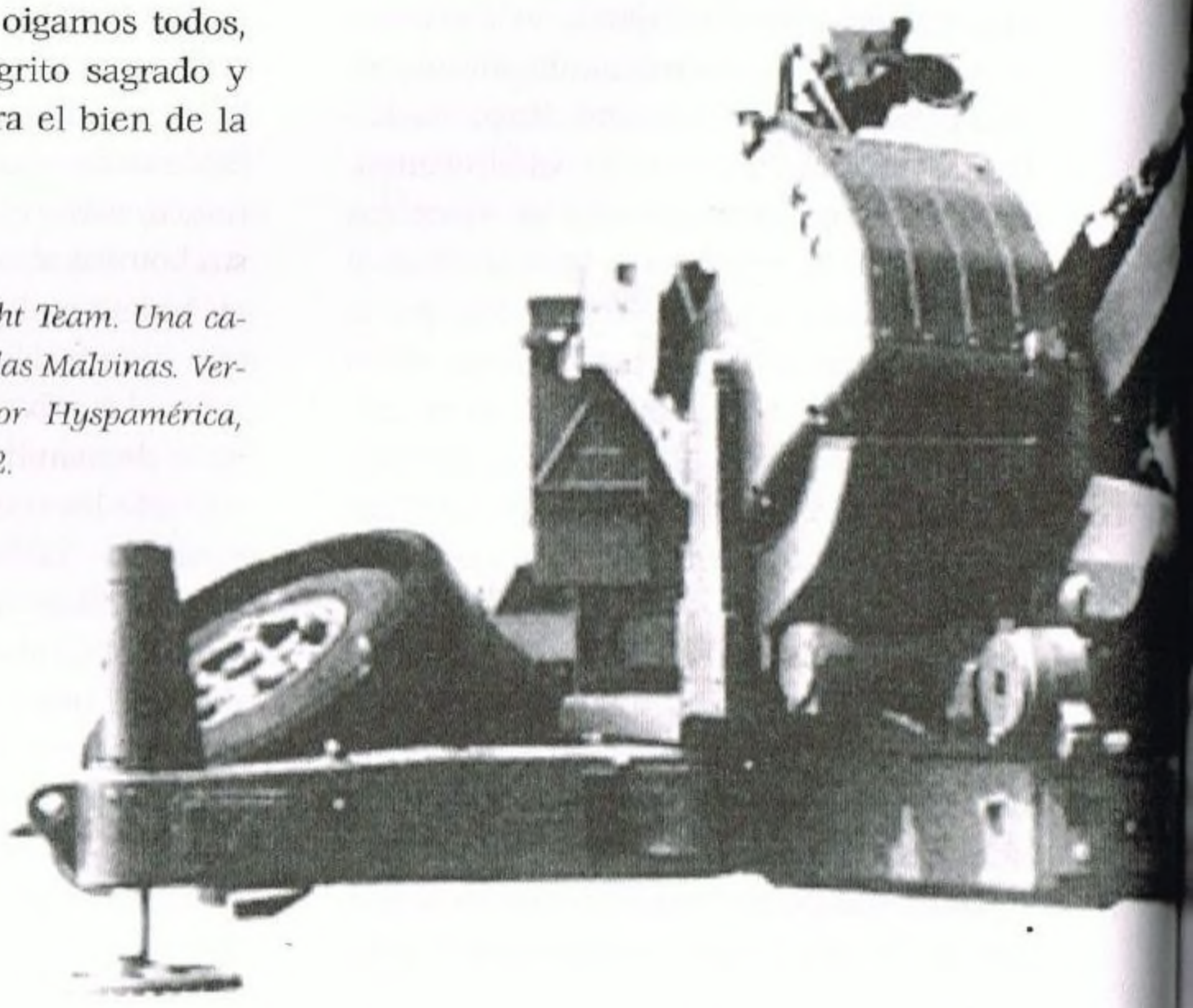
Epílogo

Hay muchas penas, por supuesto pero no hay olvido para nadie, pues el epílogo de este capítulo, de esta historia cerrará cuando nuestro barco patrio ancle entre las olas de las Islas y le devolvamos el nombre, la bandera y el cantar -como dijera el poeta José Pedroni- con toda la sangre de nuestros jóvenes héroes hecha río en sus venas de tierra madre y con todos nuestros derechos soberanos.

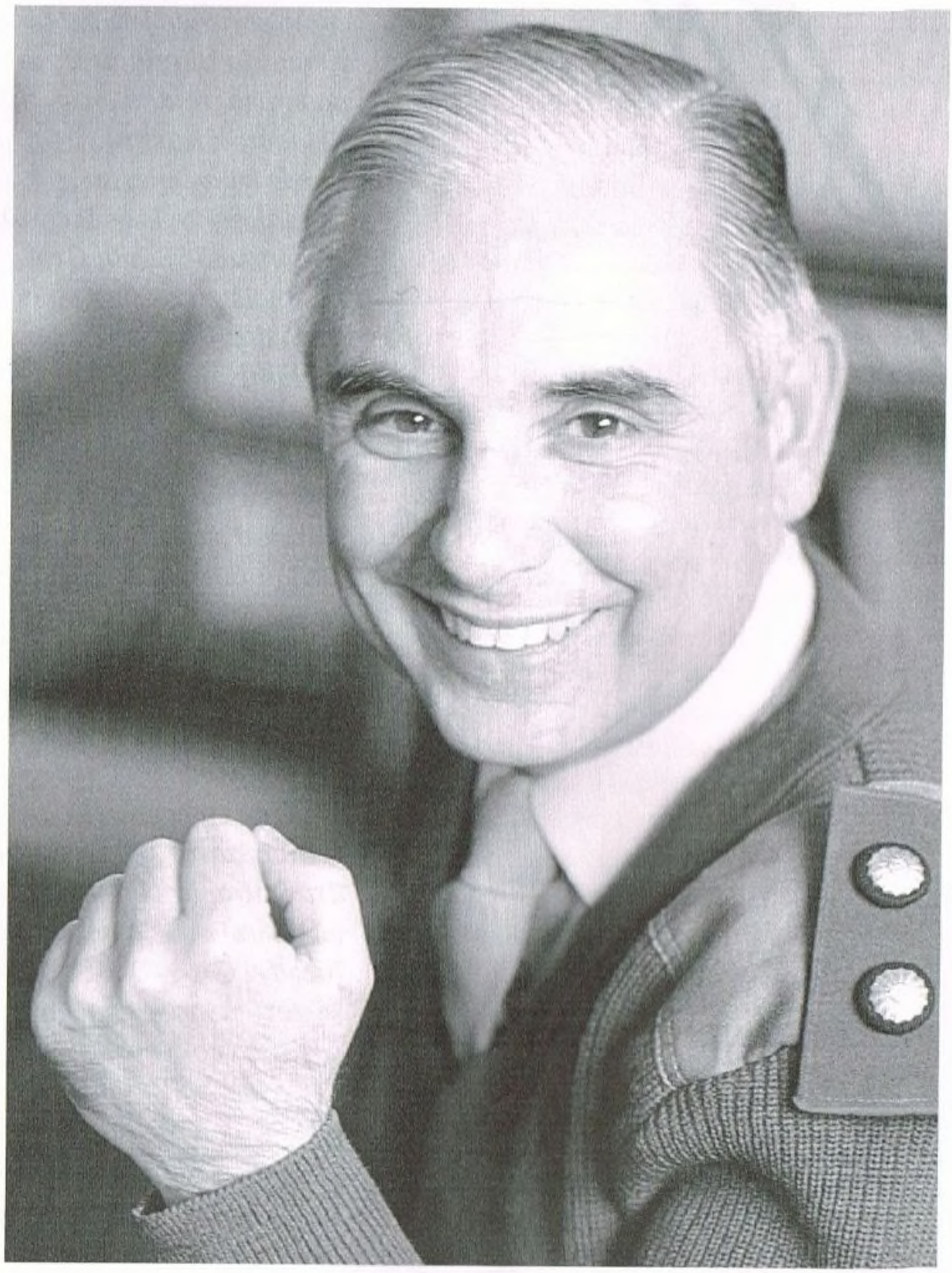
Esa es la sangre que clama con su mudo lenguaje la proeza de una victoria definitiva, certera y justa que sigue dormitando entre aquellos héroes y nosotros.

Desde su cautiverio y en un silencioso grito las Malvinas nos claman libertad, libertad, libertad, para que oigamos todos, el mundo y nosotros, su grito sagrado y universal de salvación, para el bien de la Patria. Ojalá así sea.

(1) The Sunday Times Insight Team. Una cara de la moneda. La Guerra de las Malvinas. Versión en castellano editada por Hyspamérica, Buenos Aires, 1983. Página 342.



El mayor Claudio Braghini (42) se desempeña actualmente como segundo jefe del Grupo de Artillería Blindado 11, la más poderosa unidad en su tipo de la Patagonia Austral.
Desde su asiento en Comandante Luis Piedrabuena, provincia de Santa Cruz, nos ha hecho llegar su testimonio para esta edición de Así peleamos Malvinas.
Braghini, que había egresado a fin de 1980 del CMN como subteniente de Artillería, cumplía su primer destino en el GADA 601 de Mar del Plata cuando fue movilizado con éste a Malvinas. Tras el conflicto, pasó a desempeñarse como instructor y jefe de sección en el GADA Mixto 602 y luego, como teniente en el GA 11 de Comandante Luis Piedrabuena. Tras cumplir con otros destinos, como la Escuela de Artillería y luego el GA 1, en 1998 regresó a Piedrabuena, donde la unidad se había convertido en el Grupo de Artillería Blindado 11. Está casado con María Alejandra González Alonso y tiene una hija, María Carolina, de 15 años.



No íbamos a un paseo

Por el teniente coronel
Luis Antonio Caballero

En momentos de publicarse este libro el teniente coronel Caballero revista en el comando del Segundo Cuerpo de Ejército, en Rosario. Este capítulo está hecho con sus recuerdos de la campaña de Malvinas, en la que siendo un joven teniente primero estuvo al frente de la batería de tiro "A" del Grupo de Artillería 3, de Paso de los Libres, Corrientes.

Todos estábamos convencidos de que íbamos a combatir y no a un paseo. Esa convicción nos la transmitió desde el primer momento el jefe de la Unidad, el teniente coronel Martín Balza.

El 2 de abril a la mañana, el jefe del Grupo de Artillería 3, reunió a todos los oficiales de su Unidad y nos expresó que estaba alegre por la noticia de la recuperación de las Malvinas y a la vez preocupado por el devenir de los acontecimientos, estaba seguro de una violenta reacción de los ingleses que sintetizó con la siguiente expresión "... le habíamos pisado la cola al león...".

Nadie quería quedarse

El sargento ayudante (R) Garnica, que reside en Paso de los Libres, al enterarse de que la Unidad se estaba alistando para salir hacia el sur, se presentó espontáneamente en el cuartel sin haber sido convocado, se vistió con uniforme de combate y participó en los preparativos trabajando sin descanso día y noche, ayudando a alistar el material de artillería, cocinas de campaña y todos los efectos que requerían de sus conocimientos y habilidades como mecánico de artillería.

El día de la partida subió al tren y no quería bajarse, deseaba acompañarnos, fue necesario que el jefe de la Unidad lo convenciera personalmente de que no podía llevarlo. Se quedó triste, sentimos que no nos pudiera acompañar, todos sabíamos de sus aptitudes y le teníamos un gran aprecio.

Una actitud similar a la de ese suboficial, tuvo el teniente 1ro Taverna quien era el jefe de la Batería Comando. Taverna no se resignaba a quedarse en el cuartel, tenía una de sus piernas enyesada por una lesión, no estaba en condiciones de realizar las actividades de campaña. El día previsto para la partida, se sacó el yeso y rengueando muy dolorido, se colocó a la cabeza de su subunidad para marchar a embarcar en el tren que nos transportaría hacia el sur. El jefe de la Unidad debió reiterarle la orden de quedarse en el cuartel pese a los deseos e insistencia de ese oficial.

Los primeros días en Puerto Argentino

El 13 de abril, aproximadamente a las 7 de la mañana aterrizó en el aeródromo de Puerto Argentino el avión Hércules C-130 que transportaba de mi batería a 15 hombres y casi todo el material (6 cañones Oto Melara, 1 Jeep, parte de la munición, equipos para comunicación, telémetros láser, etc.). El resto llegaría más tarde en otro avión desde Río Gallegos.

Pisar por primera vez suelo malvinense fue una emoción indescriptible.

La plataforma y los sectores circundantes estaban atiborrados de material militar de todo tipo, era un caos.

El comandante del avión rápidamente me hizo salir de mi estado emocional y volver a la realidad, diciéndome: "...haga descargar a la brevedad el avión que debo regresar a Bahía Blanca para traer la otra

batería". Miro a mi alrededor buscando personal con el equipamiento adecuado que se encargará de la operación de descarga, pero para mi decepción y como primera muestra de imprevisión logística, nada ni nadie estaba disponible para esa tarea, por lo que los 15 tuvimos que descargar las aproximadamente 16 toneladas de carga; lo mismo le había ocurrido a la Batería de Tiro "B" que había llegado a la madrugada. Afortunadamente conseguimos en la plataforma un acoplado que nos fue de gran utilidad, asimismo la tarea fue extenuante, todos trabajamos por igual sin distingo de cargos o jerarquías.

Los últimos días de abril el jefe de la unidad nos ordenó a los jefes de batería que a partir de ese momento el 75 por ciento del personal debía permanecer despierto y alistado para entrar en combate durante la noche, luego descansaría durante el día relevado por el otro 25 por ciento que descansó en la noche. Nos expresó que estaba convencido de que los combates serían nocturnos pues los ingleses estaban equipados e instruidos para ese tipo de combate; eso les daría una marcada ventaja que seguramente no desaprovecharían.

El descanso diurno no se pudo cumplir adecuadamente porque durante las horas de luz se las aprovechaba para la reparación y mejoramiento de la obras de fortificación, ya que sin lugar a dudas seríamos blanco de los ataques de la artillería y de la aviación enemiga. Desde el 1° de mayo el trabajo nocturno fue muy limitado por el fuego de los cañones navales.

Desde ese día casi todas las noches las posiciones de Puerto Argentino eran sometidas a un intenso fuego naval, su acción era muy perturbadora, todos sentíamos la impotencia de no poder responder a esos ataques por no contar con el material adecuado.

El tiro contra las fragatas

El teniente 1ro Rey del Castillo, jefe y operador del radar de vigilancia aérea del GADA 601, logra detectar en su pantalla la presencia de las fragatas inglesas cuando éstas se encontraban a menos de 40 kilómetros de Puerto Argentino, y determinar la distancia y el azimut de su posición, lo que era confirmado por un radar de vigilancia terrestre RASIT del GA 3. Datos suficientes para poder hostigarlas con los dos cañones de 155 mm que llegaron a mediados de mayo, uno por noche.

La noche siguiente a la llegada del primer cañón de 155 mm se abre el fuego contra los buques ingleses. El estampido de boca del primer disparo provoca tal alegría en los soldados correntinos que al unísono y en forma espontánea todos dieron un fuerte "sapucay"; a partir de esa noche todos estábamos de mejor ánimo. El ronco tronar de los cañones de 155mm levantaba el ánimo, ya no nos sentíamos tan indefensos. La mayor efectividad de esos cañones fue en la moral de la tropa.

El procedimiento consistía en fijar topográficamente, sobre una cartografía de escala 1 : 25000 (dejada por los británicos), la ubicación de los radares y de los dos caño-

nes. Luego, gráficamente con los datos que proporcionaban los observadores desde los radares, se determinaba en el Centro de Dirección de Tiro el ángulo de elevación y la deriva. Cuando se le tiraba a un buque en movimiento se incluían para los cálculos los datos de su velocidad y derrota, como así también la duración de la trayectoria de los proyectiles que se les disparaba. Este procedimiento no era del todo escolástico, formaba parte del "ingenio bélico criollo", que resultó efectivo.

La observación aérea

En la mañana del 11 de junio, en plena batalla de Puerto Argentino, recibí la orden de presentarme de inmediato en el puesto comando de mi unidad, el Grupo de Artillería 3, distante unos 150 metros del mío. En cuanto llegué, el jefe de la Unidad me dijo que hasta el momento habían sido infructuosos los esfuerzos para localizar, con cierta precisión, las posiciones de la artillería inglesa. Carecíamos de radares de adquisición de blancos, y además del dispositivo enemigo estaban las elevaciones que compartimentaban el terreno. La artillería británica batía, en forma precisa, nuestras posiciones de primera línea e instalaciones más adelantadas en un evidente, sistemático e inusual -por lo prolongado- fuego de preparación (ablandamiento).

La noche anterior había sido destacado el capitán Cordero -también del GA 3- para tratar de localizar las baterías inglesas utilizando un helicóptero. En cuanto éste estuvo en el aire -probablemente había sido detectado por los radares ingleses- la artillería enemiga dejó de tirar, por lo que le resultó imposible cumplir con su misión ya que solamente se la podía localizar si delataba su posición haciendo fuego.

Luego de ponerme al tanto de la situación, que en general conocía, el teniente coronel Balza me impuso de la misión: "Localizar, con la mayor precisión posible, las posiciones que ocupaban las baterías enemigas, a fin de neutralizarlas, mediante el fuego de contrabatería o el ataque de nuestra aviación".

Me alisté y concurrí al helipuerto, donde me esperaba el entonces teniente 1ro Martín Rubio, que con su helicóptero Augusta A-109 me transportaría. Antes de despegar coordinamos el procedimiento que emplearíamos. Este sería improvisado y rudimentario para poder suplir la falta de medios técnicos adecuados para esa tarea. Ninguno de nuestros helicópteros estaba equipado con telémetro láser ni con los visores giroscópicamente estabilizados.

El procedimiento consistía en elevarnos a determinada altura sobre un accidente del terreno que estuviera claramente identificado sobre mi carta (mapa) y, desde allí observar hacia la profundidad del dispositivo enemigo en busca de fogonazos o de humo que delatase sus bocas de fuego cuando éstas disparaban. A ellas les determinaría el rumbo con la brújula de la aeronave y por medio de la carta fijaría la distancia.

Este era un procedimiento propio de la maquinaria bélica criolla, como jocosa-

mente acostumbrábamos a llamar, en el GA 3, es decir cualquier método utilizado no escolástico que nuestro ingenio ideara a fin de superar el problema que provocaba la falta del medio técnico adecuado para cumplir con una determinada misión.

El piloto escuchó atentamente mi plan; cuando terminé de exponérselo, le pregunté qué le parecía -descartando que estaría totalmente de acuerdo conmigo y que sería factible su ejecución- a lo que me respondió que él haría lo que le pidiese pero se presentaría un solo inconveniente. Dicho inconveniente sería, ni más ni menos, el mantenernos estáticos en el aire observando. Esto se tornaba en algo casi imposible pues seríamos un fácil blanco para los aviones enemigos que sobrevolaban constantemente la zona como así también para los misiles británicos disparados desde tierra. Considerando esta advertencia, acordamos cumplir el plan con las siguientes variantes: elegí tres puntos sobre los que nos elevaríamos para observar permaneciendo suspendidos sobre ellos unos 20 segundos, luego bajaríamos rápidamente hasta unos 5/10 metros del suelo, ejecutando una serie de maniobras evasivas para engañarlos con respecto al próximo lugar desde donde nos elevaríamos.

Ya en vuelo, en la quinta o sexta vez que nos elevamos, alcanzamos a ver a lo lejos unas pequeñas columnas oblicuas de humo grisáceo claro a las que identifiqué de inmediato; provenían de una batería de cañones ingleses que estaban haciendo fuego, entonces las marqué en mi carta. A los pocos minutos alcancé a localizar cuatro posiciones del orden de una batería cada una. ¡Estaba eufórico! No podía creer que ellos me facilitaran tanto la tarea señalándome dónde estaban.

Luego de mi primer contacto por radio, desde el helicóptero al puesto de comando del grupo, comencé a tener dificultades para comunicarme, probablemente, por la interferencia radioeléctrica del enemigo.

Ante esos problemas en las comunicaciones decidí bajar para informar sobre las posiciones localizadas, luego volver a subir e intentar reglar el fuego de contrabatería y ubicar otras baterías. El piloto me dejó a escasos 20 metros del puesto de comando del Grupo de Artillería 3, donde le marqué a mi jefe, sobre la carta, la ubicación de las

Caballero recibe por radio las coordenadas que le pasa un observador adelantado y se apresta a corregir el tiro de su batería

posiciones enemigas. Éste me ordenó que me quedara en tierra, dando por cumplida mi misión. El cielo se había cerrado mucho, por lo que tendría muy poca visibilidad.

Los dos cañones de 155 mm que disponíamos a los pocos minutos abrieron fuego sobre las posiciones de la artillería inglesa. Los efectos logrados no pudimos apreciarlos por la falta de observación propia pero al término de la guerra el propio enemigo confirmaría la precisión de los mismos.

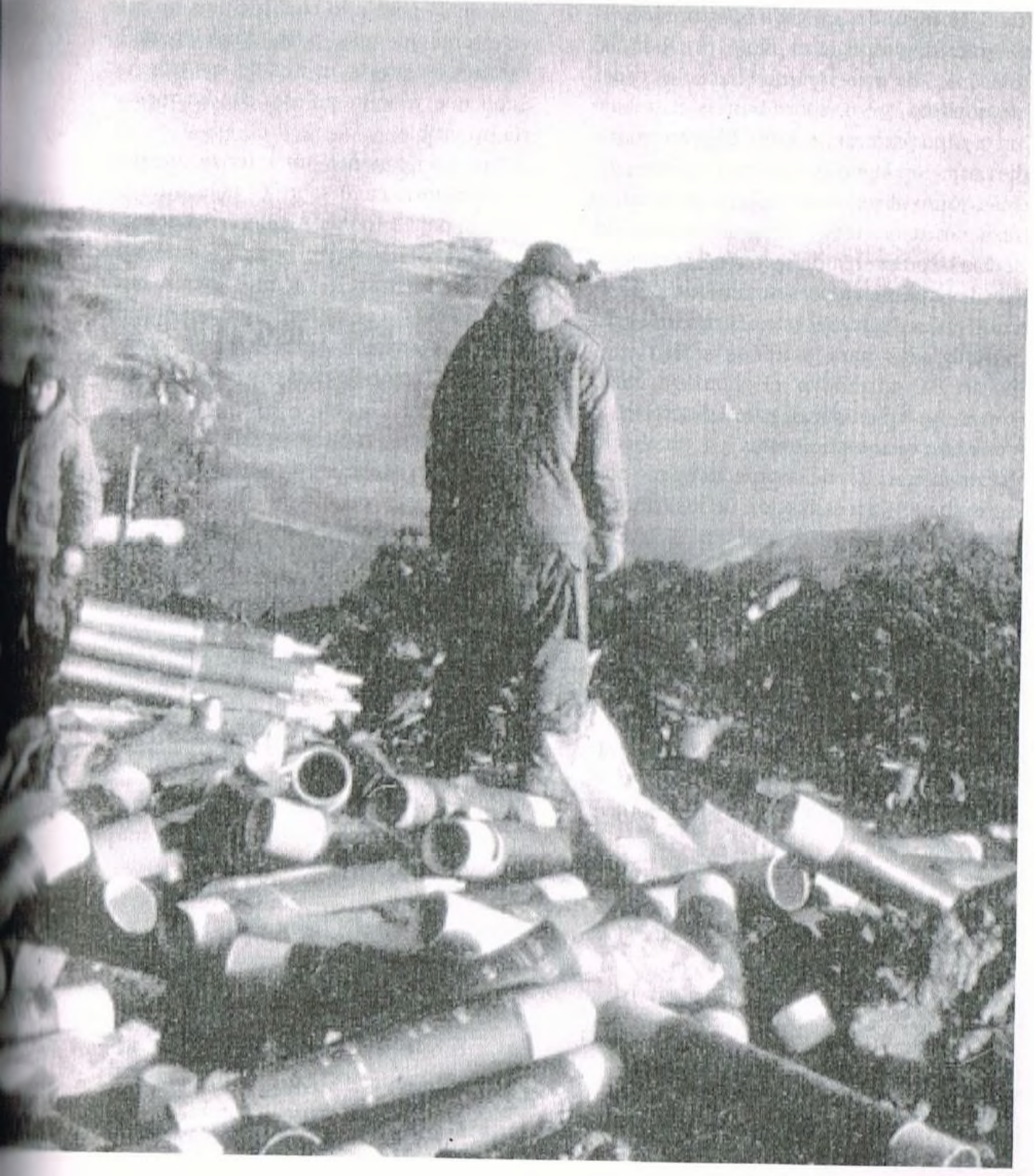
Dos días después, el 13 de junio, mientras cumplía misiones de fuego al mando de mi batería, fui llamado al puesto de comando. Allí el jefe de Grupo me impartió órdenes similares a las que recibiera dos días atrás: "Alístese, deberá tratar de ubicar las actuales posiciones de la artillería inglesa en los sectores oeste, noroeste y sudoeste. En unos pocos minutos vendrá un helicóptero a buscarlo".

Luego de decirle que comprendía claramente la orden, le pedí que me asignara el mismo helicóptero y piloto con los que el día 11 había cumplido similar misión. Esto facilitaría notablemente mi cometido ya que el teniente 1ro Rubio conocía el procedimiento a emplear y yo, las capacidades de ese helicóptero.

Mi jefe me despidió deseándome suerte en el cumplimiento de la misión.

En esa oportunidad la situación era más desfavorable que la del día 11. El enemigo ya ocupaba las alturas próximas a Puerto Argentino y su actividad aérea sobre nosotros era muy intensa. Ahora podíamos permanecer elevados para observar, no más

"Trataban de consumir el último proyectil, antes de que saltaran sus cañones por el aire, lo que iba a ser el final..."



de 8/10 segundos en cada oportunidad.

Antes de despegar el piloto, el suboficial mecánico de aviación (que hacía las veces de copiloto) y yo, coordinamos el trabajo en equipo para esta misión. El primero me llevaría donde yo le indicara, quien además, junto al segundo vigilaría permanentemente hacia todas direcciones para detectar la presencia de aviones enemigos o misiles que nos atacasen, aunque éramos concientes de que, si esto ocurría, nuestras posibilidades para eludirlos serían muy pocas. Por tal motivo, el piloto ejecutaría constantes maniobras para anticiparse a cualquier ataque mientras yo trataba de hacer abstracción de la situación y me concentraba en la localización de los cañones ingleses. El suboficial, además, me auxilió en la lectura de los rumbos. "En esta misión, cada cual atendería su juego...".

El helicóptero subía y bajaba haciendo bruscas maniobras. En cada una de sus evoluciones, recuerdo que el piloto entonaba una canción que había sido muy popular el verano anterior, lo escuchábamos por los intercomunicadores de nuestros cascos y eso relajaba algo las tensiones y nos tenía animados.

Cada vez que estábamos sobre alguno de los puntos de referencia que había elegido, le pedía al piloto que mantuviera la máquina estática durante algunos segundos más para poder observar mejor. Él así lo hacía, a la vez que me advertía que si no me apuraba nos iban a derribar en cualquier momento. La acción del enemigo nos impidió seguir cumpliendo, por más tiempo, con la misión. En ese instante la visibilidad era muy mala pese a lo cual hicimos un nuevo intento que resultó fructífero y pude localizar con precisión tres de sus baterías. Subir nuevamente en esas condiciones sería imposible.

Simultáneamente, un intenso fuego de contrabatería cayó sobre el puesto de Comando del Grupo de Artillería 3 y sobre la Batería de Tiro "A" (mi batería). Allí no podíamos aterrizar, lo hicimos en un lugar más alejado. Por tierra, rápidamente, me dirigí a la posición de mi unidad para indicar la ubicación de esas tres baterías inglesas.

A los pocos minutos, nuestros cañones de 155 mm se hicieron cargo de ellas. Una fue silenciada de inmediato, de las otras no se obtuvo mayor información.

Además de las baterías que había localizado con bastante precisión, pude observar que el cuadro de situación de las posiciones de la artillería enemiga, pasando el mediodía del 13 de junio, era el siguiente:

-Al norte y noroeste de monte Longdon: 2 baterías.

-En las inmediaciones de monte Kent: 2 o 3 baterías.

- Próximas al camino que une Puerto Argentino con Fitz Roy (que corre paralelo al monte Challenger) se encontraban 3 baterías: 1 al pie del monte Wall, otra a unos 800 metros más al sudoeste y la última, al noreste del Bluff Cove Rincón.

Todas sus posiciones estaban ubicadas muy dispersas y en desenfilada, a cubierto en valles, hondonadas o detrás de cerros. Empleando helicópteros, cambiaban rápidamente el emplazamiento de sus caño-

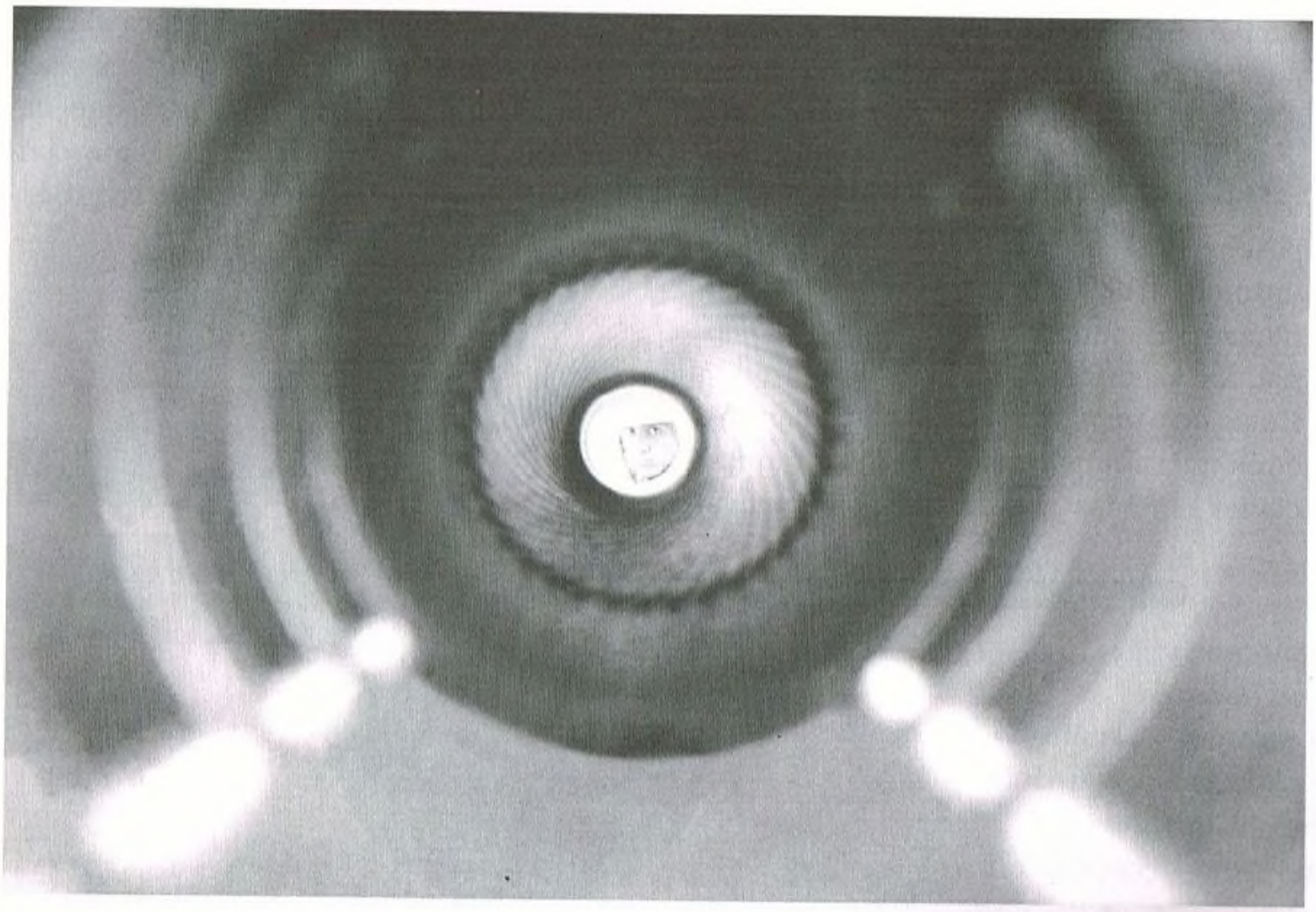
nes. Evidenciaban, a no dudarlo, un alto grado de profesionalismo.

Además, debe destacarse la pericia y el temple puesto en evidencia por el piloto del helicóptero que me transportó tanto como el de su copiloto, quienes posibilitaron estas misiones.

Los duelos de artillería

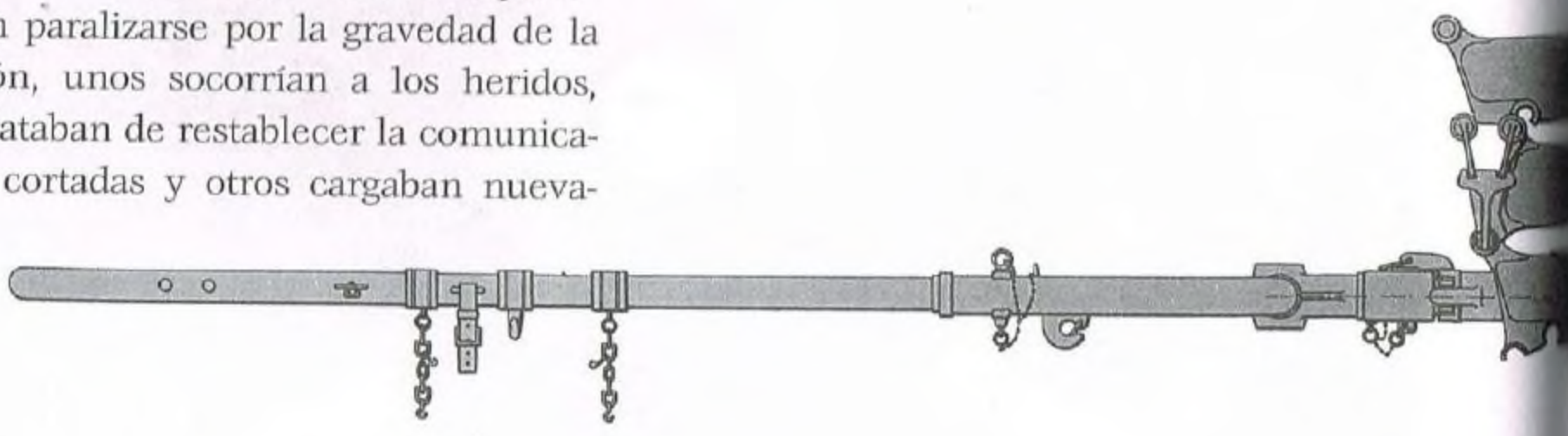
El mismo día 13, luego de informar los resultados de la misión que cumplí como observador aéreo, me dirigí a la posición de mi batería para reasumir el mando, el cual durante el breve período en que estuve ausente había quedado a cargo del teniente Marcelo Acosta. Cuando tan solo faltaban unos pocos metros para llegar a mi puesto comando, oí el silbido de los proyectiles de la artillería británica que venían cayendo. Todos corrieron a sus respectivos refugios; yo al mío pero éste ya no existía, unos minutos antes había sido destruido por el fuego de contrabatería. En esos momentos alcancé a escuchar al teniente Acosta que me gritaba: "¡Por acá, mi teniente 1ro!", en largas zancadas llegué

Vista del interior del tubo estriado de un obús Oto Melara



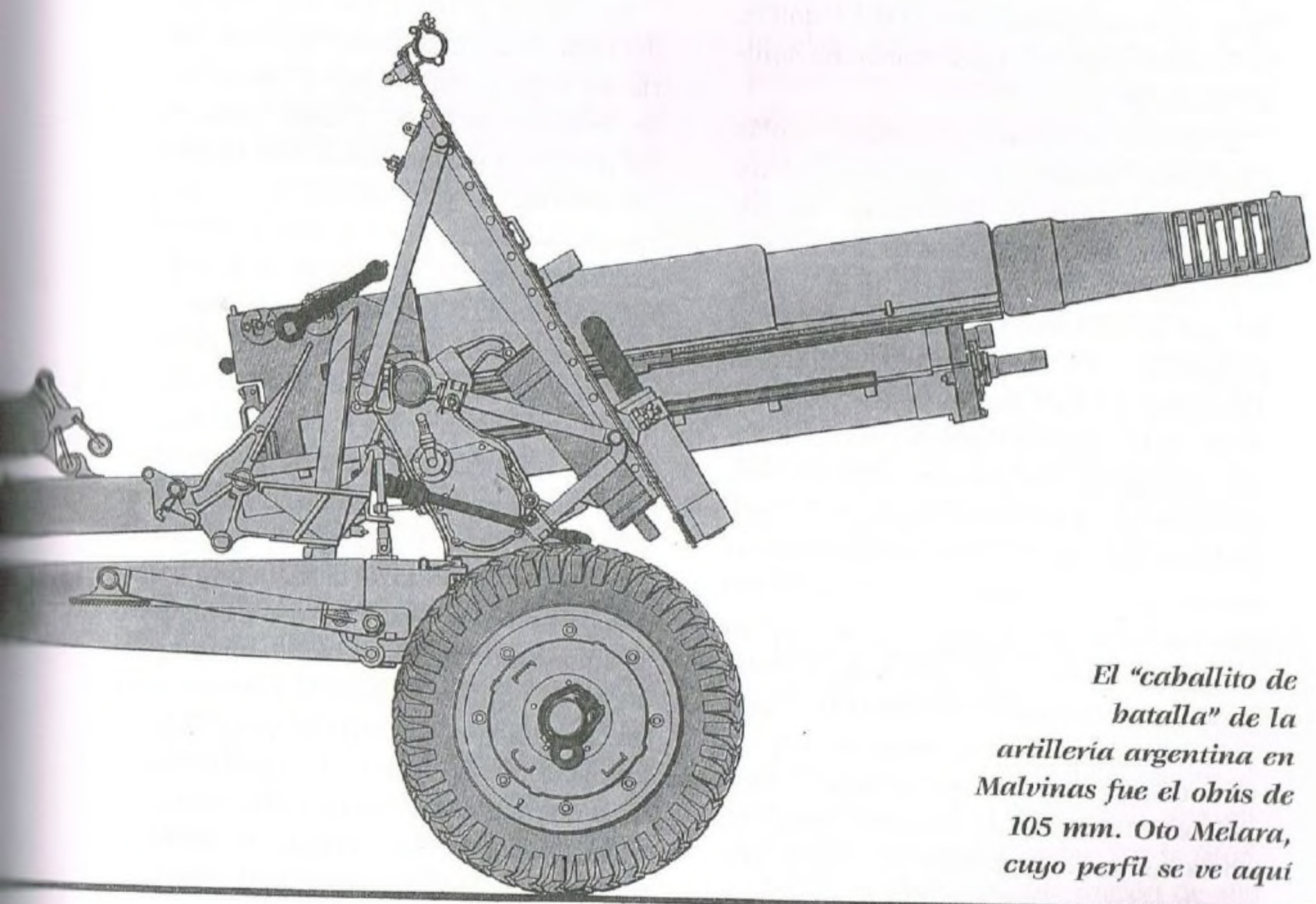
hasta él. Ambos nos tiramos detrás de una pequeña lomada de turba, junto a los sargentos 1ro Zambrano, computador principal de mi Centro de Dirección de Tiro, y Corradini, mecánico de artillería. No alcancé a apoyar mi cuerpo sobre la turba cuando comenzaron a explotar sobre toda la posición de la batería los proyectiles del enemigo. Durante varios minutos se sucedieron ráfaga tras ráfaga. El fuego alcanzaba también al puesto Comando del Grupo. En medio de ese infierno de explosiones, silbidos de proyectiles y esquirlas que pasaban por sobre nuestras cabezas, turba y fragmentos de materiales que saltaban por el aire, el teniente Acosta me informó que hacía unos minutos que los ingleses nos habían provocado varios heridos entre nuestro personal. Él más grave parecía ser el sargento 1ro Quinteros, con una esquirla en la cabeza. También nos habían destruido importante material y ardía un depósito donde teníamos parte de nuestra munición de armas portátiles. Hubo muestras de mucho valor en todo el personal. Sin paralizarse por la gravedad de la situación, unos socorrían a los heridos, otros trataban de restablecer la comunicaciones cortadas y otros cargaban nuevamente los obuses para ponerlos en acción. Sus pequeñas figuras se engrandecían entre tanta magnificencia. Entre ráfaga y ráfaga, a los gritos interrogué a mis jefes de pieza sobre la situación de su personal y material. Uno a uno, desde los refugios me contestaron: "¡sin novedad!". Luego de hacerlo el último, se escucharon fuertes "sapukay" que emitieron los soldados correntinos, festejando nuestra buena suerte.

En una de las tantas ráfagas enemigas que cayeron sobre nosotros, vi que uno de los proyectiles penetró en el pozo de protección del personal de la segunda pieza (cañón), destruyéndolo totalmente. No podía acercarme hasta allí, los proyectiles seguían cayendo, yo estaba a unos 15 metros de distancia y llamaba a los gritos al cabo Bazán, jefe de esa pieza, que con sus cinco sirvientes se protegían allí, para que me informara cómo estaban. Nadie me contestaba, temía lo peor en cuanto se produ-



jo una pausa de fuego; vi salir la cabeza del cabo Bazán del pozo de la pieza del cabo Rodríguez, y me gritó: "No se preocupe mi teniente 1ro, estamos todos bien, con mis soldados para protegernos vinimos a este lugar, porque nuestro pozo estaba totalmente inundado, estamos un poco apretados con los de la primera pieza pero nada más". Nos miramos con el teniente Acosta y comenzamos a reírnos, habían salvado sus vidas por estar el pozo inundado.

Pasado esto tomé el teléfono de campaña e informé al puesto comando del jefe del Grupo de Artillería 3, que ya estábamos ocupando nuestros puestos y sin novedad. Me preguntaron sorprendidos: "Pero,...¿seguro sin novedad?", le contesté: "Sí, sin novedad". No lo podían creer, seguidamente me pasaron misiones de fuego que comenzamos a cumplir, pero de inmediato tuvimos la respuesta británica, otro



El "caballito de batalla" de la artillería argentina en Malvinas fue el obús de 105 mm. Oto Melara, cuyo perfil se ve aquí

fuego de contrabatería. Nuevamente, sin novedad. Ellos hacían una pausa, y salíamos nosotros y les disparábamos varias ráfagas. Luego, nuevamente ellos. Y así durante largo tiempo.

Recuerdo que el teniente 1ro Furque, oficial de la Batería B, cada vez que salíamos a tirar nosotros, después que nos batiera un fuego inglés, decía por el teléfono: "Ahí salen los muñecos marineros a la replica!". "Muñeco Marino" era el apodo de la batería "A". Nos lo habían colocado desde hacía un tiempo los de la Batería "B".

Sabía que las baterías del Grupo de Artillería Aerotransportado 4 y la del Batallón de Infantería de Marina 5 estaban en similar situación.

Escribió al respecto el periodista Nicolás Kasanzew: "Asistimos a otro duelo entre cañones 105 mm"... "El combate era un ping pong letal entre piezas de artillería".

El ex-teniente de Artillería Juan Cardozo, que se encontraba en las alturas de la Península de Camber, escribió en el diario *La Prensa* del 3 de abril de 1983: "La cortina de fuego inglesa avanzaba en duelo feroz y desparejo con nuestra artillería. Desde nuestras alturas veía al Grupo de Artillería de Paso de los Libres accionando sus piezas entre las explosiones". "Las bombas que estallaban por momentos parecían un trueno continuo, pero Quevedo y Balza conseguían mantener sus piezas en acción y nuestro fuego de respuesta, me parecía que se hacía más intenso, como si el olor a pólvora funcionara de excitante. Trataban, obviamente, de consumir el último proyectil antes de que saltaran sus cañones por el aire, lo que iba a ser el final. No hacía falta estar bajo esa cortina de muerte para saberlo. Con calcular los disparos por minuto contra la superficie de la franja que hacía de blanco, se sabía cuando acabarían con ellos".

Cuando se replegó la batería "C", tres de sus piezas se agregaron a la batería "B" y tres a la "A". A partir de ese momento mi batería quedó integrada con nueve cañones y en varias oportunidades debí cumplir dos misiones de fuego en forma simultánea, una con cuatro piezas y la otra con las restantes.

Durante el período que abarcó la noche del 13 al 14, los ingleses lanzaron lo que sería su última gran ofensiva. Aumentaron las misiones de fuego, y allí se produjeron los combates más intensos. Sólo quedaban las baterías "A" y "B" del GA 3, y unas pocas piezas del GA Aerot 4. Todo el personal estaba extenuado. Aún no sé de dónde sacábamos fuerza. Era esfuerzo desesperado de quienes sabían que eran los últimos recursos disponibles. Llevábamos más de 72 horas sin dormir y no había posibilidades de descanso. Desde nuestra llegada a las islas, estuvimos disminuidos en un 60 por ciento del efectivo orgánico del personal. Además, a esa altura de la batalla, ya varios estaban en el hospital a causa de las heridas por esquirlas. No dábamos abasto para llevar la munición desde el polvorín a las piezas, tirábamos más de lo que podíamos transportar. Al jefe del GA 3 le solicité que, urgentemente, me enviara más munición y personal para transportarla. De inmediato llegó hasta nosotros un nutrido grupo de

oficiales, suboficiales y soldados, entre los que había artilleros, cocineros, conductores, enfermeros, oficinistas, es decir, a todos los que se pudo echar mano; además surgían voluntarios de todos lados. Eso nos alivió bastante y ellos dieron nuevas fuerzas. Les exigía que fueran más rápidos, nuestros cañones bramaban, no respetábamos las cadencia máxima de seguridad de fuego. En cuanto el tubo volvía de su retroceso, el cañón era cargado nuevamente y enseguida disparado; yo esperaba que, en cualquier momento, estallara uno, o dos, o todos porque en esas condiciones, no soportarían mucho más. En primera línea necesitaban desesperadamente nuestro apoyo, de lo contrario tendrían muchas más bajas de las que ya llevaban, el riesgo se justificaba... Además, como artilleros, era nuestro destino: "morir al pie del cañón".

Era tal el agotamiento, el peso de nuestro cuerpo, el debilitamiento fisico, que cuando ordenaba "¡a los pozos!" para cubrirse de un fuego de contrabatería enemigo, ya nadie corría, se tiraban en los lugares donde estaban. Pese a que les gritaba, y a veces hasta los insultaba, yo tampoco lo hacía y me desplomaba, me dejaba caer en el lugar donde me encontraba, y esperaba el proyectil que me cayera encima y me hiciera volar en pedazos.

"La acción comenzó a las 2 de la mañana, desde la cima del cerro Dos Hermanas -cuenta M. C. Ilroy, corresponsal de guerra del *Daily Telegraph*- cuando batallones de paracaidistas atacaron la colina Wireless con ametralladoras. La respuesta fue dada por la artillería argentina que se encontraba en los suburbios de Puerto Argentino". "La artillería argentina comenzó a disparar desesperadamente contra todas las posiciones tomadas por los británicos, las bombas caían a 100 yardas de donde yo me encontraba. A pesar de ello pudimos ver como los Gurkhas y los guardias escoceses lograban avanzar llegando hasta Williams; hubo muchos heridos".

Pueden ser muy ilustrativos, con respecto a este relato, los testimonios de otro de los testigos de aquellos acontecimientos, el ya citado Nicolás Kasanzew dice en su libro *Malvinas a sangre y fuego*: "los hombres afectados al servicio de las piezas parecían embriagados por el aire que apestaba a explosivos, por el ruido que aturdía y la excitación de los artilleros se contagiaba. Era un olor grato, ciertamente, olor a cordita, olor a combate". "Vi como, entre descarga y descarga, los artilleros palmeaban a sus piezas, las acariciaban casi". "Las baterías de artillería se comportaban como si fueran velas que una vez encendidas, continúan consumiéndose hasta su agotamiento total". "No dejaban de disparar hasta que el enemigo hiriera a los servidores o estropeara las piezas o hasta que éstas se fundieran ".

Los sentimientos en el combate

El día 13 de junio recibí del teniente coronel Balza la orden de cumplir una misión como observador aéreo. Por la situación que se vivía, era una misión de alto

riesgo, pero necesaria para intentar neutralizar las baterías enemigas que nos tenían sometidos a un intenso fuego.

Si bien creo que mi Jefe nunca dudó de la orden que me estaba impartiendo, noté en su mirada y en el tono de voz cuando me despedía, deseándome suerte, que le afectaba mandar a uno de sus subordinados a una misión de dudoso retorno. Comprendí cabalmente el sentimiento que tenía por sus hombres pese a su aparente dureza e insensibilidad. Algo similar había presenciado algunos días antes cuando despedía al capitán Fox y al subteniente Tedesco a quienes destacaba al RI 4 en monte Harrier como oficial de enlace y observador adelantado respectivamente, era inminente el ataque de los ingleses a esa posición.

A las palabras de despedida, le respondí que se quedara tranquilo porque cumpliría con la misión que me había asignado, que era totalmente consciente del riesgo que implicaba y que sabría cuidarme, además le agradecí haber confiado en mí para esa importante misión. En esos momentos tuve la sensación de que le había quitado un peso de encima. Me resultan imborrables de mi memoria esas imágenes, como la cara de mi jefe y de los otros cuadros del puesto comando cuando me vieron regresar sano y salvo.

Al regresar a la batería, después de cumplir una misión como observador aéreo, el teniente Acosta me relataba cómo en medio de las llamas y mientras estallaban los proyectiles y las granadas que se encontraban en el polvorín alcanzado por la artillería inglesa, todos los integrantes de la batería actuaron con gran valor y en el máximo orden, tratando de reorganizar la posición para continuar cumpliendo con las misiones de fuego. Más tarde me detuve frente a lo que fue el polvorín destruido, del que sólo quedaban cenizas, allí había quedado mi equipo individual de campaña y algunos efectos personales. En esos momentos se acerca un soldado y me dice: "Mi teniente primero, lo único que pude salvar de su equipo fue esta manta y esta bolsita conteniendo algunos elementos de aseo". Seguidamente lo reprendí severamente por haber arriesgado su vida para rescatar mi equipo, no tenía sentido semejante acción, a lo que el soldado me respondió bajando la cabeza compungido por la reprimenda recibida: "Sin su equipo, con este clima, pronto se moriría de frío". No podía entender mi actitud, creía que había hecho lo que debía. Ante esa muestra de valentía, solidaridad y lealtad, le di un abrazo tratando de que comprendiera lo emocionado y agradecido que estaba por su actitud. Hizo honor a la tradición de los nobles soldados criollos.

Yo estaba arrepentido de haberlo observado de esa manera, inicialmente no había entendido el sentido de su acción. Mi equivocación fue el haber analizado por la razón lo que el soldado había hecho impulsado por los sentimientos.

El miedo que inmoviliza

Durante uno de los fuegos de contrabatería que se recibió en la posición, ordené

a todo el personal que ocupara sus respectivos pozos, que fueron especialmente preparados para soportar ese tipo de ataques. Pasada esa acción de la artillería enemiga, ordené ocupar nuevamente los puestos de combate, pero uno de los soldados no salía de su pozo, constaté que no estaba muerto ni herido, sino que paralizado. Le gritaba que no fuera cobarde y que ocupara de inmediato su puesto de telefonista, a lo que me respondió que no se podía mover. Seguidamente llegaron nuevas misiones de fuego que debía ejecutar, por lo que continué ocupado en conducir a toda la subunidad; posteriormente resolvería ese problema.

Pero la voluntad se impone al fin

A los pocos minutos de iniciada la ejecución de las misiones de fuego, suena la chicharra del teléfono de campaña. Me estaban llamando del puesto de comando del grupo. Giro el cuerpo para tomar el microteléfono, y un soldado me lo alcanza a la mano, es el telefonista que anteriormente se había quedado en el pozo. Lo miro a los ojos y no pronuncio palabra. En una pausa de fuego, se acerca y me dice que lo perdone, que no era por cobardía que no salía de su pozo, sino que él quería salir, pero sus músculos no respondían a las órdenes de su cerebro. Luego de pasados algunos minutos y viendo la intensidad del combate en que estábamos metidos, hizo un gran esfuerzo para sobreponerse y controlar el cuerpo. Así salió del pozo y ocupó su puesto. Se mantuvo a mi lado, hasta el final de los combates.

Luego este soldado, cuando yo les ordenaba "a los pozos" era el último en ocuparlos y el primero en salir del suyo cuando les pegaba el grito "ocupar sus puestos".

La explicación es que había pasado por un momento de shock por el intenso fuego de contrabatería, un fenómeno nada raro en la conducta de los hombres en el combate. Lo importante es que él había logrado sobreponerse al miedo. Allí aprendí que eso se puede superar si el combatiente tiene una buena formación moral y si en todos los niveles de comando se conduce con el ejemplo personal.

Necesidades impostergables

Un día, mediando la tarde, un suboficial de la batería se desplaza hacia la letrina. En esas circunstancias se transmite la alarma roja (inminente ataque aéreo). La reacción de este hombre fue la de colocarse el casco y continuar con la actividad que había iniciado. Pasada la alarma, se le preguntó por los motivos de su actitud, a lo que respondió que llevaba varios días sin poder ir a las letrinas y que en sus últimos intentos fue interrumpido por las alarmas rojas y alarmas grises (inminente ataque naval). En esa oportunidad estaba decidido a cumplir su cometido y nada lo iba a detener.

Estábamos tan acostumbrados a los ataques aéreos y a los cañoneos navales que le habíamos perdido el respeto, no nos atemorizaban tanto como en los primeros días.

Asunto de políticos

El 15 de junio de 1982, ya pasadas 24 horas de los últimos combates y de la rendición, llega a la posición del grupo un mayor de la Guardia Escocesa, con signos de haber ingerido abundante alcohol, quien rápidamente percibió la aprehensión que su presencia había provocado en nosotros, por lo que nos dice que "no debíamos temer, ya no somos enemigos, chocamos y combatimos, habíamos realizado nuestro trabajo, de allí en más es asunto de los políticos". Nosotros no entendíamos lo mismo, pero tengo la certeza de que él estaba convencido de lo que decía. Los niños y los borrachos nunca mienten; ese oficial era de estos últimos.

El regreso al continente

Los prisioneros de guerra que el 14 de julio de 1982 estábamos embarcados en el transbordador inglés *Saint Edmund*, navegando rumbo a Puerto Madryn, al divisar la costa del continente pudimos comprobar que muchos tuvimos sentimientos contrapuestos en forma simultánea. La alegría de poder salir de la situación humillante de ser prisionero de los ingleses y del pronto reencuentro con nuestros seres queridos, pero también el de dolor y vergüenza ante nuestro pueblo, por la derrota sufrida, pese a que teníamos conciencia de que no éramos responsables de esa situación. Habíamos hecho hasta lo que parecía imposible, enfrentando a un enemigo muy superior combatiendo con valor e hidalguía.

Pero las actitudes que tuvieron con nosotros las autoridades del gobierno y de las FFAA -las del Ejército en particular-, la mayoría de los medios de comunicación social, ciertos sectores políticos y la opinión pública e inclusive algunos camaradas cuestionándonos a los que combatimos, tratando de que carguemos con las responsabilidades de la guerra y la derrota, además de las constantes muestras de ingratitud y desprecio, transformaron ese sentimiento inicial de dolor y vergüenza en desazón y bronca.

Recuerdo que hasta un periodista como Nicolás Kasanzew, entre otros, sufrió las consecuencias de haber querido rescatar y poner en consideración de todo el país los valores morales de los combatientes.

Agradecimientos

Debo mi mayor consideración a los compatriotas pobladores de la Patagonia que intentaron dar muestras de solidaridad, afecto y reconocimiento a sus soldados que regresaban de las duras jornadas vividas en Malvinas luchando en defensa de la Patria. A ellos mi gratitud, porque ellos también sufrieron cuandoo las autoridades militares de entonces no les permitieron siquiera que se nos acercaran a saludarnos cuando a nuestro regreso al continente, desembarcamos en Puerto Madryn.

El tiempo, que siempre nos da la perspectiva necesaria para juzgar los hechos, no ha logrado borrar en mí aquella impre-

sión desagradable que recibimos. Gracias a Dios, en la actualidad, después de años de incomprensión, hemos superado ese sentimiento y se han revertido aquellas actitudes negativas.

El teniente coronel de Artillería Luis Antonio Caballero (46) es casado y tiene dos hijas: Matilde (14) y Eugenia (12).
Actualmente cumple funciones en el Comando del Segundo Cuerpo de Ejército, en Rosario.
Entre otros destinos importantes de los últimos años, fue jefe del Grupo de Artillería de Montaña 6 y, en 1995, se desempeñó como jefe de un grupo observador en la Misión de Observadores Militares en el conflicto Ecuador Perú - MOMEP - bajo la bandera de las Naciones Unidas.

COMANDO

Aislados dentro del dispositivo enemigo

Por el suboficial mayor
Alejo Cantero

El suboficial mayor Cantero es un auténtico veterano de la Compañía de Comandos 601, ya que revista en ella aún antes de su constitución orgánica definitiva. Formó parte del ya legendario equipo Halcón 8, antecesor de aquella en la especialidad y se mantiene en la aptitud y en la unidad desde hace dos décadas. Con ella fue a Malvinas y combatió. En ella sigue hasta el momento de publicarse este libro.

El suboficial mayor Alejo Cantero habla en forma pausada. Durante la charla, su firme tono de voz no admite altibajos en el volumen. No enfatiza ni tampoco susurra respuestas. En definitiva, sus conceptos llegan claros y seguros. Su recuerdo varía entre el análisis, el sentimiento individual y hasta algunas críticas y replanteos. Este es su relato sobre su participación en la guerra de Malvinas.

"Mi experiencia creo que resultó buena tomándola desde el punto de vista profesional, teniendo en cuenta que fue la primera operación seria que se realizó. Además, como integrante de una Compañía de Comandos, para lo cual uno se ha preparado. En ese momento integraba el equipo Halcón 8. Estaba en la Escuela de Infantería, en la que luego se formó la compañía de Comandos 601. Después del 2 de abril se realizaron los preparativos y se completó el efectivo de la subunidad, en el orden de 64 hombres. En mi sección éramos 16. Estuvimos acá 20 días para conocernos y compartir actividades. Llegamos a Puerto Argentino el 25 de abril. No tuvimos bajas durante la guerra.

Una vez que llegamos, nos instalamos en un gimnasio que era el lugar donde se ubicó la Compañía con sus cuerpos de comando. Desde ese lugar comenzaron las operaciones. Yo estaba en la tercera sección de asalto, a las órdenes del entonces teniente primero González Deibe, actual jefe del Regimiento de Infantería de Monte 9. Las primeras misiones fueron de reconocimiento de la zona, ubicación de antenas, equipos de radio y una especie de censo poblacional. Después comenzamos con reconocimientos y exploración sobre distintas estancias, como Fitz Roy y San Carlos. Esos fueron los primeros 15 días. Luego hicimos observación sobre el estrecho de San Carlos y esperamos hasta la llegada de una sección del Regimiento 25 que se instaló en la zona de San Carlos. Volvimos a Puerto Argentino donde tuvimos varias salidas para montar emboscadas. Después del desembarco del 21 de mayo, hicimos una aproximación hacia San Carlos que duró 5 noches, con la misión de tratar de ubicar a la sección que estaba en ese lugar, la que se estaba replegando hacia Puerto Argentino.

Después del 29 de mayo tuvimos una misión que era una infiltración por sobre pasaje. La idea era que los ingleses iban a hacer un ataque masivo helitransportados sobre primera línea. La compañía tenía la misión de ubicar un punto a unos 15 kilómetros de la línea, y en ese lugar hacer una base de compañía. Esto al final no se dio. Nosotros llegamos, ocupamos unas alturas y estuvimos tres días en la zona, que quedaba al este de monte Kent, sin saber que el lugar ya estaba tomado por los británicos. Después vimos una emboscada sobre una sección de la 602. Recién ahí nos dimos cuenta de que la zona estaba ocupada. Nosotros teníamos datos de inteligencia erróneos porque nos habían dicho que la zona estaba limpia de enemigos. Ese fue el peor momento: haber quedado aislados durante tres días en el dispositivo inglés sin saber que esa zona ya había caído. Tan es así que cuando durante el día

hacíamos observación desde las alturas, veíamos gente caminar y los saludábamos, pensando que eran argentinos. Me imagino que ellos también tenían la misma idea, que esa zona estaba ocupada por los británicos. Fueron tres días críticos porque no teníamos comunicación con Puerto Argentino, ya que se había roto la radio. Durante la noche nos zumbaban los helicópteros. Tuvimos un cañoneo de dos Harrier por la zona. Después hicimos el repliegue hasta primera línea a campo traviesa por unos 15 kilómetros. Ahí llevamos un herido de una de las secciones de la 602 que fue emboscada. Yo volví el 18 de junio. No entré en combate, tampoco la sección. Montamos emboscadas pero fueron sin éxito.

Si bien uno va integrando una compañía conformada con tres secciones de asalto, y sabiendo que la misión de la compañía era exploración, golpes de mano y emboscadas, para mí fue todo distinto a lo imaginado. Salimos con un conocimiento primario de lo que es el ambiente geográfico de las islas. Cuando llegamos allá, nos encontramos con que el terreno era totalmente diferente al ambiente continental. No había caminos, era difícil de transitar.

Sabíamos que la tecnología con la que ellos se movían era muy superior a la nuestra, sin lugar a dudas. En todo sentido: en equipamiento, en lo profesional como combatientes, en vestuario y equipos. Ha habido muchas diferencias. Me imagino que todo el mundo pensará lo mismo: uno cuando va a una guerra lo hace sin medir las consecuencias. Cuando uno participa, lo hace predispuesto a entrar en combate, preparado para eso...

Ya en el terreno de la acción, uno va viendo en función de la situación cual es el estado anímico, el comportamiento del ser humano en el momento. Se aprende mucho, como por ejemplo a convivir con tus camaradas en los momentos críticos. En el plano profesional, uno volcó en la práctica todos los conocimientos aprendidos en forma teórica. Uno en el continente sale a los ejercicios sabiendo que son prácticas. Distinta es la salida cuando uno recibe la misión y sabe que va a entrar en combate. En el plano psicológico, aprendí a valorizarme, es decir lo que puede dar un hombre en situaciones críticas.

En mi opinión, la masa de la gente que fue a Malvinas tiene un pequeño resentimiento por lo que ha sucedido. Me imagino que los niveles superiores habrán sabido capitalizar los errores que se cometieron.

La amargura que me queda, aparte de la derrota que hemos sufrido, es la recepción que nos dieron al llegar al aeropuerto de El Palomar. Uno llega al continente y se encuentra con un cordón de policía militar que le impide hablar con alguien. Me llevaron directamente a la escuela Sargento Cabral y estuve tres días con entrevistas con personal de inteligencia, fue terrible, terrible.

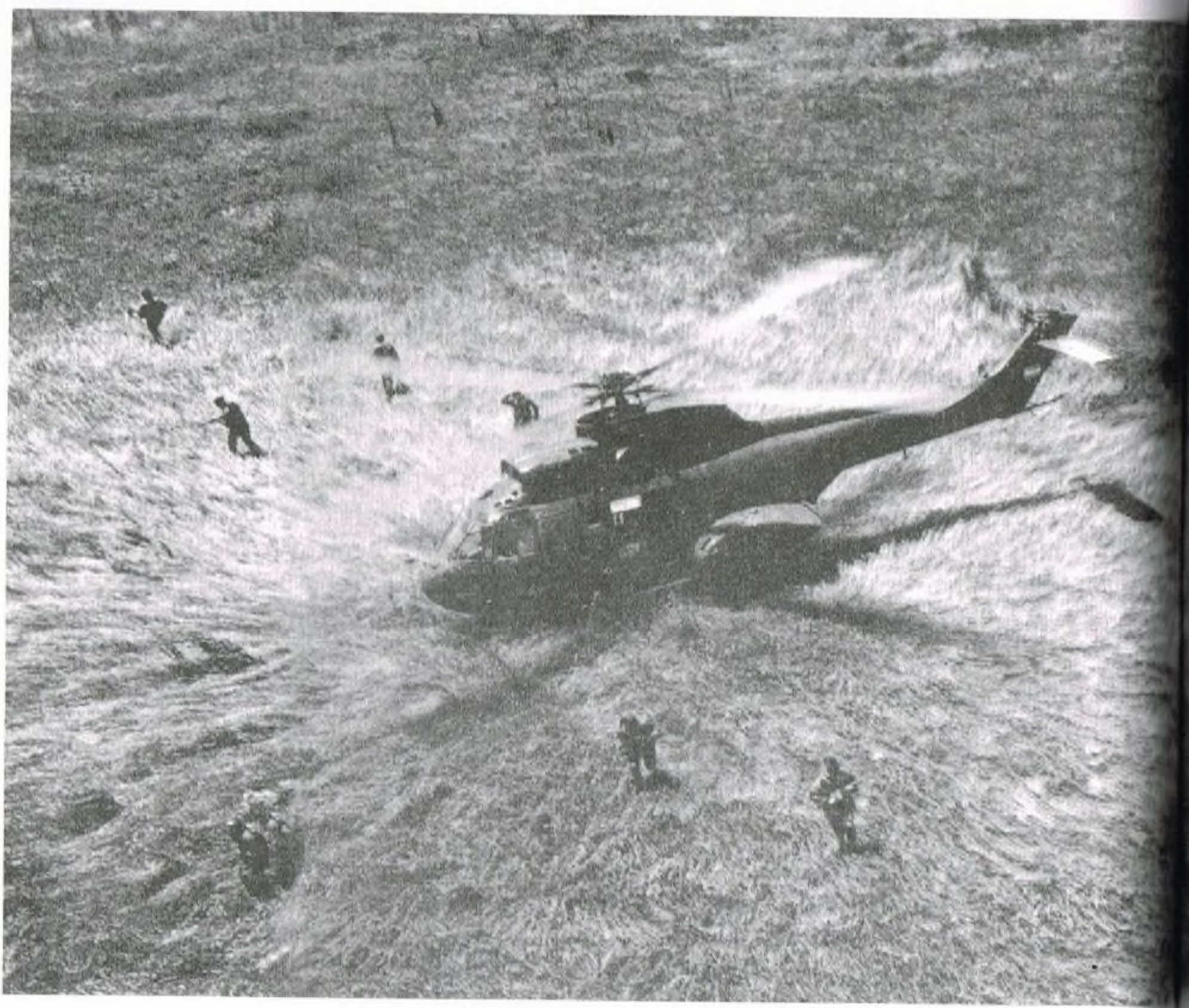
No me costó reinsertarme de nuevo en mi vida normal. Nos dieron la licencia de invierno que corresponde, los 15 días, y después a trabajar de nuevo. Si uno abraza la carrera militar es porque está preparado

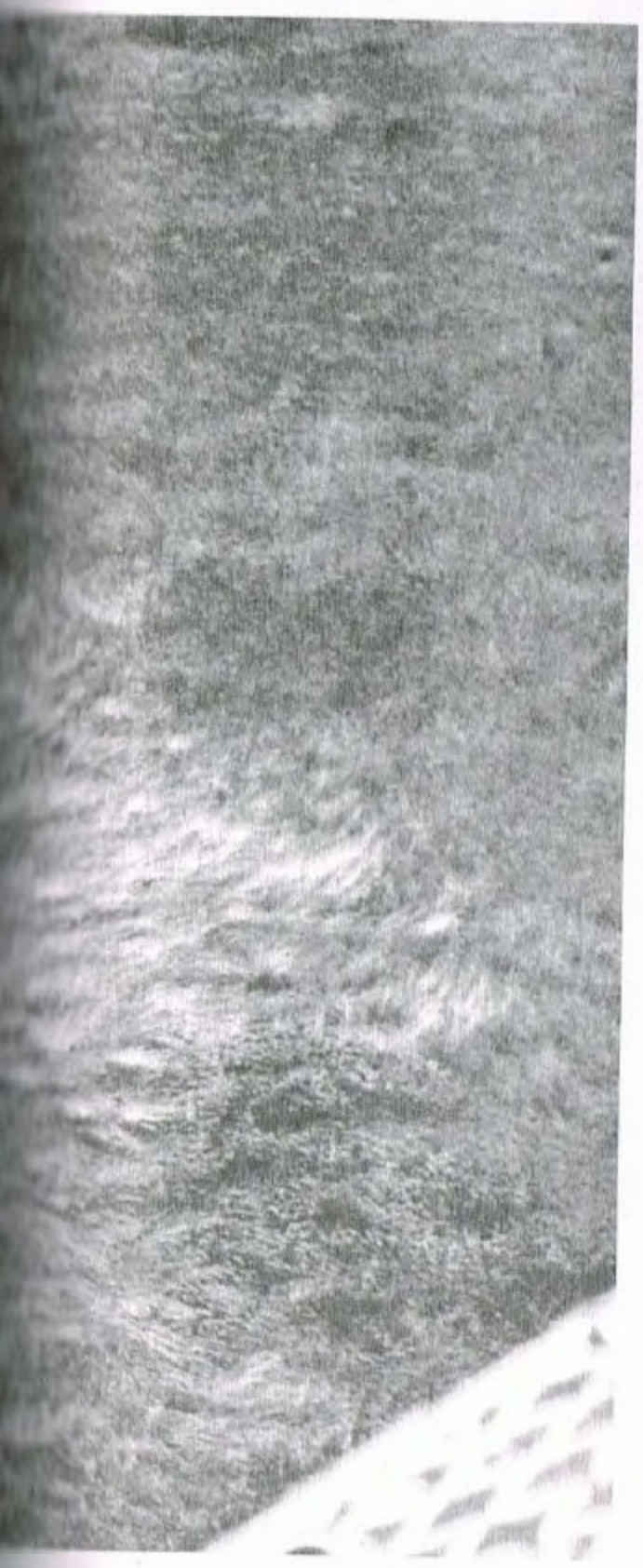
para una guerra.

Por eso si me dijeran que hay que volver a Malvinas, yo volvería, siempre y cuando la superioridad haya analizado los errores y los haya capitalizado, que creo que es lo que se ha hecho.

A mi hija le digo simplemente que estuve en Malvinas y colaboré orgulloso con mi granito de arena como integrante del Ejército. A veces siento que me gustaría volver. Si se abren vuelos comerciales me gustaría ir para recordar viejos tiempos y rendir un homenaje a los camaradas que allí quedaron.

Ellos son los que ya reivindicaron de una vez y para siempre que esas benditas islas son argentinas y nadie en el mundo puede negarlo".





El suboficial mayor Alejo Cantero (50) nació el 18 de julio de 1949 y es un veterano de la especialidad de comandos. En Malvinas era sargento 1ro. de la Compañía de Comandos 601 y en ella misma revista actualmente.
Entre otras misiones destacadas desempeñadas después de la guerra, fue encargado del Batallón Ejército Argentino (BEA 6) en Croacia entre agosto de 1994 y febrero de 1995.
Es casado y tiene una hija, Fanny Andrea de 11 años.

El monte Longdon y otros relatos

Por el ex soldado
conscripto clase 54
Horacio A. Cañeque

El hoy ingeniero civil Horacio Cañeque combatió en Malvinas como soldado de la compañía Comando del Regimiento de Infantería Mecanizado 7 Coronel Conde. En este capítulo relata las acciones de las que participó, especialmente la noche del combate en monte Longdon. En él sufrieron la recia acometida de fuerzas británicas muy superiores, y muchos de sus compañeros cayeron.

Funes el memorioso, ese personaje creado por la pluma inmortal de Jorge Luis Borges, poseía el extraño don de recordar absolutamente todo, hasta en sus más ínfimos detalles.

Tan era así, que dos o tres veces había reconstruido un día entero de su vida, y cada reconstrucción le había requerido un día entero.

Muchas veces, incontables, después de los episodios de Malvinas, intenté reconstruir en el recuerdo diversos momentos vividos. Recordé muchas situaciones. Sin embargo, jamás logré revivir sentimientos, emociones, estados de ánimo.

De haber podido hacerlo, estoy seguro de que cada minuto vivido habría tomado mucho más tiempo en ser recordado, porque nuestros sentimientos, emociones y estados de ánimo allá fueron demasiado apretados e intensos.

¡Cómo revivir la insistente sensación del hambre prolongándose cada día, la agobiante conciencia de que la comida seguirá faltando y ese vacío continuará insistiendo por tiempo indefinido?

¡Cómo revivir la ambigua sensación que nos producía hablar largamente de manjares inalcanzables?

El frío. Los pies eternamente mojados y adormecidos. Las manos ateridas, porque los guantes a los pocos días ya no tenían dedos y había que usar las manos para efectuar todas nuestras tareas, desde cavar y construir fortificaciones hasta sostener el fusil en las guardias bajo la lluvia y el viento, sintiendo que estallaban.

El sentimiento de incomodidad y la añoranza por carecer de elementos tan triviales como una silla, o una mesa, o una cama, una canilla de donde brotara agua en vez de tomarla de los charcos, como lo hacíamos.

El deseo irresistible de estar detrás de una ventana, para saberse dentro de algo, sin esa permanente sensación de estar irremediablemente afuera de todo.

Añorar un picaporte o la llave que enciende una luz.

¡Cómo revivir la sensación desesperante que nos producía en los primeros cañoneos el silbido penetrante, creciente, de los proyectiles que se acercaban, buscándonos? ¡Cómo volver a sentir la especie de indiferencia resignada con que nos fuimos acostumbrando a recibir esos mismos proyectiles pocos días después?

Sólo algunas veces he logrado rememorar sensaciones fragmentadas y fugaces de balas zumbando, rebotando, dibujando caprichosas líneas rojas a mi alrededor. Recuerdos fugaces. La espina dorsal tensa como una hoja de acero curvada. Los pelos de la nuca parados como alfileres. El cosquilleo en la nariz. Los oídos tirantes. El corazón que desaparece, o que de pronto aparece y se siente por todos lados. La sangre que viene y se va. Calor y frío.

El primero de los relatos que siguen lo he escrito contemporáneamente con estas líneas. El segundo, lo escribí pocos días después de regresar de las Islas. El tercero, algún tiempo después del regreso, cuando aún estaba fresco el recuerdo de las experiencias vividas.

En este relato, más que acciones de gue-

rra quiero transmitir algo de las sensaciones que experimenté en Malvinas. Si bien contaré lo que yo sentí, muchos de esos sentimientos eran también los de mis compañeros. Lo digo, pues así surgió de nuestras conversaciones y vivencias mientras todo esto sucedía, o lo hemos comentado una y otra vez, al reunirnos con esos viejos camaradas. El grupo al que aludo es el liderado por el ex segundo jefe del Regimiento de Infantería Mecanizado 7 y nosotros, sus "Rayos", los integrantes de su pelotón comando, del cual yo formaba parte. Somos: el entonces mayor Carlos E. Carrizo Salvadores, Gabriel Crespo García, Fernando Magno, Carlos Connell, Daniel Maltagliati, Luis Cunningham, Alejandro Rosas y yo, apenas soldados.

Combate nocturno

Monte Longdon, 11 de junio de 1982 - 21 hs. Estaba terminando ese día. Hacía un rato que Carlos, Daniel y yo nos habíamos acostado en nuestra carpa de tres paños. Esa noche nos habíamos alimentado por primera vez con una "Ración C", un tipo de ración especial, muy completa, que por desgracia sólo llegó al final de la guerra. La artillería enemiga, como de costumbre, nos estaba disparando desde el sur con sus barcos y también desde el oeste con sus cañones ubicados en el monte Kent.

En las últimas noches se habían producido varios enfrentamientos menores, por lo que no nos alarmó el ruido de armas portátiles que se sumó a la artillería.. En determinado momento, comenzamos a escuchar, prácticamente frente a nuestra carpa, que habíamos ubicado entre unas rocas, ráfagas de estampidos secos. Por el sonido, similar al de una pistola, nos pareció que alguien estaba tirando con una PAM (esa pistola ametralladora muy elemental que algún personal tenía como apoyo), lo que nos motivó a reírnos y decir "¿Quién será el boludo que está tirando con una PAM?". Los estampidos en pocos minutos se multiplicaron. Cuando estábamos comenzando a sospechar que sucedía algo inusual, escuchamos a uno de nuestros compañeros que gritaba: "Dice el mayor que se levanten, nos están atacando". Cuando salimos de la carpa, nos encontramos con el infierno. El ruido que escuchábamos no era ningún boludo tirando con una PAM. Era el impacto de los proyectiles de armas portátiles que golpeaban contra las rocas que rodeaban nuestra posición. No cabían dudas de que nos estaban atacando. El espacio se veía surcado por las innumerables líneas rojas que dibujaban la munición trazante y las esquirlas de los proyectiles de artillería. A los pocos minutos, por si hubiera hecho falta, tampoco me quedaron dudas de quién se trataba pues se oían gritos y órdenes en inglés. Muy cerca. Con toda claridad. Todo el frío que pasé durante dos meses en el monte Longdon fue insignificante comparado con el hielo que sentí en la sangre al escuchar esas voces. Allí estaban, al fin. Y harían todo lo posible por matarnos-matarnos-matarnos. Durante unos momentos sentí el peso agobiante, intenso, imposible de describir, de lo grave e irreversible. Me sacó de

ese momentáneo sopor un griterío que comenzó a crecer: "¡enfermero!; ¡enfermero!; ¡camilla!; aquí, herido!"; gritos urgentes, desesperados, de dolor, de confusión, mezclados con órdenes, insultos, bramidos, gritos de alguien que intentaba tranquilizar a otro alguien, gritos orientando, guiando, llamando, preguntando, tratando de hacerse oír por encima del estruendo ensordecedor del combate.

La tierra había comenzado a temblar, todo temblaba, las rocas temblaban, todo estallaba, los proyectiles rebotaban, chasqueaban por todos lados, ululaban, zumbaban, algunos como un moscardón, otros como un soplido, otros como mosquitos o cuerdas de algún raro instrumento. Proyectiles y esquirlas ya sin fuerza, luego de rebotar caían a nuestros pies.

Había un estruendo permanente que no llegaba a apagarse. Los proyectiles de la artillería enemiga caían en forma continua. Sus explosiones se superponían. Casi no se apagaba el silbido creciente y amenazador con el que anunciaban su llegada, y se mezclaba con el silbido de los cañonazos de nuestra propia tropa que pasaban por sobre nuestras cabezas buscando al enemigo. Era la sinfonía de la guerra. Sonidos propios del combate que uno jamás imaginó que existieran y casi todos portadores de un mensaje de muerte. Un espectáculo hermoso pero dantesco. Digno de verse pero de donde uno habría deseado salir.

Con el correr del tiempo, que era imposible de medir, los gritos de los heridos se fueron espaciando y a partir de algún momento dejaron de ser motivo de atención. ¿Alguien los atendía? ¿Se morían? ¿Se resignaban? Sólo había un suboficial enfermero para atender a toda la compañía, que con los refuerzos que se nos habían agregado superaban los doscientos hombres de Ejército, sin contar a los del Batallón de Infantería de Marina 5. Nuestro enfermero, el sargento primero Spizzuocco, durante la primera parte de la batalla se multiplicó, desplazándose de un punto a otro socorriendo heridos, con absoluto desprecio por su integridad física, fiel a la "locura" que le era característica, hasta que las esquirlas se fueron sumando en su cuerpo y ya no pudo continuar con su misión. Y allí se terminó la capacidad de socorro organizada de nuestro Ejército. Conscientes de ello, en nuestro grupo desde mucho antes habíamos hecho un juramento: si alguno de nosotros caía malherido, otro del grupo lo remataría para evitarle sufrimientos. Nunca supimos si hubiéramos sido capaces de cumplir, pero en aquellos días nos trajo la tranquilidad necesaria para sofocar la idea horrenda de vernos expuestos al dolor de grandes heridas o mutilaciones.

Bronca. Escalofríos. Se escuchan gritos y órdenes en inglés. Comienzo a insultarlos en su idioma (los insultos son lo primero que se aprende y yo tenía una pronunciación norteamericana bastante buena). Insulto a los gritos, vociferando, durante un rato. Tal vez por acciones como ésta, los ingleses luego dirían que en Malvinas hubo "american special forces" o "american snipers" (fuerzas especiales o francotiradores norteamericanos).

Se oye la voz de Fernando que está con

el visor nocturno: "¡se nos vienen por el norte!". Efectivamente, se ven sombras que se aproximan, subiendo la pendiente, escabulléndose entre las rocas. Todo el grupo tira a los bultos. Vuelan las vainas. Se recargan frenéticamente los cargadores. Un proyectil común, uno trazante, un proyectil común, uno trazante, para saber hacia dónde van nuestros disparos. Nos olvidamos de todo lo demás. No sabemos si siguen los cañones. Se nos vienen. Llamaradas en la boca de los fusiles. Que no lleguen. Disparar. Disparar. Disparar. Finalmente el movimiento desaparece. Alivio.

Continúan los cañones, ¡Lo mataron a Brito!, lo hirieron en la cabeza. Era uno de nuestros cocineros. Ya no me daría más agua caliente todas las mañanas para afeitarme.

Continúa el fragor. Las radios no andan. Ni la que nos conecta con el Jefe del Regimiento ni las que nos comunican con las distintas Secciones. ¡Carajo!

En el cerro Dos Hermanas también se combate. Vemos una telaraña de líneas rojas de proyectiles y esquirlas, resplandores de cañonazos, igual que aquí. Lo mismo ocurre en el monte Harriet. Están atacando por todos lados.

"En la primera sección hay muchos muertos" "¡Lo mataron al subteniente Baldini!" "¿Y el gordo Scali, que estaba con él?" "No sé". Mataron-a-Baldini-mataron-a-Baldini-Mataron-a-Baldini... Baldini fue el único que hizo una formación y un chocolate caliente para sus soldados el 25 de mayo. Tal vez pensando en ello, cuando todavía estábamos en el cuartel, había requisado unas tabletas de chocolate que nos habían repartido.

Alcanzo a escuchar un fuerte estampido seco, me enceguece una luminosidad que sale del murallón de piedra, siento un dolor en los oídos, veo todo blanco, siento como si me aplastaran de todos lados a la vez, me siento suspendido, me duele el estómago, me zumban los oídos, pienso "me mataron", siento como una náusea, la luminosidad late en mis ojos, después me voy dando cuenta de que estoy vivo. Empiezo a buscarme heridas, trato de detectarme dolores localizados. Estoy sano. Había explotado un cohete a pocos metros de donde yo estaba. El mayor después diría que se trató de un *Milan*.

Lo hirieron al teniente primero Neirotti. Alguien dice que el sargento 1ro López cayó herido en una pierna.

Lo mataron a Araujo. ¡Araujo muerto! En esa locura la palabra muerte suena distinto que en momentos normales, tal vez porque uno también se siente un poco muerto.

Ha pasado mucho tiempo. Nos encontramos con Daniel. Tenemos frío. Decidimos ir a nuestra carpa a buscar mantas. El problema es que ha quedado totalmente expuesta. Al diablo, tenemos frío. Corremos agazapados, nos zambullimos en el nido de roca que la rodea. Salimos. Nos protegemos detrás de una roca baja. Nos están disparando. Cesan los disparos. Salta Daniel. Corre. Reinician los disparos. Alcanza el cordón rocoso donde ya había buena cubierta. Espero que paren los tiros. Para colmo dejé el fusil en la posición del mayor.

Estoy indefenso. Cesan los disparos. Salto. Me disparan una ráfaga. Estoy a mitad de camino. Veo líneas rojas que me buscan. Pienso "cagué". Tropiezo. Caigo de cara al suelo. Munición trazante y proyectiles que rebotan en la roca frente a mi cara me encandilan, siento fragmentos que golpean mi rostro. Me arrastro con una velocidad que jamás hubiera creído posible. Milagrosamente llego a salvo a las rocas. Los muchachos me abrazan. Pensaron que me habían acribillado.

- "Lo mataron a Poroto Pereira". Pobre Poroto, me parece verlo con el tambor que tocaba en las marchas de práctica en el cuartel. Se me estruja el corazón.

Alejandro y el cabo Mussi se trepan a un pico rocoso y disparan, con gran riesgo, desenfrenadamente, contra una de las MAG que nos hostigan. Poco después el lugar se convierte en un infierno de proyectiles. No pueden mantener la posición. Por suerte logran replegarse.

"¡Lo mataron al teniente Ramos!" "¿Y el sargento Nista?" "También". Comentamos: "Pobre Nista, en el continente decía que íbamos a volver héroes. Al final se le dio". Posteriormente, cuando lo encontramos vivo en Puerto Madryn, lo abrazábamos con infinita alegría. De ese grupo volvería herido Luca, a quien operaron los ingleses luego del combate, salvándole una pierna, e indemne Labayen, que tuvo el valor de no abandonar a su compañero en tan difícil situación.

En un momento en que estamos Daniel y yo cerca de la posición del sargento ayudante Crespo, protegiéndonos del fuego incesante de unas MAG que había más al oeste, Crespo alcanza a verlo. Se escucha su vozarrón: "¡Maltagliatti!" "¡Ordene mi sargento ayudante!" "Agarrá" Algo vuela y cae cerca de Daniel. Era un pañuelo anudado que contenía algunas balas de pistola 9 mm y un chocolatín. En la guerra hubo miserias, pero yo recuerdo con nostalgia gestos de grandeza como éste.

"¿Alguien lo vio a Colombo?" "Estaba con el cabo Lamas en una 12,7". "Lo hirieron". "¿Está mal?" "No sé, parece que es en la pierna".

En uno de mis regresos a la posición del mayor, veo caras extrañas. "¡Un Rayo conmigo!" "¡Ordene mi mayor!" contesta mi bocaza.

Instantes después me encuentro guiando al teniente Castañeda y su sección de la compañía "C" hacia la zona de nuestra segunda sección. Conocedor de los recovecos del monte, pude guiar el avance como paseando durante un trecho al punto que el teniente me preguntaba cada diez metros si estábamos yendo bien. Cuando hubo que cruzar la cresta del monte, se dio cuenta de que sí íbamos bien. El infierno estaba allí, esperándonos. Una cortina de proyectiles hacía imposible el avance. Sin embargo, en un momento el teniente se largó. Tras él saltaron otros soldados y luego yo. Bultos oscuros se fueron desparramando. Ya estábamos en la segunda sección. Perdí de vista al teniente. En algún momento me crucé con el sargento De Vega, que andaba buscando no se qué cosa, y tuvo tiempo para preguntarme "¿Está bien, soldado? Cuídese". Le conté de los re-

fuerzos. Muchos de estos chicos no volvieron. Por mi parte, el regreso no fue fácil. Los muchachos no creían que me volverían a ver, pero una vez más, zafé.

Siguen desfilando los nombres de compañeros muertos o heridos. A algunos no los conozco, a otros sí. Hay una confusión total. Vamos y venimos, como si tuviéramos cosas importantes que hacer.

Con el correr del tiempo es como si nos hubiéramos ido cansando. Yo estoy como apaleado, ya me da casi lo mismo seguir que no seguir. Uno de los pibes aparece caminando y se queda parado al lado de la posición del mayor como si estuviera en la plaza. Las balas pasan cerca de su cabeza. "Te van a matar, boludo" dice alguien con poco interés. No le importa, se queda un rato así y después se sienta en una roca.

Luego vendría el repliegue. En ese momento se siente miedo. Uno le da la espalda al enemigo. Cada tanto una bengala con paracaídas ilumina el cielo y nos convertimos en estatuas de sal. Parece que pasaran siglos hasta que se apaga, y mientras tanto, uno espera el momento en que empiecen a lloverle los cañonazos. Pero no hay escenas feas sino de grandeza. Todo el mundo se pelea por ayudar a caminar a los heridos. Vamos pasando por las otras compañías. Con las primeras luces llegamos a la compañía Comando. Me está esperando Mario Feroldi, mi gran amigo. Nos estrechamos en un abrazo. Se nos llenan los ojos de lágrimas de alegría. Me mira, se ríe y llora, me toca y repite mi nombre, me palmea, nos volvemos a abrazar, esto nunca se podrá olvidar.

Moody Brook en llamas

Puerto Argentino- Ex Port Stanley. Noche del 12 de Junio de 1982, de guardia en el exterior de una vivienda.

Qué frío hace. Todavía me nubla el cerebro el calor de la bolsa de dormir. Dos horas acá. ¡Ah! Los de Ingenieros también tienen su centinela. Claro, nosotros no somos más que un refuerzo. Ya que estamos, tenemos que justificar el techo que nos dieron, pero sobre todo es para poder dormir un poco más tranquilos ahora que las papas queman. Lindo lugar; de noche es tan lindo como de día. Pero completamente distinto. Si tiran desde el fondo de la calle me bajan como quieren. ¿A cuánto se verá? ¿Doscientos metros? Con el asunto de que allá hay poca luz no voy a ver movimientos ni aunque haya vacas caminando por el asfalto. ¿Qué habrá pasado con Moody Brook? Mañana le voy a poder contar a los muchachos que estuve viendo durante dos horas cómo se incendiaba. ¿Habrá sido un cañonazo bien puesto o lo habrá incendiado la propia tropa para que no caiga nada en poder del enemigo? Ayer, cuando pasamos con el mayor, eso estaba abandonado y desolado. Qué impresión extraña ver así un lugar donde antes hasta había áreas restringidas. ¡Si me parece ayer cuando estaba lleno de gente! El asiento del Comando de la Xma Brigada! Oficiales y suboficiales por todos lados, movimiento de armas, pertrechos, personal duchándose con agua caliente y afeitándose en cueros en esos baños calefaccionados, con olor a limpio, con el casino

lleno de oficiales chupando su traguito y jodiendo porque todo era novedad y los ingleses eran un concepto abstracto... La biblioteca de los marines; ahí fue donde me robé el librito de Sherlock Holmes, que nunca leí porque quedó en el bulto que me olvidé en la covacha de Mario Feroldi. ¡Y el otro que leía cuando hacía de traductor en el camino! *The Adventurers* de Jack Higgins. Al final no pude terminar de leerlo. Ahora seguro que se lo va a quedar algún inglés, lo mismo que las cartas que estaban en la caja, en la carpa. ¿Qué habrá hecho el negro? No había mujer que no se volteara. Si vuelvo lo voy a buscar en las librerías, me lo voy a comprar y voy a terminar de leerlo. ¿Qué habrá quedado de la carpa? ¡Le tiene que haber entrado alguna bala! Nunca me fijé realmente cuánto cubría la parecita de piedras que le hicimos hacia el oeste. Ni se me ocurrió pensar que los tiros pudieran venir de ahí. Pero vinieron. Por suerte no lo hicieron desde el comienzo del combate. No nos hicieron pelota porque estaban demasiado ocupados con los de la primera sección. Para este lado debe haber tirado muy poca gente al comienzo, porque después era una lluvia de balas. Si hubiera sido así desde el principio nos hubieran cocinado. Cómo arde Moody Brook... Ahí tienen que haber rociado con JP1, no puede arder así; o sí, porque es todo madera y cartón prensado. Sumale los muebles, ropa, papeles, y, ...sí, puede haber sido algún cañonazo, o más bien un morterazo. Desde Longdon puede ser que lleguen. ¿O ya estarán ahí? Lo raro es el silencio. No, no puede ser, a menos que se haya infiltrado una patrulla por el valle. ¿Pero y los de artillería? O los hicieron bolsa o les pasaron por el costado, sorteando también el campo minado de la primera tranquera. ¿Habrá volado algún inglés con las minas que puso la compañía de Ingenieros 10? Me acuerdo el día cuando casi piso el campo minado, cuando Seltzer me mandó a medir la distancia al arroyo. ¿Cómo cuernos no me avisaron que había minas? Me salvé porque sospeché al ver las piedras paradas y pasé por el borde de la laguna, si no volaba como los pibes del bote. Pobre Seltzer, lo deben haber hecho pelota. Decían que lo mandaron a hacer patrullajes. ¿Qué podrá hacer una patrulla si se ve de frente con el enemigo en el medio de la isla? Y... los tienen que hacer pomada. Y si se quedaba con nosotros seguro que también lo hacían mierda como a Baldini. Neirotti se salvó raspando. Hoy en el hospital se lo veía bien. Tenía herido un brazo y la cabeza vendada. Norberto Santos estaba como delirando, con un brazo menos. Al que no vi fue a Spizzuocco. ¡Qué pelotas ese hombre! Es loco pero de los buenos, según se vio.¿Estará muy mal? Tal vez no, me parece que tenía varias heridas pero chicas. ¿Cuántos cañonazos se habrá ligado cuando socorría gente? Qué huevos. ¿Quién cuernos habrá en esas casas de enfrente? Desde ahí pueden apuntarme con toda tranquilidad. Supongamos que hay una patrulla enemiga en una de esas casas. En dos patadas nos hacen bolsa, y a mí primero que estoy acá afuera sin cubierta. Este tipo por lo menos está en el porche, pero desde ahí no sé qué podrá

ver. Lo habrán puesto de portero para darle la bienvenida a los ingleses. ¡Flaco!, ¿tenés fuego? Tomá, prendelo vos ahí adentro por las dudas, no sea cosa que alguien vea el fogonazo y nos caguen a tiros. Gracias. Qué frío de mierda que hace, eh? Estoy todo duro. ¿Qué tal la pasaron ustedes acá? Nosotros hemos parido desde que llegamos, viejo. Te juro que me importa un pito lo que pase, pero que se acabe de una vez. Y nosotros –es decir los de mi grupo y yo- más o menos la pasamos bien porque teníamos más libertad de movimientos en el monte, pero los pibes de la compañía la pasaron rejodido. Hubo uno que se murió congelado, era de infantería de marina y se veía que estaba hecho mierda, andaba mal de la cabeza. Vos todavía no entraste en combate, ahí vas a ver lo que es bueno. Y te digo que acá va a ser más jodido que allá arriba, porque no hay buenas cubiertas. Sí, vos confiate en esta construcción. ¿No ves que es de madera? Las bolsitas de arena que pusimos adentro apenas se sostienen una arriba de la otra, no tienen más de veinte centímetros de espesor. La primera bala desparrama arena por todos lados y la segunda desparrama al que está detrás. Decime, ¿vos viste una MAG tirando alguna vez? Ah, bueno, mirala y después contame. A nosotros nos tiraron bastante y he visto volar las piedras delante de la jeta donde picaban los proyectiles. Voy a caminar un poco che porque estoy duro. Acá en la otra cuadra es donde me detuvo el cabo forro ese de la PM la otra vez porque no andaba en compañía de un oficial. Esos boludos le cuidan el culo a los kelpers que son todos espías. Qué bronca esa vez, menos mal que el mayor nos sacó. El cabo desgraciado tenía los borceguíes que parecían plastificados, brillaban como loco. Me juego cualquier cosa que el duvet no se le mojó nunca. A ese lo pondría tres días en el Longdon y después lo mandaría de vuelta acá a ver si sigue haciéndose el machito. ¿Qué me viene a joder este salame que aquí ha estado de paseo mientras nosotros le cuidábamos el culo desde allá? ¿Cómo va a venir a hacerse el verdugo con soldados que no se bañaron en dos meses, que no saben lo que es desvestirse desde que llegaron? Hoy cuando vi una mesa con sillas casi me vuelvo loco. Y ahora, ¿adónde nos irán a mandar? Seguro que volvemos a apoyar a la Comando. Espero que no nos manden para el lado de Dos Hermanas porque dicen que ha sido terrible. Además tendríamos que avanzar por el valle y nos agarrarían de pechito. Pucha que frío que hace. Bueno, por lo menos hoy no hay mucho viento. Moody Brook sigue ardiendo.

Contraataque

Puerto Argentino, 13 de Junio de 1982, 23:30 hs.

Estamos en el gimnasio que antes ocuparon nuestros comandos y la PM. Somos un rejuntado compuesto por los hombres que pudieron reunir de la Compañía "B" del RI Mec 7 y alguno que otro de otras compañías que creyó salvarse viniendo al pueblo. Somos poco menos de 100 hombres. Por enésima vez en este día vuelvo a limpiar el cañón de mi fusil. Tal vez sea

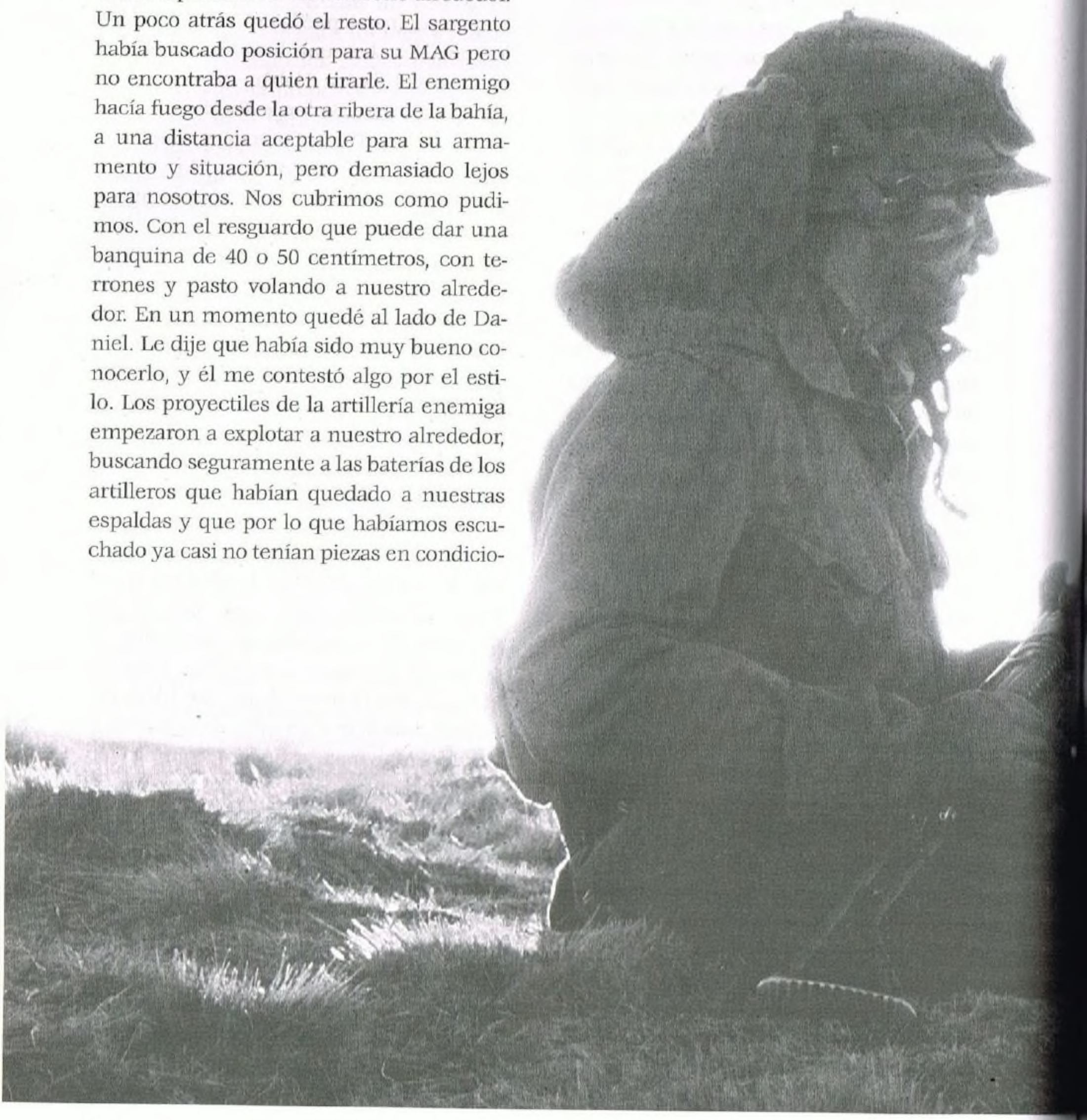
porque hoy contamos con un baquetón, mientras que desde hace un mes y medio venimos limpiando los fusiles con trapo sacado de alguna prenda y un pedazo de cable telefónico para hacerlo correr por dentro del cañón. Tal vez sea para asegurarme de que no me falle cuando sea mi mayor seguro de vida. Tengo todos mis cargadores preparados en el cinturón, sobre la bolsa de dormir. Tengo el equipo aligerado pronto para la partida. Las lámparas que iluminan el enorme recinto dan una luz pálida, que vuelve casi invisibles las cabriadas demasiado altas del techo. Hay un tenue murmullo compuesto más por roces y chasquidos de acero que por voces. Muchos parecen dormidos, pero pocos duermen. Muchos están sentados y miran demasiado lejos como para estar viendo algo. Mis granadas están alineadas al pie de mi lecho improvisado. Pienso con tranquilidad que mi pistola no admite más munición que la que tiene, y que una de sus balas es para mí en el peor de los casos. Después de dos meses aquí, la idea me tranquiliza. ¿Y si alguno del grupo no cumple el juramento? ¿Y si caigo herido y no se animan a matarme? Pobres los que no tienen una pistola. Sólo ruego tener fuerza para darme el último tiro. Daniel, Carlos, Fernando, Gabriel, Alejandro, Luis; en el lugar que nos señaló el mayor, al lado de los oficiales, hemos preparado nuestras camas. Yo con mi bolsa, algunos con la suya y otros con las mantas que supimos conseguir, todos tenemos donde cobijarnos, pero nadie duerme. Se fuma, eso sí. Desde que llegamos al pueblo se acabó la escasez de tabaco. ¿Cuántas guardias me comí sin fumar, cuando más te necesitaba pucho hijo de puta? ¿Cuántas galletitas resigné a mi hambre para cambiarlas por un pucho que me hiciera recordar que todavía era humano, que algo del Horacio del Continente quedaba? Ubico el cargador en su sitio y verifico el seguro. El mayor Carrizo grita: "¡Atender acá!". "A las cero trescientos marcharemos sobre Moody Brook y Wireless Ridge a reforzar a la Compañía Comando. Prepararse todo el mundo. Llevar el equipo aligerado. Se les ha provisto armamento, munición y equipo y se les ha dado descanso y comida. Ahora somos nosotros los que vamos a ayudar a nuestros camaradas. En quince minutos todos formados afuera, en fila de uno en sus respectivos grupos. Nadie habla. Al trabajo".

Alejandro y Luis llevan radios a sus espaldas. Las antenas van desplegadas. El mayor va al costado de la fila. Por momentos está en la punta de la columna. A veces se pierde atrás, verificando si todo está en orden. El capitán Daneri al frente. Después algunos milicos. Luego Luis y Alejandro. A continuación el resto de los Rayos: Fernando, Gabriel, yo, Daniel, Carlos. Atrás la compañía. Escucho sólo mi jadeo. No hay luna, sin embargo la noche es muy clara. Hace mucho frío. Van pasando las luces del camino que bordean la bahía. Casi las maldigo porque nos delatan, mientras a mi izquierda desfilan las casas blancas de madera de los kelpers. Testigos muertos de nuestro paso, casas sin luz, sin ruido, como si sólo fuéramos caminantes nocturnos de un pueblo cualquiera. ¿Nos

escucharían marchar? ¿Verían la columna avanzando con la cabeza gacha y el aliento forzado del que camina rápido hacia su fin? El pueblo queda atrás. El mayor aparece y desaparece. Toma la punta y se rezaga, toma la punta y se rezaga... En Wireless Ridge, nuestro primer objetivo, relampaguean impactos de artillería. Desde allí nos llega el trueno continuo de armas automáticas que no cesan. A cada paso, más fuerte es el ruido que ya se convierte en tableteo. Al frente, a una distancia que no preciso, pero cada vez más cerca, los estampidos de la artillería propia, contestando al enemigo. Comienzan a aparecer los galpones a la derecha, entre el camino y la costa. Luego, las paredes de tambores de 200 litros rellenos con tierra a la izquierda. Acá están los artilleros. La compañía se detiene. El mayor dispone todo para un avance en serio, que hasta entonces era sólo marcha. En eso estamos cuando nos llega desde la oscuridad del camino un grupo numeroso de soldados. Vienen caminando rápido y muchos se confunden con nuestra improvisada compañía. Hay cansancio, temor y esperanza en esos ojos. Hay abrazos de amigos que no pensaban volver a verse. Hay fusiles y cargadores repletos tirados al costado del camino. Hay soldados que se van alineando contra los galpones que dan a la costa y miran con ojos hoscos hacia el camino, donde permanecemos nosotros. Hay oficiales que llegan, al igual que esos soldados, de Wireless Ridge, de Moody Brook, es decir, desde el frente. Hay mucha confusión. Como siempre que puedo estoy cerca del Mayor, mi jefe. Como siempre que pueden están los demás Rayos cerca del mayor, por lo que pueda ordenar. Se reúnen los oficiales. Los que avanzan y los que vuelven del frente. Hablan con el mayor. Aparecen un par de Jeeps. En el último vienen el mayor Pérez Cometto y el jefe del Regimiento. Siguen para el pueblo.

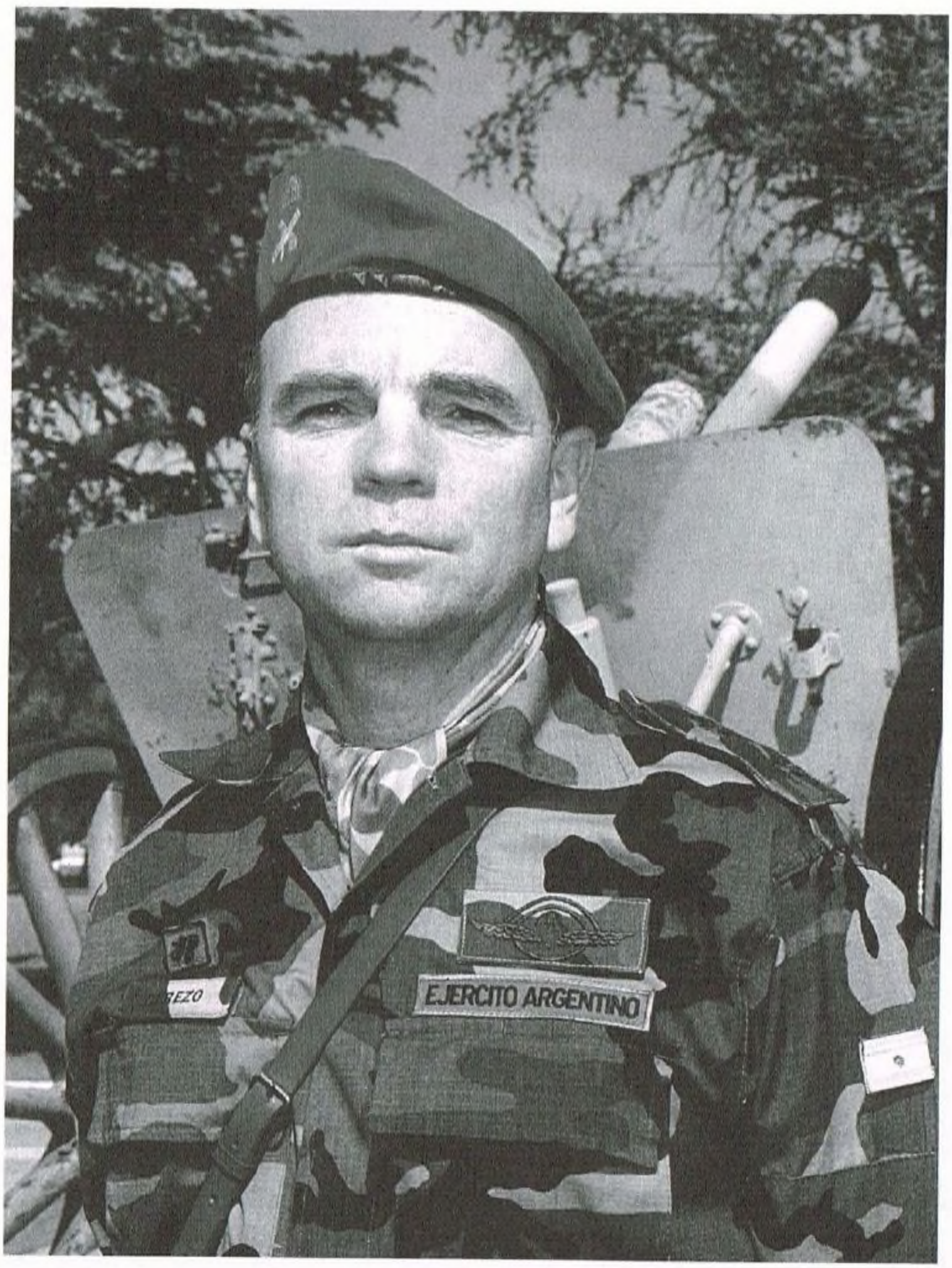
Habíamos quedado atrapados en el repliegue del grueso del Regimiento. El mayor gritaba en vano tratando de hacerse oír. Vio que quedaba poco por hacer pero no se resignaba. Pegó un par de gritos y dijo: "los que quieran que se vuelvan, los que quieran que me sigan", y encaró hacia Moody Brook solo, sin mirar atrás. Los siete Rayos salimos tras él. Sentíamos que era una locura pero no podíamos dejarlo solo. Alejandro y Luis habían tirado al diablo sus radios. Ahora traían sólo su fusil. Nos acompañó una veintena de soldados y un par de suboficiales. Uno de ellos era el sargento Villarreal, quien había sido mi jefe de grupo en el período de instrucción, al comienzo de mi servicio militar. Sentí orgullo de que el hombre que me había enseñado todo lo que yo sabía de la guerra al venir a Malvinas, estuviera conmigo en esos momentos. Pensé: "Hijo de puta, no te me vayas a morir". Al poco trecho los ingleses nos hicieron saber de su presencia. Se nos había acoplado también un sargento de otra Unidad (creo que del Regimiento 4 de Corrientes) con una MAG y 3 o 4 soldados que estaban bajo su mando. No teníamos cubierta y los ingleses tiraban fuerte, al parecer también con ametralladoras 12,7 o algo así. Llegó un momento en que no podíamos avanzar más porque

la tierra parecía hervir a nuestro alrededor. Un poco atrás quedó el resto. El sargento había buscado posición para su MAG pero no encontraba a quien tirarle. El enemigo hacía fuego desde la otra ribera de la bahía, a una distancia aceptable para su armamento y situación, pero demasiado lejos para nosotros. Nos cubrimos como pudimos. Con el resguardo que puede dar una banquina de 40 o 50 centímetros, con terrones y pasto volando a nuestro alrededor. En un momento quedé al lado de Daniel. Le dije que había sido muy bueno conocerlo, y él me contestó algo por el estilo. Los proyectiles de la artillería enemiga empezaron a explotar a nuestro alrededor, buscando seguramente a las baterías de los artilleros que habían quedado a nuestras espaldas y que por lo que habíamos escuchado ya casi no tenían piezas en condicio-



nes. Con Daniel nos preguntamos mil veces mutuamente "¿estás bien, no te hirieron?" hasta que el fuego decreció. Entonces el mayor dijo lo que todos queríamos escuchar: "Changos, vamos a replegarnos". Trabajosamente nos replegamos a los galpones. Ya era de día. ¿Cómo hicimos para volver vivos? En eso caímos en la cuenta de que habíamos perdido contacto con el sargento de la MAG. Fernando y Carlos volvieron a avanzar bajo el fuego enemigo para ver si lo encontraban, con gran riesgo para sus vidas, pero ya no volvieron a verlo; probablemente se replegó más hacia el sur. Recién en esos momentos supe que todo estaba perdido. Sentí un nudo en el pecho y otro en la garganta. Sentí que se me escapaban algunas lágrimas. Era cierto, habíamos perdido.

Horacio Cañeque es ingeniero civil y pertenece a la clase 1954.
Hizo una tardía conscripción porque en razón de hallarse cursando la carrera pidió prórroga y la obtuvo. Quiso el destino que fuera incorporado justo para ir al frente con su regimiento, el 7 de Infantería.
Hoy tiene 44 años cumplidos, es casado y tiene dos hijos, Lucía, de 13, y Ramiro, de 11. Trabaja en el Ministerio de Defensa.


EJERCITO ARGENTINO

El orgullo de haber combatido

Por el teniente coronel
Jorge Manuel Cerezo

Quince años después de la guerra (en 1997), el jefe que hoy hace este relato experimentó "el inmenso honor de volver a formar parte del Grupo de Artillería Aerotransportado 4, esta vez como su jefe". En la guerra Cerezo era un teniente primero y comandó una batería de esa unidad en algunos de los más duros enfrentamientos con el enemigo. De ello y de la satisfacción que le produce, cada mes de junio, reencontrarse con los antiguos soldados del Grupo, nos habla en este testimonio que se proyecta en el tiempo.

El 1º de mayo, encontrándonos en las afueras de la ciudad, camino al aeropuerto, se produjo el primer ataque de la aviación inglesa sobre Puerto Argentino, lo que provocó un cambio de planes ya que estábamos iniciando nuestro traslado por vía marítima a la isla Gran Malvina. Recibimos la orden de ocupar posiciones al oeste de la ciudad, a excepción de parte del personal y material de la batería de tiro "A" que se desplazó a Darwin, en apoyo de la Fuerza de Tareas Mercedes.

La zona, faldeo de las alturas de Sapper Hill que corren de este a oeste, presenta un suave declive de sur a norte, hacia la bahía de Puerto Argentino distante a unos 400 metros. Hacia el este, para nosotros la retaguardia, se encuentra la ciudad con las primeras casas a 600 metros de nuestra ubicación. Hacia el oeste, para nosotros el frente, ya que en esa dirección principal quedaron apuntados nuestros cañones, se extiende el terreno formando un gran anfiteatro delimitado por los cerros donde se librarían los principales combates durante el avance del enemigo sobre Puerto Argentino: Wireless Ridge, Longdon, Dos Hermanas, Harriet, Tumbledown, Williams, Sapper Hill, y al fondo, el monte Kent. Como un palco preferencial que dejaba verse en los escasos días despejados, nos desafiaba fuera del radio de acción de nuestros cañones de 105 mm (obuses Oto Melara, alcance máximo 10.200 metros).

Este paisaje constituiría nuestro hogar durante toda la campaña, debido a que nos habíamos trasladado desde nuestro asiento de paz, la ciudad de Córdoba, en avión. Sólo contábamos con 4 jeeps Mercedes Benz para toda la Unidad como único medio de transporte, lo que imposibilitaba de hecho los cambios de posición y constituía una limitación muy importante a la hora de necesitar batir un blanco fuera de nuestro alcance, evitar ser fácilmente localizados o batidos por la artillería naval y terrestre del enemigo, realizar el abastecimiento de munición y movimientos de cargas pesadas, lo que contribuyó al agotamiento físico del personal, sumado a otros factores como el rigor del clima, las condiciones de alimentación y el estrés propio de la situación de peligro permanente.

Cuando estábamos instalándonos, sin contar aún con obras de protección suficientes, recibimos el primer cañoneo naval directo sobre la posición, con bastante precisión; algunas carpas quedaron perforadas por las esquirlas de los proyectiles. No tuvimos bajas entre el personal ya que conseguimos protegernos en unas formaciones rocosas sobre las pendientes de Sapper Hill, donde, por temor a que se repitiera el ataque, pasamos la noche a la intemperie.

Por supuesto que la primera actividad al día siguiente fue comenzar a construir los pozos para protección del personal y de la munición de artillería, pero la naturaleza nos jugaría una mala pasada.

Con las primeras lluvias vimos que, fuera de la capa de turba de unos 20 a 40 cm, el suelo era arcilloso, lo que provocó que los pozos se inundaran, quedando tapados por el agua todo el equipo del personal y

los cajones de munición. Fue una situación bastante critica, ya que la moral del personal se vio muy afectada ante las dificultades para revertir este revés por la falta de medios y la imposibilidad de contar con un lugar donde recuperarse a resguardo de las inclemencias del clima.

Finalmente, se improvisó en un galpón en las proximidades del pueblo un secadero con estufas de las llamadas *"patagónicas"*, donde por turnos, pasamos todo un día y la noche secando nuestras mantas, bolsas de dormir y el resto del uniforme y equipo. La munición de los cañones se recuperó de los pozos afortunadamente sin daño porque no había sido sacada aún de sus envases de fábrica, unos tubos de cartón parafinado y sellados herméticos. Para el armamento se improvisó una mezcla de aceite diluido con combustible lo que evitó su oxidación y permitió conservarlo en adecuado estado de funcionamiento.

Sobre la base de esta experiencia, decidimos construir los refugios sobre el terreno utilizando los únicos medios a nuestro alcance, panes de turba con los que rellenamos tambores de 200 litros extraídos de un galpón próximo a nuestra posición, donde se acumulaba el combustible y lubricante para dos hidroaviones De Havilland Beaver que los kelpers utilizaban como correo en las islas. Dispuestos estos tambores con improvisados techos de postes de alambrados y paños de carpa, cubierto todo con varias capas de panes de turba, configuraban una suerte de *"iglú"* donde se alojaban entre 6 y 8 soldados con sus suboficiales y oficiales, sin distinción, de acuerdo con el rol de combate que les correspondía. Por supuesto, éramos conscientes de que estos refugios eran más que nada una protección contra el clima y, relativamente, contra fuego naval y de artillería terrestre o aéreo enemigo, pero con el tiempo nos acostumbramos y por lo menos, psicológicamente, nos sentíamos más seguros.

Todas estas actividades de preparación las fuimos ejecutando con el correr de los días, durante las pocas horas de luz, soportando el mal clima permanente, el frío que comenzaba a cobrar sus víctimas por congelamiento y pie de trinchera, las incursiones de los Sea Harrier y bombarderos Vulcan, las permanentes alarmas de incursiones anfibias de tropas comandos inglesas y los infaltables cañoneos navales de cada noche.

Las posiciones de artillería se cuentan entre las prioridades de estas acciones del enemigo como preparación previa a un ataque, buscando eliminar la capacidad de producirles daño a grandes distancias durante su aproximación.

La mayoría se adaptó bien a esta permanente presión. Con el tiempo, durante los cañoneos navales nocturnos, nos limitamos a colocarnos el casco y, manteniendo contacto telefónico con todos los puestos, actualizábamos las novedades después de cada ráfaga para continuar luego con el descanso. Por supuesto que en unos pocos hombres estas tensiones se manifestaban a través de problemas físicos, como el caso de un soldado que sufría ataques de epilepsia durante los bombardeos, y otro que padeció todo el tiempo de enterocolitis.

Visto a la distancia, se comprende mejor la naturaleza humana y se es menos duro a la hora de juzgarlos. De todas maneras, no podíamos hacer nada contra esto, salvo estar convencidos de que la suerte o la protección de Dios no permitirían que un proyectil nos diera de lleno.

Toda vez que la situación lo permitía, reuníamos al personal para almorzar en el galpón al que hice referencia anteriormente, como una manera de mantener el contacto y transmitirles lo que se conocía del progreso de los acontecimientos. Esta era, además, la única comida importante en el día; la cena se suprimió reforzándose el almuerzo que se hacía lo más tarde posible por varias razones, entre ellas que la distribución se complicaba durante la noche por las medidas de seguridad en cuanto a los desplazamientos y la prohibición de encender luces para evitar ser localizados. El combustible disponible para cocinar era escaso (panes de turba seca) y de bajo poder calórico, lo que prolongaba el tiempo de cocción necesario y, finalmente, todo el personal lo prefirió de esa manera para evitar exponerse al frío y la humedad permanentes, repartiéndose en su lugar el mate caliente por las posiciones.

También nos tocó vivir momentos reconfortantes como aquella oportunidad en que recibimos correspondencia de niños de las escuelas que escribían dándonos su cariño y aliento patriótico sin conocernos, o unas pocas encomiendas con guantes, bufandas y hasta potes de cremas, que nos ayudaron a aliviar la situación de muchos soldados que, con sus guantes ya rotos, mostraban en sus manos las consecuencias del frío. O cuando recibimos la visita de un sacerdote para oficiar una misa, aunque la misma quedó incompleta porque nos sorprendió una incursión de aviones enemigos.

Las tareas de preparación y mejoramiento de las posiciones del personal y cañones eran continuas, en la espera de lo que todos sabíamos que era inevitable, el momento de entrar en combate.

Una vez producido el desembarco de las tropas inglesas en San Carlos y el posterior ataque y conquista de Darwin, todos los tiempos se acortaron. En pocos días se hizo más intenso el fuego de la artillería naval, las incursiones de los Sea Harrier y se sumó la artillería terrestre inglesa que, con cañones también de 105 mm pero con 17 km de alcance, superaban al de los nuestros, salvo los 2 cañones de 155 mm que se disponían con 20 km, lógicamente insuficientes para constituirse en una amenaza importante pero que se ganaron su respeto por parte de los ingleses.

La batalla final

Alrededor del 8 de junio comenzamos a cumplir misiones de fuego, aunque todavía en forma esporádica, lo que contribuyó a levantar nuestra moral ya que empezamos a realizar lo que sabíamos hacer, a sentirnos útiles, y también a descargar adrenalina imaginando que cada disparo nuestro causaría un daño al enemigo.

Desde nuestra posición podíamos distin-

guir los movimientos de la batería de cañones del Grupo de Artillería 3, adelantada en la zona de Mody Brook para obtener un mayor alcance.

A esta batería, duramente castigada por los bombardeos aéreos y la acción de la artillería naval y terrestre inglesa, la bautizamos "las hormiguitas" ya que ante el fuego enemigo se replegaban rápidamente a sus refugios y, cuando éste se interrumpía, nuevamente ocupaban sus puestos y continuaban cumpliendo las misiones de fuego, ante nuestra alegría de verlos nuevamente en acción. Desde la distancia, los puntitos que entraban y salían de sus pozos parecían realmente hormigas en febril actividad.

El enemigo aproximaba equipos, armas y personal al amparo de las elevaciones del terreno y la falta de medios de nuestra parte para localizarlos con precisión, preparando el asalto sobre las posiciones que defendían Puerto Argentino.

En la noche del 11 de junio comenzó el ataque generalizado. En la oscuridad parecía un espectáculo increíble de trazos luminosos en todas direcciones, explosiones y bengalas que, además de iluminar el campo de combate, nos indicaban el progreso del ataque enemigo.

Recibíamos permanentemente misiones de fuego (requerimientos para batir blancos enemigos detectados), en un abanico de casi 180 grados, lo que nos obligaba a frecuentes cambios en la dirección de puntería de nuestros cañones, debiendo desenterrar las flechas (brazos metálicos sobre los que se apoyan los cañones y soportan la acción del retroceso del arma sobre el terreno en cada disparo), ya que por la poca consistencia, el terreno cedía fácilmente. En esta actividad debían ayudarse los servicios de piezas (grupo que atiende cada cañón) unos a otros por el esfuerzo que exigía, lo que nos producía demoras en nuestras respuestas.

Los fuegos de contrabatería (disparos de la artillería enemiga sobre la propia artillería buscando neutralizar su acción) no se hicieron esperar, reforzados por el fuego de los buques.

Comenzamos a tener bajas por heridos con esquirlas de las explosiones producidas sobre el personal que debía cumplir su misión fuera de los refugios, transportando munición o reparando un cable telefónico, y eran sorprendidos sin tener un pozo cerca o un refugio donde protegerse.

La permanente actividad del combate nos exigía mantenernos despiertos y de pie, pero poco a poco el cansancio y el frío comenzaban también a sentirse. No había forma de pensar en descansar, sabíamos que el tronar de nuestros cañones alentaba y daba seguridad a los soldados que se encontraban en primera línea. Siempre recordaré la emoción que sentí cuando de una fracción de infantería que se replegaba a través de nuestra posición, alguien se acercó y con un abrazo me agradeció por la sensación de protección que sentían cada vez que una ráfaga de nuestra artillería batía al enemigo que enfrentaban. Este comentario compensaba todos nuestros esfuerzos y sacrificios al hacernos sentir que fuimos útiles, ya que normalmente no ve-

mos en forma directa los resultados de nuestra acción.

En la mañana del 12 de junio, nos enteramos de que en el combate nocturno, por acción del fuego naval, perdieron la vida los soldados Eduardo Vallejo de la batería Comando y Servicios que ocupaba posiciones a la izquierda de mi batería, y Eduardo Romero de la batería de tiro "B" ubicada también a la izquierda y adelante de mi posición. Fueron sepultados en el cementerio de la ciudad con la presencia del jefe de unidad y un reducido grupo.

A pesar de esto, puedo decir que la moral de la gente era buena. Cada vez que se cumplía una misión de fuego sobre un blanco importante y nos informaban nuestros observadores adelantados de su resultado eficaz, podían oírse los gritos de alegría e insultos a los ingleses.

Como en la ocasión en que se concentró el fuego de toda la artillería propia sobre la zona defendida por el Batallón de Infantería de Marina 5, lográndose retardar el ataque de los Guardias Galeses, o cuando se localizó un grupo de helicópteros enemigos, en momentos en que operaban trasladando equipo y personal y nuestros proyectiles les causaron serios daños.

El consumo de munición era muy elevado. Recibimos un reabastecimiento, pero muchos cajones quedaron sobre el camino a unos 300 metros de la posición por la imposibilidad de los camiones de transitar sobre el terreno blando de turba y, además, porque la posición permanentemente era batida por la artillería enemiga, corriéndose el riesgo de que un vehículo fuera impactado y la explosión de su carga provocara un desastre sobre la propia tropa. Esto implicó un duro esfuerzo para el personal de mi pelotón de Transporte de Munición, que contaba sólo con 9 soldados, apenas reforzados con 3 ó 4. Ellos no podían sustraerse más de las funciones específicas que cumplían, de manera que transportaban a los cañones los cajones de 45 kilos de peso cada uno, mientras éstos seguían disparando y se recibía también el fuego de contrabatería enemigo. En estas circunstancias, fue seriamente herido el jefe del pelotón, cabo Aguirre, pese a lo cual sus soldados continuaron cumpliendo admirablemente su tarea.

La ubicación de nuestra batería, como la de todos los objetivos importantes, era conocida por el enemigo con precisión, por los relevamientos aéreos previos realizados y, además, porque fueron dominando todas las alturas circundantes desde donde contaban con observación directa, permitiendo que su artillería nos batiera con eficacia. En algún aspecto, el terreno blando nos favoreció ya que los proyectiles se enterraban antes de la explosión, disminuyendo notablemente la acción de las esquirlas.

En mi batería, resultaron heridos en distintos momentos el cabo Escudero y los soldados Oscar Viveros, Isaac Gaitán, Carlos Toresani, Juan González, Edgardo Lima, Jorge Oyola, Omar Laurenti, Daniel Poltarak.

En la mañana del día 13 la posición presentaba un aspecto de caos, cráteres de las explosiones, los tubos contenedores de los

proyectiles y cajones abiertos tirados en grandes cantidades, los cañones con sus flechas enterradas en el barro y fuera de servicio algunos por la exigencia a la que fueron sometidos. La munición que quedaba no era abundante.

No necesitábamos mucha explicación para darnos cuenta de lo grave de la situación: nuestros fuegos se ejecutaban cada vez a distancias menores, la acción de la artillería inglesa se hacía sentir con mayor dureza. Encontrándome en mi puesto comando con los soldados Galleto y Canteros, telefonista y operador de radio respectivamente, alcanzamos a escuchar el silbido típico de los proyectiles en el aire que se acercan. Instintivamente nos arrojamos al suelo, en ese instante se produjo una explosión en la entrada, recibiendo heridas en la espalda los dos soldados, unos segundos después y, por la altura donde se incrustraron las esquirlas, literalmente nos hubieran partido en dos. En circunstancias similares, cae muerto el soldado Néstor Pizarro de la batería de tiro "B".

Hacia el atardecer de ese día, los 6 cañones de la batería "B" quedaron fuera de servicio y recibieron la orden de destruir el material y replegarse sobre mi posición. El personal de la batería Comando y Servicios recibió la orden de replegarse sobre el Puesto Comando del Grupo. De mis cañones, dos estaban fuera de servicio y dos habían quedado con sus flechas tan enterradas que no lográbamos sacarlas, y esto limitaba el campo de tiro de esas piezas a una sola dirección.

Podemos decir que estábamos todos sobre las últimas piezas en servicio, ayudando en el abastecimiento de munición, abriendo los cajones, cargando, disparando. Hasta me sorprende en un momento el cabo Quiroga, cocinero, cargando un proyectil en una pieza.

Entre las últimas misiones de fuego recuerdo que tirábamos sobre Moody Brook, observando y corrigiendo el tiro desde la misma posición. No contábamos más con nuestros observadores adelantados. A la sección de artillería antiaérea ubicada a nuestra retaguardia se le ordenó ejecutar fuego terrestre sobre la misma zona. Los hombres de las unidades que habían estado ocupando las posiciones de primera línea nos sobrepasaban replegándose rumbo a la ciudad.

Los cañones se fueron inutilizando, al punto de quedar en servicio sólo la 3ra pieza. Ante la situación incierta que teníamos al frente, se ordenó una pausa de fuego. En un nuevo ataque de contrabatería, varios nos arrojamos al mismo pozo que estaba inundado y se mojó por completo el equipo. Había comenzado a nevar, así que desafiando todo sentido de la seguridad, nos reunimos en mi puesto Comando y encendimos fuego para secarnos.

Al amanecer del 14 de junio, con un manto blanco que cubría toda la superficie, nos sorprende una fracción desplegada que a muy poca distancia avanzaba hacia nuestra posición, ante la falta de información de si se trataba de propia tropa. Pedí verificarlo por radio con el puesto Comando de la unidad, de donde nos informaron que no quedaban fracciones pro-

pias adelantadas. Ante esta situación, intentamos abrir fuego con puntería directa con la 3ra pieza, pero nos dimos cuenta de que había quedado un proyectil atascado desde la última misión de fuego y no logramos ponerla en servicio.

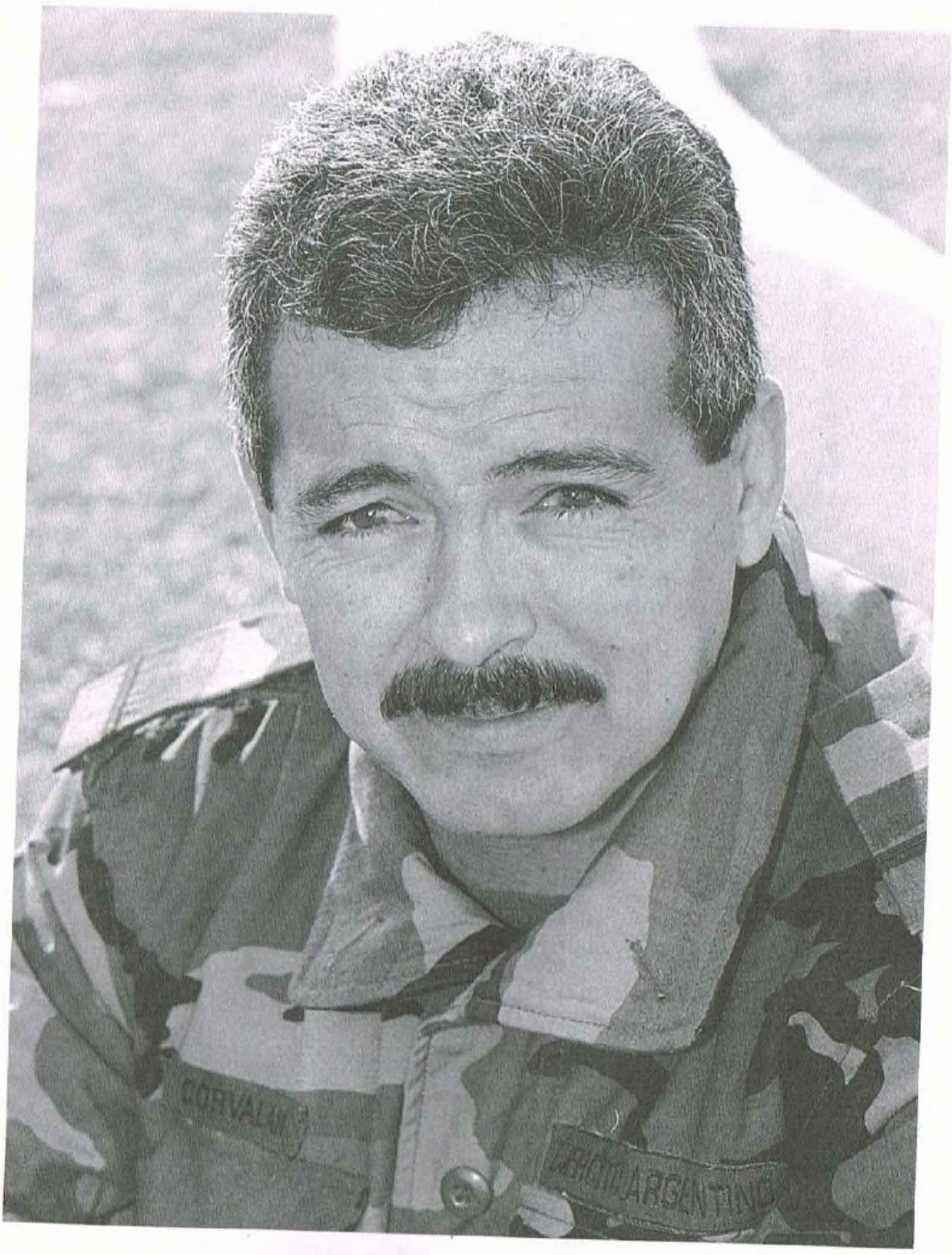
Se desató entonces un intenso fuego de artillería sobre nuestras posiciones, batiendo incluso las zonas pobladas que hasta entonces no habían sido atacadas. Anuladas nuestras posibilidades de continuar cumpliendo misiones de fuego y quebradas todas las líneas de defensa, recibimos la orden de destruir el material y replegarnos sólo con nuestro armamento individual a la ciudad, a un punto próximo al cementerio. En el camino nos cruzamos con una compañía del Regimiento de Infantería 25, según recuerdo, que había recibido la misión de ejecutar un contraataque.

Las últimas imágenes que retengo de esos momentos son los cuerpos de algunos de nuestros soldados alineados en el suelo del cementerio, esperando ser sepultados, testigos mudos de los cruentos combates, azotados por la nieve y el viento. Después, las lágrimas viriles que dejamos brotar los oficiales reunidos en un semicírculo con nuestro jefe de unidad, el teniente coronel Carlos Alberto Quevedo, cuando nos anunció el cese del fuego y que había comenzado a pactarse la rendición.

Aún después de todos estos años, con sólo cerrar un instante los ojos, puedo dibujar en mi mente cada lugar en el que quedaron todos los esfuerzos, sacrificios, pequeños y grandes actos de heroísmo y también de miserias que ocurren en toda situación en la cual el ser humano se ve exigido al máximo de sus posibilidades y enfrentando la muerte a cada instante. Eramos un grupo de hombres, 64 soldados, 12 suboficiales y 4 oficiales, que formábamos la batería de tiro "C" del Grupo de Artillería Aerotransportado 4.

En 1997, después de tantos años, sentí el inmenso honor de volver a formar parte del Grupo de Artillería Aerotransportada 4, esta vez como su jefe, reencontrándome con algunos de sus suboficiales y oficiales en actividad nuevamente en su cuartel, y de revivir cada año, en el mes de junio, el homenaje a nuestros muertos y heridos confundiéndonos en un abrazo con los veteranos de la unidad, cuadros y soldados, que vuelven orgullosos con sus esposas e hijos, aún desde los lugares más alejados donde se encuentran.

Un salteño aquerenciado en Córdoba, el teniente coronel de Artillería Jorge Manuel Cerezo (47) se desempeñó en Malvinas como jefe de la Batería de Tiro "C" del Grupo de Artillería Aerotransportado 4. Entonces tenía 30 (los cumplió el 28 de mayo en plena guerra), era teniente 1ro y ya estaba casado con Ana María Pierini. Habían nacido sus dos hijos: Francisco (19) y María Soledad (18). La carrera militar de Cerezo está profesional y sentimentalmente unida al GA Aerot 4 ya que esta unidad fue su primer destino al egresar del Colegio Militar de la Nación en 1974 y - con un intermedio en el que cumplió destino en la Patagonia, en el GA 9 de Sarmiento, Chubut- regresó en 1981 y al año siguiente fue con ella a la guerra. Posteriormente cursó la Escuela Superior Técnica hasta recibirse, en 1986, de Ingeniero Militar en Sistemas de Armas Electrónicas. También cursó la Universidad de Belgrano donde se graduó de Licenciado en Sistemas. En 1997 tuvo la satisfacción de volver al GA Aerot 4 esta vez como jefe. Actualmente se desempeña en el comando del IIIer Cuerpo, "Ejército del Norte", como jefe de la División Informática.


EJERCITO ARGENTINO

Cada uno hace lo que cree que está bien

Por el suboficial principal
Arnaldo Walter Corvalán

En la sede de la Compañía de Comandos 601, en Campo de Mayo, su destino por elección, este veterano suboficial reflexiona y recuerda. Sus 40 años de vida están marcados a fuego por la experiencia de Malvinas. Ninguna de su carrera - que incluyó un desempeño en el exterior con los cascos azules de la UNFICYP, en Chipre - ha sido tan intensa como aquella. "La realidad es diferente a los manuales" - sintetiza.

El suboficial principal Corvalán se llama Arnaldo Walter, según responde cuando se le realiza la ficha personal. Sin embargo, se presenta como Walter. A medida que la charla avanza, se puede descubrir que tal vez se está ante una de las visiones más radicalizadas sobre la guerra de Malvinas. Su relato comienza así. "Mi experiencia exigió de todos los conocimientos militares que tenía. Fue la base de un montón de decisiones posteriores que tomé. Me ayudó a madurar y a ser un mejor soldado. Creo que la mejor decisión fue no entregarme, porque yo he visto gente que después de participar en Malvinas ha decaído en sus cosas, en la visión que tenía del Ejército, en sus inquietudes personales. A mí me ayudó a mejorar, a tomar decisiones como la de ser comando. Hoy no podría volver a combatir en una situación igual, ya que mi voluntad es estar mejor preparado de lo que estuve. Que la próxima guerra, si la hay, me sorprenda en mejores condiciones..."

En el plano de la recuperación, Corvalán prolonga su teoría. "La parte psicológica depende de cada persona. Hay gente que está mejor preparada que otra. Dentro o fuera de las Fuerzas; eso no influye. Creo que se relaciona con la personalidad de cada uno. Yo creo que estuve preparado. Cada uno hace lo que cree que está bien o convencido de las cosas que hace. A mi nadie me obligó a ser lo que soy, elegí ser lo que soy. Siempre traté de superarme en lo que hice, nunca estuve estático en mis conocimientos".

Aparece rápido, frontal, espontáneo e impulsivo para contestar. Tras entregar una dosis de sus pensamientos, el suboficial principal se remonta en el tiempo hasta aterrizar en el otoño de 1982. "Viajé el 7 de abril desde Comodoro Rivadavia. Era integrante del grupo de apoyo de la segunda sección de la compañía C, que pasó a ser reserva del Regimiento 8. Fui jefe de ese grupo. Nosotros cubríamos un sector del regimiento ayudando al cerco, al sector de seguridad de la plana mayor. Yo ocupaba posiciones en la playa de Bahía Fox. No llegué a entrar en combate cuerpo a cuerpo. Los combates que tuvimos nosotros fueron con aviones. Desde que empezó la guerra hasta que finalizó, porque ellos atacaban casi todos los días. No tenía batería antiaérea, pero uno trata de defenderse con lo que puede. En mi sección éramos 30, y en mi grupo 10. De la parte de ametralladoras eran tres y de la parte de lanzacohetes, otros tres. No tuvimos ninguna baja".

Mis soldados

Como jefe de grupo, Corvalán habla de sus subordinados de ese entonces. "No nos vimos más. Tuve soldados de clase '62, y uno solo de la '63. Estaban bien preparados, espiritualmente bien. No tuve ningún problema de disciplina. Ocuparon los puestos que debían ocupar. Lo que hice fue mejorar sus conocimientos, profundizar las cosas que ellos habían visto a principios de año y después las dejaron de ver. Creo que por haber sido de la clase '62, más mayores y maduros, no me dieron

ningún problema".

Sobre el desarrollo de aquellos acontecimientos, Corvalán muestra su particular visión. "La diferencia solamente la hacen los medios, armas, equipos. Nada del factor humano. A veces se pueden tener muchos medios y no tener la gente para poder utilizarlos. Esto no fue así en nuestro caso. Pienso que tenemos que aprender más, para mejorar y para que, como dije anteriormente, que en la próxima guerra, la hora del combate nos sorprenda con un poquito más de conocimiento. La realidad es diferente de los manuales. Bienvenido sea todo lo que uno pueda aprender. Cuando uno estudia, lee libros pero en la práctica uno se da cuenta de que hay cosas que están de más y otras que faltan".

Continuando con esta línea de pensamiento, el ex cabo 1ro sigue explicando su modo de analizar la realidad. "Para mí, el peor momento fue el día que me tuve que rendir. El resto no lo tengo en cuenta, porque son cosas que uno sabe que tienen que pasar en la guerra. Pude haber ganado yo... (hace una larga pausa, la más larga).

Y a lo mejor hubiera pensado que el peor momento fue cuando me atacó un avión, o cuando tuve frío, o cuando tuve sueño. Pero lo peor fue rendirse. Yo no pensé que íbamos a perder. Estaba optimista..." Breve pausa. Traga saliva. "Pero se gana y se pierde".

Su tono se quiebra una sola vez. "¿Volverías a Malvinas?", se le pregunta. "Es algo que no voy a contestar porque no creo que sea yo el que determine estas cosas", contesta secamente. Luego se extiende: "Yo estoy preparado. Me jugaré, sé que me jugaré. Desde el '82 me preparo para la próxima, aunque no sé si Malvinas será la próxima. Pero no me va a sorprender sin conocimientos. Esto me va a ayudar a mí para colaborar a ganar una batalla, o lo que sea. Y a poder sobrevivir".

También hay un mensaje esperanzado cuando se plantea la posibilidad hipotética de un regreso a las islas.

"No sé, nunca pensé en visitar. No me veo como visita... Pero me gustaría volver... No sé cómo... Creo que uno no es visita en los lugares que son de uno".

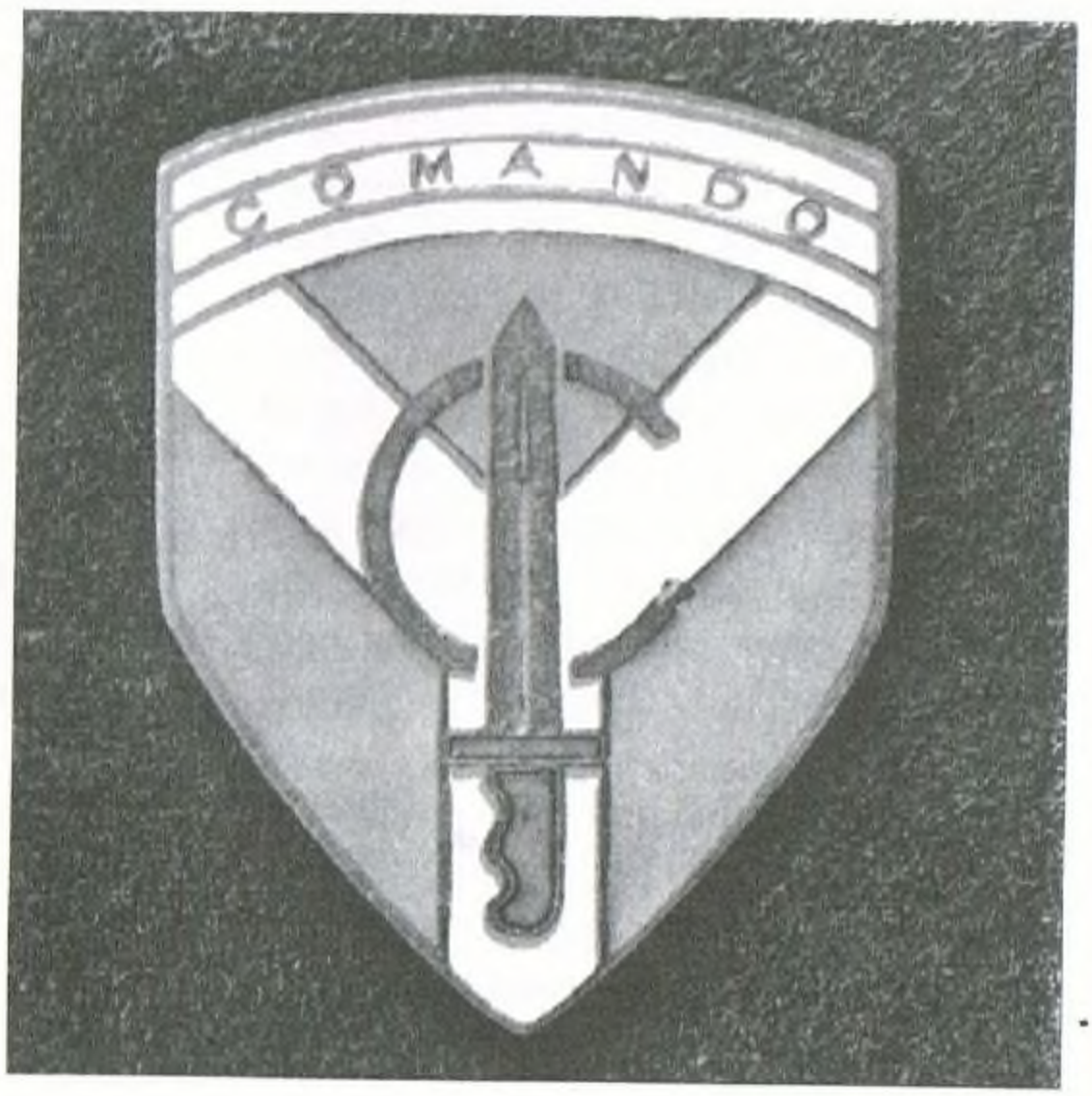
Corvalán casi no habla de Malvinas con sus hijas. "La más grande está estudiando, pero todavía creo que no está preparada para interpretar o entender algunos temas. Ella sabe que estuve en Malvinas. Me preguntó a qué fui y cosas por el estilo. Cuando crezca le voy a explicar. Todavía no sabe lo que es una guerra. En el colegio no hubo actos de Malvinas. Por lo menos donde yo mando a mis hijas. Cada lugar tiene sus planes de educación. Me gustaría que los hagan, que recuerden. No digo que hagan una formación como hacemos nosotros. Pero sí que lo tengan en cuenta".

El regreso

El regreso, más allá de los avatares propios de ser prisionero, no resultó problemático para Corvalán. "Volví a los 60 días, más o menos. El 19 de junio estuve en el continente. En esa época la vuelta no la tomé como algo traumático. Hoy pensaría diferente. Pero en esa época y ese momen-

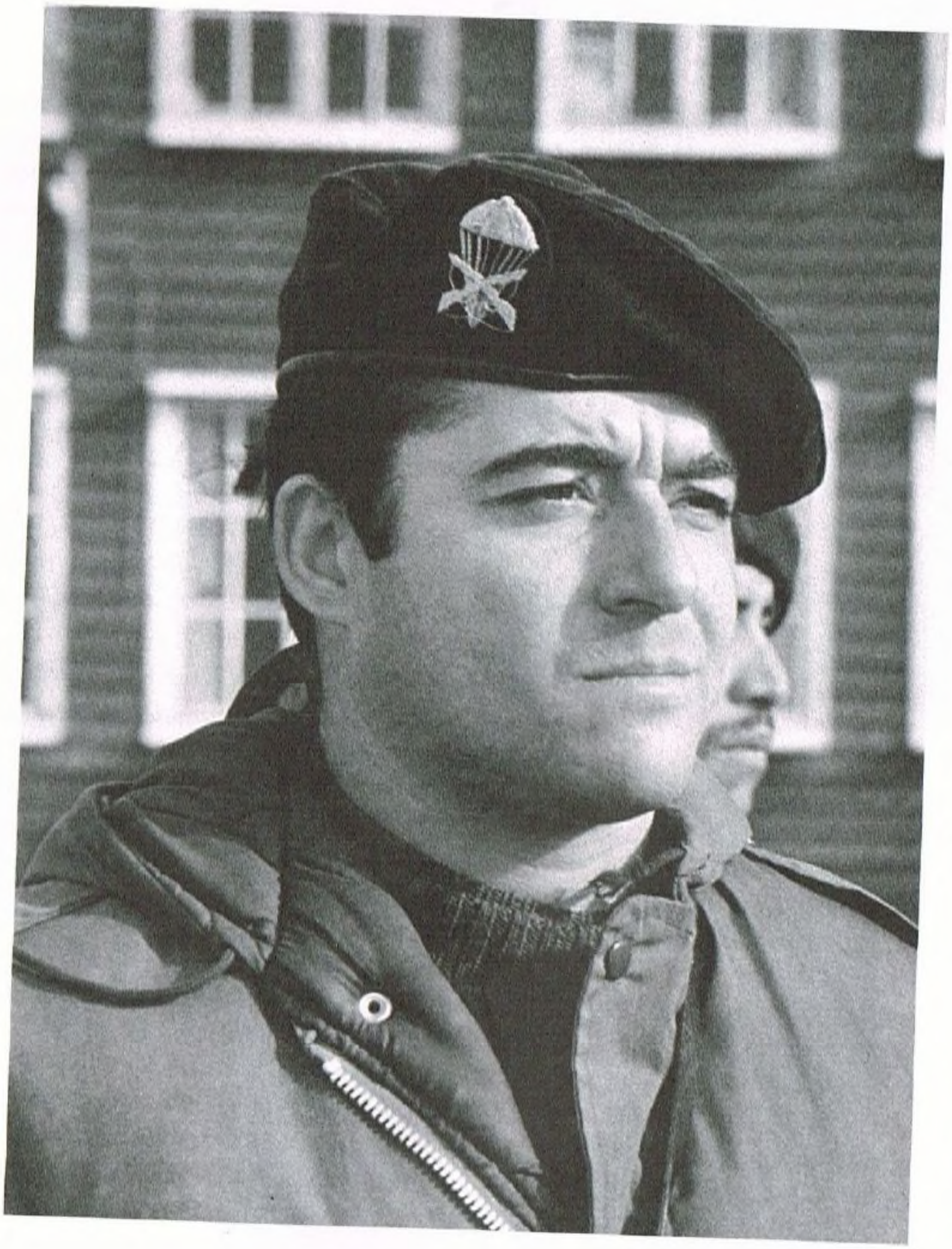
to que estaba viviendo, a lo mejor no me di cuenta. No me detengo a pensar en eso, porque cada hombre que resuelve una situación lo hace siempre pensando en algo. No cuestioné decisiones porque no me correspondía. El que ordenó, bueno..."

Luego de ese 19 de junio, la vida de Corvalán siguió su curso. "Me reinserté a la sociedad bien, pienso que bien... Tuve algunas pesadillas, sueños. Soñaba con compañeros, amigos, situaciones. Pero no fueron permanentes. Pienso que ahí en caliente, después de Malvinas, uno recuerda cosas. Después, la mente siempre elige y trata de guardar lo que quiere".



Corvalán quien en la guerra combatió en la segunda sección de la Compañía C del Regimiento de Infantería 8, es hoy un suboficial principal en la Compañía de Comandos 601. A la derecha el emblema de chapa que distingue a los comandos argentinos

El suboficial principal Arnaldo Walter Corvalán nació el 12 de marzo de 1959. Realizó sus estudios en la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral.
En Malvinas era cabo 1ro. Posteriomente realizó gran cantidad de misiones, y en el exterior, participó de UNFICYP (Chipre) desde octubre de 1993 hasta marzo de 1994.
Es casado y tiene tres hijos: Florencia (8), Valeria (6) y Daniela (4 meses).



Los caminos a San Carlos

Por el teniente coronel
Carlos Daniel Esteban

Al hoy teniente coronel Carlos Daniel Esteban la carrera militar le ha deparado un grato reencuentro con la unidad de Infantería con la que peleó bravamente en Malvinas. En aquellos días de fuego de 1982, se distinguió al frente de la compañía "C" del RI Mec 25 y en la actualidad, después de diecisiete años y varios destinos, ha vuelto como jefe al cuartel del "Bravo 25", en Sarmiento, Chubut. Desde allí nos cuenta su bautismo de fuego cuando, con un puñado de valientes enfrentó el desembarco inglés.

¡Qué emoción, cuánto suspenso, intriga y nerviosismo! Un orgullo indescriptible llenaba nuestros corazones. Me tocaba ser el jefe de la primera Compañía del Ejército, que juntamente con la Infantería de Marina desembarcaría y reconquistaría las Islas.

Una fuerte tormenta, el helicóptero del Comandante Irízar destruido, pero allí estábamos en la madrugada del 2 de Abril, con una densa niebla y las costas frente a nuestros ojos brillosos.

La incruenta, planificada y perfectamente coordinada Operación Rosario nos permitió colocarnos de pie frente a la gran potencia, que se asombraba por nuestra osadía.

Recuerdo con gran cariño a los subtenientes Estévez, Gómez Centurión, Reyes, Vázquez y Colugnati. ¡Qué oficiales! Fue un orgullo ser su jefe.

Esa Compañía, mi valiente y brava Clase 62; la historia ya los recompensará por su enorme testimonio.

Partida hacia Darwin

Goose Green, en helicóptero y el buque *Isla de los Estados*. Nos sentíamos dueños de esas tierras. Ya extrañábamos a nuestros familiares; tenía una foto de mi hijo y mi esposa en el bolsillo del pantalón. ¿Podría volver a verlos? Era mi eterna pregunta. Sabía que sólo Dios tenía la repuesta y rezaba.

Siempre a mi lado, el soldado Aime, un temerario y entrañable amigo.

Con mucha facilidad rodeamos y tomamos los pueblos, la población inteligentemente dócil, requisamos armas, radios, munición y vehículos. En una casa encontré una foto de mi esposa. Tuve que pensar si estaba soñando. Era ella con una amiga kelper, hija del señor Hardcastle, que había estudiado en La Cumbre, Córdoba.

A los dos pueblos los rebautizamos con el nombre de Puerto Santiago; la vida del santo siempre me apasionó desde que visité Compostela, pero además era el nombre de mi hijo, que tenía seis meses. ¿Volvería a verlo? Sabía que me lo tenía que ganar. Pero además quería que estuviera orgulloso de lo que su papá hizo.

¡Cómo extrañaba a mi familia! A veces lloraba solo, alejado de la tropa. Tomaba coraje y regresaba con una arenga para alentar a mis jóvenes y bravos patriotas. Los chicos habían quedado en el continente, ellos eran hombres en defensa de su tierra.

Ya habían pasado cuarenta días, y Puerto Santiago estaba de pie. Habíamos jurado la bandera, recibido a la Fuerza Aérea y nos agregaron a la Fuerza de Tarea Mercedes.

El 1° de mayo la Inteligencia nos previno de un ataque aéreo, refugiamos a la tropa en los acantilados de las costas. No había posibilidad de ataque terrestre. Salimos ilesos de aquella lluvia mortal de las 8 horas, pero los once muertos de la Fuerza Aérea nos obligaron a tomar conciencia de que la guerra había empezado.

"Con el cuerpo confiado en la tela, pues-

ta el alma en las manos de Dios"..., mi viejo lema paracaidista me daba fuerza. Quería cumplir mi misión, quería conducir bien a mi compañía, y además quería volver a ver a mi hijo.

Hundieron el *Isla de los Estados*. El 10 de mayo los ingleses recorrían el Canal. La zona sur estaba controlada, pero la norte no, y esa fue la misión de la querida compañía "C": marchar a San Carlos.

Dos secciones y el puesto comando, dos morteros y dos cañones antitanques, todo era muy poco; 62 hombres que debían impedir el pasaje de los buques, controlar la población de San Carlos y dar la alerta temprana en caso de desembarco.

Vuelo en helicóptero y el 16 de mayo llegamos. Fanning Head, altura 234, San Carlos. Todavía recuerdo la cara del teniente primero González Deibe que con un grupo de comandos regresaba en nuestro helicóptero, me deseaba suerte y me decía: terreno limpio de enemigo, claro que hasta ese día. A partir del 21 de mayo todo sería distinto.

Solos, a 100 kilómetros de nuestras líneas, la Inteligencia ya apreciaba que: para obligar a cambiar el frente de la defensa, proteger a sus buques de los Exocet, proporcionar escaso tiempo para la puntería de los aviones y tener buenas alturas para instalar las armas antiaéreas, ese podría ser un lugar para el desembarco enemigo.

Luego de requisarles armas y radios, permitimos una vida normal de los habitantes, con chimeneas funcionando para

Soldados del Regimiento de Infantería 25 juran la bandera pocos días antes de entrar en combate

dar imagen de cotidianeidad. Conectamos una Yaesu que nos integró con la red principal. Capanga era el indicativo de nuestro jefe y estaba en Puerto Argentino.

Colocamos las armas pesadas y una sección en la altura 234, el puesto comando y la reserva en San Carlos, a ocho kilómetros, donde disponíamos de 110 voltios para que funcionara la radio.

El clima en la altura 234 era muy riguroso, ya habíamos hecho una rotación, las armas controlaban el estrecho, una radio portátil mantenía el enlace con el puesto comando.

Reyes y su sección en Fanning Head, Vázquez y el puesto comando de la compañía en San Carlos.

Cinco días de vigilia, tensa espera. Preparábamos posiciones y planes de alternativa, intuíamos que algo importante podía pasar. El dejar sin radios a la población beneficiaba el secreto. Nos sentíamos muy solos pero orgullosos de nuestra misión. El nombre San Carlos nos gustaba y lo dejamos, quizás porque era el nombre de mi padre y el mío. Alguien tenía que protegernos.

Instalamos observadores aéreos en las alturas, y había transcurrido la noche del 20 y 21 de mayo escuchando importante fuego de artillería naval. No estaba dirigido hacia nosotros y como comprobamos, tampoco hacia ninguno de los corresponsales de la Red Tero, que mantenía el enlace entre los principales comandos.

A las ocho y dos minutos del aquel histórico 21 de mayo, uno de los soldados observadores aéreos baja corriendo y me señala con siglas la presencia de una fragata enemiga en el estrecho. Le pregunto cómo conocía tanto detalle y me muestra una caja de fósforos "Fragata" que recibían los fumadores, con una silueta en su parte posterior, diciéndome: "Es igual a esta mi teniente primero".

Tomé los binoculares y me desplacé rápidamente hacia su puesto observatorio. Quedé atónito. Media flota estaba en la boca norte. Silenciosamente habían entrado, atacaron nuestra gente y la dejaron sin comunicación. Era un desembarco masivo del enemigo. Había fragatas, destructores, decenas de helicópteros sobrevolaban la zona y lanchones que se desprendían en todas las direcciones. En el centro, la figura majestuosa del *Canberra*.

Estaba seguro de que mi día había llegado. Tenía 41 hombres frente a un desembarco de 5.000; no saldríamos con vida, tampoco habría rendición. Comenzaba el combate de San Carlos. Ya no volvería a ver a mi hijo, pero seguía rogando por ello.

Llegué al puesto comando, me comuniqué con Capanga y le describí el desembarco, dándole las coordenadas y las características del mismo. Le pedí apoyo de la Fuerza Aérea, corté las comunicaciones e informé que procederíamos a defender el lugar. Aquello para lo cual nos habíamos preparado toda la vida estaba por suceder.

No había habido exploración enemiga. Eso nos posibilitó dar la alarma oportuna. Los infantes ingleses ya estaban cerca, escuchábamos los helicópteros y veíamos los lanchones. Ocupamos las posiciones, tenía que mandar y hacerlo bien, tenía

que cumplir la misión, tenía que salvar a mi gente y tenía que volver a ver a mi hijo. Durante toda la comunicación con Capanga no había podido controlar mi pierna derecha que temblaba sin cesar. Al llegar a la posición me había calmado, siempre el soldado Aime a mi lado. Vázquez, atento a las órdenes de su jefe de compañía.

Nunca había soñado un bautismo de fuego con tanta diferencia, sólo Dios nos podía ayudar, y así lo hizo o fue el mismísimo San Carlos pero alguien lo hizo. Comenzó el combate.

El primero en aproximarse fue un helicóptero Sea King con tropa y un chinguillo de munición. Abrimos el fuego y lo incendiamos, saltaron chapas por doquier, había heridos pero el piloto pudo apoyar la máquina sin destruirla. Entonces comenzaron a tirarnos con artillería y morteros, los infantes ya estaban muy cerca.

De inmediato un helicóptero de ataque Gazelle se dirigió a nuestras posiciones. Apuntamos, hicimos fuego reunido y lo derribamos, se hundió en las aguas del río San Carlos. Los soldados tomaban coraje.

Otro Gazelle viene directamente hacia nosotros. Repetimos la concentración de fuego y se desploma totalmente en llamas. No hubo chance de que se salvara nadie de la tripulación.

Nos replegamos ganando altura y ocupamos nuevamente posiciones.

Aparece un tercer Gazelle abriendo fuego. Creo que a estas alturas mis soldados se sentían invulnerables. Era un blanco perfecto. Vemos como cientos de proyectiles impactan sobre él. Se incendia y el piloto con una hábil maniobra logra posarlo detrás de una altura.

Entonces se produjo una tensa calma. Solamente fuego de artillería mal dirigido, pues ya no estaban los helicópteros para hacerlo. Los infantes detuvieron su avance y en la cabeza de playa continuaban introduciéndose los lanchones.

El comandante enemigo, desconociendo la magnitud de lo que enfrentaba, decidió frenar el avance. Esto nos daba tiempo. ¿Vendría la Fuerza Aérea? Mejoramos nuestras posiciones y esperamos unos minutos. El tiempo había transcurrido muy velozmente.

Todos estábamos vivos y con mucho deseo de seguir estándolo. Yo quería ver a Santiago aunque fuera por última vez. Alguien me tenía que ayudar, sentía que solo no podía.

Aprovechando la tregua iniciamos un sigiloso repliegue para alejarnos del enemigo. Ya nada podíamos hacer. Llevábamos en la mente todo lo que habíamos visto para poderlo informar.

A menos de dos horas, escuchamos a nuestra aviación. ¡Qué misión dura tenían! Atacar la flota, con la protección natural del estrecho y la enorme defensa aérea de los barcos y la instalada en tierra. Todo se tornó un infierno. La cabeza de playa era atacada, frenarían su avance y también muchos heroicos pilotos perderían sus vidas.

Continuamos nuestra marcha hacia Puerto Argentino. Tres días y tres noches, sin parar, rumbo 81 grados. El enemigo nos buscaba con helicópteros, pero no nos

pudieron localizar.

El 25 de mayo llegamos a Douglas Paddock. Hicimos una formación y recordamos el primer gobierno patrio. Los kelpers miraban extrañados.

Habíamos mandado dos estafetas con un parte y ordené prender las radios. Informamos nuestra ubicación y nos vinieron a recoger en helicópteros, rumbo a Puerto Argentino. El soldado Aime siempre a mi lado. Comentábamos la caída de los helicópteros enemigos, y cuando él, frente a ellos se había parado y gritado: ¡Viva la Patria!, como si el recluta estuviera en el polígono de tiro.

En Puerto Argentino pedimos regresar a Puerto Santiago. Allí había quedado el resto de nuestra compañía y habiendo visto la formación de la cabeza de playa, sabíamos que el primer ataque se dirigiría hacia nuestra vieja defensa.

El 28 de mayo volamos a Puerto Santiago. Ya habían comenzado los ataques. Estevez, varios suboficiales y soldados ya habían muerto en combate.

Un contraataque de la compañía, la valentía de Gómez Centurión, la muerte de doce bravos del 25, pero eso ya es otra parte de la historia.

Cuando el teniente coronel Italo Piaggi ordena el cese del fuego para la Fuerza de Tarea Mercedes, cae con ella la última resistencia de mi inolvidable compañía de Infantería "C". Fuimos tomados prisioneros. El 13 de junio llegamos a Uruguay y el 14 crucé el Plata y me encontré nueva-

mente con Santiago; alguien me había escuchado.

Hoy, aquí en Sarmiento, Chubut, por la ventana de mi oficina veo el Monumento a los Caídos de la Compañía de Infantería "C", que recuerda a los doce Bravos del 25.

Ellos, pienso, son los verdaderos jefes de este Regimiento. Yo solamente los represento.

El teniente coronel de Infantería Carlos Daniel Esteban, con el grado de teniente primero y 28 años de edad, condujo en la guerra a la compañía "C" del Regimiento de Infantería 25. Actualmente, la sucesión de destinos propia de la carrera de oficial lo ha llevado a volver a ese mismo regimiento, esta vez en calidad de jefe. Hoy, Esteban tiene 45 y su hijo mayor, Santiago, ha cumplido 17 años, el mismo tiempo que ha pasado desde la campaña de Malvinas.

En Malvinas, frente a un helicóptero CH 47 Chinook de la Aviación de Ejército, hombres del Bravo 25

Un 10 de junio en Malvinas

Por el coronel
Sergio Fernández

El combate que aquí se relata ocurrió allá en la Gran Malvina, cerca de Puerto Howard, cuando en apariencia estos soldados argentinos habían quedado aislados del resto de sus camaradas y, salvo esporádicos ataques aéreos o navales del enemigo, no verían mucha acción. Pero el destino quiso lo contrario. Ocurrió en 1982, el mismo día 10 de junio consagrado a la celebración de los Derechos Argentinos en las Islas Malvinas. Su relator de hoy era entonces un joven teniente primero de la Compañía de Comandos 601.

El jeep Land Rover rezongaba pesadamente a campo traviesa entre los pastizales, eludiendo rocas y desniveles abruptos en su trepada hacia la formación rocosa que coronaba la altura.

Por fin se detuvo en su extremo sur. Jenny Luxton descendió sujetando firmemente la puerta izquierda, como estaba acostumbrada, para evitar que un golpe de viento la arrancara imprevistamente. No había tanto viento y el cielo se estaba encapotando hacia el noroeste. Robin terminaba de asegurar el vehículo con el freno de mano. Ahora buscaba su bolso con la cámara fotográfica y los papeles del fax que había recibido de Buenos Aires.

Un último vistazo al mapa, cotejándolo con el terreno circundante, los convenció de que ése era el lugar. Subieron lentamente hacia la pared de rocas, mirando el piso como buscando algo...

Se acercaron a una entrada en la piedra, como de una caverna. En realidad, casi un corredor entre los extremos de la formación rocosa, irregular e incluso abierto en algún lugar.

Ahí estaban. Después de doce años casi, las evidencias de lo que estaban buscando y que nadie había hallado hasta entonces. Eran, sin duda, vainas de munición de fusil 7,62 mm argentinas. Un poco después otra evidencia notoria más allá del extremo norte. Nuevamente vainas de 7,62 y una tapa de plástico verde de algo que no pudieron identificar con la inscripción "Granada Instalaza". Robin Lee registró con su cámara el hallazgo desde distintos ángulos. Jenny fue su auxiliar para las tomas en las que él se ubicó dentro de la caverna o mostrando el material hallado. Ya no tenían dudas, en ese lugar se había combatido en 1982.

Puerto Howard es un pequeño y pintoresco caserío en la Gran Malvina, disperso en las suaves lomas que encierran por el oeste una curiosa bahía cuyo eje longitudinal se orienta paralelo al Estrecho de San Carlos, desde el cual se accede por un angosto pasaje entre dos penínsulas coronadas por espolones rocosos.

En aquel lejano otoño de 1982 estaba defendido por el RI 5, como parte del despliegue argentino en las Islas Malvinas.

Allí habíamos quedado aislados del resto de nuestra unidad, cuya base era Puerto Argentino, desde el día 26 de mayo, 20 hombres - 4 oficiales y 16 suboficiales- de la 1ra y parte de la 2da Sección de Asalto de la Compañía de Comandos 601. Se nos interponía el obstáculo insuperable del Estrecho San Carlos, con un ancho promedio de treinta kilómetros, y el enemigo firmemente instalado en la cabeza de playa de San Carlos y, desde el 29 de mayo, también ocupando Darwin y Pradera del Ganso.

En los últimos cinco días prácticamente no habíamos tenido respiro, planeando, preparando o ejecutando patrullas.

Esa noche transcurrió en la pequeña escuela que era nuestra base en Puerto Howard, hasta bien entrada la madrugada, en febril actividad. Nos dedicamos a evaluar la situación que se había configurado a partir del regreso de la patrulla del teniente primero Quintana, descubierta, rodeada

y casi destruida por los británicos en el monte Rosalía, frente a San Carlos el 8 de junio. Analizamos las posibilidades que tenía la patrulla del teniente primero Duarte, ubicada esa noche en Many Branch Point, algo más al sur que la anterior, para seguir cumpliendo la misión original, consistente en mantener la exploración sobre la cabeza de playa británica. Por fin ultimamos los detalles de la operación que íbamos a emprender al día siguiente estableciendo una emboscada antiaérea en proximidades del Estrecho de San Carlos. Y, como si fuera poco, adelantamos previsiones para operar con todo el elemento, 20 hombres en total, en un eventual cruce del Estrecho y establecimiento de una cabeza de playa que posibilitara el desembarco del RI 5 y del RI 8 en la retaguardia del enemigo que, en ese momento, tras las últimas acciones en Bahía Agradable el día anterior (8 de junio), se preparaba para el ataque a Puerto Argentino. Por fin, a una hora insólita, agotados, nos fuimos a dormir un rato.

Esa madrugada la Compañía de Comandos 602 combatía en una dura acción de emboscada con los británicos al pie del cerro Dos Hermanas, en las afueras de Puerto Argentino...

Amaneció el 10 de junio despejado, prometiendo un día radiante. No podía ser mejor para celebrar el 153º aniversario de la afirmación de los derechos soberanos argentinos sobre las islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur y, coincidentemente, los 212 años de la primera expulsión de los intrusos británicos de Puerto Egmont por las tropas de Buenos Aires.

En Howard, antes del amanecer (el sol asomaba alrededor de las 8:30 y se ocultaba cerca de las 17:30 horas), iniciamos el movimiento con un tractor para adelantar el material de dos ametralladoras 12,7 mm. y su munición hacia el norte. Marchaban con él suboficiales y soldados del RI 5, que se nos agregaban para esta misión. Su espíritu, renovado por la posibilidad de accionar ofensivamente dejando atrás sus pozos en los que habían soportado el fuego enemigo sin mayor capacidad de respuesta, era de un optimismo casi infantil, radiante como la mañana que se insinuaba por el este.

En Manny Branch Point, los cuatro hombres de la patrulla Duarte, que habían estado, desde la tarde anterior tratando de mantener la observación sobre San Carlos y, a la vez, la seguridad inmediata para evitar ser sorprendidos, pudieron comprobar que, aún con excepcionales condiciones meteorológicas como las de ese día, era imposible la observación del objetivo que se les había fijado. La cabeza de playa, en la lejanía, al otro lado del Estrecho, permanecía oculta por las alturas que la rodeaban. Sólo el buque hospital "Uganda", que estaba anclado en el Estrecho fuera de la bahía, era visible.

Finalmente, el jefe de la patrulla resolvió dar por terminada la misión y regresar a Howard, sin romper el silencio de radio.

Cerca de las diez de la mañana el tractor había alcanzado la zona de posiciones de la emboscada antiaérea y había desembarcado el material, comenzando el personal

de suboficiales y soldados del RI 5 a preparar su instalación. A ritmo lento y dando tumbos regresaba para emprender su segundo viaje con los misiles y los comandos.

A esa hora, la patrulla Duarte había recorrido la mitad de su camino hacia Howard por la línea de alturas que bordea el Estrecho, con las precauciones propias del que se mueve lejos de sus tropas por la tierra de nadie.

El primer hombre era Duarte. Lo seguían el sargento Moreno, el sargento primero Altamirano y el cabo Ríos, en ese orden. Caminaban pegados a un afloramiento rocoso de más de 4 metros de altura y a unos 30 metros de largo que les daba cierta protección contra la observación de los aviones y helicóteros enemigos que se movían en las inmediaciones. Duarte volvió a ver un poco adelante, a su izquierda, en la pared de roca, lo que parecía ser una grieta tapada durante la exploración que habían hecho el día anterior. Se acercaban lentamente al lugar cuando pudieron oír voces provenientes de las rocas.

El sonido, apagado por el silbido del viento y el rumor de los pastizales les llegó algo confuso. A una señal se detuvieron. Con un gesto, Duarte le indicó a Moreno el lugar de donde provenían las voces, a lo que éste asintió. También las había escuchado... Otra señal y retrocedieron en silencio desandando el camino hasta alejarse de las rocas y tomar posición en terreno dominante. Abajo, hacia su izquierda y al este podían ver el fondo de la gran bahía denominada Bold Cove. Hacia su derecha se extendía una amplia zona baja y, más allá, las lomas y colinas hacia el oeste. Delante de ellos y hacia el sur, a escasos metros, la gran formación rocosa que coronaba la altura, desde la que acababan de retroceder, y detrás de ella, la línea de alturas que se extendía hasta Howard, cuyas pequeñas edificaciones relucían en la mañana diáfana, a unos siete kilómetros más allá, al pie de la mole chata y redondeada del monte María. Los otros dos integrantes de la patrulla, que venían distanciados viendo los movimientos de sus predecesores, se les habían unido, también alertas. En voz sumamente baja, Duarte preguntó:

-¿Oyeron voces?

La respuesta borró toda posibilidad de error:

-Sí, me pareció que eran en inglés...

La adrenalina comenzó a agudizar los sentidos. Se quitaron rápidamente las mochilas buscando aprestarse para lo que pudiera ocurrir. Moreno quería adelantarse a explorar pero el jefe de patrulla lo detuvo. No quería que el suboficial pudiera quedar expuesto entre dos fuegos. Moreno, entonces, se preparó para arrojar una granada de mano. Hubo un movimiento en las rocas y, repentinamente, apareció a la vista un hombre de rostro morocho, con un gorro de lana verde, como los nuestros. La pregunta de Duarte al extraño, a viva voz:

-¿Argentino o inglés?, al tiempo que le apuntaban con sus armas, fue la reacción lógica de los nuestros.

La del otro fue una ráfaga de fuego automático sobre la patrulla argentina.

Simultáneamente, la adrenalina se disparó con la misma rapidez y entonces cada uno de los hombres de la patrulla respondió al fuego mientras maniobraba para ocupar una mejor posición. El sargento Moreno lanzó en rápida sucesión dos granadas de mano. Un proyectil de 40mm. del enemigo pasó alto y explotó detrás de ellos.

El fuego se mantenía con intensidad por ambas partes. No se podía ver al enemigo, parapetado en una excelente posición natural. Altamirano sintió un golpe punzante y caliente en su pierna izquierda. Me dieron, pensó. Eran las vainas del fusil de Duarte, ubicado un poco a su izquierda. El cabo Ríos se afanaba en tratar de sacar una granada de fusil y prepararla para dispararla. Hubo otra explosión detrás de nuestra patrulla. Repentinamente pudieron ver a dos hombres abandonando la posición y replegándose combatiendo cuesta abajo, hacia Bold Cove.

Duarte y Altamirano se adelantaron, parapetándose en las rocas y continuando el fuego mientras Moreno y Ríos intentaban envolver al enemigo por el norte. En el intercambio de fuego, mientras saltaba a una nueva posición, cayó uno de los británicos. El segundo, tras explotar en sus proximidades la granada de fusil disparada por Ríos, arrojó su arma y alzó los brazos, a los gritos. Duarte le indicó que se acercara. El otro permaneció inmóvil, sin decidirse a entender. Con un disparo de FAL en sus proximidades y una reiteración de la orden, se decidió. Duarte mandó a Altamirano a explorar el otro extremo de la formación rocosa, que, a modo de una larga caverna, tenía otra abertura por el sur. Una serie de disparos antes de entrar y la observación detallada del interior permitieron confirmar que no había enemigos en el lugar.

Había terminado de recibir una comunicación por radio de Puerto Argentino y me disponía a regresar a la escuelita para iniciar la marcha hacia el sector de instalación de la emboscada antiaérea, cuando escuché hacia el noreste un súbito ruido de disparos y explosiones. Pero no en la dirección de la emboscada ni de la posición que, creía, aún mantenía la patrulla Duarte en Many Branch Point. Parecía provenir de la zona de las avanzadas de combate del RI 5, probablemente probando sus armas.

Duarte organizó rápidamente la atención al caído, comprobando que estaba muerto. Un primer interrogatorio táctico del prisionero, la recolección de las armas y del equipo del enemigo y el regreso de su patrulla a marcha forzada por el camino más corto, al no poder establecer contacto por radio. Esta vez, la interferencia enemiga se hacía sentir.

El jefe de patrulla marchaba con la radio del enemigo y con el prisionero, quien, manos a la cabeza, abría el camino. Altamirano cargaba el armamento capturado. Moreno y Ríos cerraban la marcha llevando la radio de la patrulla y una mochila británica. Obviamente cada uno de los nuestros llevaba su propia mochila con unos 25 kilos, en su mayoría munición, a cuestas. La marcha rápida era agotadora.

La premura estaba justificada. Unos mi-

nutos después de alejarse del lugar, dos Harriers descendieron sobre la zona en vuelo rasante, atraídos por algo... Además, el prisionero había confirmado que los habían insertado en el lugar en helicóptero, lo que podía implicar una búsqueda o refuerzo con ese medio en cualquier momento. Después de todo lo habían capturado con la radio encendida, y San Carlos no estaba a más de 10 minutos de vuelo del lugar del enfrentamiento.

El pasto alto, el terreno anegadizo, las piedras y las lagunas que encontraron en su camino hacia Howard terminaron con la resistencia de la patrulla, que el día anterior había explorado toda la zona entre Howard y Many Branch, que en la noche del 8 de junio había marchado al encuentro de la patrulla Quintana en Many Branch Ranch, y que el día 7 había explorado hacia el oeste, etc. Pese a ello, a la hora y media estaban entrando al dispositivo del RI 5 en Howard, agotados pero aún eufóricos. Habían resuelto correctamente un imprevisto y peligroso problema táctico. Habían combatido. Estaban todos vivos e ilesos. Y habían ganado.

Altamirano llegó a la escuelita a la carrera, exaltado y sin aire. Al verlo solo y en ese estado temí lo peor. Con el antecedente de Quintana, pensé que nos habían destruido la patrulla. Pero había algo raro, el armamento enemigo. Costó aclarar lo sucedido. Cuando me dijo que su jefe de patrulla estaba en la entrada del pueblo salí corriendo al instante.

Y allí estaban. Duarte, más flaco que nunca, y delante de él, tendido boca arriba a un costado del camino, su prisionero. Una imagen para no olvidar.

Después vino el registro e interrogatorio complementario que nos permitió cerrar la situación. Lo más jugoso era tener en nuestro poder las instrucciones para las comunicaciones del enemigo, con sendos separadores para las comunicaciones del "Fearless", buque de asalto anfibio en San Carlos y con la isla Ascención, base adelantada en el Atlántico. Estábamos ante la presencia de hombres del SAS o SBS, seguramente.

Salimos esa tarde con una patrulla formada con todo el personal que pude reunir, exceptuando los ocho hombres de Duarte y Quintana que estaban agotados, para buscar al enemigo muerto y apoyar el repliegue de la fracción que había adelantado para la emboscada antiaérea. La nueva situación nos abría otras posibilidades. Disponíamos ahora de mucha información del enemigo para operar.

Una vez más la marcha rápida fue la solución para llegar a la zona del enfrentamiento con algo de luz para revisarla en detalle en la búsqueda de mayor información, pese a la necesidad de aproximarnos al lugar con adecuadas medidas de seguridad. Porque no podíamos pensar que unas horas después del combate, el enemigo en San Carlos no se hubiera enterado de que una de sus patrullas, o parte de una (dos hombres, en lugar de los cuatro habituales), había tenido un enfrentamiento o al menos había dejado de transmitir. Era probable que nos estuvieran esperando o nos atacaran en el movimiento de ida o de re-

greso. Una vez más tenía que admirar a los hombres que mandaba. Marchaban en silencio, atentos a cada lugar peligroso que cruzábamos, apurando el paso cada vez que el terreno nos daba un respiro, ansiosos por llegar, adentrándonos cada minuto más en el espacio que no dominábamos y alejándonos de toda elemental ayuda. Decididos pese a la incertidumbre y al riesgo, esforzándonos a pesar del cansancio acumulado y las privaciones, a los esguinces que repercutían en dos de ellos y además buscando en cada piedra o en la línea del horizonte la señal de la presencia del enemigo, casi deseándola.

Con la penumbra cerrándose sobre nosotros, cerca de las 17 horas, llegamos al lugar. Quedaba todavía una franja de cielo amarillento hacia el oeste, más allá de las nubes que ahora cubrían el paisaje.

Al detenernos después de la fatigosa aproximación, recién pudimos respirar con cierto alivio. Habíamos comprobado que la zona estaba libre de enemigos. Ahora teníamos que registrarla. Allí abajo, a unos cincuenta metros de las rocas estaba el cuerpo del enemigo abatido, de cara al suelo y con un brazo extendido en la dirección en que se retiraban. Nos acercamos con precaución y, a la vez, con respeto. Podía haber sido cualquiera de nosotros... Viendo que no había ninguna trampa o explosivo que pudiera representar un peligro, lo dimos vuelta. Aún tenía encendida la radiobaliza que debió haber activado durante el combate y que no fue detectada en aquel momento, atrayendo la atención de los Harriers durante la mañana. La apagué de inmediato e hicimos un rápido registro. Su identificación, capitán John Hamilton; su libreta de notas, cartografía y una foto familiar fueron halladas. Guardé todo en mi bolsillo y registramos todo el lugar, encontrando sólo algunas huellas del combate. Ya había oscurecido.

Alzamos el cuerpo para colocarlo en el acoplado del tractor que, transportando nuevamente las ametralladoras 12,7mm., se nos había reunido. También había llegado todo el personal del RI 5 que habíamos adelantado en la mañana. Juntos reanudamos la marcha, ahora a un ritmo normal.

Alcanzamos Howard atravesando la zona de impacto del Harrier del teniente Glover, derribado por un misil portátil Blow Pipe nuestro el 21 de mayo, donde habían quedado diseminadas en más de trescientos metros las bombas de racimo que portaba, y luego los campos minados en plena oscuridad, con la única y miserable iluminación de los estertores de las pilas de mi linterna de bolsillo. Nos demandó más de una hora ese último tramo.

A partir de la información obtenida y de la evolución de la situación en la zona, comenzamos a preparar las operaciones inmediatas esa misma noche. Era el 11 de junio y a esa hora comenzaba el ataque británico a Puerto Argentino...

El prisionero, que permaneció con nosotros hasta el final, era el sargento Charlie Fonseca, SAS. Curiosamente, el segundo prisionero en la misma zona (el primero había sido el teniente piloto de la RAF, Jeffrey Glover).

El capitán Gavin John Hamilton, del

SAS, fue enterrado con los honores de práctica el día 11 de junio por la tarde, bajo una gris llovizna, en el cementerio de Howard, junto con un soldado argentino muerto en la víspera. Aún descansa allí, hoy, 17 años después.

Nuestra guerra terminó en Howard el 15 de junio de 1982, pero todo nos sigue ligando a ese pedazo de tierra argentina por la cual luchamos: los recuerdos del combate, la evolución de una posguerra que ya lleva muchos años y las acciones de cara al futuro que siempre son posibles.

Muchas cosas han ocurrido en estos diecisiete años. En principio hemos capitalizado la experiencia. Hemos comprobado que el entrenamiento de los cursos de comandos sirvió y que muchas veces esa preparación fue la diferencia entre la vida y la muerte o entre el éxito y el fracaso, y que aún en las condiciones más desfavorables, nos permitió combatir al enemigo de igual a igual. Hemos tratado de mejorar nuestra capacidad operacional en el convencimiento de que todo lo que se puede hacer en la paz rinde sus frutos a la hora del combate. Es nuestra obligación y el compromiso permanente con nuestros conciudadanos y con nuestros camaradas que lo dieron todo.

En febrero de 1994, con la información proporcionada por los argentinos, el hijo del otrora administrador de la estancia de la firma Waldron en Howard, Robin Lee y su novia, Jenny Luxton, localizaron el lugar del combate que los británicos no habían podido ubicar hasta entonces, obteniendo fotografías del lugar y de los rastros de la acción que nadie había vuelto a ver desde 1982 (encontraron una tapa de envase de granada de fusil, vainas de munición de fusil, las piedras que colocaron los hombres del SAS para ocultar el acceso a su refugio desde el oeste, etc.). El coronel Delves, jefe del Regimiento SAS 22, recibió la información que le permitía aclarar con toda certeza los detalles de la muerte del que fuera su subordinado cuando él era jefe de Escuadrón del Regimiento en Malvinas.

Este contacto, aunque indirecto, nos permite estar cerca de esa tierra por la cual luchamos y a la que aspiramos regresar algún día. Nos permite reecontrarnos con el adversario de ayer, con el cual combatimos, compartiendo nuestras experiencias, y con los actuales habitantes de las islas, a muchos de los cuales recordamos con afecto. Todos tenemos muchas cosas en común...

Aspiramos a poder tributarle allí, en Puerto Howard, el homenaje que merece el soldado al que enfrentamos un día. Pero también estamos seguros de que ese regreso a Malvinas será el mejor homenaje a nuestros hombres caídos en combate, a los que pelearon por lo nuestro y a todos los que creyeron, entonces y siempre, sin especulaciones, honestamente, en la causa Malvinas, que es decir, en la causa permanente de la Argentina.

A la derecha: tapa de un envase de granada Instalaza hallado en el lugar del enfrentamiento de los argentinos con los hombres del SAS.

Abajo: vista del lugar. Al fondo el cerro María, que domina Puerto Howard.

FOTOS ROBIN & JENNY LEE

En Malvinas, el coronel de Infantería Sergio Fernández (48) se desempeñó, con el grado de teniente primero, como jefe de la Segunda Sección de Asalto de la Compañía de Comandos 601.
Es porteño y está casado con Liliana Inés Flondonio, con quien tiene dos hijos, Sergio Esteban (20) y Tomás Santiago (8).
Después de la guerra y entre otros destinos, cursó la Escuela Superior de Guerra (1984/86) y revistó entre 1987 y 1988 en el Comando de la Brigada Mecanizada XI con asiento en Río Gallegos.
En 1989/90, con el grado de mayor, fue jefe de la Compañía de Comandos 601 y entre 1991 y 1995 prestó servicios en el Estado Mayor General del Ejército. Jefe del Regimiento Paracaidista 14 (1996/97) pasó, al año siguiente, a revistar en el Estado Mayor Conjunto. Dentro del mismo destino, viene realizando en 1999 el Curso Superior de las Fuerzas Armadas.

COMANDO
TROPAS
EJERCITO ARGEN

Fuimos dispuestos a arriesgarlo todo

Por el suboficial mayor
Vicente Alberto Flores

Flores era sargento primero en 1982 y estaba prestando servicios en La Pampa cuando recibió la convocatoria para ir a Malvinas. Estaba seguro de que iba a ir porque tenía la aptitud y hacía dos años que había dejado la Compañía de Comandos 601. Con su inseparable compañero, el sargento Mario Cisnero, llegó a Buenos Aires y enseguida pasaron a integrar la 602, que se estaba formando con el aporte de los oficiales y suboficiales que, siendo comandos, revistaban en distintas unidades. Entre otras misiones que le tocó desempeñar en las islas, estuvo en el monte Kent. En lo personal, está orgulloso de haber peleado y lo que más siente es la pérdida de sus compañeros, como Cisnero, que murió en combate.

Fuimos dispuestos a arriesgarlo todo

Para nosotros fue nomás desembarcar en Puerto Argentino y al día siguiente salimos en operaciones. Estuvimos en monte Kent donde enfrentamos a los ingleses y murieron el sargento primero Blas y el teniente Márquez. No sentía miedo, nada. Después con el tiempo, cuando todo pasó y recordando aquellos momentos, experimenté una rara sensación pensando en lo que me podría haber pasado.

No había tiempo para pensar en nada, sólo había que saber quién me estaba tirando, tratar de repeler el ataque y ver la forma de actuar para salir de la línea de fuego. Hacía mucho frío. ¿El clima? ... infernal. El terreno se tornaba bastante difícil por eso me cuidaba de mantener siempre bien protegidos los pies.

Estuvimos detrás de las líneas enemigas. No sabía a qué tropas ni a qué regimientos enfrentábamos. Creo que entre ellas había comandos. No murieron compañeros a mi lado, sino en escalones más adelantados durante algún reconocimiento y de lo que nos enteramos después. Lo tomé y lo tomo con tranquilidad y cómo fue porque podría haber caído cualquiera de nosotros. Uno está preparado y creo que como militares debemos pensar que ese momento puede llegar. A la hora de enfrentar al enemigo cara a cara y ante la opción de "él o yo", uno reacciona instintivamente. Allí, resaltó nuestro entrenamiento y la fuerza y entereza de todo el grupo en los enfrentamientos. No queríamos rendirnos, aunque no estaban dadas las condiciones para seguir combatiendo con esperanza de triunfo. Aún así, si no nos lo hubieran ordenado, nosotros no nos hubiéramos rendido nunca.

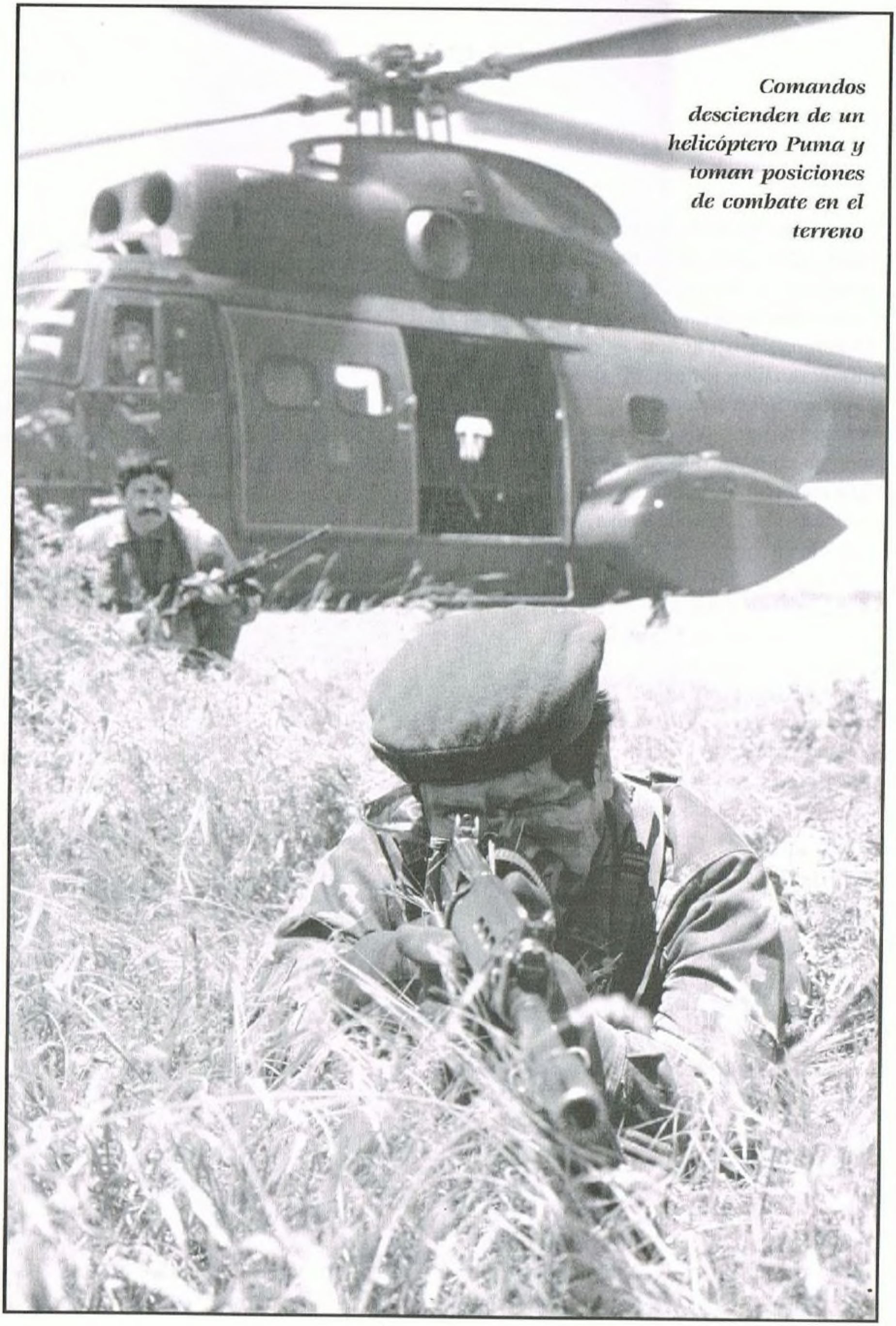
Cuando nos entregamos prisioneros nos llevaron a San Carlos. Ahí sí debo confesar que sentí miedo. Vendaron mis ojos y me llevaron de un lado a otro sin saber adónde. Aunque siempre nos trataron dentro de lo establecido por la convención de Ginebra y no nos maltrataron físicamente, eso de estar incomunicados y la incertidumbre consiguiente hicieron sentir su presión sobre nosotros. Pero éramos comandos y eso suponía que podríamos resistir eso y mucho más.

Es evidente que tenían claro que pertenecíamos a una fuerza especial porque nos separaron del resto de las tropas argentinas, a las que mandaron enseguida al continente. Finalmente, a todo se acostumbra uno y a esa pobre condición de prisioneros también nos acostumbraríamos. Yo siempre llevaba encima una estampita y rezaba el Rosario. Pero no creo que fuera una excepción. En realidad, el vínculo con Dios se hizo mucho más fuerte en nosotros desde el mismo momento de antes de partir. Sabíamos que si alguien se iba a arriesgar en esta guerra, nos tocaría a nosotros y estábamos dispuestos.

Creo que hicimos todo lo que humanamente podríamos haber hecho a nuestro nivel. En cuanto a lo personal, sé que todos los que fuimos a Malvinas dimos la vida, a algunos el destino se la aceptó, como a mi amigo Mario, el querido "Perro" Cisnero. Otros tuvimos la suerte de regresar a casa.

Tuve mucho tiempo para pensar estas cosas, sobre todo en el tiempo que pasé prisionero. Y por ahí añoraba a la familia, cómo estaría y en qué estaría pensando... Al menos yo, a diferencia de muchos de mis compañeros no tenía hijos. Quizás esas fueron las preocupaciones más grandes que pasaron por mi cabeza en los momentos en que a solas, vamos aprendiendo a conocernos...

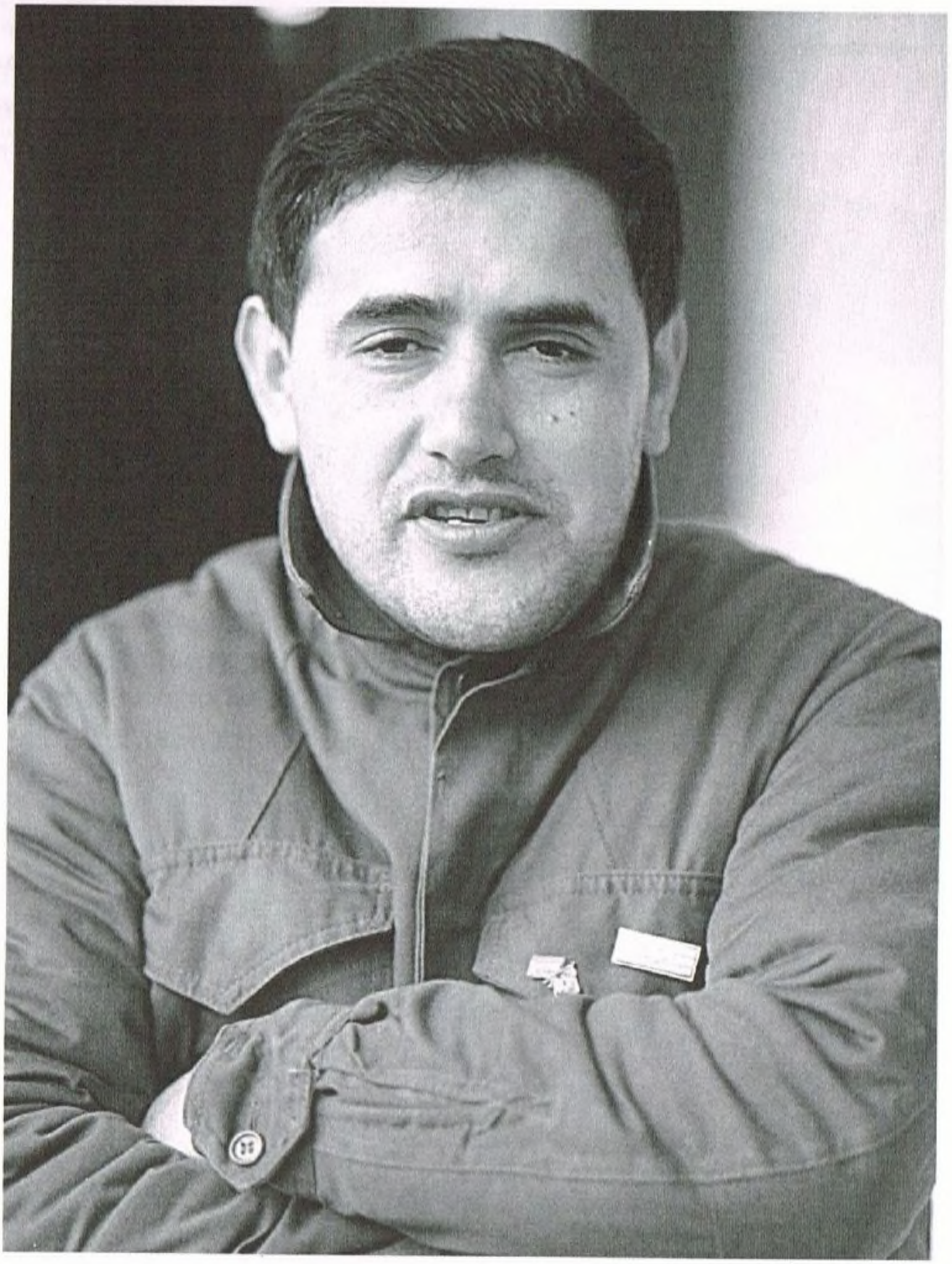
"Finalmente a todo se acostumbra uno..."



Comandos descienden de un helicóptero Puma y toman posiciones de combate en el terreno

El suboficial mayor Vicente Alberto Flores (45), soltero, nacido en San Juan, era sargento primero en 1982 y revistaba en el Cuerpo de Ejército IV, en La Pampa. Tenía la especialidad desde 1977 y "daba por seguro que me iban a convocar aunque había dejado la unidad de Comandos 60 1 un par de años antes. Me llamaron y con el sargento Mario Cisnero, con quien éramos ya viejos compañeros, llegamos a Buenos Aires para integrar la Compañía de Comandos 602 que se estaba formando".

Participé de la voladura del puente de Fitz Roy



Participé de la voladura del puente de Fitz Roy

Ex soldado conscripto clase 63
Eduardo Rubén Gaetán

El pertenecer a una unidad de Ingenieros dio al ex soldado Gaetán la oportunidad de participar en un episodio que, de alguna manera, cambiaría la suerte del combate. La voladura del puente de Fitz Roy por parte de los argentinos obligó a los Guardias Galeses a un movimiento que les resultó fatal. Los buques de desembarco que los transportaban sufrieron un ataque aéreo devastador que les causó numerosas bajas.

Participé de la voladura del puente de Fitz Roy

La guerra es una experiencia única en la vida de un ser humano. En mi caso puedo decir que el conflicto del Atlántico Sur dividió mi vida en un antes y un después de Malvinas. Asumí que si hoy me toca vivir situaciones de tristezas o de alegrías y orgullo, siempre serán menores que las vividas en aquellos instantes coyunturales de la guerra. ¿Por qué?, por la sencilla razón que cuando se está bajo fuego enemigo se comprende mucho mejor el valor del maravilloso don de la vida que nos ha otorgado Dios.

En el año 1982 revistaba en calidad de soldado conscripto en la Escuela de Ingenieros de Campo de Mayo. Allí se nos daba instrucción sobre campos minados, tendidos de puentes con pontones, etc. De esta escuela saldría la Compañía de Ingenieros de Combate 601 que iría a Malvinas. Recuerdo que aquel 2 de abril nos preparábamos a salir de franco cuando la noticia de la reconquista de las islas nos conmocionó.

Quedamos acuartelados. Después nos formaron en la plaza de armas y enseguida figuré en la lista de los soldados que marcharían a Puerto Argentino. Ese mismo día se nos dio un breve permiso para despedirnos de nuestros familiares y al llegar la noche ya estábamos todos de regreso en el cuartel. De allí en más el entrenamiento se volvió super-intensivo y el día 10, desde El Palomar volamos en un D-C 9 hasta Río Gallegos y desde allí, en otro avión similar que nos depositó en Malvinas. Mi impresión (la de un muchacho de dieciocho años) al pisar ese suelo fue una sensación de asombro y me queria "comer" todo con la mirada porque experimentaba el privilegio que pocos argentinos han tenido, el de transitar ese suelo irredento. Los recuerdos escolares que mencionaban que *"Las Malvinas son Argentinas"* me martillaban en la cabeza.

Quedamos acantonados durante algunas horas bajo un clima frío y hostil en los alrededores del aeropuerto. Luego nos llevaron en camiones hasta la entrada del puerto y desde allí marchamos ordenadamente por las calles. Era un día frío y nublado pero a mí me parecía de sol radiante. Aunque hoy resulte risible decirlo, al ver las cabecitas de los kelpers asomados a las ventanas de sus casas, yo pensaba que estaba viviendo una película. Entramos a la parte alta del puerto y desde ahí contemplamos un panorama hermoso, era como una de esos films que muestran la campiña inglesa. Nos ubicamos en un sitio que llamaban "Moody Brook", cerca de monte Longdon y Dos Hermanas. Allí estaba el cuartel de los *Royal Marines* y un frigorífico. Ya instalados en los hangares de chapa, la compañía fue dividida en secciones y comenzamos a reconocer el terreno. Yo pertenecía a la tercera sección de la compañía de Ingenieros de Combate y nos tocó estar sobre Puerto Argentino, cerca del hospital civil de Malvinas, luego transformado en militar en las cercanías de la casa del gobernador inglés. Comenzamos el sembrado de minas, despejamos sendas, instalamos baterías antiaéreas y el camuflaje correspondiente para engañar a

los aviones enemigos. Minamos monte Longdon y la zona periférica de Puerto Argentino subiendo desde los cerros, y el 1º de mayo tuve mi primera experiencia de combate. Había terminado de hacer mi guardia, y era algo más de las seis de la mañana. La oscuridad lo envolvía todo cuando oí los primeros estampidos de nuestra artillería que estaba disparando. Me agarró como un "shock" y el cabo primero Galarza me tomó el brazo, me sacudió y me dijo: "No tiembles. Es nuestra artillería que les está tirando a sus aviones". Los "Harrier" pasaban sobre nosotros rumbo a Puerto Argentino. Podía ver perfectamente las balas trazadoras brillantes de nuestra artillería buscando a los incursores enemigos. Vi caer tres aviones abatidos. Uno estalló en el aire y me recordó los fuegos artificiales. Luego escuchamos una gran explosión y vimos una nítida columna de humo espeso alzándose a los lejos (después sabríamos que una bomba había impactado en uno de los hangares junto a la pista). Aquel ataque, que a todos nos pareció una eternidad, duró menos de una hora. Y luego de eso, definitivamente tomé conciencia de que estaba en medio de una guerra. Una semana después tuvimos otro encuentro con el enemigo. Estábamos en tareas de minado en una playa cercana a Puerto Argentino. Eramos unos veinte efectivos a cargo del teniente primero Blanco cuando de improviso surgió

Las últimas alturas de Puerto Argentino son batidas por la artillería mientras se acerca el fin de la resistencia

un "Harrier" y abrió fuego de ametralladoras. Nos tiramos cuerpo a tierra y el aparato enemigo hizo tres pasadas en total. Debido a esto, nos dispersamos y abandonamos la tarea. Esta fue retomada al día siguiente por otra sección. Los aviones eran como una repentina pesadilla. Aparecían de la nada y atacaban como el rayo. Fue a fines de mayo cuando fui testigo de otro ataque, junto a mis compañeros. Escuchamos un ruido ensordecedor de motores y un solitario aparato inglés en vuelo rasante sobre nuestras cabezas apareció y disparó un misil con la intención, sin duda, de anular algunas baterías antiaéreas cercanas a nuestra unidad. Pero el misil erró su blanco e impactó en la parte superior de una casa de dos plantas (no hubo víctimas) porque los que allí vivían, estaban abajo. No sólo eso, el avión en su desesperada fuga, ya perseguido por los disparos de nuestra artillería, por milagro no se estrelló contra la pared rocosa de la costa, muy cerca de la casa del gobernador inglés. Se elevó por milagro en los últimos instantes y logró escapar. En cuanto a nosotros, vivíamos en nuestros pozos de zorro y las posiciones de combate con ametralladoras antiaéreas estaban generalmente a resguardo entre las rocas. Debo decir que al cavar los pozos donde debíamos guarecernos, a menudo topábamos con napas de agua y éstos se inundaban. En nuestro grupo había un gran apoyo mutuo y todos nos dábamos "aguante", esto quería decir que cuando alguno se sentía bajoneado, deprimido, le dábamos ánimo. Recuerdo a los soldados conscriptos Coronel, Gonzalez, Aráoz, Peralta y a Corvalán que a menudo y "a capella" se ponían a cantar temas de León Gieco. En las charlas decíamos que si salíamos de ésa íbamos a salir de paseo con nuestras "viejas" y a comer empanadas y todas esas cosas. En ese momento se valoran los afectos más que en ningún otro. Mi jefe inmediato era el cabo Villarreal que nos dirigía con eficiencia y camaradería. Pero mi mejor recuerdo lo tiene el cabo primero Galarza, un soldado profesional y todo un ejemplo de hombre. Nos cuidaba como un padre. Basta este ejemplo: En los primeros días de junio, durante una madrugada en que soportamos un intenso cañoneo naval y ataque de artillería enemiga, como los proyectiles caían directamente sobre nuestras posiciones, Galarza nos hizo retirar a sitios más seguros. Villarreal y el teniente Blanco se quedaron donde nosotros estábamos. Recuerdo que me pidió mi FAP y me entregó su FAL. Aquel cañoneo fue salvaje y Galarza y sus compañeros terminaron también retirándose y llegaron hasta nosotros. Menos mal que fue así. Cuando le pregunté por mi arma, me dijo que la había perdido al regresar. Un proyectil había dado de lleno donde ellos estaban un rato antes. En él y los que se quedaron a su lado sentía la protección del soldado profesional hacía nosotros, humildes conscriptos y desde luego, el inmenso valor que tales oficiales y suboficiales demostraron.

La guerra muestra como ninguna cosa, las distintas facetas de la condición humana. Por ejemplo recuerdo que teníamos mucho hambre, pero no era exactamente

Tras la rendición, los fusiles argentinos se acumulan bajo una nevada que cubrió el lugar como para hacer más triste la escena

debido al frío ni a las necesidades comprensibles del organismo. Era un hambre psicológico, hijo de la angustia que padecíamos. Solíamos ocultar algún pan o lo que nos sobraba entre las ropas y cuando algún camarada venía a pedirnos algo para comer, se lo negábamos. Había discusiones muy fuertes por eso. Sin embargo, durante los ataques, más de una vez nos tirábamos encima de ese mismo camarada para protegerlo de las balas, a riesgo de nuestras propias vidas. Sé que suena contradictorio lo que digo, pero era absolutamente real. Quizás esto sólo lo pueda comprender quién ha pasado por tales experiencias.

Recibíamos cartas de compatriotas que provenían de todas partes de nuestro país, en especial de chicos de escuela. Esas sí que eran conmovedoras. Cierta vez debido a que no llegaban las raciones de agua potable, filtramos agua de los charcos y bebimos. Los conscriptos Gonzalez, Itzcovich y yo terminamos con una colitis bárbara. Fuimos a la enfermería y un sargento ayudante, de nombre Maidana, nos dijo (seguramente para probarnos) "Debido a esto se van a poder ir a casa...". Y nosotros nos negamos. Le contestamos algo asi como: "Vinimos con la compañía y nos vamos a ir con la compañía". Maidana respondió: "Así me gusta, carajo!".

Para los primeros días de junio llegó la orden de que nuestra sección debía movilizarse a un lugar llamado Fitz Roy, situado en Bahía Agradable. Eramos unos veinte efectivos a cargo del teniente primero Blanco y fuimos transportados a bordo de un "Chinook". Llegamos y nos instalamos allí. El lugar era una bahía estrecha con un puente de hierro y maderas que debía tener algo menos de ciento cincuenta metros. Ese puente era el paso obligado de los que podían venir del lado de Darwin y Pradera del Ganso con rumbo a Puerto Argentino. Los ingleses y los nuestros se habían batido sin cuartel en Pradera del Ganso y el enemigo había tomado Darwin, pero el puente ya tenía cargas explosivas estratégicamente colocadas y estaba listo a ser volado si tal cosa era necesaria. Y lo fue. El 8 de junio llegó la órden de volarlo y el teniente primero Blanco detonó las cargas. Previamente nos habíamos puesto a cubierto. Oimos fortísimas explosiones y cuando alzamos las cabezas vimos una enorme pirotecnia y mucho humo. Caían pedazos de maderos y hierro del cielo y uno de estos hirió de cuidado a un suboficial al que debimos transportar en nuestra posterior retirada. Nevaba copiosamente y durante dos días nos movimos a través de territorio minado. Pero fue la suerte y la pericia de nuestros jefes lo que evitó males mayores, ya que al pedir un helicóptero para el regreso, nos contestaron que no podían enviarlo porque el fuego enemigo era demasiado intenso. Tuvimos que volver a pie. Las consecuencias de la voladura del puente de Fitz Roy fueron desastrosas para los ingleses. Sus tropas ya se encontraban en la otra orilla. Al desaparecer el puente se vieron obligadas a dar un rodeo por toda la bahía, marchando durante cuarenta kilómetros con todos sus pesados equipos bajo el fuego constante de nuestra

artillería y los ataques de nuestra aviación. Entretanto, mientras regresábamos, asistimos al ataque de los ingleses con su artillería al cerro Dos Hermanas donde estaban atrincheradas nuestras tropas. Durante la noche las trazadoras de uno y otro lado llameaban sobre nuestras cabezas. Llegando a Sapper Hill nos encontraron vehículos militares y nos traladaron a nuestras originales posiciones de Moody Broock. Recibimos un descanso y felicitaciones del Comando en Jefe por la exitosa misión cumplida, que había demorado ostensiblemente el avance enemigo. El día 10 de junio entró en combate en Monte Longdon el Regimiento 7 de La Plata y una fracción de la compañía de Ingenieros 10 (nosotros) fue enviado en apoyo de esas fuerzas al mando del teniente primero Castañeda. También el Regimiento 1 Patricios intentó llegar hasta allí pero el fuego enemigo era tan intenso que hacía imposible acercarnos a todos y quedamos a poco más de medio kilómetro de Monte Longdon donde la batalla terminó de librarse. El 7 de La Plata se replegó y nosotros quedamos en primera línea hasta los días que restaron, bajo el fortísimo y continuado ataque de la artillería y cañoneo naval enemigo. Debo decir que para orgullo de nuestra artillería, ésta no cesó de disparar contra las posiciones del enemigo hasta el mismo último minuto de la guerra. El día catorce soportamos lo peor del ataque inglés y nuestros jefes nos resaltaron "el honor de haber quedado en la primera línea de combate". Para ese entonces teníamos muchas bajas entre muertos y heridos. Recuerdo àhora a Ugalde, un pibe de la clase 60 que había pedido prórroga para seguir estudiando... y la muerte y el destino lo encontraron en Malvinas. Llegamos a Puerto Argentino siendo la última compañía en retirarnos y allí nos informaron que el combate había concluido. El ataque de artillería enemigo comenzó a amainar y luego se hizo un silencio impresionante.

En Puerto Argentino ví algo que no había visto nunca antes, a pesar de todas las penurias y peligros sufridos. Lágrimas en muchos de mis compañeros... y también en mis propias mejillas. Habíamos luchado y luchado bien... pero la derrota nos sumió en un estado de inmensa amargura...

Con respecto a la voladura del puente Fitz Roy debo agregar que años después en Londres, en 1997, estuve en calidad de invitado del cabo primero paraicaidista, ex "boina verde", Vincent Bramley, quien nos relató por haber dialogado con algunos de sus camaradas que al saber que debían marchar por cuarenta kilómetros bajo terribles condiciones ambientales y el fuego argentino que no les dejaba respiro, muchos soldados de élite se negaron a marchar y hubo que aplicar fuerte disciplina para movilizarlos. Bramley llegó a la Argentina después del conflicto, acosado según él mismo lo relató, por pesadillas que no le dejaban conciliar el sueño. Autor de un libro que le costó su expulsión del ejército inglés -*Los dos lados del infierno*-, donde describe y denuncia el fusilamiento de soldados argentinos luego del combate de monte Longdon. Me declaró en una comida que compartimos que él, que como sol-

dado profesional perteneciente a la OTAN había estado en otros conflictos, pero que fue en Malvinas donde "vio el lado más oscuro de la guerra". A ellos, al partir, se les dijo que nosotros éramos muy jóvenes, teníamos baja instrucción profesional y seríamos una presa fácil. La realidad les demostró que no fue así.

Me han preguntado como nos trataron después de la rendición. Mi experiencia personal fue la que paso a describir. Por el tema de haber instalado minas en el terreno fuímos liberados en la última tanda de prisioneros de guerra, a fines de junio. En ese lapso nos formaban en grupos de tareas para limpiar escombros y material de guerra desperdigado. Aparentemente, debido a que estaba el periodismo y la Cruz Roja Internacional nos trataban bien, pero esto no siempre era así. Cuando nos llevaban lejos de Puerto Argentino donde no estaban estos organismos de control, nos golpeaban, escupían e insultaban, aparte de negarnos comida. Pero al regresar a Puerto Argentino todo cambiaba y nos atendían otra vez bien. Los ingleses violaron los tratados sobre prisioneros de guerra en vigencia. Obligaban a nuestros oficiales y suboficiales a desactivar minas enterradas y a causa de esto el cabo primero Katay perdió su pierna derecha. Esto los obligó a detener semejantes atrocidades. Cierto día nos llevaron a trabajar lejos de Puerto Argentino. Tenían grandes helicópteros que transportaban cajas de material y nosotros debíamos descargarlas. Repentinamente, nos ordenaron detener el trabajo. Nos llevaron corriendo hasta una casa. Allí nos hicieron lavar cara y manos, nos sentaron en el piso y nos sirvieron marmitas con comida caliente y abundante. No entendíamos nada, pero si entendimos cuando al poco rato llegaron en una inspección "sorpresiva y relámpago" miembros de la Cruz Roja Internacional y ellos pudieron mostrar que las versiones que habían echado a correr sobre el maltrato a los prisioneros eran "absolutamente infundadas". Yo tuve una desgraciada experiencia personal en esos días en que integraba esos grupos de tareas. Acosado por el hambre llegué a un deposito y descubrí frascos con dulce de batata y dulce de leche. Fui sorprendido por dos guardias y uno de estos me puso la boca de su fusil en la sien. El otro extrajo de sus ropas una cámara fotográfica y me sacó una instántanea. Entre risas me explicaron que llevarían la foto como un trofeo de guerra. Yo sentí que la sangre me volvía al cuerpo porque pensaba que me iban a matar. Llegó un oficial y preguntó que pasaba. Me hicieron destapar los tarros, probaron los dulces... y me quitaron todo. Entre risas (las de ellos) terminó lo que pudo ser mi tragedia personal.

Sin embargo, hay un episodio que no puedo dejar de recordar. El día 20 de junio, seis días después del final de conflicto, sin mayores explicaciones nos encerraron a todos en un gran galpón a oscuras, sin calefación y sin comida durante toda la jornada. Ellos sabían que era nuestro día de la bandera y pretendían humillarnos. No lo consiguieron. Nos pusimos a cantar nuestro himno y cuanta canción patria pu-

dimos recordar. Al oírnos, volvieron a entrar exigiendo que dejáramos de cantar. Les replicamos...cantando. Y saludando entre nosotros a los que eran padres de familia, porque ese día era, casualmente, el día del padre. Teníamos oculta una bandera y ellos, que lo sospechaban, nos registraron pero no la pudieron encontrar. Así llegó el día de embarcar al continente y lo hicimos a bordo del *Almirante Irizar*. En el muelle, los ingleses nos palpaban tratando de evitar que lleváramos "recuerdos de guerra". Si encontraban a alguno en esas condiciones (yo pude pasar unas monedas inglesas que encontré en una casa en ruinas, y las oculté en mi bota) los hacían desnudar y lo revisaban a conciencia. Luego le permitían embarcar. Debo agregar también que mientras pasábamos rumbo al barco, uno de sus oficiales que hablaba perfecto castellano nos preguntaba nombre y grado y a los que resultábamos soldados conscriptos nos ofrecía si: "queríamos permanecer en las islas hasta que la democracia fuera nuevamente instaurada en la Argentina ,en razón de que no éramos soldados de profesión y estábamos bajo un gobierno "de facto"; naturalmente que eso para una posterior propaganda política. Y yo, como todos, les contesté que: "Deseo volver a mi patria (aunque sabía de sobra que Malvinas es parte de esa patria).

Como ya lo dije, hoy y a la distancia Malvinas sigue siendo el meridiano de mi vida. La dividió en un "antes" y en un "después". Y debo considerarme afortunado de haber tenido la suerte de pisar ese suelo que legítimamente nos pertenece...y haber vuelto.

Algunos amigos me han preguntado si estaría dispuesto a regresar allí. Mi respuesta es sí y tengo tres razones para ello:

1) Porque son nuestras.

2) Porque es una promesa que me hice a mí mismo cuando estando prisionero ví flamear otra vez "la enseña de los piratas" en la casa del gobernador inglés.

3) Y sin dudar, por los amigos y camaradas que quedaron para siempre allí y nos están esperando.

Eduardo Rubén Gaetán es ex soldado conscripto clase 1963.
De 35 años, está casado con Sandra Isabel Burgos, con quien tiene tres hijos: Maximiliano Javier, Suyay Ayelén, Aylén Anahí.
Actualmente se desempeña como chofer en la Empresa de Transporte TARSA (línea 100).

Recordando una vez más

Por el suboficial principal
José María González Fernández

Como cuando le tocó pelear en Malvinas, el suboficial principal José María González Fernández sigue viviendo en Paso de los Libres, Corrientes, asiento de su querido Grupo de Artillería 3 hoy adjunto a la Escuela del Arma, "Teniente General Lonardi" donde él revista. Entonces era 1982, lucía las tiras nuevas de sargento y ocupaba el puesto de computador principal de la Batería de Tiro "C" del GA 3. Hombre de pocas palabras, este es su sencillo relato.

Traer a la memoria los momentos vividos en la gloriosa gesta iniciada el 2 de abril del año 1982 para volcarlos en algunas líneas es recordar las distintas actividades que me tocaron realizar en Malvinas.

Una de las tareas fue colaborar con el acondicionamiento y posterior distribución de la munición de artillería, de acuerdo con las órdenes recibidas, a cada una de las subunidades. Cabe destacar que para esta actividad no existían diferencias jerárquicas, que todos trabajábamos por igual, conociendo los beneficios que genera durante el combate tener suficiente munición a mano.

Sin duda que restar trascendencia a las tareas que se realizan en combate, por mínimas que éstas sean, no es de soldados, pero hay algunas más importantes que otras y esto depende seguramente del rol de combate específico que a cada uno le corresponde desempeñar.

Es así como me tengo que detener a detallar las actividades que como Computador Principal de la Batería de Tiro "C" del GA 3, tuve que realizar: determinar datos y correcciones en voces de mando para las piezas es normal, lo que ocurre es que cuando uno está haciendo esa actividad y, de repente, recibe fuego de la artillería enemiga no es lo mismo, sabe que a partir de ese momento pasa a ser blanco rentable para el enemigo y comienza la gran pulseada de los fuegos de contrabatería.

Pero antes de avanzar en mi relato creo que debo comentar la sorpresa que causa, quizás por falta de experiencia, la explosión de esos proyectiles en la zona de la posición, la curiosidad aumenta y el deseo de saber cómo se encuentran los demás integrantes de la Batería se agudiza, comienza así una comunicación desordenada y a viva voz, confundiéndose órdenes con solicitudes. ¡A los pozos! ¿Alguna novedad? ¡Cúbranse!

En situaciones así es cuando el temple de todo jefe se hace valer.

Tal vez el lograr sobreponerse a ese momento lo lleva a uno a continuar cumpliendo eficazmente con su función. Es por ello que al cesar el fuego de los ingleses, salíamos de los abrigos y continuábamos haciéndonos escuchar, pues era nuestro turno. Pasaban los días y las misiones de fuego aumentaban; a veces, debíamos adelantar las piezas para obtener mayores distancias y cumplir con mayor eficacia las solicitudes de apoyo de fuego.

En los primeros días del mes de junio, los relevos se hacían cada vez más frecuentes, con personal que cumplía idénticas funciones en posiciones más retrasadas. Tuve la suerte de no ser relevado y de poder cumplir con mi misión hasta que se produjo el repliegue de toda la Subunidad, oportunidad en que pasé a desempeñarme en el CDT (Centro de Dirección de Tiro) del Grupo de Artillería.

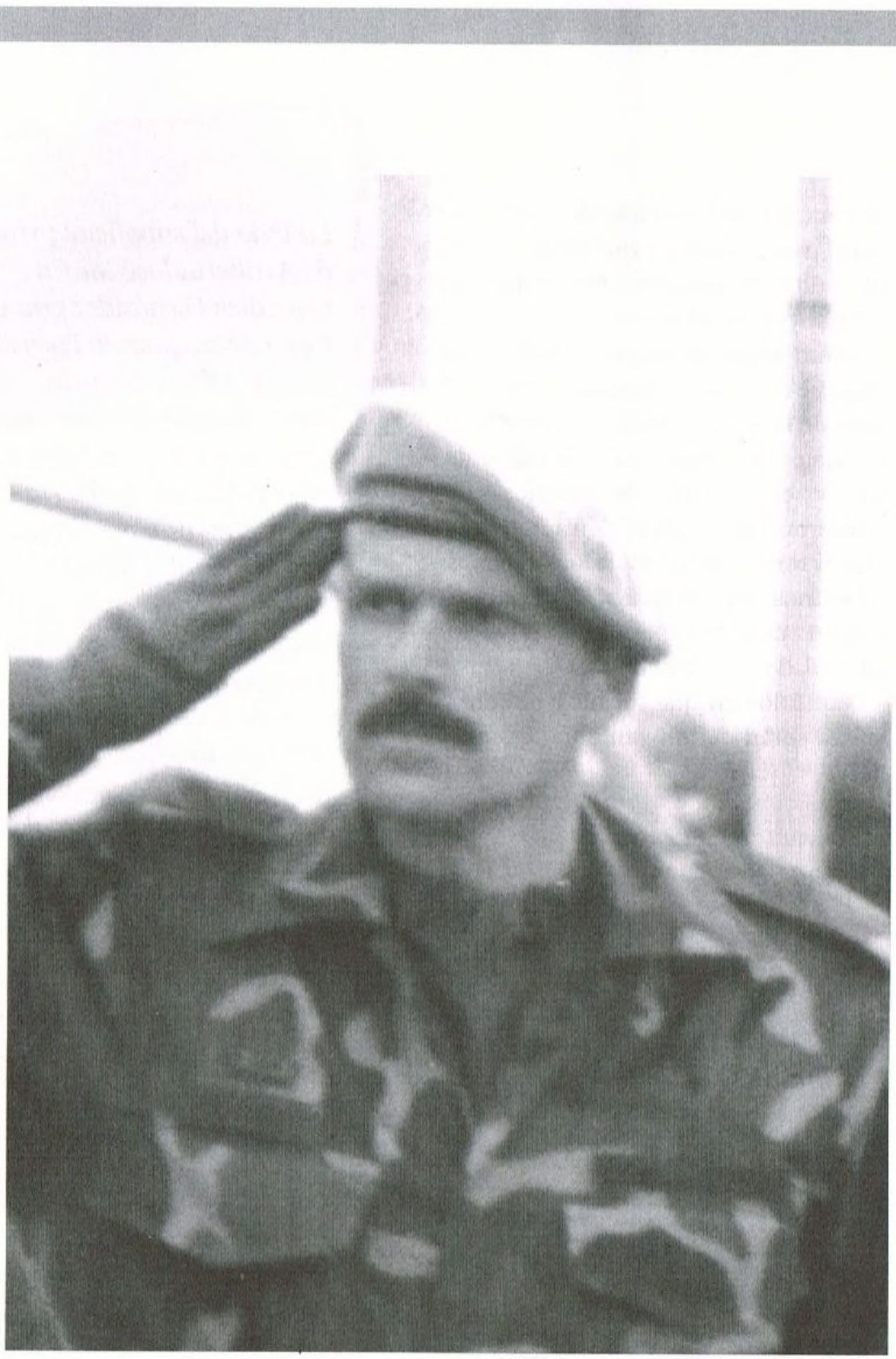
Recuerdo que allí las piezas no callaban nunca, que los fuegos de contrabatería se hacían también más frecuentes, pero que en ningún momento se bajaron los brazos. Y si bien todos cumplíamos con nuestro rol lo mejor posible, creo que es de destacar el espíritu y sacrificio demostrado por

el personal del servicio de pieza que era el más expuesto y que continuó ejecutando el fuego incansablemente hasta estar extenuados.

Como todos sabemos, el 14 de junio llegó el final de la guerra. Hoy, a 17 años de la recuperación temporaria de las islas, sigo y seguimos manteniendo latente el recuerdo de aquellos que murieron abrazando la tierra malvinera, sin renunciar jamás a los derechos soberanos por los cuales nos batimos con un enemigo superior y de cuya legitimidad estoy convencido.

Sabe Dios en qué forma y circunstancia serán definitivamente argentinas.

La vida del suboficial principal de Artillería José María González Fernández gira en torno de su querido Paso de los Libres. Allí, en el suelo correntino donde nació hace 44 años cumplió su primer destino en el Grupo de Artillería 3, apenas egresado de la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral. Seguía en esa unidad cuando a los 24 años ascendió a sargento, grado que tenía cuando tras haber prestado servicios en el Colegio Militar de la Nación poco más de un año, fue redistribuido al GA 3 a causa de la guerra y con esa unidad partió al frente.
Entre otros destinos posteriores, estuvo destinado en comisión a la República de Italia (1991) y formó parte del BEA 3 en Croacia (1993).
Casado con Santa Angela Alvarez, tiene cinco hijos, Amelia Beatriz (22), José Rolando (20), Romina Lucrecia (18), Diego Maximiliano (17) y Jonatan Gastón (14).



Al combate con cañones y misiles antiaéreos

Por el mayor
Fernando Ignacio Huergo

Equipada con cañones Oerlikon de 35 mm. de tiro rápido y misiles tierra-aire Roland (capaces de desarrollar el doble de la velocidad del sonido) la unidad encargada defensa aérea de Puerto Argentino a la que pertenecía Huergo era el GADA 601, reforzada en la ocasión con elementos del GADA 602. El relato de este entonces joven subteniente detalla cómo en la jornada del 2 de junio fue testigo del derribo de un avión Harrier británico. El aparato logró evitar ser alcanzado por los cañones, pero recibió de lleno el impacto de un misil.

Durante la Guerra de Malvinas contaba con 24 años de edad. Con el grado de subteniente estaba al mando de una sección de cañones antiaéreos, los cuales reunían la capacidad técnica suficiente para permitir el combate contra las aeronaves bajo cualquier circunstancia meteorológica y de tiempo (día o noche).

Por supuesto que esta sección no era la única que tenía el Ejército Argentino. Había otras de características similares a la descripta y lanzadores de misiles, entre ellos el mejor de que disponíamos para el combate antiaéreo, el "Roland". Este lanzador de misiles tierra-aire dispara uno que desarrolla una velocidad de 2 mach, está provisto además de una espoleta de proximidad lo que aumenta las posibilidades de derribo de la aeronave enemiga y reúne la condición de ser guiado hacia el blanco por radar.

Técnicamente el material antiaéreo, que por dotación tenía el Ejército, estaba a la altura del enemigo aéreo con el cual debíamos combatir. La pregunta por ese entonces era obvia: ¿la capacitación profesional como artilleros antiaéreos se correspondía con los recursos técnicos que la ingeniería electrónica había puesto en nuestas manos y la Nación Argentina confiado...?

Nuestro jefe de unidad en el combate de Malvinas, el teniente coronel Héctor Lubín Arias, había puesto un singular empeño en el adiestramiento de los oficiales, suboficiales y soldados durante el año 1981 y verano de 1982, exhortándonos a lograr la mayor eficiencia en el empleo de los sistemas de armas antiaéreos recientemente provistos, desconociendo por supuesto el futuro bélico que se avecinaba. Estas actividades de entrenamiento fueron tomadas con mucha seriedad y constancia por todos nosotros, motivados por la alta tecnología de cañones y misiles y no menos exigente desafío que constituía su correcto empleo. Era para mí, un joven militar, "poder tocar el cielo con las manos"; me sentía un privilegiado ante tanto avance tecnológico. Tampoco sabíamos que muy pronto deberíamos intentar "sacarle el máximo jugo a tanta tecnología militar puesta al servicio de cañones y misiles antiaéreos..."

Tratándose Malvinas de un teatro de operaciones con características insulares, el dominio del mar y del cielo resultaba vital para las aspiraciones de británicos y argentinos en pos de la victoria. No fue descabellado sostener que las aeronaves enemigas desarrollarían un papel preponderante. Entonces, los aviones británicos buscarían destruir aquellos objetivos militares que pudieran afectar fundamentalmente nuestro poder de combate e indirectamente contribuir al aislamiento. El anular una pista de aterrizaje argentina en Malvinas, por ejemplo, hubiese significado para las tropas destacadas en las islas la imposibilidad de recibir todo tipo de abastecimientos y con ello las lógicas consecuencias. Es así como se seleccionaron como objetivos prioritarios a defender a las pistas de aterrizaje de Puerto Argentino y de Darwin, los puestos de comando y las

posiciones donde se encontraban los cañones de la artillería de campaña.

Las armas antiaéreas del Ejército Argentino que he mencionado fueron desplegadas a partir del 15 de abril de 1982, luego de un detallado análisis táctico para asegurar la defensa de los objetivos señalados. Con este despliegue se fueron mis amigos y camaradas sin llegar a imaginar que muchos de ellos caerían durante el fragor del combate y jamás volvería a verlos. Un radar de vigilancia antiaérea emplazado en Puerto Argentino nos permitió detectar los aviones enemigos desde una distancia de 200 km proporcionándonos el tiempo de alerta suficiente a fin de alistarnos para el combate. Si no hubiéramos dispuesto de este radar, hubiésemos permanecido ciegos a merced de los sorpresivos ataques aéreos británicos.

Bautismo de fuego

La artillería de defensa antiaérea tuvo su bautismo de fuego el 1° de mayo de 1982. En lo personal, la satisfacción de sentirme plenamente soldado. Comparé, en aquel momento, la acción de entrar en combate por primera vez, si se me permite y salvando las distancias con la de un médico cirujano en su primera operación: toda su vida preparándose para el gran momento de probarse a sí mismo. Y ese momento había llegado.

De ahí en más, la continua superioridad aérea del enemigo nos exigió durante todos los días y sus noches, con los aditamentos de la lluvia, los fuertes vientos, la nieve de junio y la humedad constante del mar. Los objetivos militares que defendíamos los artilleros antiaéreos fueron atacados por los aviones británicos una y otra vez durante los 45 días de combate real.

El tiempo nos fue dando experiencia, seguridad en la operación de las armas antiaéreas, estabilidad emocional ante las contingencias adversas de la guerra y el reconocimiento de nuestros propios camaradas del Ejército, de la Fuerza Aérea y de la Armada Argentina, por la tarea que estábamos desarrollando. Los días de batalla se sucedían y los objetivos militares defendidos seguían en pie como al principio. El empeño de la aviación enemiga por destruir los objetivos defendidos fue notable. Desde el cambio abrupto de sus formas de ataque aéreo, la variación de la configuración del armamento empleando bombas de todo tipo, cohetes, y hasta los mismos cañones utilizados exclusivamente para el combate aire-aire. Combinaron aviones de sus propios portaaviones (Sea Harrier) con aviones de la Real Fuerza Aérea (Harrier), ambos de características técnicas similares. Luego, lo predecible, los lanzadores de misiles, cañones y radares antiaéreos propios se constituyeron en objetivos militares para la aviación británica. Este hecho constituyó la evidencia más concreta, estábamos los artilleros antiaéreos combatiendo en forma eficiente.

El 2 de junio en horas de la tarde, la sección de cañones antiaéreos que se encontraba a mi comando fue alertada sobre la presencia de aviones enemigos. Nos encontrábamos físicamente a 400 metros al

sur de la pista del aeropuerto de Puerto Argentino, situado en el extremo este de la ciudad. No muy lejos se encontraba emplazado el lanzador de misiles "Roland", exactamente a 4000 metros al oeste de mi posición sobre el camino que unía Puerto Argentino con la pista del aeropuerto que defendíamos. Al comando del lanzador antiaéreo estaba el teniente primero Carlos Leónidas Regalini. El también había recibido la correspondiente alarma y estaba alistado con todo su potencial de misiles tierra-aire para contrarrestar un posible ataque aéreo.

El día se presentaba con cielo despejado y una suave brisa corría desde el sudeste. La mañana del 2 de junio había sido toda británica en el firmamento malvinense. No habíamos tenido ni la mínima posibilidad de hacer uso de nuestras armas antiaéreas. La pista de aterrizaje no había constituido una prioridad del día como objetivo para los aviones británicos. Sus vuelos eran ejecutados con misiones de reconocimiento a gran altura y las alarmas que recibíamos se dilataban como amenazas ciertas. La espera y la ansiedad eran insoportables, pasábamos de la tensión al descanso y del descanso a la tensión. Intimamente deseaba una oportunidad de combate más con todo lo que ello podría implicar.

La alerta recibida se transformó súbitamente en una amenaza real, al fin tendríamos la posibilidad de combate del día. Desde el radar de vigilancia antiaérea actualizaron la incursión del enemigo aéreo: "... dos aviones de combate Sea Harrier aproximándose desde el este a 50 km. del objetivo defendido". Pista de aterrizaje de Puerto Argentino, velocidad de los aviones:700 km/h, altitud: 300 m. sobre el nivel del mar. Los datos fueron recibidos claramente por el teniente primero Regalini a cargo del lanzador de misiles "Roland" y por mi sección. Los aviones se dirigían hacia el objetivo que estábamos defendiendo, y en ese instante puse toda mi atención en el comando de mis hombres y en el sistema antiaéreo que operábamos. Por supuesto que me olvidé por completo de la existencia misma del "Roland".

Dos Harrier en pantalla

Los aviones se reflejaron en nuestro radar, eran dos hermosos FRS 1 Sea Harrier británicos. Se desplazaban en forma imponente de acuerdo con la información que habíamos recibido. El primero de los dos, en el orden de ataque, no se definía como un blanco rentable para nuestros cañones antiaéreos, entraba y salía del alcance óptimo. Si disparábamos, consumíamos munición inútilmente. El segundo incursionó con mayor decisión exponiéndose al alcance de nuestros cañones. Se encontraba a 3500 m. volando en dirección este-oeste y a unos 400 m. sobre el nivel del mar. El teniente primero Armando Nicanor Arce, mi jefe directo, tomó la decisión al evaluar que era el momento oportuno, de abrir el fuego. Simultáneamente, el teniente primero Regalini había seleccionado como blanco a combatir al mismo avión británico sobre el cual habíamos abierto el fuego

nosotros. Disparó el misil "Roland" que inició un rápido vuelo tras la aeronave enemiga que se encontraba a 7200 m. La espectante presencia de otros combatientes argentinos que observaban en silencio daba marco a la situación que se vivía.

Un impacto directo

El avión enemigo, atacado por ambas armas antiaéreas simultáneamente, ejecutó una maniobra ascendente, rápida y brusca, como elevando su "nariz" hacia el cielo. Con ello, su piloto logró evitar la ráfaga de proyectiles de los cañones antiaéreos de la sección a mi comando, pero no pudo evitar que el misil impactara de lleno sobre la parte derecha del fuselaje, partiéndose, literalmente, en dos. Junto con el clamor victorioso de las tropas, observamos eyectarse al piloto de la aeronave cuyo paracaídas se abrió a la perfección y le permitió caer lentamente en las aguas del océano Atlántico, a unos 3000 metros al sur del faro San Felipe (se encuentra en el extremo este de la pista de aterrizaje).

Minutos más tarde, dos helicópteros de salvamento de la marina británica sobrevolaban la zona marítima en búsqueda del piloto derribado. Permanecimos repetuosos de las leyes internacionales de guerra presenciando la búsqueda que se desarrollaba. Hicimos votos para que la misma resultara positiva, con la esperanza plena de que pudieran rescatar a nuestro ocasional enemigo con vida. De acuerdo con lo publicado en las "Lecciones de la Campaña de Malvinas" (documento oficial británico sobre la guerra) en el anexo C "Ship and Aircraft losses", (Barcos y aeronaves perdidas en combate 2 de junio de 1982) figura un avión Sea Harrier.

Esta acción concreta de combate antiaérea fue solamente una de otras tantas libradas por las armas antiaéreas del Ejército Argentino, en la batalla de Malvinas. Fui testigo de ello y vaya mi relato como testimonio para otras generaciones. Bien puedo contestar al finalizar mi relato aquella pregunta inicial en forma afirmativa. Realmente estábamos correctamente adiestrados para operar los recursos técnicos que la ingeniería electrónica había puesto en nuestras manos y la Nación Argentina confiado... pero hoy debo agregar que tenemos además la experiencia invalorable del combate y el deber de ser más idóneos en nuestras actividades específicas.

Un avión británico FRS 1 Harrier, similar al derribado en el episodi del 2 de junio de 1982 que describe el relato del mayor Huergo, en un impresionante fotografía en donde se lo ve disparando sus cohetes

El mayor Fernando Ignacio Huergo egresó como subteniente de Artillería el 14 de diciembre de 1979, siendo su primer destino el Grupo de Artillería de Defensa Aérea 601, unidad con la cual combatió en Malvinas.
Prestó servicios en la jefatura de la Agrupación de Defensa Aérea y en el Colegio Militar de la Nación como oficial instructor.
Egresó como oficial de Estado Mayor en 1992, desempeñándose como oficial de Operaciones en el GA 3 - Escuela. En 1995 concurrió en comisión permanente al Estado Mayor General del Ejército de la República de Bolivia.
Desde 1996 a 1997 fue oficial de Operaciones y luego, segundo jefe (desde 1998 a la actualidad) del Grupo de Artillería Antiaéreo 161 con asiento en San Luis.
Casado con Sara Basílico desde 1981, tienen tres hijos, Edgardo (17), María Agustina (15) y Fernando Ignacio (13).

La experiencia y el exceso de confianza

Por el teniente coronel
Dardo Raúl López

En la Gran Malvina, aislados del grueso del componente terrestre argentino, los hombres del Regimiento de Infantería 5 vivieron la guerra con un acento propio. Del relato de López surgen aspectos poco conocidos y reflexiones acerca de la experiencia. La guerra no se aprende de los reglamentos, pero el soldado se hace veterano y compara en el combate cuánto hay de cierto en la teoría que le enseñaron y cuánto hay de nuevo y no figura en ningún tratado militar.

El Regimiento de Infantería 5 de Paso de los Libres, luego de unos pocos días de permanencia en Puerto Argentino, participó en la guerra ocupando posiciones defensivas en Gran Malvina. Diecisiete años después sigo recordando muchos de los momentos vividos allí tal como sucedieron entonces. Pero creo que el tiempo transcurrido fue llevándome a interpretarlos de manera diferente a cuando aún mantenían el calor propio de la circunstancia en que habían sucedido.

En esta oportunidad pretendo describir cuáles son, a mi entender, algunas conductas que influyen sobre los soldados en la guerra, particularmente cuando la experiencia es un aspecto importante a considerar. Creo que la experiencia se va logrando muy lentamente, en definitiva nunca es plena. En un principio puede notarse el momento del conocimiento teórico exclusivo, cuando aún no se ha llevado a la práctica en situaciones reales ningún aspecto del entrenamiento previo. Luego se va produciendo la aplicación de algunos conocimientos teóricos, mediante lo cual el combatiente adquiere confianza comprobando en los hechos lo aprendido, aunque se trate de la ejecución de los primeros ensayos. Creo que durante el transcurso de esta etapa, en 1982 hemos desarrollado aquella guerra.

Por último se debe dar la experiencia propiamente dicha, en la que todo o casi todo ya se ha realizado varias veces y pueden apreciarse los detalles particulares propios de cada personalidad, mas allá de lo indicado en los reglamentos. De los tres niveles citados, creo que el segundo, el de la aplicación del conocimiento teórico, es el que presenta mayores dificultades al hombre en el combate, especialmente al soldado del servicio militar obligatorio que nos acompañó entonces. Hoy hemos comprobado que el soldado profesional, es decir el actual, el que ha elegido serlo, posee mayores recursos espirituales, intelectuales, técnicos y profesionales para sobrellevar con mayor facilidad las contingencias de la vida en campaña. No podría efectuar afirmaciones sobre cuál hubiera sido el resultado de la guerra con la participación del soldado profesional, pero sí puedo imaginar que a partir de él se hubiera facilitado mucho más la conducción.

En el desarrollo de esa segunda etapa es muy probable que la creciente experiencia confunda al soldado haciéndole creer que ya es un experto y lo lleva a cometer errores. La constante práctica de combate real con la atención suficiente para evitar equivocaciones provocadas por el hábito, facilitan conservar la aptitud para el combate tanto a las tropas como a quienes tienen la responsabilidad de conducirlas. Creo que cuando no se mide con justeza el grado de habilidad adquirido, suele suceder lo inesperado y en ocasiones, lo fatal.

De aquella guerra recuerdo varios casos relacionados con esto, ocurridos por la progresiva pérdida de precaución en el desarrollo de las actividades.

Partimos desde la Isla Soledad hacia la Gran Malvina cruzando por aire el estrecho de San Carlos desde Puerto Argentino.

En ese momento juzgué que ambas islas se parecían bastante a Rospentek, una lejana guarnición militar ubicada en el extremo sudoeste patagónico en la provincia de Santa Cruz.

Al llegar a nuestra definitiva posición nos dedicamos a organizarla con premura debido a que suponíamos que el enemigo pronto se presentaría. Con el inicio de las operaciones, en ese lugar estuvimos mucho más aislados del resto de las fuerzas porque aproximadamente a noventa kilómetros de Puerto Argentino entre el estrecho por un lado y un árido desierto por el otro, las comunicaciones terrestres, marítimas y aéreas eran muy limitadas, riesgosas y en ocasiones prácticamente imposibles. Con el pasar de los días vimos progresar nuestros trabajos, realizados en un principio tal como la doctrina indicaba. Pero luego, por el terreno y el tipo de armamento uilizado por los ingleses, debimos adaptarnos a las reales necesidades que la situación nos presentaba. Así tanto los pozos de zorro como el resto de las posiciones fueron modificando su aspecto. Pronto tendrían una pequeña estructura hecha con elementos de circunstancias que hacían las veces de techos e incluso con tapas a modo de puertas para evitar que se introdujeran por allí las bombas Beluga que en ocasiones lanzaban los aviones.

En Puerto Howard existían diecisiete familias con sus respectivas casas, sus elementos de trabajo de campo, escasos vehículos y una proveeduría, todo concentrado en un reducido sector muy próximo al mar alrededor del cual se encontraba desplegado nuestro Regimiento.

Una fría mañana en Puerto Howard, para nosotros "los cuchilleros correntinos del 5 de infantería", Puerto Yapeyú. Recibimos la orden de construir campos minados. Poco tiempo después y con la tarea ya concluida descubrimos que la viveza criolla no era patrimonio exclusivo de los argentinos porque nuestros "hermanos compatriotas", los kelpers, también hacían buen uso de esa picardía. Poseían algo de ganado vacuno y como la pastura de la zona no era de lo mejor, cuando el tiempo lo permitía llevaban sus animales a pastar por el sector en donde nos encontrábamos, tal vez sin otra intención que el pastoreo o tal vez por la necesidad de obtener alguna información de utilidad. Cuando el ganado salía de pastoreo y se aproximaba a nuestros campos minados, la primera y única reacción de nuestra parte era advertir el peligro y exigir el retiro de esos animales. Lógicamente cuando el ganado se alimentaba en sectores libres de campos minados, de nuestra parte no se producía reclamo alguno. Esta sutileza les permitía saber con cierto grado de exactitud el sector o el lugar en donde las tropas habían colocado las minas. En mi Sección instalamos un obstáculo, algo así como una trampa explosiva cerca de las posiciones. Consistía en una mina y un par de tanzas a ambos costados atadas a sendas estacas. La idea era sorprender al enemigo. Sólo tropezar con la tanza haría estallar la mina. Una de las tantas oscuras noches, a las once aproximadamente, informan que cerca de la mina se encontraban algunas vacas. Re-

cuerdo que en esa oportunidad ya conservaba sólo algo de la actitud prudente de los primeros días, pero evidentemente no la suficiente. Me dirigí caminando lenta y cuidadosamente, levantando los pies, apoyándolos luego con mucha atención de no pisar o golpear las tanzas o tropezar con la mina. De pronto me vi rodeado de animales, apenas podía verlos, estaban junto a mí, rodeándome. Entonces advierto el gran error que estaba cometiendo, porque seguramente yo era el único ser en ese lugar que tomaba todas las precauciones para evitar un accidente. Lentamente retrocedí sobre mis propios pasos y regresé a mi posición pensando justamente en que el hábito o el descuido por el exceso de confianza producto de la rutina no eran los mejores consejeros. Por suerte el ganado no llegó hasta el lugar preciso y por ello la mina no estalló.

En otra oportunidad ocurrió el derribo de un avión Harrier, realmente ese día sentimos euforia porque pudimos comprobar que nuestro reglamento no mentía cuando nos decía que el fuego reunido de los tiradores podía lograr, mediante la técnica apropiada, poner fuera de combate a un avión enemigo. Debido a nuestra inexperiencia de combate real, no podíamos creer lo que habíamos logrado. A cuatrocientos metros del lugar en donde nos encontrábamos, ese avión, largando mucho humo, cambiaba su dirección de avance dirigiéndose inexorablemente a tierra. Afortunadamente el piloto, teniente Glover, pudo eyectarse salvando su vida y cayendo al mar con un hombro herido. Podía verlo perfectamente, él ya estaba en el agua, su pequeño bote de goma inflado, su paracaídas se recostaba sobre el mar y la máquina yacía destruida a su retaguardia. Pronto descubrimos el asiento ejecutable y con ello el motivo de una lesión sufrida por el inglés. Tres de los cohetes que debieron expulsar su asiento del avión no habían funcionado provocando que su salida se produjera de costado, defectuosamente, haciendo golpear su hombro en algún lugar del aparato. Varios días después mientras las experiencias se multiplicaban a la misma velocidad en que crecía nuestra confianza y sin advertir que nos estábamos habituando a la guerra luego de haber superado exitosamente nuestro bautismo de fuego, nos acercamos al lugar donde el avión había caído, en la otra orilla de la bahía. Vimos lo poco que quedaba de él, éramos tres en una pequeña canoa que tomamos prestada a mister Lee, la persona más representativa de esa pequeña comunidad. Cuando llegamos, el sargento Ibarra, contento por su hallazgo, nos mostró aquello sobre lo que él afirmaba eran componentes del sistema eléctrico del avión, algo así como pequeñas baterías. Realmente tenían una forma bastante particular, se parecían a pequeñas latas de cerveza con unos flecos metálicos en su borde circular superior. Sin la total certeza de saber realmente de qué se trataba e incluso sin siquiera preocuparnos por saberlo, arrojamos tres de esos objetos en la canoa, los acomodamos con nuestros pies para que no molestaran al remar y regresamos a nuestras posiciones. Habiéndonos olvi-

dado de los tres recuerdos que llevaríamos al continente, continuamos dedicándonos a las tareas diarias. Recibíamos poca información desde Puerto Argentino, el aislamiento se mantenía sin variantes y sólo en algunas ocasiones cuando llegaba algún helicóptero nos enterábamos de las últimas novedades. Justamente luego del arribo de uno de esos helicópteros escuché un comentario referido a un artefacto explosivo que sólo conocíamos por su nombre, pero que nunca habíamos visto. Se trataba de las famosas bombas Beluga, unas granadas de uso no convencional y por lo tanto prohibido su empleo internacionalmente. Una gran cantidad de ellas, contenidas en un envase cuya forma es la de una bomba como todos conocemos, pero que luego de ser lanzadas por un avión se abren antes de caer a tierra. Una vez abierta la bomba expulsa su mortífero contenido. Algunas belugas explotan en el aire lanzando esquirlas, otras detonan cuando chocan en la tierra, y finalmente otras, al impactar en el suelo simplemente se activan transfomándose en peligrosas minas que al menor contacto estallan produciendo enormes heridas o la muerte. A medida que el comentario progresaba y ante lo que por la descripción que se hacía esos objetos, se parecían curiosamente a unas pequeñas latas de cerveza. Mi asombro y preocupación no tuvieron límites porque Ibarra tenía en su posición las tres que habíamos encontrado. Si así fue mi asombro, no es posible describir el de Ibarra, quien había convivido durante varios días con ellas. Ese día aprendimos que en adelante deberíamos ser más precavidos ante lo desconocido.

No fue la única vez que aviones enemigos nos atacaron. Otra oportunidad, una mañana temprano, recién amanecía, dos aviones aparecieron sorpresivamente por sobre el cerro que nos separaba del estrecho. Se dirigieron hacia la primera Sección disparando sus cañones de 30 milímetros con munición explosiva y lanzando bombas Beluga. Todo ocurrió rapidísimo, fueron cinco o diez segundos nada más. A su paso quedaron destruidas las ametralladoras pesadas que allí se encontraban y gran parte del material de campaña, pero lo más lamentable fue la pérdida de varias vidas y algunos heridos.

Actualmente el jefe de esa sección aún conserva las veintiocho esquirlas de Beluga que por consejo médico no fue conveniente extraerle. Nos llamó la atención la exactitud con que aparecieron por detrás del cerro, porque parecía que algo los había guiado. Al poco tiempo pudimos descubrir que la razón de semejante precisión fue una señal con dos remos cruzados colocados en el lugar justo por donde debían aparecer. Todavía nos queda la duda sobre quién pudo ayudarlos de esa forma pero suponemos que no hay más de dos posibilidades: los kelpers o alguna de las patrullas de observación que durante las noches dirigían sobre nosotros los fuegos navales. Este lamentable episodio realmente nos sorprendió porque a esa hora normalmente nada ocurría y era el momento en que aprovechábamos para acomodar nuestros equipos y mejorar el enmascaramiento de

las posiciones. En este caso se presenta claramente la conjunción de los dos problemas comentados anteriormente: el hábito y el exceso de confianza, pero con un agregado importante, no disponíamos de los elementos necesarios para la detección temprana del enemigo y lo sabíamos. Como vemos, la rutina demuestra una vez más su poder para originar los descuidos.

Se podrían rescatar otras historias de situaciones ocurridas en la guerra y que por sus características podrían ser de utilidad para la interpretación de estos párrafos, algunas de ellas con finales afortunados cuyos desenlaces han servido como experiencia para quienes fueron sus protagonistas y para quienes pudieron conocer de cerca esas situaciones y por eso muy positivos. Algunas otras, tan ricas como las anteriores pero sólo para quienes fueron los observadores de lo ocurrido, mas no para los actores que lamentablemente ya no están con nosotros. Es el caso de un soldado que durante el proceso de atención médica que se le brindaba por alguna causa que no recuerdo, comenzó a debilitarse, su salud desmejoró notablemente, aparentemente sin relación con el motivo inicial de su internación y finalmente falleció por desnutrición provocada por fatiga de combate. Este es un caso particularmente significativo para la idea central de estos relatos, porque tal vez represente uno de los extremos de las conductas que trato de explicar. La dificultad está en determinar los límites aceptables para evitar caer en extremos como el exagerado temor por un lado o todo lo contrario, la temeridad por el otro. Creo que muchos factores de la personalidad influyen en esto: la educación recibida en la familia y en el cuartel, la formación espiritual, la edad, la disponibilidad de información suficiente sobre lo que se vive y también la experiencia en lo que se está haciendo. Como dijimos antes, esto finalmente será aprovechado sólo por aquellos que lo presenciaron y sobrevivieron. Recuerdo a ese soldado que al no poder ser evacuado para su mejor atención, debió permanecer internado en el Hospital de Puerto Yapeyú, que antes de nuestra llegada a ese lugar de las islas era el club de los kelpers. Al verlo acostado en una cama en el hospital tuve la misma sensación que cuando cierta vez por televisión observé un documental sobre niños de Biafra desnutridos, con el abdomen hinchado y con los huesos prácticamente expuestos, con una muy delgada capa de piel cubriéndolos. En el caso de mi soldado, la gran carga emocional que seguramente sufrió por todas las tensiones e incertidumbres, le produjo esa fatiga de combate que en definitiva y de manera inconsciente lo indujo a no querer vivir más. Tal era su estado que su cuerpo no asimilaba ni el suero con el que pretendían alimentarlo.

Con la esperanza de que se presentara una situación favorable para su evacuación, pude ver cómo los médicos y en oportunidades todos los que ingresaban al lugar, incluso los demás pacientes internados, intentaban recuperarlo hablándole, estimulándolo, diciéndole que pronto todo terminaría y estaría con su familia, pero el esfuerzo fue en vano porque su salud no

respondía, ya que quería morir. Finalmente así ocurrió ante nuestro gran pesar.

Muchos acontecimientos como los narrados de aquel tan cercano año 1982 deben haber ocurrido u ocurren en todas las guerras. Por eso siempre es difícil trazar una línea bien definida entre lo aceptable y lo no deseado. No es de ninguna manera mi intención en esta oportunidad el concluir en que en combate se debe vivir todas las horas del día pensando en que uno puede ser herido o inclusive morir. Desde mi pequeña experiencia, confirmo aquellos detalles de la vida en combate que sólo se pueden advertir luego de haberlos vivido y que justifican la premisa de saber aprovechar la experiencia ajena. La propia es mucho más costosa y generalmente llega tarde. Aprendimos que entre el soldado veterano y uno que no lo es aún, ésa es, ni más ni menos, toda la diferencia.

El teniente coronel Dardo Raúl López (45) combatió en Malvinas como jefe de la sección Apoyo de la Compañía de Infantería "C" del Regimiento 5 de Infantería, en Puerto Howard. Entonces era un joven teniente. Después de la guerra ascendió en su carrera desempeñándose en distintos destinos del Arma. En 1995/96 fue segundo jefe del RI Mec 35 en Rospentek Aike. Entre 1997/98 fue ayudante del Sub JEMGE y en 1999 ascendió a teniente coronel, desempeñándose hoy en la Escuela Superior de Guerra. Está casado con Mirta Silvia Marchetti con quien tiene tres hijos: Dardo Andrés (15), María Florencia (13) y María Belén (12).

LOPEZ PATTERSON
EJERCITO

¿Cómo te llamabas soldado?

Por el coronel
Carlos Alfredo López Patterson

Un instante del combate puede encerrar todo un universo de sensaciones y también de emociones. El segundo en que se mata o se muere. Ese fragmento de tiempo eterno del que hablaba San Agustín. Es lo que surge de este corto relato, escrito por un oficial de Infantería que evoca apenas un gesto, una actitud que, en medio de todo el dolor y el horror de la batalla final por las alturas que defendían Puerto Argentino, retuvo en su mente. Un gesto de aquellos que nunca se olvidan. Aunque la niebla del tiempo haya disipado ese nombre.

¿Cómo te llamabas soldado? ¡Cómo me gustaría recordarlo! Hace tanto tiempo que ocurrió todo, que he olvidado tu nombre ¿O es que nunca lo supe?

Es la madrugada del 12 de junio de 1982. Integramos la compañía "C" del Regimiento 4 de Infantería y estamos tratando de mantener el cerro Dos Hermanas, primera línea del dispositivo de defensa de Puerto Argentino. Nuestra lucha es dura porque se prolonga desde hace tres horas y fuimos los primeros en recibir el golpe. Todos pelean arduamente. El miedo ya pasó o es otro tipo de miedo, no lo sé. Pero lo cierto es que estamos todos jugados. La conducción de la defensa en forma coordinada se hace difícil, ya nadie pide órdenes y hace lo que tiene que hacer: mantener la posición salvando la vida a costa de la del enemigo. Cosas tremendas, dramáticas se producen alrededor como si fueran parte de una rutina cotidiana. Quizá sea así porque habíamos tenido un buen entrenamiento con nuestra permanencia en primera línea, durante la cual habíamos sufrido más de un mes el hostigamiento preparatorio al ataque enemigo. Habíamos soportado el fuego de buques, de la artillería de campaña y de aviones.

También mantuvimos enfrentamientos con fuerzas especiales enviadas a explorar. Tal vez nuestra actitud se debía a la experiencia acumulada o a los mecanismos de defensa que el hombre pone en acción en situaciones límite. O por el peso de la responsabilidad. No lo sé. Estas reflexiones llegaron con el paso de los años, pero en el momento no pensaba en esto para nada.

El ataque se hace más intenso y nuestra línea comienza a ceder. Los hombres se repliegan combatiendo y hay un intento de reforzar el sector, pero corremos peligro de ser rodeados. Tengo dos oficiales heridos y un muerto; de los tres restantes no tengo noticias. La posición vecina a la nuestra en el monte Harriet se encuentra en una situación incierta, posiblemente haya caído o esté a punto de hacerlo.

Se produce una pausa en el combate, un momento inexplicable en el que pareciera que un acuerdo tácito hace que atacantes y defensores se tomen un respiro. Al principio esto sorprende gratamente; por fin un descanso dentro de tantas tensiones, pero rápidamente me di cuenta de que esto tenía poco que ver con la tranquilidad anhelada, sino que era el prolegómeno del asalto.

Analizo la situación. Organizaciones aún operativas: menos de una sección (30 hombres); munición de las armas de apoyo, (morteros, ametralladoras pesadas) agotada; munición de fusil, sin reservas para más de diez minutos de combate.

Mis subordinados me miran. No demuestran miedo, no imploran ni reniegan contra la situación y los heridos soportan estoicamente su dolor.

Estoy frente a una decisión dramática que exige determinar el límite preciso entre el sacrificio que beneficiará al conjunto y las reales posibilidades de que éste tenga sentido, por lo menos para el cumplimiento de la misión. O que no comprometa la seguridad de otras fracciones que

dependen del propio esfuerzo y firmeza.

En estas circunstancias el temor del que conduce pareciera distanciarse de la propia persona, anula el instinto de conservación y se transfiere a los subordinados. Uno tiene miedo de apreciar mal la situación y, en consecuencia, impartir órdenes erróneas que serán pagadas con la vida de quienes confiaron en nuestra eficiencia. Decido replegar la posición.

En ese momento opté por quedarme para proteger el repliegue, lo hice en forma automática –producto de la formación profesional del militar argentino- aunque no sé si en el fondo no trataba de pagar la culpa por no haber podido resistir.

Tomé una ametralladora que tenía la cinta de munición por la mitad y dos fusiles que encontré en la oscuridad y me acomodé en una posición elevada que cubría uno de los sectores de posible aproximación del enemigo...y a esperar. También a recapacitar, porque no las tenía todas conmigo. Recuerdo que palpé el paquetito de curación individual que guardaba en un bolsillo desde que salí de Buenos Aires dos meses antes: ¡dos vendas y un alfiler de gancho! Miré hacia atrás para ver si el repliegue era ordenado, pues de acuerdo con los planes había que llegar a un lugar de reunión para organizar una nueva posición defensiva. Todo iba bien, el enemigo no había reanudado el ataque y mi gente se retiraba a cubierto.

De pronto una bengala me permite observar los movimientos del enemigo que salía de detrás de una lomada a unos 150 metros y avanzaba en línea sin hacer fuego. Era el momento. Comencé a disparar con mi ametralladora.

La cinta de munición de agotó en un suspiro, empecé a recibir una lluvia de balas de los atacantes y me pegué a la piedra que me cubría. ¡Dios mío, quién me metió en esto! En ese momento alguien me pasa un fusil con su cargador completo. Era un soldado que se había quedado a mi lado. ¿Quién te mandó? ¿Por qué te quedaste? No había tiempo para preguntas y además creo que ya conocía las respuestas. Rápidamente se puso a llenar otro cargador para pasármelo y continuó con la cinta de la ametralladora. Unos cuantos disparos más y había conseguido mi objetivo: el enemigo se detuvo y mi gente ganó tiempo para el repliegue.

Mientras tanto el fuego de los británicos se había hecho más preciso y le dije "bueno, vamos porque si no, no salimos de ésta". No sé si me respondió algo así como "vamos, mi capitán" o si simplemente recogió el arma en silencio y nos retiramos, al trotecito, cuesta abajo.

No sé si alguna vez podré honrar un gesto tan noble, pero si no me alcanzase la vida para hacerlo, desde estas líneas te saludo y te lo agradezco, soldado valiente.

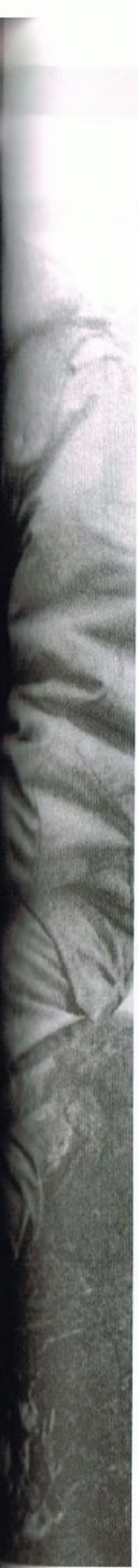


FOTO CHACHO RODRIGUEZ MUÑOZ

Porteño, nacido hace 50 años en el Hospital Militar Central, el coronel López Patterson es un soldado de raza. Después de Malvinas, donde combatió siendo un joven capitán, cursó la Escuela Superior de Guerra y cumplió, entre sus diversos destinos: oficial de operaciones en la Brigada X, en La Plata (1985/86); segundo jefe del RI Mec 7 (1987/89); en la Dirección del EMGE (1990, cuando ascendió a teniente coronel) y jefe del RI Mec 7 (1991/92).
Posteriormente pasó a la Escuela Superior de Guerra, donde fue jefe de cursos de Personal y Logística, profesor de Táctica y jefe de la división Evaluación (1994/96).
Desde 1997 en el Estado Mayor Conjunto, y ya como coronel pasó a cumplir diversas funciones.
Actualmente se encuentra al frente del Departamento Recursos y Materiales del EMC. Está casado con Mónica Rodríguez con quien tiene cuatro hijos: Mariano (26), Rodrigo (24), Joaquín (22) y Juan Francisco (18).

"Rápidamente se puso a llenar otro cargador para pasármelo y continuó con la cinta de la ametralladora..." (Del relato del coronel López Patterson "¿Cómo te llamabas soldado?")

El combate de Top Malo House

Por el coronel
Horacio Losito

El Combate de Top Malo House fue uno de los más duros enfrentamientos de los Comandos de la Compañía 602 con el enemigo. En este caso se trataba de tropas de élite, pertenecientes al "Mountain and Artic Warfare Cadre", un elemento de la 3ra Brigada de Comandos británica. Uno de los protagonistas de esa acción, que fue herido y salvó su vida, relata cómo fue. Una historia de profesionalismo y coraje, de lealtad y honor entre rivales que se jugaban todo. Sus reflexiones y enseñanzas después de tantos años.

Corría el mes de abril de 1985 cuando en la Escuela Superior de Guerra, donde cursaba el segundo año, llegó la esperada carta del capitán Rod Boswell, jefe durante la guerra de Malvinas del M & AWC (Cuadro para la guerra en la montaña y el Artico de la 3ra Brigada de Comandos británica). Esta era la respuesta a la carta que, ante un pedido mío, había enviado a Londres meses antes el profesor Lewis.

Con esa carta se materializaba el primer paso de una investigación que demandaría casi tres años de duración. El objetivo principal que perseguía era poder determinar el destino de los restos del teniente Espinosa y del sargento 1ro Sbert, como así también conocer los detalles del combate que contra su fracción habíamos mantenido los integrantes de la 1ra Sección de la Compañía de Comandos 602.

Sin embargo, lejos de abrir un canal de comunicación capaz de concretar dichos objetivos, Boswell lo daba por finalizado, ya que el texto de su carta, entre otros conceptos, expresaba: "...quisiera señalar que no me hace feliz la idea de entablar un diálogo con usted o con el capitán, dado el actual clima político entre nuestras dos naciones. Lamento la necesidad que tuvo su país de invadir las islas en 1982, pero quisiera señalar que tanto mis hombres como yo mismo, respetamos la actitud y el coraje demostrados por el capitán Losito y sus hombres cuando los tomamos prisioneros. Es por esta sola razón que contesto su carta".

El reconocimiento explícito contenido en las últimas líneas de la carta acerca del desempeño de nuestra fracción en combate por quien fuera entonces el enemigo con quien nos enfrentamos, alentó aún más la necesidad de continuar con la investigación mencionada.

Con el correr del tiempo llegó a mis manos abundante bibliografía británica que se ocupaba de ese tema en particular. Toda la documentación destacaba tanto las acciones de los soldados ingleses como las de los argentinos a quienes los ubicaba en "breve pero duro combate". Incluso la BBC de Londres dedicó un programa de más de una hora de duración, en el que los protagonistas de la fracción de Boswell relataban sus experiencias sobre una maqueta.

Este enfrentamiento entre comandos dentro del contexto de la guerra de Malvinas, que a continuación intentaré relatar la historia ya lo conoce como *el combate de Top Malo House*.

La noche del 28 de mayo

Todo comenzó en la noche del viernes 28 de mayo de 1982, cuando el capitán Vercesi, jefe de la 1ra Sección, recibió la orden de ejecutar una exploración 40 km delante de nuestra primera línea, para informar sobre las actividades de los británicos que habían desembarcado en San Carlos el día 21 de mayo pasado y de los cuales se sabía poco y nada.

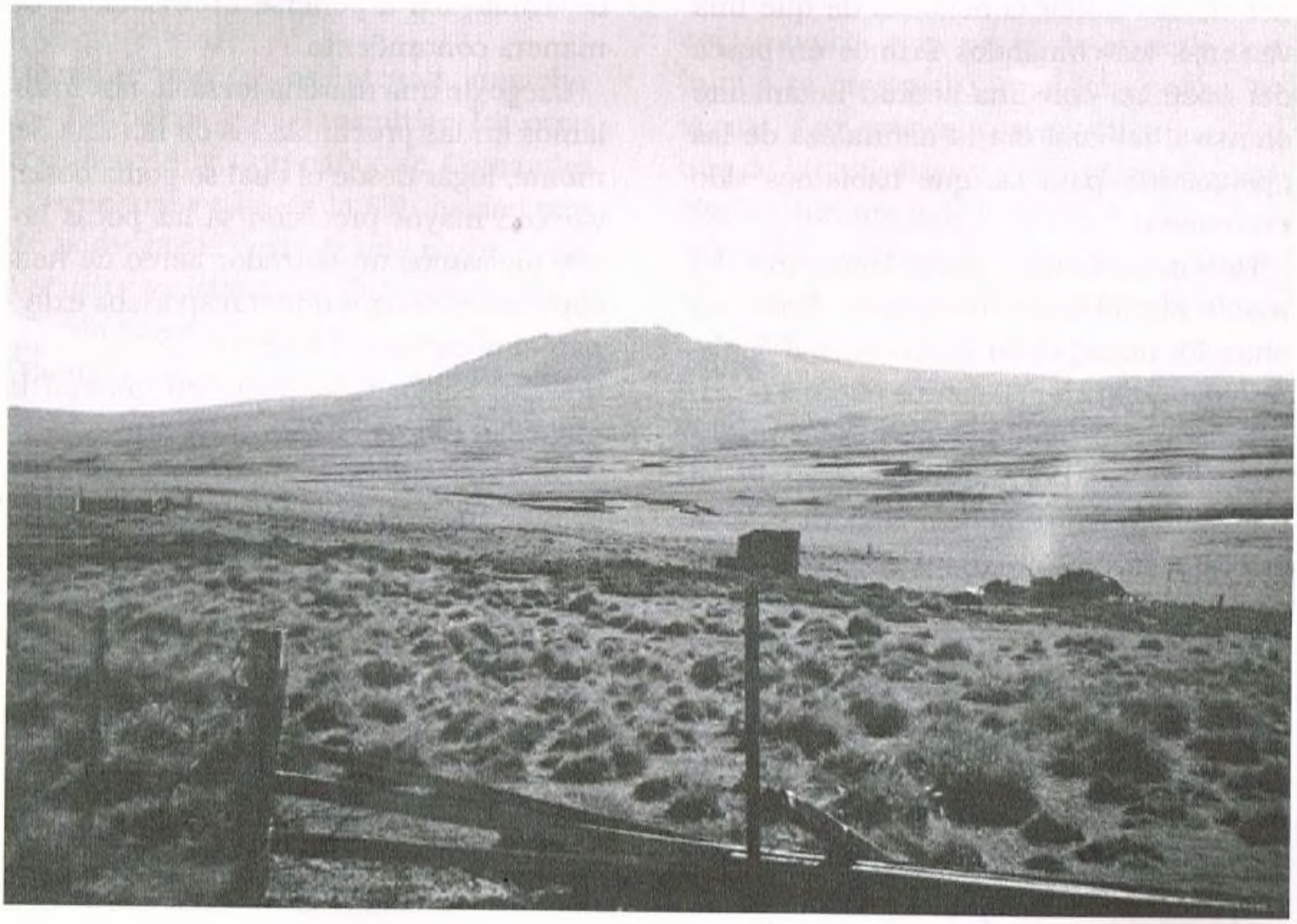
La situación que se presentaba en la isla era muy diferente a la información que habíamos recibido pocos días atrás en el continente. "Los ingleses están cercados

en San Carlos... Ustedes se van a infiltrar por las brechas para destruir su retaguardia...", fue la orden. La tarea, si bien no era sencilla, tampoco se preveía como muy complicada. La realidad nos golpeó bruscamente cuando el mayor Castagneto, jefe de la ya veterana Compañía de Comandos 601, a las pocas horas de arribar a las islas, nos impuso acerca de cuál era la verdad. Por supuesto, nada iba a ser fácil.

Con ese panorama de contradicciones, confusión, interrogantes y expectativas, comenzamos a planificar la misión, impartir órdenes, completar el armamento y el equipo necesario, estudiar la cartografía del terreno, conocer lo más posible sobre el enemigo, etc. Todo ello lo hicimos a oscuras durante la noche previa a la partida.

Con evidencias de un particular cansancio, producto de las tensiones vividas en los últimos días y con falta de sueño, los nueve hombres de la 1ra Sección, reforzados con dos suboficiales apuntadores de misiles antiaéreos Blow-Pipe, un enfermero y el sargento 1ro Helguero de la 601 como guía, nos presentamos al jefe de Com-

Vista panorámica del terreno en Top Malo en las inmediaciones del arroyo del mismo nombre



pañía, mayor Aldo Rico, en la oscura y helada madrugada del 29 de mayo. Ante nosotros estaban quienes se habían despertado para despedirnos. Sin saberlo en ese momento, recién nos volveríamos a ver otra vez con ellos al terminar la guerra, y en algunos casos, aquél sería el último saludo.

Partimos a poco de amanecer en dos helicópteros "peinando" las formas del terreno para evitar radares y armas, y tratando de familiarizarnos con el recorrido, en previsión de tener que volver a pie. La tensión que percibíamos en los pilotos -quienes ya tenían la triste experiencia de haber perdido camaradas en otras misiones- nos hacían tomar conciencia de que una vez más los comandos íbamos en busca del enemigo con una actitud netamente ofensiva, tal cual era la naturaleza de las operaciones para las que habíamos sido entrenados.

Desembarcamos a pocos kilómetros del monte Simon -un cerro que se destacaba entre los otros por su altura- el cual debíamos ocupar para instalar los puestos de exploración. No sabíamos que estábamos a escasos 15 km. del puesto de comando del brigadier Thompson, comandante de la 3ra Brigada de Comandos del Reino Unido, ubicado en Teal Intel Settlement.

El sargento Stone -jefe de una patrulla de observación británica- dio parte a su comando acerca de nuestra presencia. Ante esa novedad, Thompson resolvió la destrucción inmediata de nuestra fracción ya que representaba, según sus apreciaciones, "una amenaza para la seguridad de sus tropas que se desplazaban hacia Teal". (de su libro *No picnic*, pág 167).

Cuando se alejaron los helicópteros, una extraña sensación nos envolvió. Un silencio tajante contrastaba con el ruido ensordecedor de los motores. Estábamos en terreno de nadie, a mitad de camino entre la cabeza de playa de los británicos y nuestras posiciones, lejos de cualquier ayuda, confiando solamente en la propia capacidad y creyendo ciegamente en el camarada. Sabíamos que cada uno dependía del otro y que cualquiera de nosotros estaba dispuesto al mayor de los sacrificios por los demás. Más tarde, ese pacto espiritual, esencia del sentimiento entre camaradas de armas, iba a ponerse en evidencia de manera contundente.

Luego de una marcha forzada, nos instalamos en las proximidades de la cima del monte, lugar desde el cual se podía observar con mayor precisión. A las pocas horas, divisamos un corredor aéreo de helicópteros enemigos que transportaba externamente cañones y bultos en grandes cantidades. Volaban en dirección general la línea San Carlos - Puerto Argentino.

No muy lejos de donde estábamos, el primer combate terrestre de importancia llegaba a su fin. La guarnición Darwin, luego de una férrea defensa de su plaza, rendía las armas al 2do Batallón de Paracaidistas británicos. Por otro lado, el Comando 42 se desplazaba hacia la misma puerta de Puerto Argentino, el monte Kent. El resto de la 3ra Brigada británica comenzaba la aproximación por tierra y por aire hacia su objetivo final.

Toda esa situación planteada era desconocida por nosotros. Habíamos partido para la misión con el último informe de inteligencia, el cual nos indicaba que los ingleses estaban "fijados en San Carlos" y que "en la zona de exploración no había actividad enemiga". La realidad indicaba que estábamos literalmente rodeados de ingleses, o si se prefiere, infiltrados en un territorio dominado por ellos, sin tener conciencia de ello.

Intentamos informar lo que veíamos, aplicando todos los conocimientos de comunicaciones a nuestro alcance sin éxito. La interferencia era enorme y no queríamos mantener prendido el equipo durante mucho tiempo para evitar ser detectados.

Durante uno de los intentos, escuchamos los partes que transmitían las otras secciones de la Compañía de Comandos 602, que junto a las de la 601, habían partido pocas horas después que nosotros para ocupar posiciones en distintos cerros al oeste de Puerto Argentino.

Cuando una de ellas desembarcó en el desocupado monte Kent, se entabló un combate con el Escuadrón "D" del SAS y con los hombres adelantados del Comando 42. Este episodio constituyó el bautismo de fuego de los comandos en Malvinas, en el cual murieron el teniente 1ro Márquez y el sargento 1ro Blas, y recibió heridas que le produjeron la amputación del pie derecho el sargento 1ro Biltes.

Mientras tanto, en San Carlos, los preparativos enemigos para nuestra destrucción estaban en marcha.

Luego de evaluar que un ataque con aviones Harrier era impracticable por las malas condiciones meteorógicas, se le encomendó al capitán Rod Boswell, jefe del A & MWC, que planificara y ejecutara la operación. Estos marines eran calificados por el brigadier Thompson como los mejores del mundo en su especialidad, superiores aún a las expertas y famosas tropas del SAS y del SBS. Los 35 hombres que lo componían habían llegado a Gran Bretaña en la última semana de marzo, luego de adiestrarse en las heladas tierras de Noruega.

El día transcurrió entre frustrados intentos de comunicarnos con nuestra base y los preparativos para armar refugios de circunstancia para pasar, de acuerdo con lo que se presagiaba, una dura noche invernal. Los pronósticos no fallaron. Fue una de las más frías y tormentosas noches vividas durante toda la campaña. Ello dificultó el descanso e impidió, de esa manera, que pudiésemos recuperarnos bien.

A medianoche, mientras recorría los puestos de seguridad, me acerqué al lugar donde estaba apostado el teniente Espinosa para hacerle compañía y para conocerlo un poco más. Pasamos algunas horas hablando sobre la guerra, sobre la familia, acerca de la fortuna que representaba haber sido elegidos para estar en ese lugar, proyectos, futuro. Descubrí en él a un hombre con principios bien definidos, con claridad en sus ideas, con una fuerza espiritual basada sobre una concepción ética de la vida. En suma, un soldado ejemplar, con las cualidades necesarias para ser pro-

tagonista de importantes hazañas.

El día 30 amaneció frío pero soleado. El color del paisaje había cambiado el verde, amarillo y marrón por el blanco de la nieve. A media mañana, el capitán Vercesi resolvió desplazarnos hacia Fitz Roy -a unos 20 km del lugar- a través de las alturas del Cordón de Rivadavia. El objetivo era conectarnos con una sección de Ingenieros y desde allí poder transmitir nuestros informes.

Comenzamos la marcha sobrecargados de equipo, porque aparte del propio, transportábamos armamento y munición de un depósito que había instalado la Compañía de Comandos 601. El desplazamiento sobre la turba se hizo muy dificultoso y agobiante. Poco tiempo antes del anochecer, y con la perspectiva de pasar una noche similar a la anterior, se decidió hacer un alto en un lugar que la cartografía marcaba en una elevación del otro lado del arroyo Malo, denominado Top Malo House (la casa del alto Malo).

Luego de cruzar el arroyo de agua helada y torrentosa -donde algunos de nosotros caímos al resbalar en el verdín de las piedras del lecho- abordamos la casa con técnicas apropiadas para el caso, en previsión de que estuviera ocupada por el enemigo.

Era un típico puesto ovejero de la zona, de dos plantas, de reducidas dimensiones, totalmente construido de madera menos la chimenea. Un cordero listo para ser cocinado estaba sobre una mesada. Allí lo había depositado una de las patrullas argentinas que días antes había pasado por el lugar.

Mientras tanto, a escasos 400 m del lugar, otra patrulla de los hombres de Boswell -esta vez a órdenes del teniente Haddow- observaba atentamente lo que ocurría manteniendo a su jefe al tanto de nuestras actividades.

El capitán Boswell reunió a los hombres de su fracción que estaban en San Carlos y les impartió una orden de operaciones de ataque para "aniquilar al enemigo", en cuanto despuntaran las primeras luces del día siguiente.

Nuestra sección se dividió en dos grupos: uno ocupó el piso superior y el otro, la planta baja. En cada una de las plantas la mitad del personal daba la seguridad desde las aberturas, mientras el resto intentaba descansar. En ese momento se consideró que apostar centinelas en la parte exterior sería poco eficaz dado que la tormenta reduciría la visión y el estado de alerta, mientras que desde las aberturas se podían dominar los 360°.

Sabíamos que el estar dentro de la casa no ofrecía seguridad, pero existía una real necesidad de recuperarnos y secar el equipo para poder enfrentar con probabilidades de éxito las futuras exigencias. La decisión que se adoptó al dilema planteado la pagaríamos con sangre horas más tarde.

Durante mi turno de guardia pude observar en dirección a Puerto Argentino el resplandor de los cañones navales británicos, que en forma ininterrumpida hostigaban nuestras posiciones preparando las condiciones para el asalto final. No pude hacer otra cosa que rezar por nuestros soldados.

Faltaba poco para amanecer y comenzamos a preparar el equipo para dirigirnos hacia Fitz Roy. Los que aún tenían comida la calentaban para luego compartirla con el resto. Y todo esto ya era mucho pedir, antes de emprender lo que se vislumbraba como una larga y desgastante jornada de marcha.

En ese preciso momento, 19 hombres de la unidad M &AWC se desplazaban en un helicóptero Sea King hacia Top Malo House. Tenían previsto reunirse en el lugar con las patrullas del teniente Haddow y el sargento Stone, para agregar ocho hombres más a sus efectivos y concretar sobre el edificio donde nos encontrábamos lo que técnicamente se denomina un "golpe de mano".

El ruido de las aspas nos indujo a pensar por un instante que nuestro personal nos venía a recuperar ya que ése era el día acordado para hacerlo. Pero un mal presentimiento nos indicó la necesidad de tomar el armamento y salir de la casa.

Boswell y sus hombres habían desembarcado próximos al objetivo y se habían dividido en dos grupos: uno de apoyo de fuego a órdenes del teniente Murray, y el otro, de asalto bajo su mando. Rápidamente tomaron posiciones en una pequeña elevación a 150 metros de la casa y esperaron la señal para iniciar el ataque.

El teniente Espinosa, que desde una de las ventanas de la primera planta daba la seguridad con su fusil de tirador especial, descubrió el avance y dio el alerta gritando: "¡son ingleses, ahí vienen!" Al mismo tiempo abrió el fuego contra los blancos que se le presentaban.

Por su parte, Boswell dio señal mediante una bengala verde y, segundos más tarde, un poder de fuego devastador convergía sobre las frágiles paredes del edificio. En el golpe inicial, cuatro cohetes de 66 mm explotaron simultáneamente. A ellos les siguió un nutrido fuego de armas automáticas que atravesaban la casa de lado a lado, completado luego con cuatro cohetes

A la derecha, un puñado de objetos que por sí solos no significarían nada. Pero para el coronel Losito son reliquias que recuerdan aquel episodio. Una hebilla oxidada, un trozo de ladrillo de Top Malo House, una botella de vidrio fundida por el fuego...etc. Fueron recuperados no hace mucho del lugar del combate

más, agregándose en esa ocasión armas antitanque Carl Gustav de 84 mm.

El puesto ovejero comenzó a incendiarse, el techo había desaparecido. Adentro todo era confusión, humo, fuego, explosiones, gritos y aturdimiento.

Espinosa atraía el fuego británico hacia su persona ya que era el único hasta el momento que respondía al ataque. No hizo caso al aviso de replegarse y, por el contrario, prefirió cubrir nuestra salida. "¡Salgan ustedes que yo los cubro!", fueron sus últimas palabras antes de que una granada que entró por la ventana le diera de lleno en el pecho.

Esos valiosos segundos que nos regaló el teniente, aún a costa de su propia vida, nos permitieron salir de la casa. Cada uno lo hizo por donde pudo, aplicando técnicas de contraemboscada practicadas hasta el cansancio durante los diferentes cursos de comandos. Nuestra única defensa era responder agresivamente abriendo el fuego contra un enemigo del cual desconocíamos su ubicación y magnitud. Se disparaba a todo bulto que se asemejaba a un hombre, en algunos casos con eficiencia y en muchos, sin éxito.

En ese primer choque de fuegos había muerto el teniente Espinosa mientras que el teniente 1ro Brun quedó herido con varias esquirlas de cohetes. Por parte de los ingleses, el sargento Doyle fue herido en el hombro y el cabo Groves, en el pecho. Era evidente que los hombres del A & AWC no esperaban ninguna respuesta ofensiva de nuestra parte, confiando seguramente en que el demoledor y sorpresivo golpe inicial iba a aniquilarnos o a obligarnos a una pronta rendición.

Fui uno de los últimos en dejar la casa. Al cruzar la puerta de salida, un cohete explotó a mis espaldas causándome una herida en la cabeza.

Reaccioné en el suelo, tirado boca abajo sobre mi fusil. Estaba sordo, aturdido y con la cabeza ensangrentada. Todo parecía suceder en cámara lenta. El ruido del combate parecía lejano.

Un grupo de tres o cuatro hombres disparaba sus armas en dirección al puesto muy cerca de donde yo estaba tendido. Abrí el fuego dificultosamente contra ellos y comencé el repliegue hacia el arroyo Malo para intentar cruzarlo y ocupar en el otro lado una elevación del terreno. En los cien metros que separaban la casa del arroyo no había ningún tipo de resguardo. Por lo tanto, la única protección era correr, tirarse al suelo y disparar, una y otra vez.

¿Dónde estaba el resto? ¿habían muerto? ¿por qué entonces tantos disparos y explosiones de granadas y cohetes?

La respuesta era clara. Lo que quedaba de la sección combatía desde distintas posiciones, dificultándole a Boswell su plan de ataque. No obstante, él lo conducía ordenada y eficazmente. Los doce hombres del Grupo de Asalto enemigo habían comenzado su avance protegidos por una impresionante cortina de fuego que le proporcionaban tanto el grupo de apoyo como sus propias armas.

Poco antes de llegar al arroyo, decidí ocupar una zanja para protegerme de los disparos y poder hacer lo propio desde ese

lugar. Segundos antes de abordarla, un proyectil me atravesó el muslo derecho haciéndome caer de espaldas dentro de ella.

Intenté hacer un torniquete para parar la hemorragia, pero la situación imponía continuar disparando. El enemigo ya estaba encima de nosotros. El capitán Boswell, los sargentos Stone, Wilson y Montgomery, el cabo Nicoll y el resto del grupo continuaban avanzando protegidos por el fuego y gritando como si hubieran enloquecido para infundirse ánimo.

Mientras tanto, la 1ra Sección intentaba revertir la situación con la poca munición que había quedado. Pero la suerte estaba echada.

El teniente Martínez combatía desde un lugar próximo a la casa que se consumía por el fuego, sin darse cuenta de que estaba herido en el talón del pie derecho. A pocos metros de él, se encontraba el sargento 1ro Helguero, con una profunda herida en el pecho producto de una esquirla de granada.

El sargento 1ro Medina estaba atrapado por el fuego, sin escapatoria. Al advertir la situación, el sargento 1ro Sbert comenzó a disparar hacia los que querían eliminar a Medina, a quien le gritó: "¡Corré, gordo, que te cubro!" Inmediatamente, dos cohetes de 66 mm lo aniquilaron. Medina, en su desesperado repliegue, al observar la suerte corrida por su amigo Sbert, intentó volver para socorrerlo, pero un disparo de fusil que le causó una herida con fractura expuesta en una de sus piernas, le impidió cumplir con su propósito.

El teniente 1ro Gatti disparaba, arrodillado próximo al jefe de Sección y al teniente 1ro Brun, quien aparte de las esquirlas recibidas dentro de la casa, también había sido alcanzado por un proyectil de fusil en la pantorrilla derecha. El sargento 1ro Castillo combatía aisladamente, hasta que se le agotó la munición.

Ante este panorama desfavorable, el capitán Vercesi ordenó el alto el fuego.

"¡No tire más Losito, esto no va más!", me gritó el teniente 1ro Gatti prácticamente parado y rodeado de piques de proyectiles. Trataba por todos los medios que recibiéramos la orden del jefe para no luchar más por algo que estaba perdido.

Hoy, los restos de la casa de Top Malo no son más que un puñado de ruinas en medio de la soledad

"¡Gatti, cúbranse y sigan tirando!", fue lo que se me ocurrió ordenar en ese momento, sin medir que la decisión más apropiada era la del capitán.

En esos momentos grises que transcurrieron entre la decisión de dejar de combatir y el último disparo de ambos bandos, cuando todo era confuso, el sargento 1ro Medina fue herido por segunda vez, ocurriéndole lo mismo al cabo Valdiviezo, al intentar socorrerlo.

Dos hombres se aproximaron por mi derecha a no más de veinte metros de donde me encontraba. Proferían alaridos y abrían fuego voluminosamente. Con gran debilidad a causa de la sangre perdida, disparé sobre uno de ellos. Al intentar hacer lo mismo con el otro, una sensación de desvanecimiento, sin llegar a desmayarme, me lo impidió.

Ese segundo hombre, a quien aún hoy no he logrado identificar, pudo llegar a mi posición y, con gran sorpresa, en vez de rematarme me brindó los primeros auxilios haciéndome un torniquete en la pierna e inyectándome una dosis de morfina. *"No problem, it's war"* (No hay problema, es la guerra) balbuceaba entre otras cosas mientras pedía ayuda para trasladarme al sector donde estaban concentrando a los integrantes de la sección, ya entonces, prisioneros de guerra.

Nos reunieron en proximidad a la casa que humeaba, totalmente destruida. Habían muerto dos camaradas -que serían luego reconocidos por la Nación con la más alta condecoración de guerra "la Nación Argentina al heroico valor en combate"- y seis estábamos heridos. El sargento 1ro enfermero Pedrozo trabajaba sin descanso para atendernos, exigiéndoles a los ingleses que le proporcionaran medios apropiados porque su botiquín se había quemado.

A los pocos minutos, y mientras los hombres de Boswell se reorganizaban, instalaban la seguridad, pasaban lista y se abrazaban por el éxito obtenido, el teniente Haddow y su patrulla -quienes habían instalado una emboscada del otro lado del Malo para batir a aquellos que intentaran cruzarlo- aparecieron con una flameante bandera británica como señal para ser identificados.

"Never in a house... " (nunca en una casa), fueron las palabras del jefe del M&AWC, mientras se sentaba sobre una roca, cerca de nosotros, y nos invitaba con cigarrillos.

La evacuación se realizó en helicópetros. A los heridos, para que fuéramos atendidos, nos llevaron a San Carlos. A los pocos ilesos que quedaban los condujeron a Teal Inlet para que fuesen interrogados.

Los siguientes veinte días habríamos de pasarlos, una parte en el frigorífico ballenero de San Carlos, y el resto en el buque "Canberra" entre quirófanos, enfermeros, centinelas y muchas reflexiones.

Mientras soportábamos, como prisioneros, esos angustiosos e interminables días, el resto de las secciones de la Compañía de Comandos 602 lograba obtener éxitos en distintas operaciones: el asalto al monte Wall, donde se capturaron armamento, equipo y hasta claves de comunicaciones

que los ingleses abandonaron ante el ataque; la emboscada realizada al noreste del monte Harriet coordinada con el grupo de Artillería 3, donde fue prácticamente aniquilada una importante fracción del SAS; los bloqueos a las vías de comunicación; los patrullajes; el control de población y muchas misiones más. En esas acciones, murieron en combate el sargento "Perro" Cisnero y el sargento 1ro Acosta de Gendarmería Nacional. También fue herido el teniente 1ro Vizoso.

La guerra terminó hace más de una década y media. Desde aquí y ahora, todo parece muy lejano. Nadie que haya participado en ella podrá afirmar que es el mismo hombre de antes. Demasiados recuerdos afloran a diario sin que uno los busque.

La sola mención de los hombres que no volvieron hace vibrar las fibras más íntimas. El sentimiento de un soldado ante la muerte de un camarada en combate se puede entender solamente desde la óptica de la esencia misma de la milicia. Dar la vida -única e irrepetible- por una causa superior, trascendente, por una causa de todos, únicamente puede hacerlo aquél que se comprometió ante su propia conciencia a vivir hasta lo más profundo el heroísmo del cumplimiento del deber.

Hoy, después de tantos años, sigo rogando a Dios, nuestro Señor, por todos los soldados argentinos y británicos que dieron sus vidas, y porque la paz de ellos se haga presente, vívida y permanente, en el espíritu de sus familias.

Con el grado de teniente primero, el hoy coronel de Infantería Horacio Losito se desempeñó en Malvinas como segundo jefe de la 1ra Sección de la Compañía de Comandos 602. Luego del conflicto se graduó de oficial de Estado Mayor y, entre otros destinos, fue jefe del RI Mec 6, jefe de operaciones de la Br Mec X y, actualmente es subdirector de la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral. Es paracaidista, comando y posee la aptitud especial de Mecanizados. Fue condecorado con la medalla Al Mérito Militar y Al Herido en Combate.

EJERCITO ARGENTINO

Del Colegio a la guerra

Por el mayor
Marcelo Llambías Pravaz

Llambías Pravaz estaba en el Colegio Militar cursando el último año de la carrera cuando fue llamado a ocupar un lugar en la batalla que se avecinaba. Su historia es representativa de otros tantos casos de jóvenes oficiales argentinos que se graduaron en 1982 directamente en el combate. Eran más jóvenes que muchos de los hombres que les tocó mandar. Hoy, con una brillante carrera detrás, se desempeña en el Centro Argentino de Entrenamiento Conjunto para Operaciones de Paz, en Campo de Mayo.

Todavía no estaba despabilado cuando escuché la noticia por primera vez. Era la madrugada del jueves 2 de abril de 1982 y como todas las mañanas, los cadetes de cuarto año del Colegio Militar formábamos, cada grupo en su respectiva subunidad, para presentarnos al oficial de semana antes de que el resto de los cadetes se levantara. Por aquel entonces estaba estrictamente prohibido que los cadetes tuvieran en su poder, dentro del instituto, una radio, pero siempre había alguno -más en cuarto año- que corría el riesgo de ocultar uno de estos aparatos. De allí probablemente surgió la primera noticia sobre la recuperación de las Islas, la que en forma de rumor fue transmitiéndose de boca en boca.

Seguramente para no dar información inexacta, el oficial de semana no hizo ningún comentario al respecto aquella madrugada y las actividades se desarrollaron rutinariamente hasta que, ya en el comedor, al juntarnos con compañeros de otras subunidades e intercambiar información, el rumor empezó a cobrar credibilidad.

A la tarde el cuerpo de cadetes formó. Una mezcla de sensaciones, seguramente no diferentes a las que cualquier argentino bien nacido experimentara en aquellos días, pero sí potenciada por la juventud, la naturaleza misma de la vocación que nos había llevado a abrazar la carrera de las armas y por el imponente marco marcial que daban los mil cadetes formados, nos envolvía en una mezcla de excitación, angustia e impaciencia mientras esperábamos las palabras que nos dirigiría el jefe de Cuerpo.

El arco de entrada al Colegio Militar vio partir en 1982 a un puñado de cadetes rumbo a la guerra

Para nuestra sorpresa sus palabras fueron dedicadas casi exclusivamente a hacer observaciones a errores en el orden cerrado.

Pese a mi juventud -tenía por entonces 21 años- percibía lo histórico del momento pero a la vez, como futuro oficial, apreciaba o más precisamente intuía, que el hecho de mantener nuestros derechos soberanos frente a nada menos que los británicos implicaría sacrificio y lucha. Por ello no comprendí ni nunca llegué a comprender por qué en las circunstancias descriptas no se nos había hablado como a soldados, preparándonos para los momentos que se avecinaban.

La primera consecuencia que tuvo la guerra sobre mi persona fue por lo demás simple y positiva.

Como distaba mucho de ser un cadete ejemplar, ese fin de semana estaba castigado y, por lo tanto, privado de salir franco. Pero en atención a los acontecimientos, el sábado fueron dejadas sin efecto las sanciones leves y pude salir.

El lunes 6 de abril, en uno de los últimos recreos, cerca del mediodía, un compañero se acercó al grupo donde me encontraba charlando con la noticia de que "se corría la bola" de que los cadetes de cuarto año iban a egresar como subtenientes para ser movilizados.

"Ya no saben qué inventar", pensé. Los rumores eran parte de la vida del Colegio Militar. "Se sale franco por tal o cual cosa el jueves" o "si se muere un cadete se sale franco" eran cosa común. De hecho, en la oportunidad en que un cadete murió como consecuencia de la explosión de una granada de fusil en 1981 no sólo no salimos franco, sino que el fin de semana estuvimos afectados a los correspondientes y merecidos honores y servicios. Así que para mí esto no constituía nada más que el resultado de la imaginación del cadete.

Mediodía: con Gustavo Campellone, un compañero, llevamos a un curso de primer año a dar la vuelta al Colegio Militar. Animamos el trote con cantos alusivos a los ingleses. Cuando terminamos, los formamos en círculo para continuar con otros ejercicios físicos. Desde la ventana del hall de la mesa de arena de la tercera compañía de Infantería, a la que pertenecíamos, un compañero nos grita: "suban ya que hay una reunión con el jefe de Subunidad". Le contestamos que no podíamos porque estábamos a cargo de los cadetes. Casi inmediatamente vuelve a asomarse y con un tono que no admitía dudas nos dice: ¡Vengan ya! Subimos las escaleras corriendo. Apenas llegamos, se hace presente el capitán Estévez quien nos comunica que al día siguiente egresaríamos como subtenientes "en comisión". Después nos habla de los deberes y las responsabilidades que deberemos afrontar como oficiales. Hoy día creo que trató de resumirnos toda su experiencia en esa charla, como así también que la esencia de su mensaje nos llegó a lo más profundo.

Las actividades siguientes se suceden con la rapidez de las imágenes vistas por la ventanilla de un subterráneo. Retirar equipo, uniformes, llenar papeles, etc. Tomo real conciencia del momento que estoy vi-

viendo cuando recibo mi pistola Browning 9 mm.

Nos informan las unidades a las cuales hemos sido destinados. Junto con siete compañeros me toca el Regimiento de Infantería 4. Mi mejor amigo, José Luis Ruiz, me felicita porque escuchó que el 4 es una de las unidades que va para Malvinas. De hecho, por lo que supe después, no era así en un principio, pero a partir de aquel momento tuve siempre la certeza de que íbamos a las islas. José Luis había sido destinado al RI 25 que ya estaba en Malvinas así que estaríamos juntos también allí, como cuando habíamos sido cadetes de quinto año del Liceo Naval Militar en 1978 y en esa oportunidad habíamos sido movilizados al Batallón de Infantería de Marina 5 en Río Grande, Tierra del Fuego.

En un momento me quedo solo en el cuarto preparando el equipo y empiezo a soñar despierto. Desde muy chiquito lo único que quise ser fue ser soldado. Sin embargo, me pregunto, después de haber leído tanto sobre la guerra, si tendré el valor suficiente cuando llegue el combate de verdad. Tengo miedo de tener miedo. Una cosa parecida me había pasado unos meses antes cuando había hecho el curso de paracaidismo y me tranquilizo pensando que, si bien tuve un poco de temor, lo vencí naturalmente, sin darme cuenta. Entonces me imagino muriendo en combate después de haber realizado hazañas homéricas y en cómo reaccionarían mis seres queridos al saber de mi muerte.

O maduré de golpe o no tuve después más tiempo de pensar en mí. Lo cierto es que esos pensamientos no me asaltaron más.

Después de una sencilla ceremonia de egreso que tuvo lugar la tarde del 7 de abril, quedamos en libertad con la orden de presentarnos a las 6 de la mañana del día siguiente en la Escuela de Infantería en Campo de Mayo.

Al llegar a casa lo primero que guardo es el correaje completo M-67 norteamericano que me había comprado al igual que otros cadetes para usar aunque arriesgándome a ser observado, en lugar del anacrónico, incómodo y obsoleto correaje de cuero reglamentario que, junto a la funda de tela fina para la caramañola -que se rompía indefectiblemente por más que se la cosiera y remachara-, constituía con los portacargadores que tendían a golpear los testículos-, una verdadera pesadilla para los movimientos del infante cuando tiene que transportar todo su equipo y munición, granadas de mano y fusil incluidas.

Es ahora cuando se produce la segunda consecuencia personal de la guerra en mi vida.

Mi novia me dice: "Te vas a ir a la guerra y no nos casamos". Resulta que una vez, tiempo atrás, en charla de enamorados, ella me había planteado tal posibilidad, y a mí me había sonado a disparate tipo "¿Qué harías si te encontraras un millón de dólares? " o cosa por el estilo. Le contesté que si la oportunidad se presentase, antes de marchar al frente nos casaríamos.

Así es que rodeado como Custer en Little Big Horn, decididamente le pido los anillos a papá (mi madre había muerto cuan-

"El lunes 6 de abril, en uno de los últimos recreos, se acercó un compañero y nos dio la noticia. Se corría la bola de que egresaríamos para ser movilizados..."

do yo tenía 15 años y mi padre se había vuelto a casar) y le propongo a Martita reemplazar el casamiento por el compromiso.

Serían alrededor de las diez de la noche cuando fuimos a la parroquia más cercana, Nuestra Señora de la Paz en Olivos, y le pedimos al sacerdote, que había sido capellán de la Fuerza Aérea, que nos comprometiera.

Fue aquel un momento tan grave, tan cargado de profundidad y amor, solos en la iglesia, en presencia de Dios y ante la posibilidad de quizá no vernos más.

Ocho de abril. Se reúnen en la Escuela de Infantería los cuadros del arma que son movilizados o redistribuidos. Para el Regimiento de Infantería 4, un jefe y oficiales de la Escuela misma, de las Escuelas de Guerra, Técnica, de Inteligencia y del CMN, algunos suboficiales superiores, un grupo numeroso de cabos "en comisión", egresados el día anterior y nosotros, que como estos últimos seremos identificados a partir de ese momento como los de la promoción "Thatcher" (aunque, anécdota de por medio, la promoción 113 lleva el honroso nombre de "Islas Malvinas").

Permanecemos hasta la mañana siguiente en la escuela. Hay tanto personal que dormimos en el suelo de las aulas, pasillos, etc.

En micros somos transportados a Monte Caseros. En el regimiento, actividad febril. Unos cien vehículos se encuentran perfectamente alineados en la Plaza de Armas. Dos de mis compañeros, los subtenientes Torán y Marcos Martínez, son destinados a la compañía Servicios. El primero me mira con expresión entre abrumada y desesperada y me dice algo así como "de esto yo no sé nada". Sin embargo, el desempeño de ambos resultaría sobresaliente.

Los subtenientes Jiménez Corvalán y Francisco Martínez pasan a revistar respectivamente a las compañías B y A.

Pérez Grandi, Mosquera y yo somos destinados a la compañía de Infantería C "Yatay". Se trata de la subunidad a movilizar por lo que hay que recibir a los soldados y organizarlo todo. La masa de la tropa que recibimos es de la clase recién incorporada

que no ha completado su instrucción básica. Sólamente los apuntadores de ametralladora y lanzacohetes, al igual que los radioperadores, pertenecen a la clase anterior.

Me hago cargo de la tercera sección de tiradores secundado por un excelente sargento primero, Valdez y por cuatro jefes de grupo, todos "en comisión" como yo.

Sin saberlo me veo librado de las bromas pesadas que los oficiales habían preparado en el casino para nuestra "recepción" porque le pido permiso a mi jefe de compañía para dar instrucción a los cuadros después de terminadas las actividades.

En la semana que permanecemos en Monte Caseros doy instrucción todas las noches, ¡hay tanto que hacer! Mi encargado de sección, con mucho tacto, me hace ver que debo ser más paciente con los cabos y con la tropa.

El primer choque lo tengo con un suboficial mayor, encargado de Arsenales de la unidad, que nos entrega armamento. Yo no quiero recibir efectos que cumplan con limitaciones su servicio. El me explica que lo que importa es el "cargo" y desliza un comentario sobre mi inexperiencia. Le contesto que seré muy inexperto en muchas cosas, pero que para otras fui bien instruido en el Colegio Militar, además nos vamos a la guerra y no a un desfile, por lo que el cargo por el cargo mismo me importa un bledo.

Quizás porque dormimos en la enfermería me agarro una infección en los ojos que duele muchísimo.

Dejamos Monte Caseros en tren hasta alcanzar Paraná. La columna motorizada había partido unos días antes y llegará rodando hasta Río Gallegos.

De Paraná en avión hasta Comodoro Rivadavia, donde permanecemos unos días. Allí nos encontramos con varios compañe-

Uno de los Hércules C-130 de la Fuerza Aérea. El puente aéreo a las islas...

ros que revistan en las unidades que se encuentran reunidas en ese lugar.

Llega la orden de dirigirse a Malvinas. Gran excitación. Aprovechamos para hacer ejercicios de defensa en los alrededores del Regimiento de Infantería 8. Sin embargo, no tenemos oportunidad de comprobar el estado del armamento, cosa que me preocupa mucho. Posteriormente terminé realizando esa tarea en el monte Challenger en Malvinas, lo que dio un susto bárbaro al escalón de retaguardia del Regimiento de Infantría 12 que ocupaba la base de ese cerro.

Nos transportan en avión a Río Gallegos y, al día siguiente, 27 de abril, llegamos a las islas.

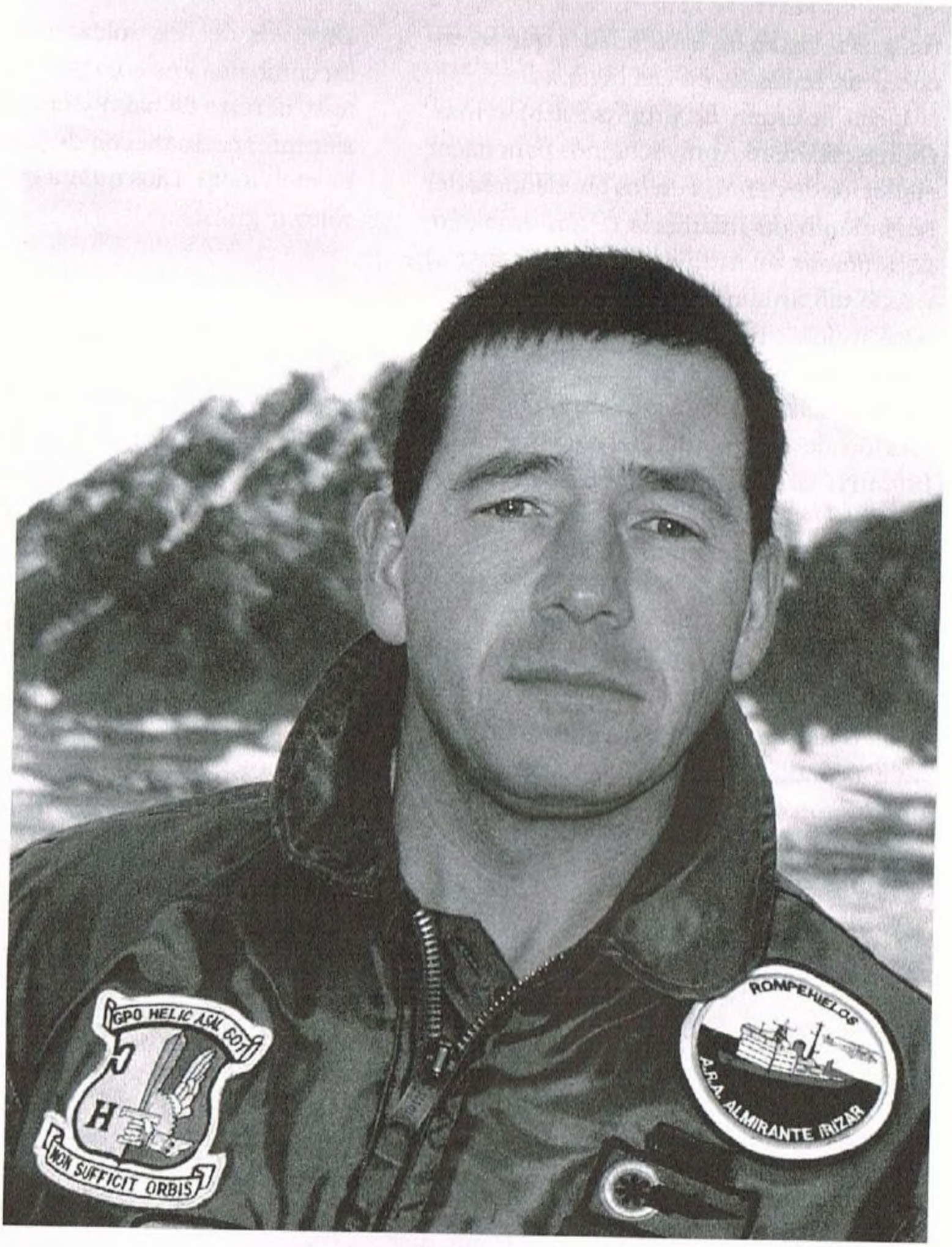
Habían pasado nada más que veinte días desde que mi mayor preocupación cambiara de tratar de no quedarme dormido en el aula a conducir hombres en combate. Días que fueron vividos con una intesidad muy particular y que, por lo tanto, parecen representar en los sentidos un período mucho más extenso del real. Fueron días donde se entremezclaron entusiasmo, patriotismo, inseguridad, angustia, responsabilidad, excitación, dudas y acercamiento a Dios.

Después vinieron la vida y las operaciones en Malvinas.

De los seis subtenientes en comisión que pasamos a la isla, tres resultaron heridos: Jimenez al pisar una mina al frente de su sección, Mosquera y Pérez Grandi en los combates por el Dos Hermanas, éste último muy gravemente.

Yo tuve la suerte de volver sin lesiones. Dieciseis de mis soldados fueron heridos en combate (uno solo por esquirla de mortero, el resto de bala) y cinco cayeron para siempre; permanecen de guardia en la turba malvinera. Dios quiera que los podamos relevar pronto.

El mayor Marcelo Llambías Pravaz (38) es hoy jefe de la División Entrenamiento de Conjunto del CAECOPAZ. Efectivamente, cuando volvió de la guerra cumplió su palabra y se casó con Martita. Ambos tienen hoy dos hijos, Marcelo de 9 y Francisco de 6.
Entre otros destinos después de Malvinas, Llambías Pravaz estuvo con la Compañía de Ingenieros 2 en Kuwait (UNIKOM) y fue segundo jefe del Equipo de Combate Argentino (1996) en Eslavonia Oriental.
Actualmente, también integra el Estado Mayor de la SHIRBRIG, la brigada multinacional de despliegue rápido que, creada bajo bandera de Naciones Unidas, tiene asiento en Dinamarca.


GPO HELIC ASW 601
H
NON SUFFICIT ORBIS
ROMPEHIELOS
A.R.A. ALMIRANTE IRIZAR

El esfuerzo de la aviación de Ejército

Por el suboficial principal
Daniel Horacio Marchi

Marchi era un joven mecánico de aviación cuando cruzó a las Malvinas a bordo de uno de los dos grandes helicópteros de transporte CH-47C Chinook del Ejército desplegados en el teatro de operaciones. El suyo era el AE-520 y el cruce sobre el mar lo concretaron el 18 de abril, junto con su similar el AE-521 y un Puma, el AE-505, todos del mismo Batallón de Aviación de Combate 601. Hoy, hecha la digestión de la experiencia de guerra, Marchi pone en su relato detalles de lo actuado por su batallón.

La Aviación del Ejército Argentino tuvo una participación preponderante en todas las acciones llevadas a cabo en el Teatro de Operaciones del Atlántico Sur (TOAS).

La aviación, con sus medios orgánicos, formada con las siguientes unidades:

- Batallón de Aviación de Combate 601, integrado por helicópteros de asalto, observación, reconocimiento y transporte de carga, exploración y ataque.
- Compañía de Aviación y Apoyo General 601, integrada por sus aviones de carga los Fiat G-222 similares a aviones Hércules TC-130, de procedencia italiana, encargados de proveer suministros al TOAS.
- Compañía de Abastecimiento y Mantenimiento de Aeronaves 601, responsable de efectuar el soporte técnico.

En conjunto, estas unidades realizaron operaciones de combate, entre las que se destacaron el asalto aéreo, operaciones con tropas especiales, como así también, se cumplieron misiones de transporte de tropas y suministros, evacuaciones sanitarias, rescate de pilotos y náufragos, etc.

Es necesario recordar que la mayor parte de estas misiones se ejecutó en condiciones marginales, de acuerdo a la meteorología adversa a esa región insular, volando de día y de noche, con fuertes vientos o lluvias, empleando el procedimiento de vuelo a baja altura, recomendado por la experiencia bélica, para no ser detectados por los radares del enemigo.

Por todo ello, se debe destacar la abnegación y espíritu de sacrificio de las tripulaciones que desempeñaron sus tareas con verdadera vocación de servicio, destacándose por su valentía, que fue reconocida por los propios ingleses.

Relato de los hechos

En 1982, prestaba servicios en el Batallón de Aviación de Combate 601, destinado con el grado de sargento, en la Compañía de Helicópteros de Asalto A, bajo las órdenes del teniente primero Enrique Argentino Magnaghi, en ese momento jefe de Compañía. La misma estaba formada por helicópteros bimotores Puma, de fabricación francesa, diseñados para transporte y carga, con una capacidad de veintitrés pasajeros y los Chinook CH-47C, helicópteros de carga de gran porte de fabricación estadounidense.

Compartíamos el mismo hangar con la Compañía de Helicópteros de Asalto B, integrada por helicópteros monomotores Bell UH-1H, al mando del capitán Rodolfo Svendsen.

Mi actividad en el batallón consistía en desempeñarme como mecánico de los helicópteros Chinook en ese momento recientemente incorporados a la fuerza. Para ello, había sido designado en 1979 para realizar el curso y posteriormente ir a buscar las aeronaves a Estados Unidos, por lo que estos helicópteros representaban para mí algo muy especial.

El 2 de abril tomamos conocimiento a través de los medios de comunicación de la recuperación de las islas Malvinas, lo que provocó en todos nosotros una gran euforia y un sentimiento de alegría como

argentinos e integrantes de nuestro querido Ejército.

Como consecuencia de estos sucesos, entre el 6 y 7 de abril partieron con destino a las Islas Malvinas los primeros Bell UH-1H al mando del capitán Rodolfo Svendsen.

Fuimos designados junto con el sargento Alfredo Romero como mecánicos en el helicóptero Chinook AE-520. Despegamos el 12 de abril con destino a la ciudad de Río Gallegos, para luego efectuar el cruce a Puerto Argentino en un vuelo a cargo del comandante de la aeronave, capitán Antonio Dacosta Silva y su copiloto, capitán Pedro Angel Obregón.

El cruce a Malvinas se efectuó el 18 de abril, siendo acompañados por el AE-521 Chinook y AE-505 Puma. El vuelo resultó tranquilo a pesar del temor que infundía cruzar esa franja de mar que nos separaba de las islas, teniendo solamente el apoyo radioeléctrico de un Hércules TC-130 de la Fuerza Aérea Argentina.

Había que llegar o llegar. A pesar de la tensión del vuelo o tal vez por haber llegado, sentí una profunda emoción al pisar suelo malvinense. Todos los recuerdos de las enseñanzas de la niñez vinieron a mi memoria en el momento de divisarlas a través de las ventanillas. Lloré sin ninguna vergüenza.

Los primeros días, operábamos desde Moody Brook, el lugar que habría sido el cuartel de los Royal Marines. Realizába-

mos vuelos de reconocimiento y transporte de víveres y tropas, siempre y cuando la meteorología lo permitiera, teniendo en cuenta el clima reinante en las islas, con días nubosos, de escasa visibilidad.

El 1º de mayo fue nuestro bautismo de fuego. Comenzó en la madrugada, cuando aviones Vulcan bombardearon desde gran altura las inmediaciones del aeropuerto. Nos encontrábamos aterrizados con el resto de las tripulaciones muy cerca de allí, por lo que podíamos apreciar los resplandores. Ya en el amanecer el ataque fue de los aviones Harrier de la Marina Real. En el primer momento hubo un gran desconcierto pero luego comenzó una respuesta eficaz de la artillería de defensa aérea y aparecieron en escena aviones de la Fuerza Aérea. Sentí mucho temor pero mi gran fe en Dios me fortaleció. Ante el ataque inglés y para una mayor seguridad nos ordenaron trasladarnos a las inmediaciones del monte Kent.

Fechas que quedaron grabadas en mi memoria y nunca las olvidaré fueron el 9 de mayo, un día muy triste para la Aviación de Ejército. Desapareció la tripulación del helicóptero AE 505 - Puma, compuesta por: los tenientes primero Roberto Mario Fiorito, Juan Carlos Buschiazzo y el sargento mecánico de aviación Raúl Horacio Dimotta. La misión de esta tripulación fue la de rescatar a los tripulantes del pesquero "Narwal" que había sido atacado con misiles desde la flota, según nos enteramos con los años. El helicóptero había despegado sin cobertura aérea, siendo interceptado por la fragata "Coventry" que se encontraba en las inmediaciones y sin saber que ésta cumplía una misión sanitaria, disparó un misil Sea Dart sobre ella, desapareciendo sus restos en el mar. Entonces no lo sabíamos, y durante interminables horas los esperamos atentos a las frecuencias de emergencias de las radios.

La tripulación ofrendó su vida en cumplimiento de la misión, demostrando arrojo y entereza, como saben hacerlo los miembros de la Aviación de Ejército. Allí murieron tres queridos camaradas, a quienes hoy recuerdo como la última vez que los vi.

Otra fecha es el 21 de mayo. Aproximadamente a las 8.30 de la mañana fuimos sorprendidos por el ataque de dos aviones Sea Harrier. Me encontraba muy cerca del helicóptero Chinook AE-521 para realizar tareas en el mismo, cuando pude observar que uno de los aviones disparaba una bomba Clauster sobre la transmisión trasera del helicóptero, que comenzó a incendiarse inmediatamente. Sólo pude hacer cuerpo a tierra y sentí una gran impoten-

cia y temor al ver que mi querido helicóptero se perdía tras las llamas del fuego enemigo junto con todos mis recuerdos. Lamenté no tener un misil portátil para poder defenderme. Se formó una cortina de humo que permitió que pudiésemos alejarnos y protegernos. Al mismo tiempo el otro avión disparaba con sus cañones de 30 mm sobre el rotor de un Bell UH-1H que estaba despegando, al mando del teniente Horacio Sánchez Mariño. A pesar de todo, esta tripulación pudo aterrizar y ponerse a salvo, junto a la patrulla que transportaba. Tuvieron mucha suerte. Luego del ataque, el teniente sacó a todos de la zona, caminando entre bombas Beluga. También fue destruido un helicóptero Puma. A pesar de la pérdida del material no hubo que lamentar víctimas. Sin embargo, ese fue un día negro para nuestra aviación.

El 28 de mayo fui asignado a la tripulación del AE-413, helicóptero UH-1H que se dirigía a Darwin juntamente con otros helicópteros en una gran operación aeromóvil para reforzar las tropas en esa zona. En vuelo fuimos sorprendidos por la presencia de un avión que se dirigía en sentido contrario al nuestro. Creció la incertidumbre en las tripulaciones por el temor a que Fuera un avión Harrier. Al divisar la silueta descubrimos que era un Pucará de la fuerza Aérea Argentina que venía en emergencia luego de realizar un ataque a la tropa inglesa.

Al acercarnos a las inmediaciones de Darwin y divisar el ataque enemigo, dejamos a los refuerzos de la compañía C del RI 25 a órdenes del teniente primero Esteban, entre 1.000 y 1.500 metros de la línea de fuego. El caos era total, con fuegos de artillería, morteros, humo y mucho desconcierto. Posteriormente tomamos conocimiento de que Darwin estaba cayendo en manos de las tropas inglesas. A la tarde hicimos otra operación similar, llevando refuerzos del RI 12 de Infantería, con el agravante de la oscuridad de la noche durante el regreso. Realmente sentí que si no nos derribaban allí, no caeríamos más.

Ya con la caída de Darwin en manos inglesas, nos replegamos a Puerto Argentino. Las misiones de vuelo eran cada día más peligrosas debido a la superioridad aérea británica y a la ausencia de cobertura aérea. Volábamos jugándonos la vida a cada instante. Esos días no se me borrarán jamás.

El 16 de junio se realizó el último vuelo de helicópteros de Ejército en las islas.

Conclusiones y reflexiones

Durante la rendición nos concentraron en Puerto Argentino. Sentí una gran congoja y decepción al tomar conciencia de que habíamos perdido la batalla. Volvimos al continente en la clandestinidad. Me sentí muy mal por ello. Mucho me costó aceptar que no habíamos hecho nada malo, simplemente pelear una guerra.

Hoy siento orgullo, a pesar de todo, por la Aviación de Ejército, que no le envidió en valentía a nadie, que se prodigó en bien de los camaradas, entregando la vida de

sus mejores hombres para recuperar las Islas Malvinas.

A pesar de que comprendo que hoy la recuperación de la soberanía debe lograrse por la vía diplomática, nadie podrá quitarme el orgullo de haber peleado en defensa de la Patria.

En el presente no guardo rencor, el tiempo cicatrizó mis heridas. Sólo quedan recuerdos que los comparto con mi familia y mi querido hijo Martín, que siente orgullo por su padre. Mi mayor anhelo será volver a pisar ese querido suelo malvinense y rendir tributo a todos los que ofrendaron sus vidas y que hoy descansan en paz.

Deseo que estas vivencias les lleguen también a aquellos que estuvieron presentes a través de las "cartas a un soldado" que nos llegaban entonces por el correo. Fueron esos sentimientos de hombres, mujeres y niños, los que me dieron fortaleza para seguir luchando.

Nadie me sacará este orgullo de ser helicopterista, de pertenecer a la Aviación, de ser un hombre del Ejército Argentino.

Helicóptero Bell UH 1-H, una de las máquinas mas serviciales de la Aviación de Ejército en Malvinas. Se lo empleó para misiones de rescate, transporte de patrullas de comandos y para casi toda tarea que surgiera.

Hoy, 17 años después de los hechos que ha relatado, Daniel Horacio Marchi es suboficial principal y se desempeña en el Grupo de Helicópteros de Asalto 601, con asiento en Campo de Mayo.
De sus experiencias profesionales que incluyen, entre otras, misiones en la Antártida, se nutre su foja de servicios.

¿Para qué sirve la guerra?

Por el ex soldado conscripto clase 62
Francisco Javier Montenegro

El ex soldado Montenegro era conscripto del histórico Regimiento de Infantería 1 "Patricios" cuando aprendió en el terreno algunas de las respuestas a la pregunta del título. Sostiene que en esa situación límite los hombres no pueden ocultar la verdadera medida de sí mismos. Hoy, afirma que no le han quedado resentimientos sino experiencia. "No somos los pobrecitos que peleamos en Malvinas -afirma-. Somos los soldados que cumplimos con el juramento a la Bandera".

"Si para algo sirve la guerra es para saber quién es cada uno. Los hombres se forjan de acuerdo con la situación que les toca vivir", dice con serena concentración Francisco Javier Montenegro, soldado clase 62 del Regimiento de Infantería 1 "Patricios" al hacer un balance de su experiencia en Malvinas que desarrolla de manera pausada y firme, como producto de intensas reflexiones sobre esa experiencia única que le tocó vivir.

Montenegro, apuntador de FAL (Fusil Automático Liviano) en la compañía "Malvinas" de su unidad (tenía el quinto puesto entre los mejores tiradores del regimiento, recuerda con orgullo) llegó a las islas el martes 13 de abril de 1982, tras un vuelo desde El Palomar con escala en Río Grande para formar parte del despliegue entre Puerto Argentino y el aeropuerto de las islas.

"Al principio lo más duro fue la incertidumbre, hasta que se definen las cosas, pero esto se racionaliza mucho después", dice Montenegro.

Sus recuerdos se encuentran focalizados en las pruebas a que se somete el hombre y su carácter durante la experiencia bélica, los estados de ánimo, el esfuerzo para superar el temor a la muerte y cumplir con su deber.

"Cuando suena el primer tiro se acabaron los nenes de mamá -dice- pero oí a muchos soldados gritar "mamá'" y disparar como locos contra el enemigo.

"Porque -explica- cuando se viven situaciones límite desaparecen las rutinas, es cuando uno se da cuenta de que no es un "soldadito", sino un soldado en combate. Sentir temor es inevitable, pero hubo gente que lo superó a fuerza de voluntad".

Como combatiente, Montenegro estuvo en el sector asignado al RI 1 y cumplió numerosas misiones de patrullaje, en muchas de las cuales se produjeron intercambios de disparos "creemos que con efectivos británicos del Special Air Service (SAS), las fuerzas especiales que continuamente trataban de infiltrarse tras nuestras líneas".

Herido por un disparo accidental de su fusil FAL, Montengro fue repatriado al continente en el *Bahía Paraíso* y su fractura expuesta de tibia y peroné le significó un año de internación en el Hospital Militar Central.

"Todo esto me dio mucho tiempo para reflexionar sobre la guerra y el papel que cumplimos en ella. Y la convivencia con los otros heridos fue una experiencia invalorable cuyos efectos aún perduran".

"No te tiene que quedar el resentimiento de la guerra perdida, sino el recuerdo de la experiencia vivida. Sentíamos que estábamos jugados y esto es hoy compartido por muchos veteranos".

"Por supuesto que el aprovisionamiento era deficiente, por una razón muy sencilla, era el aprovisionamiento en condiciones de guerra, el terreno no permitía el desplazamiento de un jeep remolcando una cocina de campaña, sin hablar del continuo acecho del enemigo...No hay guerra en la que el soldado no haya pasado hambre y frío, eso es parte del nego-

cio", manifiesta filosóficamente Montenegro.

"Por otra parte los británicos -profesionales y todo- también sufrieron mucho y ellos mismos lo reconocieron cuando manifestaron que Malvinas "no fue un picnic", recuerda el veterano.

La intensidad de sus conceptos adquiere una nueva dimensión cuando se refiere a la posguerra y lo que tuvieron que enfrentar los que regresaron. Enfoca el tema con una definición tajante: "No somos los pobrecitos que estuvimos en Malvinas, somos los soldados que cumplimos el juramento a la bandera".

Sin amargura, siempre sereno, rememora el clima que vivieron los veteranos después del conflicto frente a una sociedad sólo dedicada a "desmalvinizar" y a condenar todos los aspectos de la guerra, sin discriminación. "Dejamos de ser la Patria enfrentada con el enemigo, 1983 fue terrible y peor aún 1986, año en el que se registró prácticamente el suicidio de un veterano por mes".

Montenegro, que alterna sus funciones como administrativo en el Colegio de Escribanos de la Capital Federal con una intensa actividad en los centros de veteranos, bucea hondo en ese tema.

"La fatiga de combate -dice- forma parte de las fotos de la memoria de la experiencia de guerra que uno conserva para siempre. Llevado al extremo produce estados de ánimo y críticas tensiones de orden mental".

"Durante y después de la guerra se ve la muerte como una manera de dejar de sufrir. Algunos la buscan por su propia mano, otros provocando situaciones que desembocan en ella".

Pero también hace una reflexión: "No ha habido en la Argentina ningún caso de veteranos de guerra que transformen esa angustia en agresión contra la sociedad u otras personas como ha sucedido en algunos países".

"Los profesionales con quienes hablé de este tema lo encuentran interesante, pero no lo consideran solucionable. Lo cierto es que el único alivio que se encuentra es la posibilidad de comunicarse con quienes han tenido la misma experiencia y por lo tanto los centros de veteranos son un elemento de contención".

"Tenemos contactos con ex-combatientes de todas las clases sociales y la fatiga de combate no hace distingos; si supera el límite de resistencia del individuo el desenlace es fatal", dice Montengro quien recuerda que 200 suicidios de excombatientes, sobre un total de 10 mil que participaron en la guerra constituye una tasa muy alta.

"Es duro cuando muere algún veterano que se encuentra sin trabajo, pero mucho más cuando ponen fin a su vida quienes tienen familia y una profesión de la cual vivir".

"Lo que sucede en muchos casos es que quienes participaron en la guerra se creyeron como semidioses después de lo que habian vivido, pero cuando se encontraron con la indiferencia de la sociedad no lo pudieron soportar".

Este ex-soldado del RI 1 dedica ahora sus

mejores esfuerzos a un Centro de Heridos, quienes se reunen periódicamente y están en busca de una sede permanente.

"Calculamos que en todo el país hay más de mil heridos de guerra y queremos mantener contactos permanentes", señala.

Pero Montenegro también tiene motivos de honda satisfacción: "en un país cuya juventud busca ansiosamente referentes, multiplicamos nuestras charlas y conferencias en colegios y universidades. Nos acompañamos con proyecciones e ilustraciones de nuestro paso por Malvinas, le damos un valor histórico a las cosas".

"No hacemos la apología de la guerra, simplemente exaltamos los valores nacionales y se nos encoge el corazón cuando recordamos a los que murieron gritando "Viva la Patria" y tenemos muy presente que los únicos héroes son los que quedaron allá", concluye.

Francisco Javier Montenegro nació el 6 de abril de 1962. En la Guerra de Malvinas fue soldado conscripto, destinado en la Compañía "Malvinas" del RI 1 Patricios.
Está casado y tiene tres hijos: Ana Laura, Hernán Javier y Solana Belén.

El ex soldado Montenegro concluyó su relato expresando: "No hacemos la apología de la guerra, simplemente exaltamos los valores nacionales y se nos encoge el corazón cuando recordamos a los que murieron gritando "Viva la Patria" y tenemos muy presente que los únicos héroes son los que quedaron allá"

MAYORE
EJERCITO

Disparando el "gran Berta"

Por el coronel
Julio César Navone

Una visión propia del combate de la artillería en Malvinas nos da el relato de este jefe que, con el grado de teniente primero, estuvo al frente de una batería del GA 3. El hoy director de la Escuela de Artillería "Grl Eduardo Lonardi", de Paso de los Libres, Corrientes, narra lo ocurrido a partir del 14 de mayo, cuando pudieron disponer del primer cañón de 155 mm. al que por la potencia y el alcance nuestros artilleros apodaron "gran Berta", en alusión a aquellas gigantescas bocas de fuego que se hicieron famosas en la Primera Guerra Mundial. No es que este cañón se acercara a aquellos monstruos históricos, pero cada vez que abría fuego, los ingleses lo notaban. Veamos.

En mi vida de soldado tuve el privilegio no sólo de estudiar el arte de la guerra sino la experiencia de haberla vivido.

La guerra, ese fenómeno político y social que desborda la razón, dejó en mí valiosas enseñanzas, pero también profundas heridas en mis sentimientos.

Es por ello que ahora, pese a que han pasado más de diecisiete años desde la histórica recuperación de las islas Malvinas y cuando el juicio racional todavía no puede desprenderse de los apasionamientos, de visiones subjetivas y no pocos intereses, resulta necesaria una profunda reflexión para, sin suprimir las diferencias de opinión, podamos evaluar correctamente y en su integridad la grandeza de esta gesta.

Intentaré entonces, hoy, con algunas canas sobre mis sienes, con las jinetas de coronel sobre mis hombros, habiendo conformado una hermosa familia con mi amada esposa y mis cinco hijos, llevar mi recuerdo, con humildad, con sencillez, pero con una emoción que se mantiene incólume pese al paso de los años, a los dificiles días de ese otoño de 1982 que, a no dudarlo, han marcado profundamente el devenir de mi vida.

La partida

Cuando se parte para la guerra, el soldado experimenta un sentimiento ambiguo. Por un lado, el dolor de alejarse de sus seres queridos, y por el otro, una fuerza incontenible le brota del fondo del corazón diciéndole que ha llegado el momento para el cual se preparó toda una vida.

El 9 de abril de 1982 marchamos a pie hasta la estación Paso de los Libres del Ferrocarril Grl Urquiza. Todo el pueblo estaba en la calle, nos abrazaban, nos aplaudían, el corazón parecía que me iba a estallar de tanta emoción.

Estaba el pueblo en la calle dándonos el adiós, transmitiéndonos su calor y afecto; sólo faltó que alguien del Comando de Brigada del cual dependíamos hubiera estado junto a nosotros, por lo menos para acercarnos una palabra de aliento.

En Martín Coronado hicimos el traslado al Ferrocarril Grl Roca y al llegar a la estación de Olavarría pude ver nuevamente a mi mujer y a mis hijos, quienes desde el andén, con una pequeña banderita argentina entre sus manos, observaban silenciosamente el paso del convoy.

El tren siguió su marcha y, luego de más de sesenta horas de viaje, el 12 de abril arribamos a la estación de Ingeniero White.

En esa localidad se reestructuró la organización de nuestra unidad, el Grupo de Artillería 3, designándose para su traslado a la zona de operaciones, en principio, algo menos del 50 por ciento de los efectivos que habíamos partido desde Paso de los Libres. Esto fue originado por limitaciones en los medios de transporte aéreos que debían llevarnos a las islas. Estaba previsto que en un segundo oleaje nos completarían los restantes efectivos.

El 13 de abril a las dos y media de la madrugada, la batería de tiro "B", que se encontraba a mi mando embarcó en un

avión Hércules de la Fuerza Aérea, viajando también en este primer vuelo nuestro jefe, el entonces teniente coronel Martín Antonio Balza.

Al tocar suelo malvinense una fuerte emoción embriagó mis sentimientos, me arrodillé y besé ese querido suelo que había aprendido a amar en mi lejana infancia a través de los relatos de quienes entonces fueron mis entrañables maestros de la escuela primaria. Al promediar la tarde ya nos encontrábamos en posición, listos para cumplir con nuestra misión. Habían transcurrido menos de cinco días desde el abandono de la guarnición de paz, en suelo correntino.

Nuestros camaradas que habían quedado en el continente nunca pudieron cruzar a las Malvinas, así fue que tuvimos que duplicar nuestros esfuerzos en especial durante los cuarenta y cuatro días que duraron las operaciones.

Los días posteriores a nuestra llegada hasta el día del inicio de las operaciones constituyeron una tensa e interminable vigilia. Fue en ese terreno hostil, frío y desolado donde aguardamos con serena prudencia la hora decisiva.

Había que tener entereza y paciencia, no había otra alternativa que esperar. El problema radicaba en cómo hacerlo. Y creo que el Grupo de Artillería 3 supo muy bien cómo aprovechar esta espera, en especial construyendo y perfeccionando los refugios para el personal, los cañones y la munición que llegaron en algunos casos a constituir verdaderas "madrigueras" que, a posteriori, salvarían muchas vidas.

Además se realizó instrucción de todos los subsistemas que conforman el sistema de armas de Artillería de Campaña (servicio de pieza, observación y dirección de tiro, comunicaciones, etc), llegando a realizar con los cañones tiros de registro para verificar la puntería.

Se reconocieron también posiciones de cambio (que son las que deben ser ocupadas cuando la principal se vuelve insostenible por la acción del enemigo) y suplementarias (que son las que se emplean para batir blancos que no pueden ser atacados desde la posición principal) y se realizaron enlaces y coordinaciones con todas las unidades vecinas.

La tensa vigilia se quebró en la madrugada del 1° de mayo cuando dos aviones Vulcan atacaron el aeropuerto de Puerto Argentino pretendiendo cortar la pista de aterrizaje. Nunca lo lograron. En esa fría y húmeda noche de otoño la guerra había comenzado.

El bautismo de fuego

Pese a tener conocimiento de que la Task Force británica se encontraba próxima a las costas de Puerto Argentino en condiciones de comenzar las hostilidades, el gris atardecer del 27 de abril parecía el preludio de una noche tranquila. Pero eso fue sólo una simple presunción. Aproximadamente a las 20 horas un radar Rasit del regimiento de Infantería 3 detecta ecos en el mar al sur de nuestras posiciones. Parecía ser que desde una nave principal estaban lanzando lanchones de desembar-

co. Rápidamente se da el alerta al subteniente Capanegra, que se desempeñaba como observador adelantado con la compañía B, quien nos ratifica lo que le habíamos transmitido. Con escasa información, con extremas dificultades para localizar los blancos, comenzamos a cumplir misiones de fuego sobre los "ecos" que se detectaban en la pantalla del radar. De esta manera, esa noche los cañones de la batería de tiro "B" fueron los primeros que tronaron en las islas Malvinas, recibiendo de esta manera su bautismo de fuego. Habían pasado más de cien años desde que nuestra artillería no entraba en combate contra un invasor extranjero.

Todo el cielo parecía derrumbarse con las explosiones, en toda la isla se oía el hondo retumbar de nuestros cañones y sus relámpagos parecían iluminar el espíritu de quienes, abnegadamente, permanecían espectantes en sus trincheras.

A la madrugada, los lanchones se perdieron en la inmensidad del mar luego de haber soportado sobre ellos más de 160 proyectiles de 105 mm.

Desde la apertura del fuego se encontraba en mi puesto de comando el jefe de nuestra unidad, quien supervisaba personalmente la ejecución de las actividades.

A medianoche arribó también a ese lugar el comandante de la Agrupación de Ejército "Puerto Argentino", quien permaneció junto a nosotros hasta la finalización de la misión. No obstante, por los comentarios que hacía, parecía no entender que la misión de la Artillería es "batir por el fuego una extensa zona tanto en frente como en profundidad". Creo que él esperaba encontrar en la costa los lanchones perforados como si se les hubiera tirado desde 150 metros con un fusil y no desde 7 ú 8 kilómetros como realmente hicimos. Era preocupante para nosotros llegar a dudar de que quien nos mandaba no supiera cómo emplearnos.

Posteriormente se ratificó que había sido un intento de desembarco de tropas comando que fue abortado por los fuegos de la batería de tiro "B". La misión había sido cumplida.

La llegada del gran Berta

Los primeros días de mayo el enemigo buscó hostigar, perturbar y desgastar a la defensa argentina mediante dos tipos de acciones: bombardeo aéreo y cañoneo naval.

Contra los aviones británicos precisa y eficiente fue nuestra Artillería de Defensa Aérea, prueba de ello son los 14 aviones derribados en combate.

Quedaba entonces dilucidar cómo afectar a las fragatas que noche a noche, posicionadas al sur de Puerto Argentino, aproximadamente a 15 kilómetros de la costa, batían impunemente nuestras posiciones.

Nuestro jefe propuso entonces al comandante de la Agrupación Ejército "Puerto Argentino" pedir al continente la asignación de cañones Citer de 155 mm de fabricación nacional, de 20 kilómetros de alcance, para poder intentar con sus fuegos neutralizar a los navíos británicos.

El 14 de mayo de 1982 fue un día frío,

ventoso, gris, con copiosas lloviznas. Pero fue también un día de regocijo general, al recibir el primer cañón de 155 mm, que a partir de ese momento fue bautizado humorísticamente como el "gran Berta", en evocación de aquel famoso cañón alemán empleado en la Primera Guerra Mundial.

De inmediato se iniciaron detalladamente los reconocimientos para su emplazamiento. No fue una tarea sencilla ya que este cañón por su gran peso (8.500 km) y la poca consistencia que presentaba el terreno obligó a recurrir a una retroexcavadora y a planchas de aluminio para lograr la sustentación y la firmeza del suelo necesaria para el tiro.

En días sucesivos se recibieron otros dos cañones más, conformando la batería "D", que pasó a depender de nuestra unidad. Esas piezas de artillería venían provenientes del Grupo de Artillería 101, que tenía su asiento de paz en la ciudad de Junín, provincia de Buenos Aires.

Inicialmente a esos cañones se les asignó una misión no común en artillería: hostigar los buques enemigos. Su presencia y sus fuegos pusieron término a la impunidad con que las fragatas cañoneaban nuestras posiciones, pero sobre todo cumplieron un importante objetivo psicológico sobre la propia tropa que ya no se sentía tan desamparada.

Esos fuegos fueron ejecutados en su totalidad durante la noche, con el frío entumeciendo las manos y el viento cortajeando los rostros de esos estoicos artilleros que cumplieron más de quince misiones de fuego contra los buques, disparando sobre ellos más de ciento cincuenta proyectiles de 45 kilogramos de trotyl y acero cada uno.

Además de este tipo de misiones, la batería "D" estableció también verdaderos duelos de contrabatería contra la artillería británica y ejecutó fuegos de neutralización y hostigamiento a las mayores distancias incidiendo en la profundidad del campo de combate del enemigo.

Esa batería combatió desde el 14 de mayo hasta la noche del 13 al 14 de junio, en que sus piezas se silenciaron por haberse agotado su munición. No sufrió ninguna deserción durante el combate, alcanzando algunos de sus hombres un desempeño superlativo, transmitiendo el ejemplo de su accionar heroico a sus camaradas. Qué decir del soldado Wuldrich, que se arrojó con decisión sobre una estiba de pólvora que se estaba incendiando con peligro de explosión, para preservar la vida de sus camaradas, o del dragoneante López, que con decisión y valentía vació el cargador de su fusil sobre un avión Sea Harrier que, en vuelo rasante, atacó la posición. Qué decir de la entrega y sacrificio del teniente primero Daffuncchio, del subteniente Pérez, del suboficial principal Garnica, y de todos los artilleros que integraron la batería.

Numerosos escritos británicos rescatan y valoran con objetividad la tarea de la artillería en Malvinas. Entre ellos, el libro *Una cara de la moneda* que dice:

"Los cañones argentinos de 155 mm que estaban situados alrededor de Stanley, seguían causando estragos entre las posiciones britá-

nicas. Son unos cachorros endemoniadamente malos y desagradables. Te escupen un proyectil y te "estonquea" toda la zona" (1).

En segundo lugar, los conceptos expresados por el brigadier Julián Thompson, comandante de la Brigada 3 de Comandos Británicos, quien en su obra *No Picnic* al respecto dice:

"Los proyectiles de los cañones de 155 mm se distinguían de los proyectiles de los obuses de 105 mm y morteros de 120 mm por su fuerte tronar. Cuando tuviera lugar la siguiente fase, sería mejor, pues menos tiempo deberían mis hombres permanecer bajo el fuego de la artillería argentina" (2).

Finalmente, rescato la opinión de otro testigo presencial de la guerra, el periodista Charles Laurence, quien a fines del año 1982 escribió al respecto:

"Las tropas británicas enfrentaron a una dura artillería de 155 mm, que dejó tirados heridos y muertos, pertenecientes a las unidades de asalto" (3).

Algunas figuras olvidadas

Podría ahondar en mis recuerdos "artilleros" de la guerra. Contar, por ejemplo, cuándo y cómo disparamos los 17.000 proyectiles consumidos durante la batalla, o describir el esfuerzo sobrehumano que tuvimos que realizar para acarrear a brazo casi 500 toneladas de munición o profundizar algunos aspectos técnicos o tácticos de las 75 misiones de fuego cumplidas por la unidad, o del sacrificio que significó soportar el frío, el hambre y la incertidumbre del combate, con los efectivos reducidos a poco más de la mitad de lo que determinan los cuadros de organización.

Pero quisiera rescatar algunas virtudes de camaradas quizá olvidados. Algunos ya no están junto a nosotros pero su ejemplo seguirá vivo en mi memoria.

En primer lugar, el teniente 1ro Darío Furque. Llegó movilizado proveniente del Liceo Militar General Belgrano. Aunque poco recordaba de artillería, fue designado 2do jefe de la batería que se encontraba a mi cargo. Mi primera reacción fue negativa, se entrometía en la cadena de mando alguien a quien no conocía. Pero, con el correr de los días, con humildad, con generosidad, con hombría de bien, fue ganándose un lugar en la subunidad. Su ánimo siempre fue optimista, el respeto al subalterno fue su norma; su subordinación a mis órdenes, un ejemplo.

Se esforzó en los momentos libres por estudiar y llegó a manejar el Centro de Dirección de Tiro como el mejor, su sensibilidad para detectar los problemas lo llevó a

---

(1) The Sunday Times Insight Team - Una cara de la moneda- La guerra de Malvinas- Editorial Hyspamérica - Buenos Aires- 1983- Pág 377. En cuanto a la palabra "stonking" no es muy conocida, pero el comandante Chris Keeble la utilizaba muy a menudo cuando su regimiento, el 2 de Paracaidistas, avanzaba para tomar Wireless Ridge al norte de Puerto Argentino.

(2)Thompson Julian, No picnic, Leo Cooper UB Assicuatuib with Secker and Warburg, London, 1985, pág 165.

(3) Laurence Charles, corresponsal de guerra del "The Daily Telegraph".

ser como un "termostato" que permitió que en la batería todo funcionara armoniosamente. En los descansos hablaba a la primera línea para alentar a los sacrificados infantes, les pedía que no aflojaran, que estábamos junto a ellos para apoyarlos con nuestros fuegos. Quizá nunca exteriorizó todo el dolor y la angustia que llevaba adentro.

Al regreso de Malvinas, nunca más lo vi. Hoy quiero darle gracias. Hoy quiero decirle que siento ganas de abrazarlo como aquel 14 de junio, cuando juntos lloramos de impotencia ante tanta prepotencia.

También quiero recordar a mi oficial de batería, el subteniente Martín. Dormía sólo dos horas por noche y durante toda la campaña fue pozo por pozo llevándole la comida a cada uno de nuestros soldados, sin importarle si quedaba algo para él.

Su firme carácter y su temperamento hacían pensar que había nacido para la guerra, pero era sólo un joven con un corazón tan grande que el servir a los demás era su felicidad.

Finalmente llega a mi recuerdo el capitán Julio Cordero, comando y paracaidista. Quizá una sencilla anécdota sirva para ejemplificar su personalidad siempre alegre y optimista.

El capitán Cordero era el jefe de una sección conformada integralmente por oficiales y suboficiales a la que se denominó "Puma", que tenía la misión de proporcionar seguridad a las posiciones de fuego. Esta sección no tenía un lugar fijo donde dormir. Normalmente lo hacían donde los alcanzaba la noche.

En una oportunidad, la sección "Puma" se preparó para descansar cerca de mi batería, en una especie de galpón precario que se encontraba allí.

Ya entrada la noche, se desató una fuerte tormenta con una lluvia torrencial que provocó que un arroyo, que pasaba por las proximidades de la "vivienda", se desbordara y comenzara a inundar la misma. Simultáneamente con esto, las fragatas británicas iniciaron un intenso bombardeo naval.

Yo me encontraba despierto, de turno en la posición, y decidí ir a despertarlo para evitar que el agua le mojara el equipo a él y a su personal.

Y fue allí que escuché de sus labios dos frases que nunca olvidaré. Con referencia a la inundación me dijo espontáneamente: "Estos ingleses hijos de puta le pegaron al tapón de la isla", lo que provocó la risa de todos los que estábamos allí, quitándole dramatismo a la difícil situación.

Pero aún nos mantenía inquietos el ruido de las explosiones del fuego naval. En ese momento, un oficial le preguntó si debían ir a las trincheras a protegerse, a lo que él le ordenó: "Nadie sale del rancho, continuar durmiendo, que lo que esta gente quiere es justamente que no durmamos". Y dirigiéndose a mí, me dice: "Por favor, avisame cuando los proyectiles caigan más cerca". Luego de varias noches en donde esos fuegos se reiteraban sistemáticamente, comprendí el sentido de sus palabras de esa noche, ya que el ruido de las explosiones pasó a ser parte de nosotros sin interrumpir nuestro descanso, excepto

cuando era realmente necesario.

Así, sencillo, franco, frontal, con gran arrojo y aplomo para la guerra era este soldado ejemplar. Hoy ya no está entre nosotros, que Dios lo tenga en la gloria.

La preparación, el ingenio y el azar

Durante 1981, el año previo a la guerra, realizamos en nuestro asiento de paz en Paso de Los Libres un curso de observadores adelantados con los jefes de compañías de los regimientos de la Brigada. Estuvo planificado y ejecutado con mucho profesionalismo, y los resultados fueron altamente satisfactorios.

El 6 de mayo de 1982, ya instalado en Malvinas, me ordenaron desplazarme en helicóptero a monte Low (al norte de Puerto Argentino) a tomar contacto con el jefe de compañía "A" del Regimiento de Infantería 4, el teniente primero Moughty que se encontraba solo y aislado, para establecer acuerdos para el caso de que necesitara fuego de artillería sobre su sector de responsabilidad.

Brevemente le recuerdo los procedimientos que le habíamos enseñado en ese curso realizado en tierras correntinas y le entrego unas instrucciones escritas del coordinador de apoyo de fuego al respecto. Comprobamos las comunicaciones y minutos después regresé a mi posición.

Esa fue la muestra de lo importante que fue la instrucción integrada que previamente habíamos realizado en nuestro cuartel. Este jefe de Compañía estaba en condiciones de conducir los fuegos para apoyar el combate de su subunidad.

El 8 de mayo de 1982 tuvimos que aplicar el ingenio. Nuestro radar Rasit detectó que dos buques enemigos se aproximaban a la costa a una distancia inusual (8.000 metros). Ante esta amenaza, se cambió el frente de la batería y utilizando haz convergente (concentrando todas las piezas), y empleando el radar Rasit como medio de adquisición de blancos batimos la zona durante aproximadamente una hora y treinta minutos.

Así fue como una batería de obuses de 105 milímetros Oto Melara, apta para montaña, llanura o para operaciones aerotransportadas, fue empleada como artillería de costa.

Finalmente, el azar jugó a nuestro favor cuando durante el cumplimiento de una misión de fuego un proyectil impactó en un helicóptero enemigo que transportaba una pieza de artillería. Esta información fue corroborada por el observador adelantado y por el operador de radar del sistema "Roland" que se encontraba emplazado en proximidades de la batería.

Cambios de posición de la Artillería de campaña

Relataré algunos hechos ocurridos entre el 9 y el 11 de junio de 1982, días durante los cuales las fuerzas inglesas iniciaron el ataque final sobre la posición de Puerto Argentino, escalando el fragor de la batalla a su mayor intensidad.

El 9 de junio fui llamado al puesto co-

mando del Grupo de Artillería 3 y, allí, el jefe de la unidad me impartió la orden de relevar, por cuarenta y ocho horas, al jefe de la batería de tiro "C" (teniente primero Héctor Tessey), como así también a parte del personal de la misma, con hombres de mi batería, para permitir que aquéllos pudieran descansar.

Como consecuencia de su misión, y dada su ubicación geográfica en el terreno (2.000 m al oeste de Moody Brook), la batería "C" era, hasta ese momento, la que había recibido los fuegos de contrabatería más intensos y sostenidos.

Esta batería estaba organizada con 8 piezas (calibre 105 mm Oto Melara, de 10.200 m de alcance). Debido a la escasa capacidad que presentaba el terreno en esa zona, no permitía ubicar efectivos de artillería de mayor magnitud sin ofrecer al enemigo un blanco rentable. Relevamos, en total, a cuatro servicios de pieza, o sea al cincuenta por ciento de los efectivos de la batería.

Durante la tarde del 10 de junio adelantamos cuatro piezas a una posición suplementaria, previamente reconocida, ubicada aproximadamente, a 3 kilómetros al oeste de la posición principal. Desde allí resolveríamos, en alguna medida, el problema de no poder batir determinados blancos como consecuencia de nuestra falta de alcance.

Los fuegos fueron reglados por los observadores adelantados, ubicados en monte Longdon (teniente Alberto Ramos), Dos Hermanas (capitán Tomás Fox) y monte Harriet (subteniente Daniel Tedesco), y dirigidos por el Centro de Dirección de Tiro del Grupo de Artillería 3.

Los daños causados a los británicos en esa oportunidad fueron importantes, no escatimaron esfuerzos en ejecutar un rápido y eficaz fuego de contrabatería sobre nuestra posición, como así también en atacar la misma con medios aéreos.

Aproximadamente a las 16 horas, y luego de haber terminado de cumplir una misión de fuego, emergieron desde detrás del monte Dos Hermanas dos imponentes Sea Harrier, los cuales volando a baja altura, atacaron la posición. Esta acción la repitieron aproximadamente media hora más tarde, pero cambiando la dirección del ataque. Tal hecho demuestra la importancia que el enemigo daba a nuestra artillería, que no vaciló en arriesgar esas costosas máquinas, valuadas en más de veinte millones de dólares cada una, para atacar cuatro pequeños obuses.

Al atardecer nos replegamos a la posición principal. La noche del 10 al 11 de junio fue muy dura. La artillería británica ejecutó, sobre la primera línea y sobre nuestras posiciones, un intenso fuego de hostigamiento que no pudimos contestar por estar fuera de alcance. Es destacable recordar que nuestra artillería tenía un alcance de 10,2 km y la enemiga, de 17 km.

Al término de cada ráfaga del enemigo, jóvenes oficiales y suboficiales abandonaban sus refugios y se arrastraban para llegar a cada uno de los hombres con el objeto de saber cómo se encontraban y alentarlos. Si todo estaba "sin novedad", un encendido sapukay se elevaba a los cielos malvinenses. La noche fue muy fría y ce-

rrada. Durante esas horas reflexioné sobre la gran responsabilidad que tenía y pedí a Dios que nos ayudara para adoptar las medidas más adecuadas, preservar a nuestros hombres y apoyar eficazmente a nuestra infantería.

El 11 de junio fue un día frío, con cielo claro y soleado. Durante la mañana y la tarde se sucedieron los adelantamientos y combates desde las posiciones suplementarias. Los fuegos de contrabatería del enemigo resultaron más intensos.

El teniente Ramos dirigió los fuegos y reiteró que la reunión de personal y medios de los británicos en su sector era cada vez más importante. Allí volcamos todos nuestros esfuerzos. Por la noche nos replegamos a la posición principal.

Me comuniqué con el teniente coronel Balza, quien me ordenó que preparáramos los medios y el espíritu, porque el enemigo, según los indicios que se disponían, incrementaría durante esa noche el ímpetu de su ataque. Aproximadamente a las 22 escuché la voz del teniente Ramos pidiendo fuego sobre su sector, misión que fue cumplida. La voz del teniente Ramos se silenciaría para siempre a las 4 de la mañana; aquélla fue la última misión de un soldado ejemplar. Un suboficial del Regimiento de Infantería 7, que se replegaba, me informó que había quedado herido, cubriendo el repliegue de quienes estaban junto a él, mientras hacía fuego con una ametralladora. Aproximadamente una hora más tarde, los ingleses iniciaron el avance con sus principales fuerzas de asalto.

Durante el resto de la noche la batalla continuó con creciente intensidad. El personal que se replegaba, algunos gravemente heridos, llegaba hasta nuestra posición. Era conmovedor ver la alegría que exteriorizaban al tomar contacto con propia tropa. Muchos de ellos colaboraron con nosotros en la tarea de transportar munición desde los lugares de almacenamiento (que por seguridad se encontraban a 100/200 m de las piezas) hasta las bocas de fuego.

Con las primeras luces del 12 de junio, el enemigo había consolidado sus posiciones sobre los montes Harriet, Longdon y Dos Hermanas, y comenzó a batir las posiciones del Batallón de Infantería de Marina 5 y del Regimiento de Infantería 7.

La batería "C", ubicada en medio del valle del río Moody, quedó entonces no sólo dentro del alcance de la artillería británica sino también de sus morteros pesados. La munición estaba a punto de consumirse totalmente, y las piezas se encontraban enterradas hasta los ejes. Informé de esta situación al jefe de Grupo, y luego de unos minutos me ordenó que ejecutáramos un desplazamiento hacia una nueva posición, la cual ya había sido previamente establecida y preparada al sur de Puerto Argentino.

Uno a uno los obuses fueron recuperados y llevados a la nueva posición, pero uno de ellos, a cargo del cabo Durán, se encontraba encajado en el barro de tal manera que, pese a los reiterados esfuerzos realizados, parecía casi imposible recuperarlo. No había forma de sacarlo. La única solución era desarmarlo. Con el barro has-

ta las rodillas, la persistente nevisca y la acción del fuego enemigo, iniciamos la tarea. La operación duró casi una hora. Lo desarmamos por completo, y así, por fin, fue cargado en un vehículo y transportado al nuevo emplazamiento. A media tarde, y sin novedad, finalizó el cambio de posición. Un duro combate nos esperaba al día siguiente.

El desenlace de la batalla

Después de intensos fuegos de contrabatería nocturnos, el 13 de junio de 1982 amaneció soleado. A la mañana se cumplieron misiones de fuego en forma casi ininterrumpida, estableciendo con el enemigo verdaderos duelos de artillería.

A unos 150 metros de nuestra posición teníamos un depósito de armamento y equipos dentro de un pequeño tinglado. En su interior había dejado de custodia a dos soldados con la misión de no abandonarlo por ninguna causa. A las 13 horas, la posición recibió intenso fuego de artillería. Miré el depósito y ví que comenzaba a incendiarse. Me acerqué lentamente y comprobé que estaba prácticamente destruido. Todo hacía suponer lo peor con respecto a la vida de los soldados.

Pero por suerte, en esos momentos el cabo Ramón Correa, que había ido a llevarles la comida, ingresó decididamente y arrastró hacia afuera a uno de ellos que estaba herido antes de que el tinglado se quebrara en mil pedazos.

El cabo Correa fue herido en la acción, pero protegió y salvó la vida de los dos soldados.

Durante la noche, el Grupo de Artillería 3 apoyó el repliegue del Batallón de Infantería de Marina 5, que al decir del capitán de fragata Robacio, que era su jefe, estaba efectuando fuegos muy eficaces que contribuían decididamente en la acción que llevaban a cabo los bravos infantes de marina.

Durante el combate, el retroceso del tubo de un cañón alcanzó al cabo Ferrero quebrándole sus piernas. El suboficial cayó herido pero, demostrando un gran espíritu militar, se negó a abandonar la posición; gritando y con lágrimas en los ojos se resistió, hasta que por la fuerza fue cargado en un camión Unimog y trasladado a un hospital.

Quizá hoy, con la perspectiva que dan los años, podamos valorar aún más estas actitudes en hombres que mantuvieron un gran espíritu de lucha pese a que el frío, el hambre y la dureza del combate habían mermado sus energías.

Junto a nosotros, en esos momentos cruciales, como lo hizo durante toda la campaña en aquel frío otoño de 1982, se encontraba el periodista y corresponsal de guerra Nicolás Kasanzew, quien en uno de sus libros recuerda esos momentos de la siguiente manera:

"Los hombres afectados al servicio de las piezas parecían embriagados por el aire que apestaba a explosivos, por el ruido que aturdía. Y la excitación de los artilleros se contagiaba. Era un olor grato, olor a cordita, olor a combate" (4).

"Las baterías de artillería se comportaban

como si fueran velas que una vez encendidas continuaban consumiéndose hasta su total agotamiento. No dejaban de disparar hasta que el enemigo hiriera a los servidores o estropeara las piezas o hasta que éstas se fundieran. Pienso que esa embriaguez de la batalla que me invadió debe ser aún mayor en los soldados que combatieron y la conservarán como el único gran recuerdo que los hará olvidar los penosos días de las trincheras" (5).

Durante la mañana la intensidad de los combates fueron decreciendo lentamente, ya casi no se recibían misiones de fuego. Hacia el mediodía de ese triste 14 de junio se produjo el silencio en el campo de combate. La defensa había sido quebrada y el cerco táctico se había cerrado totalmente sobre Puerto Argentino, quedando en poder de nuestras fuerzas un reducido espacio de 11 kilómetros de este a oeste y de 4 kilómetros de norte a sur.

Los británicos controlaban las alturas próximas a la localidad. De allí tenían un excelente dominio visual sobre la totalidad del espacio sobre el cual aún se mantenían tropas argentinas. Desde estos magníficos observatorios y con toda comodidad podían dirigir sus fuegos sobre dicho sector, ya fuera para impedir cualquier movimiento o reacción de propia tropa como para someterlas a un preciso y demoledor fuego, en el caso de que aún continuaran defendiéndose.

Quebrada cada una de las líneas defensivas, un número considerable de dispersos se iban replegando sobre el caserío. Algunos sólo estaban equipados con su armamento individual, otros ni siquiera lo conservaban.

En general sin munición, carentes de equipos, de abrigo, agotados por el esfuerzo y las tensiones, sin haber recibido alimentos en las últimas cuarenta y ocho horas, muchos de ellos fuera de la conducción de sus jefes naturales, ya sea por el desordenado repliegue de algunas fracciones o por haber caído éstos muertos, heridos o prisioneros y, sin embargo, pese a la gravedad de la situación general, nuestros hombres seguían estoicos al pie del cañón.

Junto a nosotros, sereno, agotado por las largas noches de combate pero con gran lucidez para seguir conduciendo la unidad como lo hizo desde el primer día que arribamos a Malvinas, se encontraba nuestro jefe.

Agradezco a Dios que en combate fui mandado con firmeza y rigor, pero siempre mediante el ejemplo personal. Eso permitió que ese espíritu llegara hasta el último de los hombres y la unidad haya combatido en forma sobresaliente, pero por sobre todo se haya mantenido monolíticamente la disciplina hasta el último día de combate.

Mientras caía sobre Puerto Argentino una fuerte nevisca, ya no se escuchaba el ronco y ensordecedor tronar de los caño-

---

(4) Kasanzew, Nicolás: "Malvinas a sangre y fuego". Editorial Abril. 1983. Págs 182 y 183.
(5) Kasansew, op. cit., págs 184 y 185.

nes. Densas columnas de humo se podían apreciar desde diferentes sectores del caserío, que eran el mudo testimonio de las consecuencias de la batalla. La suerte sobre Puerto Argentino ya estaba echada, ya no existía ninguna posibilidad de éxito.

La concreción del cerco táctico había planteado crudamente la doble alternativa: aniquilamiento o capitulación.

Y creo profundamente que, en ese momento, con el profundo dolor del recuerdo de quienes regaron con su sangre generosa las turbas malvinenses, con el rostro endurecido por el frío y el cansancio, sólo existía para mí una única posibilidad, seguir combatiendo hasta las últimas consecuencias.

Pero hoy, con una visión más reflexiva de la batalla, puedo llegar a entender que continuar las operaciones sólo hubiera significado un mayor sacrificio de vidas humanas sin una razón valedera.

Creo que el comandante que rindió las tropas haciendo uso de su responsabilidad, prefirió someterse al juicio de la historia antes que llevar a sus hombres al aniquilamiento sin ninguna posibilidad de alcanzar la victoria.

Servidores de una pieza de 155 mm en plena tarea de carga , la que se ejecuta con gran rapidez para mantener la cadencia de fuego

Un cañón argentino de 155 mm. bajo la red de enmascaramiento. Dos de estas piezas llegaron a disparar con efectividad sobre los ingleses en Malvinas y una tercera arribó en avión el último día de los combates a Puerto Argentino, sin tiempo ya para que se la pusiera en servicio. De haber contado con más de ellas, la defensa hubiera sido más eficaz

Los prisioneros de guerra

En la tarde del 14 de junio, habiéndose ya concretado la capitulación, el cese del fuego se mantuvo, según lo acordado.

Nos encontrábamos exhaustos, agotados y con una tristeza tan grande que parecía que nuestros corazones podían estallar en mil pedazos. No había ya nada más por hacer. Las tropas británicas entraban eufóricas a Puerto Argentino y nuestra bandera volvió a ser arriada del mástil ubicado en la residencia del gobernador. La guerra había terminado, empezaba para mí y para muchos de mis camaradas una nueva y triste experiencia.

A media tarde el teniente coronel Balza me ordenó reunir al personal, los saludó y los felicitó por su comportamiento en combate, pero en el rostro de mis hombres no pudo dejar de evidenciarse la gran angustia que sintieron por la derrota. Posteriormente se ordenó incinerar toda la documentación e inutilizar las partes vitales del material.

Horas más tarde llegaron a mi posición oficiales británicos que me preguntaron: *¿Where are your radars?* (¿Dónde están sus radares?), convencido de que en la posición teníamos radares de adquisición de blancos de última generación como los que ellos utilizaron durante la batalla, a lo que contesté con mi inglés elemental: *Radars are my eyes* (Mis ojos son los radares), describiéndole con esas sencillas palabras la gran diferencia tecnológica que nos separaba.

El coronel Julio César Navone (49), es actualmente director de la Escuela de Artillería "Tte Grl Eduardo Lonardi". Por su desempeño en la campaña de Malvinas recibió la medalla "La Nación Argentina al Valor en Combate".
Esta casado con la señora Susana Lier, con la que tiene cinco hijos: Carolina (20), Julio (17), Agustín (16), Juan Pablo (15) y Santiago (7). En Malvinas y con el grado de teniente primero se desempeñó en el Grupo de Artillería 3. Tras cursar la Escuela Superior de Guerra fue oficial de operaciones del GA Bl 1.
Entre 1989/90 fue agregado militar adjunto en el Perú y en 1994 y hasta 1996 fue jefe del Grupo de Artillería 101, de Junín.

EJERCITO ARGENTINO
ORCASITAS
EJERCITO

Frente a la pantalla del radar

Por el suboficial mayor
Raúl Armando Orcasitas

Entre los episodios insólitos de Malvinas figura el impacto en un buque de guerra inglés de gran porte, logrado por artilleros terrestres, utilizando un misil naval especialmente adaptado al efecto. Uno de los protagonistas de ese hecho, que puso fuera de combate al HMS "Glamorgan", es el autor de este testimonio. Orcasitas era operador de un Rasit (radar de vigilancia) y se desempeñaba en el GA 3 cuando, al cabo de un seguimiento que duró días, el 12 de junio de 1982 centró en su pantalla al blanco esperado.

La toma de las Islas Malvinas por parte de tropas conjuntas argentinas me sorprendió y llenó de entusiasmo. En ese entonces prestaba servicio en el Grupo de Artillería 3 con asiento en la localidad de Paso de los Libres, Corrientes, con el grado de sargento primero.

Terminaba de realizar un curso en la Escuela de Artillería, el día 29 de marzo, con una duración de 30 días. En el transcurso del mismo nació mi primera hija, Nadia, después de una espera de cinco largos años. Eran enormes las ansias de estrecharla y tenerla en mis brazos al igual que a mi amada esposa, que sola tuvo que afrontar el parto, lejos de mí y de sus seres queridos. Pero yo estaba cumpliendo con mi deber. Nadia nació el 24 de marzo. Con todo mi amor la guardaba en el fondo de mi corazón, mientras empezábamos los preparativos de movilización. Es así que el día 9 de abril desde las 20 a 21 horas el Grupo de Artillería, con su totalidad de efectivos, material y equipo partía por medio ferroviario con destino a Buenos Aires. Las expectativas de todos eran inmensas, no podría explicar lo que pasaba por nuestra mente, y nuestro corazón latía apresurado al saber que nos tocaba en suerte ser los argentinos elegidos para defender nuestra soberanía en las lejanas islas del sur.

En el transcurso del viaje el jefe de unidad me asigna nuevo rol de combate, hasta el momento me desempeñaba como encargado reemplazante de la batería Servicios; en el futuro mi nuevo puesto sería el de operador de radar de vigilancia terrestre (Rasit), además me asignó tres soldados novatos como auxiliares. Desde ese momento paso a revistar en la batería Comando junto a mis colaboradores, soldados Velázquez, Soto y Radaelli.

Después de la larga marcha, se rompe la rutina, cambio de tren y trocha en Buenos Aires. Nuevamente el monótono ruido, sin saber a dónde nos dirigíamos pero llenos de fervor patrio.

Durante el viaje recibo órdenes de mi jefe para preparar el material, personal y equipo, para saltar a las Islas. Llegamos a Ingeniero White. Quiero destacar el apoyo manifestado con aplausos y vítores de la población al paso del tren cuando nos aproximábamos a alguna zona poblada y que sonaba en nuestros oídos como música celestial, y al mismo tiempo nos hacía tomar conciencia de la magnitud de nuestra empresa.

En Ingeniero White se procede a la descarga del material y embarque en un vuelo que nos llevaría a Río Gallegos. Ese mismo día, el 13, en otro avión de la Fuerza Aérea, nuevamente descarga y carga y, con las últimas luces del día nuestro punto terminal: ¡las queridas islas!

Con toda alegría de encontrarnos en suelo malvinense, comienzo a instruir a mis soldados en el armado, desarmado y puesta en marcha de nuestro radar; y así, día a día, en todo momento y lugar que tenía disponible. No quedaba mucho tiempo libre y el entusiasmo superaba con creces la lejanía, la soledad y lo normal en cada hombre, la necesidad de estrechar entre los brazos a los seres queridos.

Después de permanecer dos días en Puerto Argentino nos ordenan desplazarnos con la batería "C", subunidad ésta en la que prácticamente la totalidad de sus cuadros (oficiales y suboficiales) fueron movilizados de distintos destinos, principalmente de los institutos de formación y Escuela de Artillería. Con esta subunidad permanecemos dos días y realizamos en este período vigilancia terrestre, en horarios nocturnos en el perímetro defensivo, principalmente sobre una probable avenida de aproximación del enemigo. También como operador de radar empecé a agudizar los sentidos e individualizar los sonidos que producían en el aparato los distintos blancos, además confeccioné el calco de ecos fijos de la zona. En el mismo tenía, con rumbo y distancia perfectamente localizados la posición de las tropas propias en primera línea. Es así que sabía con seguridad si los blancos captados por mi radar se trataban de vehículo, peatón o peatones, animales, etc.

De pronto, nueva orden: helitransportado, el radar es trasladado a unas alturas en la zona de emplazamiento del Batallón de Infantería de Marina 5. Una vez ubicado e instalado mi personal, empiezo a realizar vigilancia nocturna del campo de combate. Durante el día, instrucción y obras de fortificación.

En este lugar, la seguridad de mi posición y todo otro tipo de apoyo necesario para mantenimiento, funcionamiento y subsistencia del personal nos la da con mucha eficiencia el mencionado Batallón. En esto quiero destacar que todo lo requerido lo tenía en tiempo, lugar y forma.

Transcurrido el cuarto día, mi posición es visitada por el jefe de grupo, el entonces teniente coronel Balza. Realiza correcciones y aprovecho la oportunidad, dado que hasta este momento estaba solo como operador un poco cansado y con la vista irritada debido al brillo de la pantalla del radar, para solicitarle otro operador. Tenía conocimiento de que el cabo primero Flores había realizado el curso de operador, pero esta persona estaba en la sección Comunicaciones. Mi jefe, con amables palabras, me dice que mis deseos serán cumplidos y, efectivamente, ese mismo día, cuesta arriba, con equipo y armamento se me presenta el cabo primero.

Y así transcurren días y noches, detectando en algunas oportunidades blancos en zonas no autorizadas. Se informaba de los movimientos, rumbos, distancias; después se comprobó que no se trataba de propias tropas.

El 1° de mayo comienzo a experimentar y vivir lo que realmente es estar en combate, para el cual había sido preparado. En esa fecha, por la noche, la posición de la batería "C", la mía, y la del batallón son batidos por fuego naval y munición a tiempo. Quiero entender que la posición del radar estaba perfectamente localizada por el enemigo, dado que en dos o tres noches he recibido intenso fuego naval. Debemos dar gracias al Divino Creador de no haber sufrido bajas, debo reconocer además que teníamos buenos refugios de personal.

El 4 por la tarde un helicóptero se posa a unos 100 metros de mi posición, veo ba-

jar al teniente primero Daffuncchio que me llama y me transmite la orden del jefe de grupo de cargar el radar, personal y equipo para trasladarnos a otra posición. Cumplimos la orden lo más rápido posible, dadas las pocas horas de luz de que disponíamos. Desembarcamos a la orilla del mar; allí instalo, oriento y empiezo a trabajar a fin de vigilar el horizonte, aportar datos de tiro para nuestros cañones y hostigar de esta forma a naves de superficie enemigas que hasta el momento cañoneaban noche a noche las posiciones argentinas. A partir de la segunda noche empiezo a localizar naves enemigas, en cuanto son captadas dentro del alcance de mi radar (30 km.). Hubo noches que llegué a tener y hacer seguimiento a tres naves, las mismas se mantenían a no menos de 13 kilómetros de la costa. A partir del tercer día tengo noticias de que había llegado una rampa de lanzamiento de misiles Exocet. Es así que ese mismo día el teniente coronel Balza pasó por mi posición y me ordena que lo acompañe a realizar un reconocimiento donde sería mi futuro emplazamiento. Luego se hacen presentes en el lugar ingenieros navales y se intercambian opiniones sobre cómo trabajaríamos en conjunto: radar y rampa de emplazamiento. Coordinamos y esa misma noche nos instalamos a unos 300 o 400 metros de la orilla, ellos apuntan la rampa con rumbo 3232 milésimos artilleros, yo oriento mi radar y doy el máximo ángulo de exploración (2200-). Detecto un blanco a 30 kilómetros y empiezo a realizar el seguimiento con cambios permanentes de frecuencia a fin de evitar las interferencias que el enemigo emitía en forma casi permanente, dificultando así el seguimiento de los blancos detectados. Después de varias horas de bombardeo a nuestras posiciones, la nave entra en el rumbo esperado y a 28 km. doy los datos al personal que se encontraba manejando el misil. Los introducen en la computadora del mismo, espera. Incertidumbre y por qué no temor por lo que pudiera pasar, dado que era una experiencia nueva, con un armamento que fue preparado para ser lanzado desde una nave de superficie marítima, y nosotros lo estábamos por lanzar desde una plataforma de fabricación casera y desde tierra. Se dispara el primer misil, falla, no sale del lanzador. Se introducen los datos al otro que estaba en la misma plataforma. Cabe aclarar que todo este trabajo se realiza prácticamente en la oscuridad. Nuevamente el intento, esta vez sale el misil, gran ruido... La espera se hace insoportable, desaparece el destello que dejaba la tobera, desconcierto: ¡habíamos fallado! Cambio de posición, nos replegamos a Puerto Argentino. En los días subsiguientes noche a noche, nos instalábamos, pero los blancos no entraban en el rumbo indicado.

En la noche del 12 de junio aproximadamente a las 21 horas entra dentro del alcance del radar una nave enemiga. Comenzó el seguimiento, nuevamente la espera de la oportunidad a que se ubicara en el rumbo indicado. La nave enemiga cañonea nuestras posiciones, cambia de lugar, nuevamente el cañoneo y así duran-

te toda la noche, hasta que a las 4 de la mañana aproximadamente empieza su retirada. Desde los 14 km. y con rumbo descendente una nave estaba entrando en la dirección esperada.

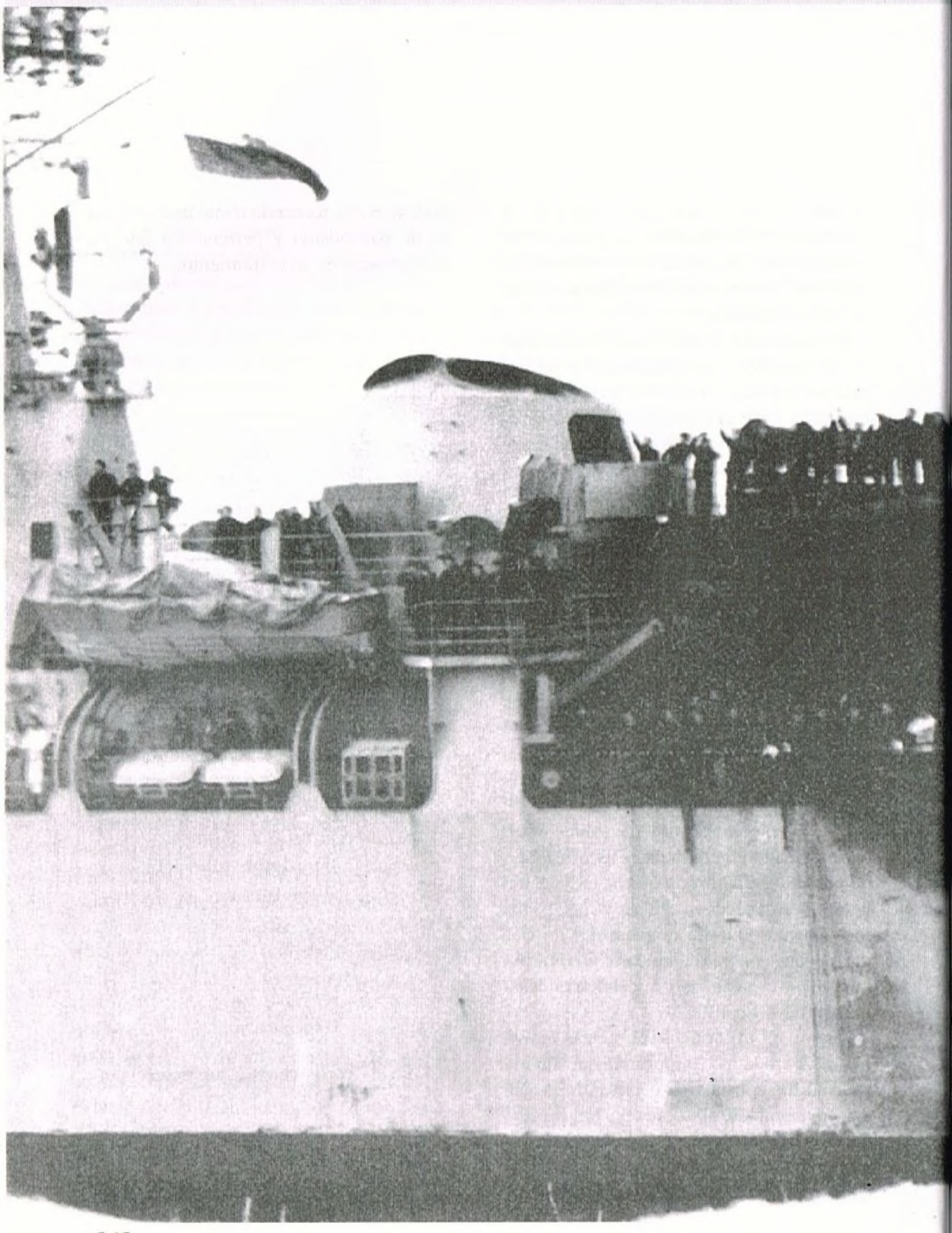
El secreto de la caza de una presa reside en la astucia y la paciencia, y ambas estaban afiladas al límite. A 28.000/29.000 metros la nave se ubica en el rumbo esperado. Informo a la gente del misil, se introducen los datos de tiro, acción del disparador y ¡fuego! Viene la espera, desaparece el destello de la tobera. Cuando sobrepasa la línea del horizonte, un inmediato replandor a lo lejos, el estruendo, ¡no habíamos fallado!

Alegría, abrazos, festejos y por qué no decirlo, la lágrima que se escapa de los argentinos que estábamos allí. Sigo ploteando. La nave para las máquinas permaneciendo en el lugar. Enseguida se aproxima otra para auxiliarla. Informo y sugiero disparar el otro misil que se encontraba en la plataforma.

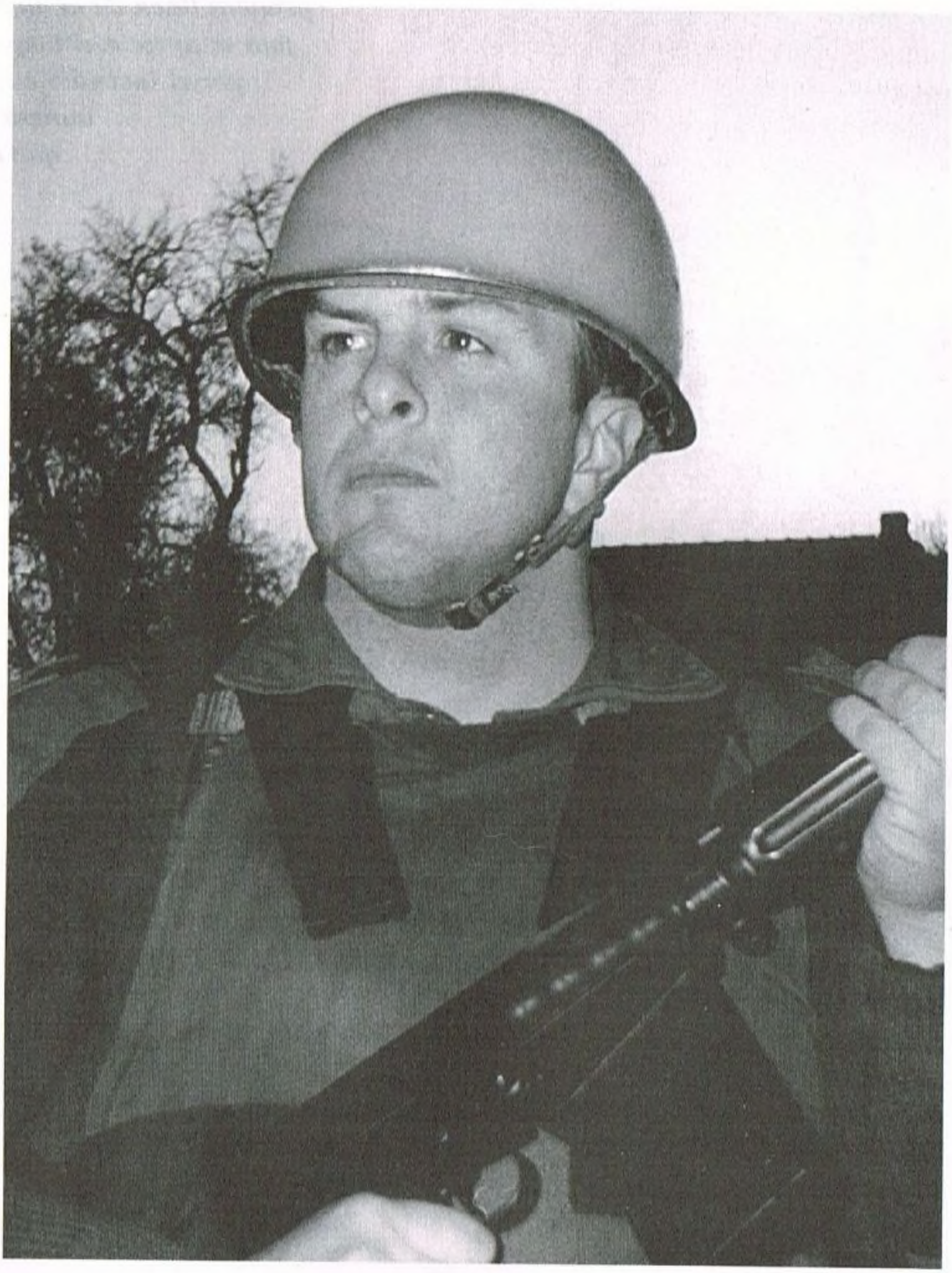
Los ingenieros navales consultan entre ellos y deciden de inmediato hacer cambio de posición, suponiendo que se tornaba peligroso permanecer en el lugar ya que habíamos delatado nuestro emplazamiento. Dos días después mi jefe de unidad me confirma que la nave había sido el destructor "Glamorgan".

Esta es mi experiencia en tierras malvinenses. Pero lo más importante que allí me sucedió fue constatar el espíritu de sacrificio, colaboración, abnegación, coraje, puestos de manifiesto por parte de mi cabo primero y de los soldados novatos, que en poco tiempo se convirtieron en verdaderos profesionales, tomando como base el sentido de patriotismo y pertenencia que me demostraron en todo momento.

El suboficial mayor de Artillería, Raúl Armando Orcasitas (47) combatió en Malvinas con el grado de sargento 1ro.
Con posterioridad a la guerra se desempeñó en el Grupo de Artillería 12 y en el Destacamento de Monte 30, con asiento en Apóstoles, Misiones, donde actualmente sigue revistando. Está casado con la señora Vilma Benítez , con la que tiene tres hijos: Nadia Solana (17), Gabriela Rocío (14) y Matías Raúl (11).



El HMS "Glamorgan" sobrevivió al ataque con el Exocet MM 38 disparado desde tierra, pero quedó fuera de combate y debió ser retirado de la primera línea de la Task Force. En esta foto se aprecia el boquete ennegrecido por el incendio en la cubierta y el hangar de helicópteros que quedó destruido



Combate del cerro Darwin

Por el mayor
Ernesto Orlando Peluffo

Correntino de alma, el cambio permanente de rumbos y destinos que marca la vida de un soldado, lo ha devuelto y hoy reside en su querida tierra. En las páginas que siguen evoca las tres horas del combate en el cerro Darwin, cuando siendo apenas un subteniente recién salido del Colegio Militar condujo una fracción del Regimiento de Infantería 12 "Grl Arenales" enfrentando al 2 de Paracaidistas británico. Gravemente herido entonces, salvó la vida milagrosamente y por su acción recibió la medalla La Nación Argentina al Valor en Combate.

Era un 28 de mayo de 1982 a las 8 de la mañana. Mi sección se encontraba ocupando una posición defensiva en las alturas Norte del cerro Darwin. Durante toda la noche anterior habíamos recibido fuego de artillería sobre la posición, y podíamos ver el fuego de los combates que libraba la compañía "A" del Regimiento de Infantería 12, al norte de la embocadura del istmo de Darwin que conducía hacia la salida, y posteriormente a Goose Green, el asentamiento isleño más importante de la zona.

Así amanecimos ese día, sin dormir, agotados por la tensión de los fuegos de artillería sobre la posición, que a Dios gracias no nos produjeron bajas, y con la incertidumbre de no saber qué nos aguardaba. Era un día gris y la llovizna nos mojaba constantemente.

De pronto, una fracción desplegada apareció a nuestras espaldas. Era la sección Bote del teniente Estévez, constituida por los soldados AOR (Aspirantes a Oficiales de Reserva), que venía realizando un contraataque desde retaguardia, para apoyar a las fuerzas que mantenían el contacto.

Inmediatamente me comuniqué con la sección Bote y le informé a su jefe acerca de la situación que vivíamos.

El teniente Estévez, luego de ser informado de la situación, se aprestó a ocupar las posiciones. En dicha circunstancia, materialicé en el terreno, sobre el flanco derecho de las posiciones, una altura desocupada por las defensas. El teniente Estévez me ordenó ocuparlas con una ametralladora para evitar que desde allí se envolviera la posición. De pronto, el sargento primero Jumilla se aproximó y nos informó que en el frente de las secciones se divisaban tropas desplazándose en actitud ofensiva. Al mismo tiempo, se ordenó que una pareja se adelantara para observar más de cerca si el elemento que marchaba era amigo o enemigo. La acción la concretó el cabo Miño con el soldado Rubén Gómez.

Todo era muy confuso pues en ese momento también recibimos fuego de morteros sobre la posición.

Los integrantes de la sección se arrastraron hasta sus respectivos pozos de zorro, y empezaron el combate. Nuestras ametralladoras hicieron fuego sobre los ingleses, que buscaron refugio en una barranca en proximidades de la playa, desde donde nos batían con fuego de morteros.

La sección supo que el cabo Miño y el soldado Gómez, al aproximarse, fueron muertos por el enemigo.

Yo no llegué a ocupar la altura del flanco Este de la posición. En consecuencia, dada la diversidad de fuegos que recibíamos, los paracaidistas británicos empezaron a envolvernos por ese lado.

Inicialmente, los ingleses intentaron un ataque frontal de la posición, fueron rechazados. En parte, gracias a la intervención del cabo primero Ríos, que conducía dos ametralladoras y quien luego de haber combatido toda la noche se replegó a las posiciones de la sección quedándose en ese lugar. Posteriormente, fue batido por un impacto de misil que le ocasionó la muerte mientras abría fuego con una de las ametralladoras. El combate comenza-

ba, entonces, a hacerse más intenso.

El teniente Estévez fue herido reiteradamente en un brazo y en una pierna, sin que por ello dejara de conducir su sección. Murió como consecuencia de un tiro que dio impacto en su rostro mientras operaba un equipo de radio por el cual transmitía a la artillería las posiciones enemigas para que las batiesen. Al morir el teniente Estévez se hizo cargo de la radio el cabo Castro, quien también perdió la vida por un impacto de bala. Siguió operando la radio el soldado Carrascull, quien como sus jefes moriría en la acción, no sin antes transmitir la posición del enemigo y la situación que vivía su sección.

A pocos metros de allí, en otro pozo de zorro, fui herido primero en la pierna por una granada de mortero que estalló cerca de mi posición antes de que pudiera refugiarme en mi pozo de zorro. Por suerte, la herida no me limitó para continuar combatiendo. Conduje el combate de la sección y alenté a mi gente con mi grito característico de correntino, un sapucay. También eran correntinos la mayoría de mis soldados. En oportunidad de ser herido un soldado apuntador de un fusil ametralladora, luego de buscarle refugio, me hice cargo del arma y abrí fuego en dirección al enemigo.

Los ingleses ya estaban próximos. La sección combatía a cien y a cincuenta metros. Ellos avanzaban cubiertos por cortinas de humo y protegidos por los intensos fuegos de artillería y de morteros sobre la posición argentina. Jalonaban su avance con fumígeros de colores, para no ser batidos por el fuego de su propia artillería. Yo no dejaba de disparar con el fusil. De pronto una bala impactó en mi cabeza y caí desplomado en el fondo del pozo. El proyectil había perforado mi casco y quedé fuera de combate debido a una herida en el rostro. Fue el soldado Ponce, que estaba en su posición, quien me auxilió, me vendó y me alentó.

El combate transcurría. Cada pozo luchaba contra su enemigo. En una oportunidad, un soldado que se había puesto mi casco, al salir a tirar desde la posición, recibió un impacto sin consecuencias, ya que el tiro rebotó, suceso que provocó un asombro general.

En otra ocasión, un soldado que operaba un lanzacohetes antitanque y antipersonal, al salir de la posición para tirar con el mismo, fue alcanzado por un impacto que perforó su tubo interior y lo dejó inutilizado para seguir disparando. Por entonces, el combate era muy violento. Los ingleses se preparaban para asaltar la posición y ya habían conquistado algunos pozos del flanco derecho.

Los hombres de la sección, que ocupaban esos pozos, habían sido reducidos y sacados de la posición. Era imposible disparar contra los ingleses que estaban entre ellos. Todo esto estaba en mi conocimiento y, por ello, decidí ordenar la rendición de la posición ya que no había posibilidades de éxito en su defensa. Además, nos quedaban muy pocas municiones. Resistir el asalto significaba un derramamiento inútil de sangre, con el consecuente aumento de pérdidas de vida. El comba-

te estaba perdido.

Un soldado sacó un fusil fuera del pozo con una servilleta blanca atada en su extremo como bandera de rendición. Así cumplió lo ordenado por el jefe de sección. Al principio, este hecho no fue debidamente interpretado y se le disparó. Los impactos dieron en el arma. Pero ordené que se insistiera, y el enemigo detuvo entonces el fuego. De esta manera pudimos salir de las posiciones y fuimos tomados prisioneros.

Al revisarnos, los ingleses nos hicieron "cacheo" violento, pues habíamos luchado duramente y los ánimos estaban muy alterados. Luego fuimos llevados a un lugar de reunión de prisioneros de guerra, próximo a las posiciones de la sección. Pero como la propia artillería argentina empezaba a batirlos, tuvieron que llevarnos a una pendiente en desenfilada, para que los tiros de la propia artillería no nos alcanzaran.

Estuvimos todo el 28 de mayo a la intemperie y también durante la noche. Los ingleses no pudieron hacer mucho por los heridos. Los combates continuaban en Groose Green. No obstante, algunos soldados ingleses, mostrando un gesto humanitario, entregaban su único paquete de vendas en favor de los heridos argentinos.

El 29 de mayo, después de la caída de Goose Green, fuimos separados. Los ilesos fueron a retaguardia y los heridos al hospital de campaña inglés de San Carlos, en helicópteros, donde fuimos atendidos.

Peleamos de día en el cerro Darwin

Fue el único combate diurno de magnitud. El 28 de mayo de 1982, y en las alturas del cerro Darwin, se desarrolló uno de los enfrentamientos más cruentos de la Guerra de Malvinas. Fue el primero y el único de los combates diurnos de magnitud superior a una compañía de infantería. De allí en más, los ingleses sólo atacaron de noche, dado el costo en vida y materiales que les ocasionó este combate.

El segundo Batallón de Paracaidistas del Reino Unido de Gran Bretaña se enfrentó en el cerro Darwin con una sección de la Compañía Servicios del Regimiento de Infantería 12 "General Arenales", reforzada con armas automáticas y con la sección Bote del Regimiento de Infantería 25.

El resultado del combate fue adverso para las tropas argentinas. Luego de más de tres horas de lucha, los ingleses tomaron la posición, y las pocas posiciones nuestras que aún se sostenían debieron rendirse. El saldo fue de doce muertos y más de veinte heridos, sobre un total de un poco más de setenta hombres.

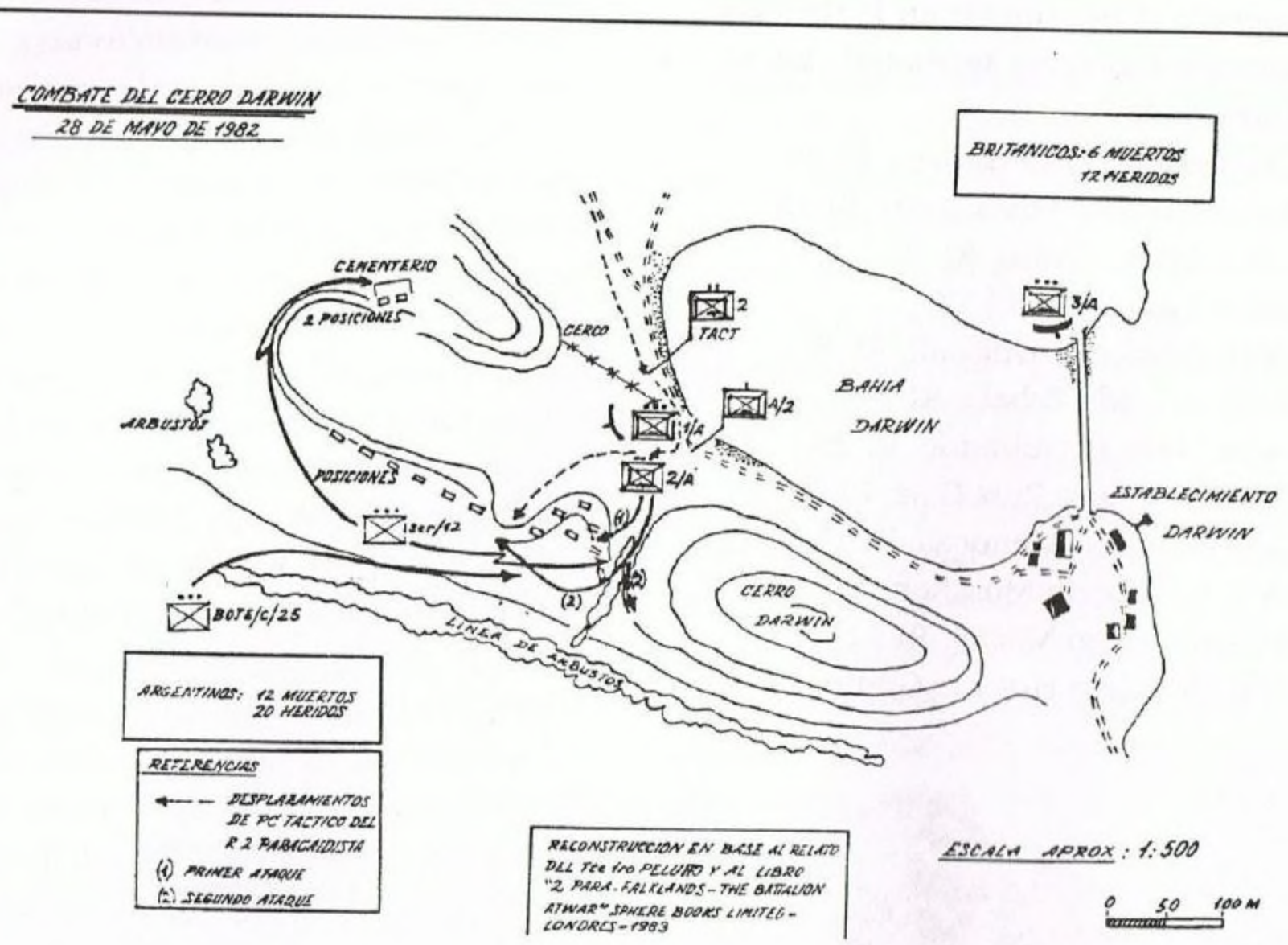
El bando inglés perdió en esta acción doce hombres, mientras que versiones distintas indicaban que en ese combate y durante el ataque, fue que se produjo la muerte del jefe del 2 de Paracaidistas, el teniente coronel Herbert Jones.

En el combate del cerro Darwin ofrendaron sus vidas en cumplimiento del sagrado deber militar en la defensa de nuestra soberanía territorial, los siguientes soldados:

1. Teniente Roberto Estévez, RI 25
2 Cabo 1ro José Luis Castro, RI 12
3. Cabo Mario Castro, RI 25
4. Cabo Luis Miño, RI 12
5. AOR Fabricio Carrascull, RI 25
6. AOR Arnaldo Zabala, RI 25
7. AOR Horacio Guiraudo, RI 25
8. S/C 62 Gabino Ruiz Díaz, RI 12
9. S/C 62 Irineo Mendoza, RI 12
10. S/C 62 Alberto Moschen, RI 12
11. S/C 63 Irineo Maciel, RI 12
12 S/C 63 Rubén Horacio Gómez, RI 12

Esquicio del combate de Darwin

28 de mayo de 1982
Dibujado por el My Peluffo



Referencias:

- Puente
- Casas
- Altura
- Pozos de zorro p/4 Hombres
- Dirección de ataque
- Itinerario de marcha
- Secciones de Infanteria Argentinas +/- 40 Hombres
- Huella / camino secundario
- Sectores de defensa de la Sección Servicios
- Secciones de Paracaidistas Británicos
- Puesto de mando del Jefe del Batallón Británico Tcnl JONES, y lugar donde se ubicaba

El mayor de Infantería Ernesto Orlando Peluffo egresó del CMN como subteniente en comisión el 7 de abril de 1982 a causa de la guerra y, en consecuencia, pertenece a la promoción 113 que se denominó "Malvinas Argentinas". Tras regresar al continente y luego de la recuperación de sus heridas, siguió prestando servicios en distintos destinos del Arma. Está casado con Estela del Carmen Usandizaga y tiene cuatro hijos, María Paz, 12, María Victoria, 10, Ernesto Agustín, 8 y María Milagros, 2.

Es paracaidista militar, instructor de andinismo y esquiador, y posee el Cóndor Plateado junto con la aptitud especial de Tropas de Montaña. En 1994 mientras se desempeñaba en misión de paz con los cascos azules en Croacia, fue nuevamente herido por lo que recibió la Cruz Púrpura. Actualmente es oficial de Operaciones en la Base de Apoyo Logístico Resistencia, adonde se traslada diariamente desde la vecina ciudad de Corrientes.

El primer contacto real con la guerra

Por el suboficial principal
Julio Miguel Ramírez

En 1982 Ramírez era cabo 1ro en el histórico Regimiento de Infantería 1 "Patricios" y le tocó formar parte del componente de esa unidad que se sumó a la defensa de Puerto Argentino. Todavía se estremece al recordar el clamor que se oyó a lo largo de las posiciones cuando se conoció la orden de cesar el fuego, aquél triste 14 de junio. "Nos rendimos - dijo alguien - y a mí se me empezaron a caer las lágrimas..."

"Yo estaba en el Regimiento Patricios, en nuestro asentamiento temporario de Comodoro Rivadavia, cuando llegó el 2 de abril y fui a Malvinas.

De allí designaron dos grupos de ametralladoras y un mortero de 120 con el que fuimos a Río Grande en Tierra del Fuego, en un Fokker F28 de la Armada. En ese mismo avión pasamos a Malvinas ya con el bloqueo aéreo y naval declarado sobre las islas.

Volamos siempre al ras del mar para no ser detectados, pero nos seguían dos patrullas aéreas de combate británico. Hicimos tres intentos para aterrizar y como a las 17:30 pudimos llegar. Ya estaba oscureciendo y se veían las primeras luces prendidas.

En diez minutos descargamos el avión y nos encontramos con los heridos que iban a ser traídos al continente en ese mismo vehículo, ese fue el primer contacto con la guerra. Puerto Argentino ya estaba rodeado y las fuerzas inglesas bombardeaban nuestras posiciones, así que había bastantes heridos.

Yo había estado en situaciones críticas como cuando en el año '78 había dejado la Escuela de Suboficiales para la guerra con Chile. Pero no era comparable, el primer contacto real con la guerra fue entonces, al ver los heridos.

Y sentí alegría, porque soy un profesional. Tengo 38 años y en mayor o menor grado todos los profesionales nos preparamos para la guerra toda la vida.

Sentí alegría al pisar Malvinas, y después, la primera vez que me bombardearon. Mas tarde, en el medio del bombardeo, cuando me di cuenta de que los proyectiles caían cada vez más cerca sentí miedo, y también con la primera ráfaga de ametralladora. El temor natural a perder la vida.

Me habían designado como fuerza agregada al Regimiento 7, para reforzar sus posiciones, y así llegué a las islas, con mis cuatro hombres con sus dos ametralladoras. Hice noche en un lugar cercano al monte Longdon, y cuando iba llegando comenzó a dispararnos la artillería de campaña inglesa.

Cuando cayó el primer proyectil, a unos 100 metros delante nuestro la verdad es que me sentí contento. Siempre estuve haciendo ejercicios de combate, muy reales pero simulados; la realidad es cuando el proyectil busca al hombre. "Por fin fuego de artillería real", pensé entonces.

Cuando el fuego de artillería bate la zona hay un procedimiento para salir de esa posición, salir de a uno para evitar el mayor número de bajas, pero hasta ese momento esto siempre había sucedido con bombas de estruendo y esa vez no era así, era real. Había que realizar el procedimiento practicado durante años para salir del lugar lo mas rápido posible y no tuve dudas.

En Malvinas apliqué muchísimas cosas que aprendí en la paz mientras nos entrenábamos porque uno no se olvida de lo aprendido, aunque nunca lo haya practicado en hechos reales.

El día 14, más o menos a las 13 hs., se

rindió Puerto Argentino; el final de la guerra había comenzado tres días antes, a las nueve y cuarto de la noche.

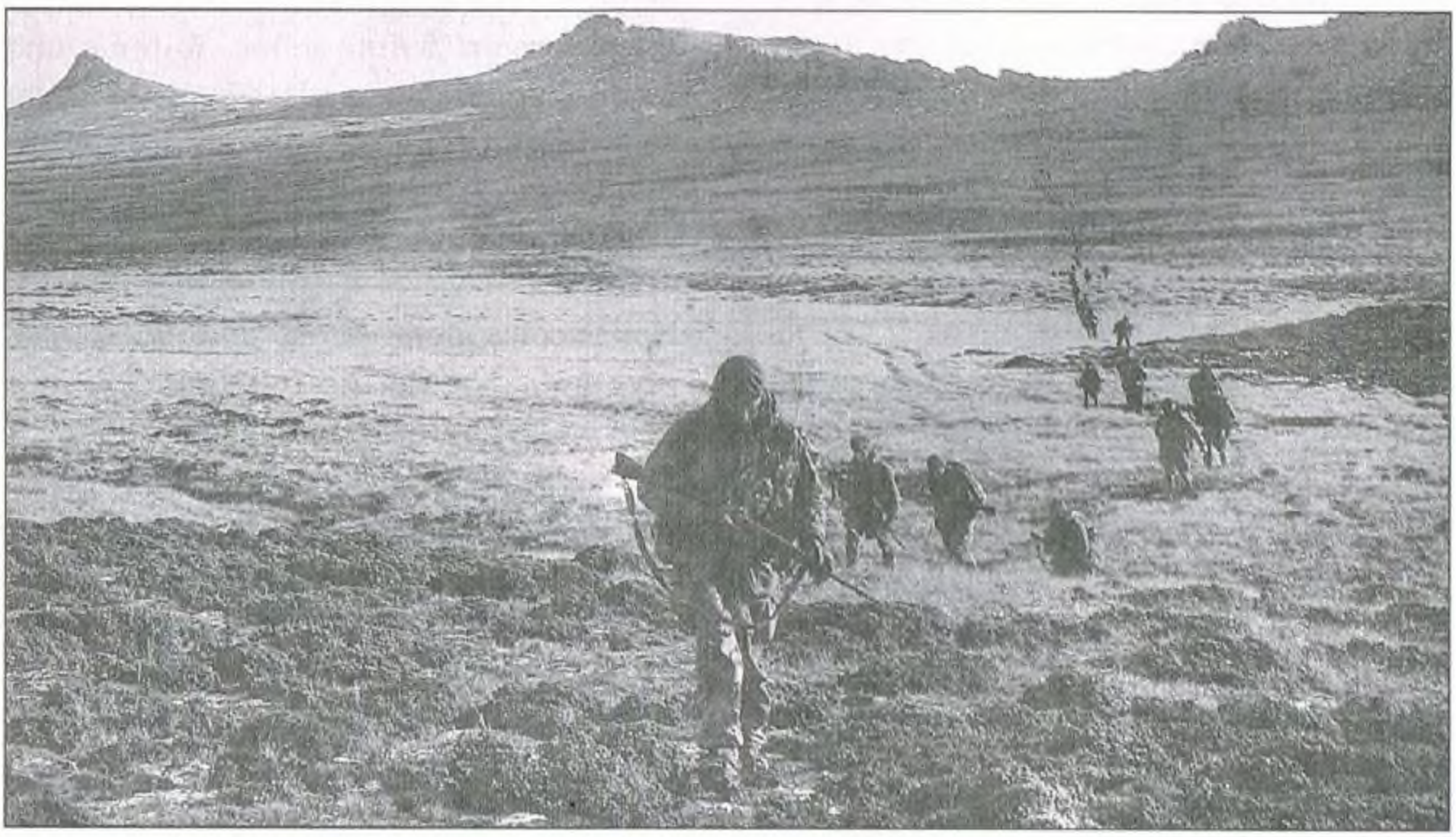
Cuando llegó la capitulación yo estaba allí, me había ido replegando con la ametralladora que me quedaba. La otra fue puesta fuera de combate en el monte Longdon, donde murió el soldado Bastida, el único Patricio muerto en Malvinas. Yo, mientras tanto, estaba en una posición de bloqueo al borde de un camino, con la otra. Cuando sobrevino el ataque inglés, que fue por el otro lado, murió el auxiliar Bastida, y el apuntador fue herido en el cuello. El dice que veía como bolas de fuego que subían hacia donde estaba, que en realidad eran proyectiles de lanzacohetes.

Me enteré de la muerte del soldado mío el 14. Los cuatro soldados que había llevado eran de la clase '63, la clase que recién se había incorporado y todavía Bastida ni había jurado la bandera. No hubo tiempo.

El peor recuerdo que guardo es el del día de la rendición. Yo estaba con dos compañeros en Puerto Argentino esperando definiciones, y de pronto se escuchó como el grito de una cancha de fútbol cuando hay un gol. Serían entonces las 13 horas.

Nuestras posiciones estaban reducidas a lo que era el grupo de caseríos, totalmente

Recortándose en el fondo de la mañana más triste de los combatientes argentinos, es la silueta del monte Dos Hermanas la que enmarca la escena del último avance británico



rodeados por ingleses. Hubo un alto de fuego no pactado en la primera línea, y los ingleses dejaron de atacar porque la situación era insostenible para nosotros, para ahorrar vidas de los dos lados.

Fue un momento de incertidumbre. No había posibilidades de apoyo de ningún tipo, estabamos vencidos hasta en lo moral. No teníamos más recursos.

Ese grito que sentimos y que pareció el de un gol, era de alegría. Eran los soldados conscriptos que se habían enterado de la noticia de la rendición.

Eran hombres que habían estado mucho tiempo, algunos dos meses y medio, en sus posiciones. En Malvinas estar tres días en una posición es durísimo, especialmente por el frío. En su momento los critiqué, pero un tiempo después comprendí que el equivocado era yo. Había que pasar esos meses en una posición en Malvinas, a la intemperie, con un frío mortal, que fue lo que mas diezmó la moral de los hombres.

Sentimos ese grito y miramos para todos lados sin entender qué estaba pasando. "Nos rendimos, se terminó todo", nos dijeron. A mí se me empezaron a caer las lágrimas.

Ellos, los soldados, volvían a sus casas, la guerra había terminado, sería un mal trago o un buen trago, pero se olvidarían. Para nosotros, profesionales que teníamos que seguir en el Ejército fue un golpe muy duro. Hasta ahora lo sigue siendo.

Pero no lo recuerdo con dolor. Aprendí muchas cosas sobre mí, llegué a un límite, volví desde ese límite, tuve miedo, por momentos desesperanza, euforia, alegría, tristeza y bronca cuando la guerra me golpeó directamente los sentimientos y me enteré de la muerte del soldado mío, al que había tenido entrenándose dos meses. Ese fue un choque que me tocaba directamente, los muertos y los heridos que yo había visto hasta ese momento eran soldados nuestros pero prácticamente desconocidos.

A Claudio Alfredo Bastida lo conocía, lo había entrenado, era un excelente soldado, hijo único de madre viuda que no tenía que haber hecho el servicio militar si hubiera hecho los trámites a tiempo, y me había manifestado deseos de entrar a la Escuela de Suboficiales cuando terminara el servicio militar.

Después permanecimos dos días en Puerto Argentino y los ingleses nos hicieron entregar el armamento. Eso fue muy doloroso, había que colocar las armas en pilas, como si fueran leños. Yo tenía una ametralladora nueva, la otra había sido destruida en el monte Longdon, y la desarmé. Luego en la bahía la fui tirando al mar en lugar de entregarla.

Después llegó el momento del regreso. Nos encolumnaron en el amarradero, nos revisaron, nos sacaron el correaje y nos dejaron el casco, embarcamos en naves menores y de pronto, en el medio del mar, apareció un gigante lleno de luces que era el *Canberra*, que nos esperaba.

Designaron camarotes sin mezclar oficiales, suboficiales y soldados. Teníamos de guardia a un grupo de paracaidistas, y fueron muy amables.

Los ingleses no me hicieron sentir hu-

millado, los sentí muy profesionales. Creo que una vez que nos rendimos hasta nos pidieron por favor que nos desplazáramos. Hablábamos en inglés, medio indio, pero nos entendíamos. Fueron amables y hasta nos mostraron su armamento.

Al volver, tuve diez días de licencia y volví al Regimiento 1.

En mi caso particular creo que, con otra visión, seguí siendo el mismo. Tomé todo como un profesional. El combate y la guerra eran mi misión principal y fue una experiencia riquísima. En alguna medida hasta siento que despierto cierta admiración entre algunos colegas por haber estado en Malvinas y me han llegado a pedir que dé a algunos soldados charlas sobre la experiencia vivida.

Siempre metido en el trabajo, siempre para adelante no he hecho todavía un balance de todo. Tal vez el momento sea cuando termine mi carrera profesional. Yo tuve acceso a una instrucción superior respecto de la guerra, basada en los intereses profesionales. Sacrificamos familia, horas de sueño, dinero, por esa instrucción. Así que yo tomé a Malvinas desde el punto profesional, "hay que hacer esto, hay que hacerlo bien".

Y tuve la suerte de llegar a Malvinas con espíritu de lucha, era joven, venía del Regimiento 14 de paracaidistas, y estaba tan preparado que inclusive ni siquiera me golpeó el clima".

El suboficial de Infantería Julio Miguel Ramírez (38) nació en Morón, provincia de Buenos Aires.
En Malvinas era cabo primero.
Es casado y tiene dos hijas:
Valeria (9) y Paula (7).
Después de Malvinas estuvo en comisión en Yugoslavia, en el BEA 6, entre 1994 y 1995.

EJERCITO

Nos mandaron al Estrecho para observarlos

Por el sargento ayudante
Roberto Ríos

Con 20 de edad y apenas en el segundo año de cabo, Ríos era ya un soldado con la aptitud de comando cuando enfrentó su "hora de la verdad" en Malvinas. Combatió con la 601 y, en Puerto Howard (Gran Malvina) estaba con su sección de patrulla cuando sorprendieron y en corto combate dieron muerte a uno y capturaron a otro integrante de una pareja de observadores adelantados del SAS -Special Air Service- británico.

Nos mandaron al Estrecho para observarlos

"Nos dieron la orden de alistarnos esperando la llegada desde todo el país de aquellos otros soldados con aptitud de comandos. Nos equiparon y salimos para Malvinas. Estábamos contentos porque pensábamos que teníamos la suerte -que tal vez otros no-, de ir a las islas. Además sentía que había llegado la oportunidad de probar mi preparación. Tal vez no contábamos con todos los medios adecuados, pero el factor humano estaba. El 26 de abril de 1982 pisamos Puerto Argentino donde nos ubicaron en un gimansio cercano al puesto de comando. Hubo poco tiempo para aclimatarnos y de entender cómo era la situación, porque al otro día salimos en operaciones. Hacíamos patrullas de exploración con los helicópteros de la Aviación de Ejército reconociendo el terreno para comprobar si había actividad enemiga y diversas operaciones como la requisación de las fincas de los kelpers y la instalación de emboscadas. Formamos tres secciones de asalto; una patrullaba dando seguridad al puesto comando cuando no le tocaba salir; la otra permanecía en descanso, y la restante salía al terreno". Cuando los ingleses desembarcaron en San Carlos, Ríos y sus compañeros de la primera sección estaban en Puerto Howard, en la Gran Malvina, junto al Regimiento 5 de Infantería. "Nos mandaron al estrecho para observarlos y ver qué clase de actividades desarrollaban. Conformamos una patrulla con el teniente primero Duarte, los sargentos ayudantes Altamirano, Moreno y yo. Salimos a pie acompañados hasta mitad de camino por toda la sección porque nuestro destino quedaba bastante lejos, más o menos a unos 30 kilómetros. Se hizo la noche y el resto de la sección retornó con sus 24 hombres, dejándonos solos. Buscamos un lugar para descansar en unas alturas entre medio de las piedras. Antes del amanecer reiniciamos la marcha y llegamos al estrecho de San Carlos. No podíamos ver ningún movimiento de soldados del otro lado por la intensa y espesa neblina que tapaba todo. Sólo escuchábamos el despegue de helicópteros en la cabecera de playa instalada por los ingleses. Entonces, el jefe de sección decidió volver para informar sobre la situación. Eran las 9 ó 10 de la mañana. Recorrimos el mismo camino que el día anterior y paramos para desayunar un poco distendidos. Volvimos a marchar. Adelante Duarte, más atrás Altamirano, después Moreno y último yo. Me había quedado bastante atrasado con respecto a los tres y en un momento ví que se detuvieron los dos sargentos. Llegué hasta donde estaban, me explicaron qué pasaba y que tomara posición de combate porque habían escuchado voces en inglés detrás de unas piedras. Pregunté si habían ido a ver quiénes eran y ante la negativa, les pedí seguridad porque iba a acercarme a ese lugar que habíamos reconocido el día anterior. Lo recorrí nuevamente y no encontré nada. Volví y comuniqué la novedad a mis compañeros. Mientras decidíamos qué hacer, de entre medio de las piedras y desde la altura del filo de un cordón montañoso apareció un soldado enemigo que nos tiró con su fusil. Devolvimos el fuego y tiramos varias granadas de mano y una para fusil porque no sabíamos

Un soldado argentino desconocido yace bajo esta cruz en el cementerio de Darwin, en isla Soledad. Una forma de recuperación de tierra irrevocable

cuántos nos atacaban. Eran casi las 11 de la mañana. Seguimos haciendo fuego y vimos volar una granada que cayó a nuestras espaldas. "¡Por acá, por acá, que se van!", gritó Moreno. Lo seguí y cerca de una cima vimos que por el otro lado escapaban dos hombres. Disparamos. Hicieron cuerpo a tierra y volvieron a tirarnos. Seguí a Moreno hasta unas rocas buscando mejor posición y escuchamos el grito de Duarte de "¡alto el fuego!". Uno de los dos ingleses hacía evidentes señales de que quería rendirse. Le indicamos que se acercara con las manos en alto mientras el otro seguía en el suelo sin moverse. Cuando estuvo frente a nosotros, le indicamos que se desprendiese la ropa de arriba y tirara el armamento. Una vez que lo hizo, Duarte y Altamirano se encargaron de él. Mientras tanto, Moreno me pidió que lo acompañase para ver al otro, que según nos dio a entender su compañero, había muerto. Fuimos, lo revisamos y efectivamente estaba sin vida. Ambos habían instalado un puesto de observación para dirigir el fuego de las fragatas sobre nuestras posiciones en Puerto Howard que, desde que llegamos, nos habían bombardeado unas cinco o seis veces. Encontramos una mochila y equipos de distinto tipo para transmitir las posiciones argentinas que tenían marcadas en un calco. Nos llevamos al prisionero, los materiales y dejamos al muerto. En nuestro puesto de comando nos recibieron con un café y se armó rápidamente una patrulla para recuperar el cadáver".

En este punto del relato, su voz se entrecorta y denota emoción al recordar aquellos momentos. "Cambiamos opiniones sobre la experiencia de haber entrado en combate real. Y la conclusión fue que estábamos preparados y que cuando nos tiraron el instinto nos hizo buscar una posición segura para devolver el fuego, porque estaba en juego no sólo la propia vida sino la del compañero apostado a nuestro lado. Sabíamos qué debíamos hacer y también lo que nos podía tocar. El entrenamiento tuvo mucho que ver en nuestra forma de actuar".

Continuó con el relato: "Trajeron al muerto y más tarde, fuimos a charlar con el prisionero. Era el cabo primero Fonseca, portorriqueño, que por supuesto hablaba castellano. Había ido contratado a Malvinas. En el momento de la escaramuza estaba con el capitán John Hamilton del SAS que cayó en ese enfrentamiento y a quien conoció para esa misión, que por supuesto no reveló. Pero con todo lo que encontramos supimos cuál era, porque esa noche las fragatas llegaron, tiraron tres cañonazos y se fueron. Evidentemente ya no estaban quienes les dirigían el fuego". La hora de la rendición resultó un trago amargo para todos. Lo cuenta: "Una semana después, recibimos noticias de que Puerto Argentino había caído y que los ingleses llegarían en tres helicópteros para encargarse de nosotros. No queríamos saber nada con rendirnos y hubo muchos que lloraron de bronca al hacerlo. Al saber que éramos comandos, nos separaron del Regimiento de Infantería 5 y mientras a sus integrantes los requisaron en una cancha destinada para soldados regulares como ellos, a nosotros nos revisaron fuerzas es-

peciales. Mantuvimos el equipo, la mochila y el armamento hasta casi pasado el mediodía, y estuvimos así sentados hasta que nos indicaron dónde debíamos dejarlo. Con ellos compartimos algunas charlas. Yo tenía un turrón en el bolsillo y al palparme uno de los bolsillos, el inglés lo encontró y me lo devolvió, sacando a su vez un chocolate de su uniforme que partió y me dio la mitad. Entonces, yo hice lo mismo con mi turrón. El trato fue bastante afable. Me dio la impresión de que no tenían ni idea de Malvinas y creo que conocieron y ubicaron en un mapa a la Argentina por este conflicto. No hubo odio.

Caer prisionero fue una de las peores sensaciones que experimentamos y la otra, la manera cómo nos recibieron cuando llegamos al continente, muy distinta a la que pensábamos. Volvería otra vez. ¿Si tuve miedo? Por la edad que teníamos en ese entonces éramos totalmente inconcientes.

Cada vez que las fragatas terminaban de bombardearnos, con el entonces cabo primero Contreras salíamos de nuestra posición para ver dónde habían caído las bombas y como algunas quedaban enterradas, las destapábamos para ver de qué tipo eran. Al contarle al jefe de sección, el ahora teniente coronel Fernández, nos decía "ustedes son unos locos". O no salir para tomar posición segura y quedarnos en un lugar peligroso porque estábamos mucho más cómodos que dentro de un pozo de zorro mientras llovían las bombas".

El sargento ayudante Roberto Ríos tiene 38 años. Es casado y tiene 6 hijos. Nacido en Despeñadero, Córdoba, desde muy chico vivió en Río Tercero. En 1982 tenía 20 años, era soltero y estaba en el segundo año de cabo. Como el año anterior había cursado para comando, integraba el equipo Halcón 8, la base de la Compañía de Comandos 601, al mando del mayor Mario Castagneto (hoy general de brigada). Era apuntador de lanzacohetes en la Primera Sección de Asalto.

Yo vi morir a nuestro querido teniente Estévez

Por el ex soldado conscripto clase 63
Sergio Daniel Rodríguez

Sergio Daniel Rodríguez está próximo a recibirse de Licenciado en Ciencias Políticas en la Universidad de Buenos Aires. Casado, con su esposa y sus hijas mellizas de ocho años, forma una bonita familia. Diecisiete años atrás era un conscripto de 18 al que le tocaba ser parte de episodios inolvidables. Como el de la muerte en combate, a su lado, de uno de los héroes del Ejército, el teniente de Infantería Roberto Estévez. Su ejemplo - dice Rodríguez - marcó a fuego a cada uno de sus soldados.

Pertenezco a la clase 63 e ingresé en febrero de 1982 en el Regimiento de Infantería 25 que tiene asiento en la localidad de Sarmiento, provincia del Chubut. A poco de haber llegado, los que teníamos estudios fuimos separados del resto de los soldados conscriptos. Yo estaba cursando la carrera de analista de sistemas en el primer año; me ubicaron en la sección de aspirantes. El teniente Roberto Néstor Estévez, quien posteriormente dejaría un recuerdo imborrable en todos nosotros, fue el que nos seleccionó personalmente uno a uno.

Comenzó una instrucción que no vacilo en calificar de dura y severa hasta el 24 de marzo a cargo de Estévez, que pertenecía al grupo de Comandos y su segundo jefe de sección, el cabo primero Faustino Olmos, también de esa misma especialidad.

La instrucción era diurna y nocturna con todo tipo de armamentos, teoría y práctica y estaba destinada solamente a este grupo seleccionado al que yo, gracias a Dios, tuve la suerte de integrar. Debo añadir que esta instrucción fue altamente valiosa a la hora del combate y Estévez, un jefe calificado que no sólo se preocupaba por nuestro estado físico sino también por nuestra espiritualidad no cesaba de darnos ánimo y valor con sus propios gestos personales. Les cuento un ejemplo:

Allá en el sur hay unos espinillos ásperos y filosos y durante nuestros habituales "cuerpo a tierra" y posterior deslizarse, tratábamos de evitarlos. Al darse cuenta de esto, Estévez hizo él mismo el ejercicio sin importarle de las lastimaduras que tales arbustos le ocasionaron y luego nos dijo: Si están en pleno combate no van a tener tiempo de bordearlos, la guerra es así".

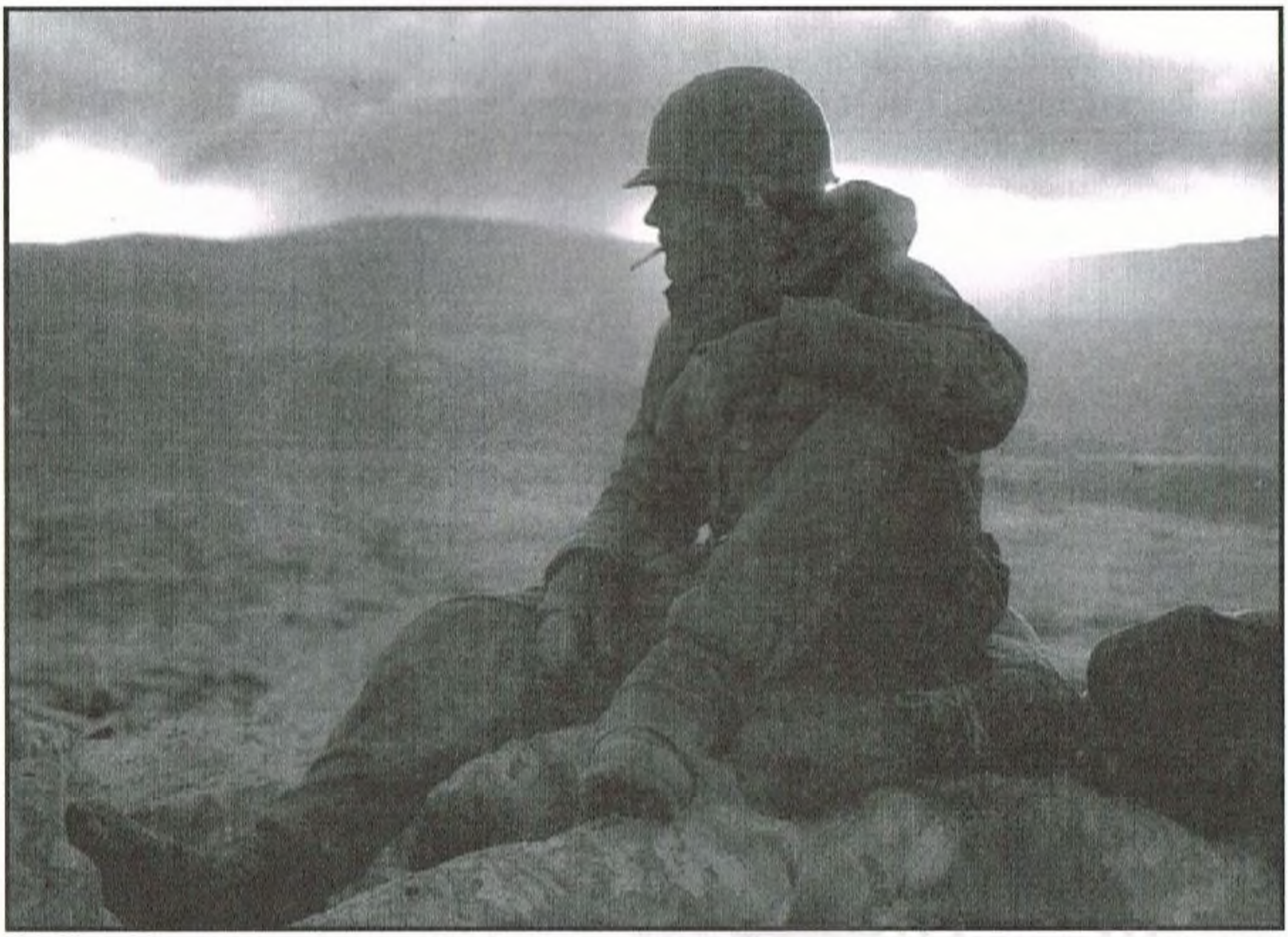
Este tipo de ejemplos era muy a tono con su naturaleza de persona de una alta moral, ética y honor. Y sólo tenía 24 años. Nosotros los AOR (Aspirantes a oficiales de Reserva) en la mitad de la noche más de una vez fuimos levantados y nos hacían salir a correr sorpresivamente bajo fina lluvia o nevizca, solo vestidos con pantaloncitos cortos y ballenera (remera de manga corta).

Y como decía Nietzsche, lo que no te mata, te fortifica. Ese fue nuestro caso. Del inicial grupo escogido, cuarenta y cinco, quedamos cuarenta. Y esos cuarenta fuimos a Malvinas.

Aquel inolvidable 2 de abril nos tocó desembarcar a mediodía y nos sentíamos muy orgullosos en razón de pertenecer al único elemento del Ejército que participó de la operación de neto corte aeronaval en aquel momento. A bordo del *Almirante Irizar* fuimos partícipes de una tocante ceremonia que nos concernía de un modo muy especial.

Como no habíamos tenido tiempo de jurar la bandera se organizó para nosotros una jura de nuestra enseña nacional, que tuvo el carácter de provisoria y levantó nuestro orgullo hacia las nubes. Y ahí nos enteramos que íbamos a Malvinas. Puedo afirmar que entre lágrimas y abrazos, ahí mismo se terminó de consolidar nuestro grupo.

Estuvimos brevemente en Puerto Argentino y luego, a bordo del barco *Isla de*



En algún lugar del frente de Malvinas, esperando el momento del combate...

los Estados fuimos enviados a Darwin con el objetivo de tomarlo. Nuestro grupo de AOR era parte de la compañía C formada por tres secciones, Gato, Bote (la de Estévez) y Romeo, a cargo de Gómez Centurión. Entre el 4 y 5 de abril nos asentamos en Darwin y comenzamos nuestras tareas de limpieza, minado y excavación de "pozos de zorro" y puestos de ametralladora. Nuestro jefe directo era Estévez y el jefe de la compañía, el teniente primero Daniel Esteban. Yo era tirador de MAG (ametralladora pesada) y fui elegido para eso debido a mi buena puntería en aquellos ejercicios anteriores en Chubut. Disponíamos de 2 MAG, 2 lanzacohetes y fusiles FAP y FAL. Nuestra base de operaciones era una escuela kelper construida íntegramente de madera que constaba de dos pisos, ahí estaba ubicada la compañía C. Recuerdo que faltando algo de raciones algunos oficiales y suboficiales, se fueron a ca-

Cada uno de estos soldados del 25
iba a dar lo mejor de sí en el choque que se avecinaba

zar avutardas y durante tres días esos pajarracos fueron parte distinguida de nuestro menú. Disponíamos de un buen equipo de abrigo, muchas medias de recambio y guantes que nos protegían manos y pies del frío.

El 1° de Mayo a las 8 de la mañana los Harriers ingleses atacaron a los Pucará estacionados en el aeropuerto de Darwin. Nosotros estábamos ubicados a unos 500 metros del aeropuerto y vimos perfectamente todo. Darwin es un caserío, una especie de pequeña bahía, todo bastante plano geográficamente hablando. Luego del ataque abandonamos la escuela y nos instalamos en nuestros "pozos de zorro". Desde ahí en más el agua y el frío fueron nuestros íntimos compañeros. Recuerdo que rezábamos al levantarnos y al acostarnos. En los respiros que nos daban los desayunos hablábamos de nuestras respectivas familias y el hecho histórico y singular que estábamos protagonizando. Todas esas cosas no hacían más que reforzar la alta moral que, inculcada por la labor encomiable de Estévez, existía en el grupo. Debo añadir que el día 24 de abril hicimos nuestro juramento oficial a la bandera en suelo malvinense, privilegio que, creo, nadie lo tuvo. La compañía se dividió. Rumbo a San Carlos marchó Esteban y los suyos, al caserío de Darwin, Gómez Centurión con su gente y nosotros quedamos en nuestros "pozos de zorro" a cargo de Estévez. Y permanecimos en aquel sitio hasta el 27 de mayo, momento en que el teniente coronel Piaggi le ordenó a Estévez que debíamos marchar hacia la pri-

mera línea de combate debido a que los ingleses, que habían desembarcado en San Carlos el 1º de mayo, avanzaban hacia Darwin y ya se habían producido enfrentamientos con efectivos del Regimiento de Infantería 12. Según nos testimonió el capellán militar padre Mora, al recibir la órden, Estévez se puso contento: "al fin. Era lo que estaba esperando", dijo. A las 2 de la madrugada del 28 de mayo llegamos a Boca House (Casa Boca), sitio cercano al cementerio de Darwin que ya era zona de combate. Al hacerlo nos cruzamos con gente del Regimiento 8 a cargo del subteniente Peluffo que venían de combatir. Estévez nos hizo desplegar en abanico y quedamos distribuidos allí. Luego, a la derecha del abanico entró en contacto con el enemigo y nosotros, que aún no estábamos en las posiciones que debíamos ocupar según las órdenes recibidas, nos unimos con los del 12 para permitirles un respiro pues mientras ellos se replegaron nosotros contraatacamos. Al hacerlo, chocamos con la compañía A del batallón de paracaidistas ingleses, que tenía unos ciento cincuenta efectivos y estaban muy bien armados. Se peleó muy duro, sin dar ni pedir cuartel en un combate que desde las 5 de la mañana se prolongó hasta casi las 10. Fueron casi cinco horas de auténtica estadía en el infierno. Nosotros efectuamos tres repliegues y sucesivos contraataques. Ellos tenían apoyos de las fragatas que estaban en San Carlos y de artillería, combinada con los Blow-pipe (misiles antiaéreos) que barrían el terreno. La disparidad de fuerzas era abrumadora en favor del enemigo. Al hablar de lo que fue ese combate recuerdo las balas trazantes que iluminaban la oscuridad, los morterazos, los gritos de dolor y de furia con que unos a otros nos animábamos. Debido a la elevada preparación física espiritual con que contábamos, durante el combate estábamos calmos, tranquilos. La angustia previa al choque con el enemigo nos había tenido nerviosos, pero, ahora, en plena lucha las cosas se revelaban tan simples como terribles. Y en la sencillez del "matar o morir" todo estaba resumido. Yo estaba a cargo de una de las dos MAG que teníamos y Zabala, otro soldado conscripto, era mi cargador de municiones. Desde nuestro puesto disparaba a todo lo que veía o creía ver frente a mí. De pronto un proyectil de mortero cayó muy cerca de nosotros. El pobre Zabala recibió de lleno las esquirlas y murió en el acto. Yo recibí impactos de esquirlas en el perineal izquierdo. Recuerdo que antes de perder la lucidez, atontado por la onda explosiva, le pedí a Dios que no me dejara morir allí.

Realmente no sé cuánto tiempo estuve insconciente o atontado. Luego, sin soltar mi MAG me arrastré hasta un pozo cercano mientras sentía la tibieza de la sangre en mi piel y no sabía que tan herido estaba. Me zambullí en el pozo y encontré que allí había soldados del 12.

Ese pozo era como tener una butaca para contemplar el infierno. El cabo Castro había intentado llegar también al pozo donde yo estaba cuando un proyectil de fósforo lo alcanzó y lo envolvió, convirtiéndolo en una antorcha humana. Oíamos sus gritos desgarradores. El pobre de-

Saludo a la bandera,
sobre el mismo suelo malvinero
que habian venido a recuperar

cía: "¡Rodríguez, máteme!- gritaba mientras se quemaba vivo.

A Romero, otro soldado que estaba allí le gritó lo mismo, pero nadie se atrevió a dispararle y terminar con su agonía. Un rato después no escuchamos más su voz; que Dios lo tenga en la gloria.

Y llegó en mi relato a lo que considero el instante supremo del combate, desde mi situación personal por supuesto. No hay que olvidar que en medio de ese caos del combate muchos estaban sufriendo experiencias únicas e indelebles. La que les narro a continuación fue la mía:

El teniente Estévez estaba recorriendo las posiciones, gritando órdenes a derecha e izquierda, todo esto, repito bajo el terrible fuego enemigo. Al salir del pozo contiguo al mío recibió dos balazos en el brazo y pierna izquierda, respectivamente. Tambaleándose llegó al pozo donde yo me encontraba. Este valeroso oficial, sin preocuparse de sus propias heridas me preguntó por las mías pues yo estaba ensagrentado. Le contesté que podía arreglármelas. Estévez tomó un FAL y comenzó a disparar; luego, por radio estuvo dando nuevas órdenes. Mi MAG la tomó otro soldado del 12 y abrió fuego contra el enemigo. Ese soldado recibió un balazo en la cabeza, obra de francotiradores -los que mayores bajas causaron en nuestra dotación- y cayó muerto. Eramos cinco en el pozo en ese momento. Comenzamos a soportar fuego

directo de morteros y las cercanas explosiones de los proyectiles que caían nos arrojaban lluvia de tierra sobre nuestras cabezas. Estévez, lo repito, sin importarle de sus heridas tomó el casco del soldado muerto del 12 y me lo colocó en mi cabeza, para protegerme, ya que nosotros usábamos boinas verdes y eso no protege nada ante una bala o una esquirla.

En ese momento recibió un nuevo balazo en el pómulo derecho y se desplomó pesadamente a mi lado. Tratamos de auxiliarlo y le oímos decir algo que nadie entendió, y luego expirar. Como estaba cargado de granadas cualquier proyectil podía impactarlas y volarnos a todos, se las quitamos y sacamos el cuerpo fuera del pozo. Luego, afuera, su cuerpo de héroe recibió numerosos balazos más, quedó casi irreconocible y la prueba de esto es que luego del combate lo reconocieron por la manera especial que tenía, como lo hacen los comandos, de atarse los cordones de los borceguíes. Tomé la radio y después de algunos intentos logré comunicarme con el teniente coronel Piaggi y le informé que Bote (nombre clave de Estévez) estaba muerto. Le pedí instrucciones.

La última foto del teniente Roberto Estévez, uno de los héroes del Regimiento de Infantería 25, que murió en el combate que relata el soldado Rodríguez

La medalla
Al Herido en Combate,
la única que atesora
el soldado Rodríguez,
quien afirma: "mi
recompensa fue pelear"

"Esperen y aguanten hasta que lleguen los Pucará de apoyo"- me contestó. Los Pucará nunca llegaron. Entretanto, los ingleses habían logrado tomar las alturas y desde allí su fuego nos estaba acribillando. El subteniente Peluffo, para evitar un inútil derrumbamiento de sangre, ya que habíamos agotado todas nuestras municiones alzó la bandera blanca y todo terminó para nosotros. Recuerdo que en nuestras posiciones los muchachos se pusieron a fumar o comer chocolates y caramelos, embargados de una total tranquilidad y sastifacción por haberse batido como bravos.

Al tomarmos prisioneros los ingleses nos registraron, descubrieron que teníamos ocultos cuchillos y "ahorcadores" (tanzas usadas para estrangular) y algunos suvenires de tropas británicas que habíamos conseguido después de desembarcar. Eso más que nada les hizo entrar en furia y nos golpearon. A mí, que estaba herido en el suelo tendido sobre un chapón, me propinaron un puntapié. La noche del 28 nos efectuaron los primeros auxilios. El soldado Giraudo, que fue herido cumpliendo funciones de estafeta bajo el fuego enemigo, falleció esa noche. Sé que todos mis compañeros caídos, con el teniente Estévez a la cabeza, deben estar ahora en el paraíso brutal de los valientes. Y vaya mi recuerdo sincero y emocionado para todos ellos.

Prosiguiendo con mi relato. A la mañana siguiente -era el 29 de mayo- nos lleva-

ron a un hospital de campaña en San Carlos y allí me efectuaron dos operaciones, una colostomía (ano contra natura) y una laparoscopía (operación de búsqueda en el interior de mi cuerpo, tratando de localizar fragmentos de proyectil). Posteriormente, cirujanos argentinos me hicieron otras cuatro operaciones. Debo añadir que estando internado, un compañero me relató que Gómez Centurión y un grupo de prisioneros intentaron fugarse para regresar a nuestras líneas pero no pudieron logarlo. Luego fui trasladado al buque hospital *Uganda* y ahí un capellán inglés que hablaba un perfecto castellano me dijo: "La guerra se terminó para vos". Antes que me trasladaran al *Bahía Paraíso*, el 5 y 6 de junio debí soportar, como todos mis compañeros, el interrogatorio de la inteligencia inglesa. El hecho de tener prisioneros a "boinas verdes" en San Carlos y Darwin y la enconada resistencia que les opusimos les hacía no creer que cincuenta efectivos con sólo dos MAG, dos lanzacohetes y fusiles hubieran podido detener a toda una compañía de tropas altamente especializadas, obligándolas a replegarse tres veces durante aquellas cinco horas infernales. Así fue, ciertamente, el combate de Goose Green o Pradera del Ganso. Algunos pocos soldados del 8 y del 12 y nuestra sección AOR dio material al jefe del comando inglés, brigadier mayor Julián Thompson que en su libro *No pic-nic* describió la dureza de esta batalla que retrasó considerablemente los planes ingleses de tomar Darwin.

También supe que en otra acción durante el 29, el teniente coronel Jones, jefe del batallón de paracaidistas ingleses murió en un choque con las fuerzas de la sección Romeo a cargo del subteniente Gómez Centurión.

El regreso

El 7 de junio desembarqué en Puerto Belgrano y permanecí internado en el hospital naval por seis meses, afrontando, como ya dije, cuatro operaciones más.

Recibí la condecoración de herido en combate y aquí quiero dejar constancia de algo que mis compañeros y yo consideramos como asunto pendiente. Creemos que en algún momento debemos ser acreedores al grado de Oficiales de Reserva ya que estábamos destinados a un curso de siete meses que nos daría tal grado y dicho curso no pudo ser efectuado por la llegada de la guerra. Pero creemos, con toda la humildad del mundo, que el comportamiento y las experiencias vividas en el campo de batalla nos hacen dignos y orgullosos merecedores de ostentar tal condición. Quiera Dios que alguna autoridad competente, al leer estas líneas, ponga las cosas en su justo lugar. Así sea.

Aquel maravilloso grupo formado por el teniente Estévez aún perdura. Entre agosto y octubre de cada año solemos reunirnos en comidas de camaradería donde abundan los recuerdos, las emociones y porqué no alguna que otra lágrima furtiva.

A pesar de todas las penurias sufridas, he logrado rescatar lo positivo que hubo y

que fue mucho. Quien tiene a la muerte cara a cara no deja, después de esos momentos, de mirar la vida de otra forma, la jerarquiza y trata de darle el más valioso y noble de los sentidos, el del amor a la familia, el trabajo, el estudio, la responsabilidad y el respeto.

El haber tenido el privilegio de estar junto a hombres de la talla del teniente Estévez, que se convirtió en un modelo a seguir en mi vida, es algo que me ha marcado a fuego y que jamás olvidaré.

Malvinas fue un punto de inflexión en nuestra historia. Nada será igual después de eso. Ojalá todos los argentinos nos encolumnemos tras el objetivo de recuperarlas, esta vez siguiendo los caminos de la diplomacia, el respeto mutuo y la paz. En lo personal, me he propuesto rastrear, investigar y profundizar para rescatar del olvido a esos héroes y sus ejemplos, cosa que noto está faltando en la actual sociedad argentina. Los conceptos de patria, probidad, honor, moral, ética, sustentados con la propia vida, estrella polar de los que cayeron en el Atlántico Sur, no deben caer jamás en saco roto. A las nuevas generaciones debemos hacerles conocer quiénes fuimos los que padecimos y luchamos y que ahora tenemos una edad de alrededor de cuarenta años; nosotros comenzamos a ser los nuevos dirigentes de este ciclo. Dios quiera que sepamos volcar nuestras experiencias para construir una Argentina mejor.

Deseo volver a Malvinas, detenerme ante la tumba del teniente Estévez y las de mis compañeros caídos. Quiero volver a cierta gruta natural donde junto al padre Mora emplazamos la imagen de la Virgen ante la que teníamos misa por las mañanas. Quiero volver a rezar allí por el alma de los vivos y los muertos y agradecerle por haberme preservado. Y pedirle fuerza y conciencia para que mi vida no sea inútil sino provechosa para quienes me rodean, mi comunidad y mi familia.

Después de todo, ese es el mensaje que nos legó el teniente Estévez.

Sergio Daniel Rodríguez (36) es ex soldado conscripto clase 63. Está casado con Cecilia Liliana Scilingo, con quien tiene dos hijas: María Belén y María Victoria, 8 años, mellizas. En la actualidad trabaja en el Banco Nación, donde ingresó en 1984 (Instituto de Capacitación), y estudia la Licenciatura en Ciencias Políticas en la UBA (le faltan pocas materias para recibirse).

Tres noches con sus días

Por el coronel
Rodrigo Soloaga

Como un joven oficial de Caballería, el hoy coronel Soloaga llegó a Malvinas integrando un Escuadrón de Exploración equipado con vehículos Panhard, que por las condiciones del terreno no podrían ser empleados. Le cupo así pelear "desmontado" -como dirían los viejos milicos de frontera- y no por ello fue menos valiosa la experiencia de combate que aquí nos relata.

La guerra constituye, sin duda, un hecho extremo, un episodio brutal que cambia la historia de los bandos que se enfrentan y también la de los individuos involucrados. Como participante en la de Malvinas puedo dar testimonio de esto.

Este relato tiene como propósito compartir algunas de las vivencias de aquellos momentos con la perspectiva que dan los 17 años transcurridos desde entonces.

El lapso entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982 puede ser cronológicamente breve pero sin duda es emocionalmente muy prolongado. Por eso limitaré mis recuerdos a los momentos de mayor carga emocional, cuando el combate llegó a nuestro sector imponiéndonos enfrentar al otro gran protagonista de esta historia: el enemigo.

Naturalmente hubo un "antes" y un "después", ambos abordaré en forma breve.

El "antes"

Llegamos a Malvinas el 16 de abril, a lo que dos días después sería Puerto Argentino y al recibir nuestras órdenes comprobamos con sorpresa que el escuadrón debería actuar separado en dos elementos, como parte de la reserva del dispositivo de defensa de la capital de las islas. Quedé entonces como jefe de una de las fracciones, con la correspondiente carga de responsabilidad, inquietud e incertidumbre, pero también de orgullo por conducir un elemento de combate, por pequeño que fuese.

Luego del bombardeo británico del 1º de mayo fuimos desplegados en la zona de Moody Brook donde permaneceríamos hasta el choque final con el enemigo y vivimos dos meses velando nuestras armas y transformándonos de novatos en curtidos soldados.

Allí cambió nuestra percepción de la situación, el tiempo y los hechos nos hicieron pasar de nuestro inocente entusiasmo inicial a un realismo pragmático y finalmente a una especie de fatalismo, que nos llevó a desear que se produjese de una vez el ataque del enemigo, como única opción para terminar con esa situación.

Primera noche –11 de junio- 18 hs.

Ese momento llegó después de una jornada relativamente normal, pero los ataques de artillería y bombardeos a baja altura desencadenados por el enemigo nos advirtieron que el ataque final se aproximaba.

La prematura noche austral había caído, las rondas de mate continuaban y las radios uruguayas nos informaban sobre lo que pasaba en el mundo, especialmente la visita del Papa a la Argentina.

De pronto, desde diversos sectores comenzó a acrecentarse la intensidad de los disparos al tiempo que se multiplicaban los mensajes radiales en esa noche gélida, aunque cosa rara, totalmente despejada.

Todos salimos de nuestras carpas y refugios y observamos que en los montes

Longdon y Dos Hermanas crecía el volumen de fuego de armas de todo tipo y la radio nos informó que también era embestido el monte Harriet.

El espectáculo era sorprendente y si no hubiese sido la ofensiva final del enemigo hubiera podido calificárselo de cautivante: los obuses estallaban y las trazadoras con sus trayectorias y rebotes en las rocas parecían fuegos artificiales, mientras las bengalas iluminaban la noche.

Como teníamos asignada nuestra misión precisamente en el Longdon y Dos Hermanas nos dimos cuenta de que pronto íbamos a entrar en acción.

A las 23 nos llegó la orden de ocupar la posición prevista en el valle del Moody. A las 3 de la mañana la ocupamos y establecimos contacto con el Regimiento 7 de Infantería.

Poco después recibimos intenso fuego y se produjeron las primeras bajas, que pusieron de manifiesto la limitada capacidad de que disponíamos para atender y evacuar a los heridos. Teníamos un solo enfermero que entró en crisis hasta que logramos calmarlo. Un camión que pasaba casualmente por la zona nos permitió enviar a la retaguardia y salvar a los hombres alcanzados.

El resto de la noche pasó con las experiencias propias del combate y del bautimo de fuego. Entonces se nos sumó una fracción del 4 de Infantería al mando del capitán López Paterson que se replegaba desde Dos Hermanas y recibimos a un disperso del 7 de Infantería que venía del monte Longdon y se encontraba en estado de shock.

Cuando años después leí *Viaje al Infierno* de Vincent Bramley recordé vivamente los relatos de aquel soldado.

Primer día –12 de junio- 8 hs.

Llegaron las primeras luces y con ellas una sensación gratificante de seguridad. Es notable como el solo hecho de poder ver puede cambiar totalmente la percepción de la situación; diría, sin pecar de exagerado, que nos sentimos optimistas.

También nos llegó la noticia de nuestra primera pérdida, el sargento primero Ron a quien encontramos –como no podía ser de otra manera- en una posición más adelantada y riesgosa donde lo alcanzó la artillería enemiga.

La calma en nuestras posiciones era total hasta que vimos movimientos de los in-

Las primeras bajas pusieron de manifiesto la limitada capacidad que teníamos para atender y evacuar a los heridos...

gleses en el Longdon y abrimos fuego, iniciando un intercambio de disparos –incluso de artillería- que se prolongaría durante toda la jornada.

Las horas de luz restantes transcurrieron entre fallidos intentos de contacto con nuestras propias fuerzas, completar la munición, mejora de las posiciones, evacuaciones frustradas, informes por radio, ayuno e inquietantes expectativas a medida que se aproximaba la hora de las sombras.

Segunda noche –12 de junio- 18 hs.

Cayó la noche y también el ánimo, creció la convicción de que para muchos podría ser la última. El fatalismo se apoderó de los hombres y el miedo comenzó a carcomer las entrañas. Sin embargo mis oficiales, suboficiales y soldados y los que se nos habían sumado mantenían la decisión de hacer frente al enemigo.

Sabíamos que los ingleses atacaban de noche, teníamos conciencia de que con nuestros flancos y retaguardia totalmente expuestos el enemigo estaba en superioridad de condiciones y de que no podíamos esperar refuerzos ni apoyo de otras fuerzas. Pese a todo estábamos dispuestos a vender cara nuestra posición.

La noche era gélida y la helada intensa, relevábamos continuamente nuestros puestos de observación y escucha para evitar los efectos del frío. Consumimos abundante munición iluminante para detectar el ataque con la mayor anticipación posible.

Fue en estas horas cuando valoré especialmente la presencia del capitán López Paterson, de mayor antigüedad que yo, pero que en esta situación tan particular no tenía el mando de la posición. Fue en todo momento un compañero, un guía, un referente, diría un amigo que contribuyó a atenuar la soledad del mando tan difícil de sobrellevar. Ese sentimiento hace que el que comanda sienta el peso de la responsabilidad respecto de la vida de sus hombres y se sabe observado atentamente, que todos esperan sus órdenes y lo analizan todo el tiempo. Al mismo tiempo es consciente de sus falencias, siente sus propios temores pero no tiene referente, experimenta la tensión de que, aun siendo falible, no puede equivocarse.

Así pasó la noche y el sol comenzó a iluminar tenuemente el horizonte.

Segundo día –13 de junio- 8 hs.

Nadie sabe por qué los ingleses postergaron 24 horas el asalto final contra Puerto Argentino, pero sí sé que 150 almas respiraron con alivio cuando amaneció. En esos momentos 24 horas equivalían a toda una vida.

Superada la angustia, con el espíritu más optimista, llegó el momento de ocuparnos de asuntos "mundanos": después de pedir autorización envié personal a la zona de reunión para buscar abrigo y víveres, pues el frío nos estaba castigando mucho y el hambre se hacía sentir después de 36 horas.

También comprobamos que no todos soportaron las tensiones vividas: el sargento 1ro. Agüero y el soldado Arce habían escapado durante la noche abandonando la posición provocando el desprecio y el repudio del resto. Se los juzgó al regresar al continente y el suboficial fue condenado.

Después del mediodía debí trasladarme a Moody Brook para recibir la orden de repliegue y cometí la imprudencia de ir solo. Durante el trayecto me sentí hondamente impresionado por la total soledad que reinaba, caminaba en medio del frío y un paisaje áspero sin otro sonido que los latidos de mi corazón. Era la calma que precede a la tormenta, pues el día dio paso a la noche.

Al regreso mis sentimientos eran totalmente diferentes, sentía la urgencia de llegar por la convicción de que una demora podría causar la aniquilación de mis tropas pues comenzaba a oscurecer. Corría y caminaba, transpiraba, me invadía el cansancio y lo vencía, hablaba solo para calmar mi angustia y por fin llegué.

Puerto Argentino, 14 de junio.
"Ya de día la situación era confusa y la carencia de órdenes, la norma..."

Tercera noche –13 de junio- 18 hs.

El repliegue había sido organizado por el capitán López Paterson que había sido prevenido por la brigada y lo hicimos en dos escalones, el primero a sus órdenes y el segundo a mi mando, mientras el fuego se reiniciaba en todo el frente.

Apenas dejamos el risco que nos había protegido durante dos días se produjo una impresionante concentración de artillería sobre la que había sido nuestra posición. Nuestra retirada fue más que oportuna, pues de haber permanecido allí el efecto hubiese sido devastador.

Ocupamos nuestra nueva posición luego de una marcha penosa en el frío y la humedad, con continuas detenciones obligadas por los disparos y las bengalas. Después de evacuar al personal en malas condiciones me despedí de López Paterson a quien se le había asignado otra misión, pero poco después nos ordenaron acudir como refuerzo del 7 de Infantería en el extremo oeste de Wireless Ridge, donde los británicos iniciarían su ataque, desde el norte y el oeste.

Resulta difícil relatar lo ocurrido en esas horas, en una situación límite, bajo un impresionante fuego de artillería terrestre y naval que precedió al ataque, donde recibíamos misiles y proyectiles de todo tipo, incluso algunos que ni siquiera pudimos identificar.

El control de mis hombres, los contactos con el jefe del Regimiento, los informes al comandante, los mensajes contradictorios y muchas veces malintencionados, mis desplazamientos a los distintos sectores para acompañar y alentar a mi gente, ordenar y ejecutar luego en medio de trazadoras, explosiones de obuses y esquirlas incandescentes que volaban por todas partes, insumieron todo mi tiempo.

De pronto, como para anunciar la "función principal" nuestro sector quedó totalmente iluminado por bengalas navales y terrestres que nos exponían a un enemigo que permanecía en las sombras aumentando todavía más –si ello era posible- el

fuego de apoyo.

Comenzó el ataque final con importantes efectivos muy superiores y con una barrera de proyectiles sobre nuestras posiciones. Los ingleses progresaban sobre el terreno. Mis permanentes informes daban cuenta de la situación y dirigían el fuego de nuestra artillería, cuyas municiones caían muy próximas a nosotros dada la corta distancia que nos separaba de los británicos.

Ordené sucesivos repliegues para evitar que mis fracciones fuesen superadas por los atacantes hasta que el comandante decidió nuestra retirada hacia Puerto Argentino detrás del Regimiento 7.

Llegamos ordenadamente pero muy cansados con el sabor amargo de la derrota en la boca y se nos ordenó instalarnos y proteger la sede del gobierno.

En el primer recuento registramos varios heridos, cinco muertos y un desaparecido, pero este último se reunió con nosotros dos días después pues había sido hecho prisionero por los ingleses.

Tercer día –14 de junio- 7 hs.

Ya de día la situación era confusa y la carencia de órdenes la norma. Evacué al personal herido o con congelamiento y reorganicé a mi gente en tres secciones de treinta hombres con armas livianas más el Grupo Comando y el Grupo Servicios.

Poco después recibí órdenes de reintegrarme al resto de la subunidad en el Apostadero Naval, cosa que hicimos al mediodía y a las 16:30 se nos informó que habría toque de queda a partir de las 19 hs. Se había producido la capitulación.

El "después"

Inicialmente hubo un período de incertidumbre, de directivas contradictorias, de rumores, de desorden, pero no se nos contagió y permanecimos unidos y disciplinados.

Los primeros ingleses llegaron a nuestro sector sin que se produjesen fricciones, pero tuvimos que entregar nuestro armamento lo que nos originó la mayor frustración y una profunda amargura. La sensación de derrota nos invadió y nos provocó un desánimo generalizado.

Después de tanta acción, de pasar por situaciones extremas, de lamentar la muerte de camaradas, de sentir la lacerante sensación de haber sido vencidos llegó la calma, el momento de la reflexión, del arrepentimiento por haber hecho ciertas cosas y dejado de hacer otras, de las culpas, pero también de las satisfacciones experimentadas y el orgullo por el comportamiento de mi gente.

Es posible que ese tiempo de reflexión no haya finalizado todavía. Sin embargo, sin olvidar la tensión de aquellos momentos concluyo –sin temor a equivocarme– que la fracción a mis órdenes combatió todo lo que era posible pese a sus imperfecciones. Intentó cumplir con todas las misiones asignadas, expuso un elevado espíritu de sacrificio, evidenció valores mora-

les y de carácter y virtudes de soldados. En síntesis respondió a lo que se esperaba de ella, de lo que podía dar de sí, independientemente del infortunado epílogo.

No puede haber satisfacción en la derrota. El soldado se prepara únicamente para el triunfo, sino no lucharía y nosotros no fuimos la excepción.

Así llegó el momento de embarcarse, la separación de los oficiales y el regreso del Escuadrón al mando del suboficial mayor Cruz, que dio en todo momento un ejemplo de disciplina y de comportamiento de soldado.

Esto último lo supimos después y nos llenó de orgullo. Porque los oficiales permanecimos un mes más como prisioneros de guerra.

Pero esa es otra historia.

El coronel de Caballería Rodrigo Alejandro Soloaga (50) actualmente cumple funciones en la Jefatura I Personal del Estado Mayor General del Ejército.
Casado, 4 hijos, Soloaga era capitán en Malvinas, desempeñándose en el Escuadrón de Exploración de Caballería Blindado 10, perteneciente a la Brigada X.

"Llegamos a Malvinas el 16 de abril, a lo que dos días después sería Puerto Argentino y al recibir nuestras órdenes comprobamos con sorpresa que el escuadrón debería actuar separado en dos elementos, como parte de la reserva del dispositivo de defensa de la capital de las islas". (Del relato del coronel Rodrigo Soloaga)

Me tocó participar en el 2 de abril

Por el suboficial principal
Pablo Rubén Sosa

Entonces Sosa era un joven sargento y revistaba en el Regimiento de Infantería 25, que fue el componente del Ejército en la recuperación de las Malvinas. No desembarcó sino que como otros tantos camaradas suyos, llegó por aire en los Hércules C -130 de la Fuerza Aérea que fueron los primeros en aterrizar en Puerto Argentino. Sus recuerdos son parte de esa historia grande que puede llenar tantos capítulos como buenos soldados tuvimos en las islas.

A mí me tocó participar el 2 de abril en la recuperación de las Malvinas.

Recuerdo todo con alegría, emoción y asombro. Siempre me retrotraigo a cuando iba al colegio primario y la maestra me hablaba de Malvinas y a lo que yo sentía entonces por ese territorio.

Llegué en el Hércules, y nos demoramos en el aterrizaje porque los ingleses habían puesto vehículos en la pista para dificultarlo.

Éramos arriba de 200 hombres, yo había sabido que iba a Malvinas la tarde anterior.

El grado de preparación que teníamos nosotros era bueno. Yo pertenecía en ese momento al Regimiento 25 de Infantería. No nos permitimos adelantarnos a los acontecimientos ni sentir temor. Estabamos preparados para la guerra, y la guerra es el fin fundamental de un profesional.

Las Malvinas se recuperaron pacíficamente, y nos concentramos para esperar.

El mejor momento fue el desembarco, cuando pisé las islas; algo que soñaba desde niño. Ahí sentí lo que es la Patria, me sentí ciudadano de ese lugar, un isleño. Sigo sosteniendo que estuve en un pedazo de mi tierra y que, por las circunstancias, me tuve que venir.

Estuve en el primer bombardeo que tuvimos. Fue con un proyectil trazante y después en otro bombardeo desde una fragata misilística.

Nunca me sentí derrotado. Lo más duro fue cuando tuvimos que entregar las armas; se las di a un superior mío, argentino.

Para mí no existió derrota por mi preparación, por mi convencimiento y volvería si fuera necesario.

Cumplí un ciclo que fue recuperar Malvinas, estar en guerra y regresar. También, cumpliendo ese ciclo fui prisionero de guerra.

Los peores momentos de la guerra fueron durante la noche. Aunque uno puede acostumbrarse a todo porque es el momento donde el combate, el bombardeo, se intensificaba para ejercer presión psicológica sobre los hombres. No se dormía de noche y de día había que realizar mantenimiento, limpieza de armas, reforzar las posiciones. Pero nos acostumbramos.

Ya estabamos instruidos en esa situación y sabíamos que la noche terminaría siendo nuestra amiga. Había que estar lúcidos y descansados para llevar adelante cualquier situación que se presentara.

Tuve hombres bajo mi mando, el 70 por ciento estaba muy bien motivado. Pasé por una experiencia que no voy a olvidar, una muy buena experiencia. Encontré a un soldado que tenía pie de trinchera y le saqué el borceguí. Yo los hacía cambiarse las medias y secarse todos los días, pero la humedad era tremenda y este hombre tenía principio de congelamiento. Le dije que lo iba a mandar de vuelta y se resistió, se me retiró llorando y negándose a entregarme el fusil, pero yo tenía el convencimiento de que él debía replegarse hacia el continente. Se resistió hasta último momento a abandonar la posición y esa actitud va a estar siempre en mí. Pero lo llevamos hacia la ruta y cuando pasó un vehículo lo subí y esa noche me informaron que a las pocas horas lo

habían trasladado a Comodoro.

Pasé de suboficial encargado de un grupo a encargado de sección por la reorganización. En el grupo que llevé a Malvinas tuve sólo dos bajas. Sentí permanentemente mucha responsabilidad por la vida de mis hombres. Me desviví para que no se produjera en ellos el efecto psicológico de la guerra, para que ellos maduraran, para que no se quebraran.

No sentí nunca odio, en la guerra se siente respeto. Es un combate entre profesionales. Yo soy ex combatiente de la guerra contra la subversión en Tucumán, y no me costó entonces conducir a mis soldados.

La experiencia de Malvinas no puedo decir que marcó mi vida. En mi profesión, cuando termina una guerra hay que prepararse para otra, y yo después estuve en el combate de La Tablada y más tarde en una misión de paz en Croacia.

A mis hijos les transmito diariamente lo que aprendí en esa guerra en las islas. Ese territorio nos fue cedido por los españoles, estar allí fue estar en mi tierra, en una parte de mi territorio.

Un oficial nos comunicó la capitulación. Yo estaba entonces en una posición entre Puerto Argentino y el aeropuerto, y no lo creí. No sentí ni pena, simplemente no lo creí hasta que me dijeron que tenía que entregar el fusil, abandonar la posición y dirigirme a una zona de reunión.

El sentimiento que tuvimos fue el de profesionales. Fuimos con el convencimiento de recuperar las islas. Nunca sentí que estaba entregado. Nunca pensé que íbamos a perder la guerra, ni aun teniendo conocimiento de que San Carlos había sido recuperado por los ingleses. En mí trabajaba la parte guerrera para enfrentar y para no ceder.

No me gustó embarcar en la nave inglesa Northland. Hubiera querido que fuera extranjero pero no británico. En mí hubo entonces bronca y rebeldía, tuve un incidente porque teníamos un suboficial mayor enfermo del corazón y un inglés lo agarró del brazo y lo quiso llevar con más velocidad. Yo enfrenté al soldado inglés, intercedí, el pensó que yo lo iba a atacar. Recibí un puntapié, pero no pasó a mayores. Yo estaba nervioso, no aceptaba estar en ese barco, no permití el mal procedimiento con ese hombre que el inglés ignoraba que estaba enfermo.

Todo el viaje de regreso -embarqué el 21 de junio- se me hizo interminable pero lo dediqué a trabajar con los hombres que venían enfermos o con problemas consecuentes de la guerra.

En cambio, esos meses en Malvinas no se me hicieron largos. Hacía las comparaciones con otras guerras de la historia que a lo mejor duraron seis años y pensaba en los combatientes que las resistieron. Así me preparaba psicológicamente todos los días.

Yo me comunicaba permanentemente con mi señora. Me enviaron cartas y me llegó una encomienda con tortas tucumanas, pan y caramelos. Ese envío fue muy bueno, me ayudó muchísimo. Lo repartimos todo entre los soldados.

Me gustaría, por el sacrificio realizado por todos los profesionales que participamos, que se haga realidad la recuperación

de las islas. Hay que insistir, pienso que ahora no a través de la guerra sino de las negociaciones y tengo fe.

Es todo un paisaje el de Malvinas. Muy lindo, muy impresionante. Yo le daba mucha importancia al agua, a la tierra, a la turba que hacíamos secar para prenderle fuego y calentarnos.

Algunos días tuvimos diez grados bajo cero y siempre el tiempo fue muy cambiante. Había pocas horas de sol y ya estaba nevando o lloviendo de nuevo, o sino había mucho viento.

Yo fui desde Chubut donde estaba viviendo en la guarnición Sarmiento. Mi familia no se fue entonces. Mi mujer quiso quedarse allí para esperarme.

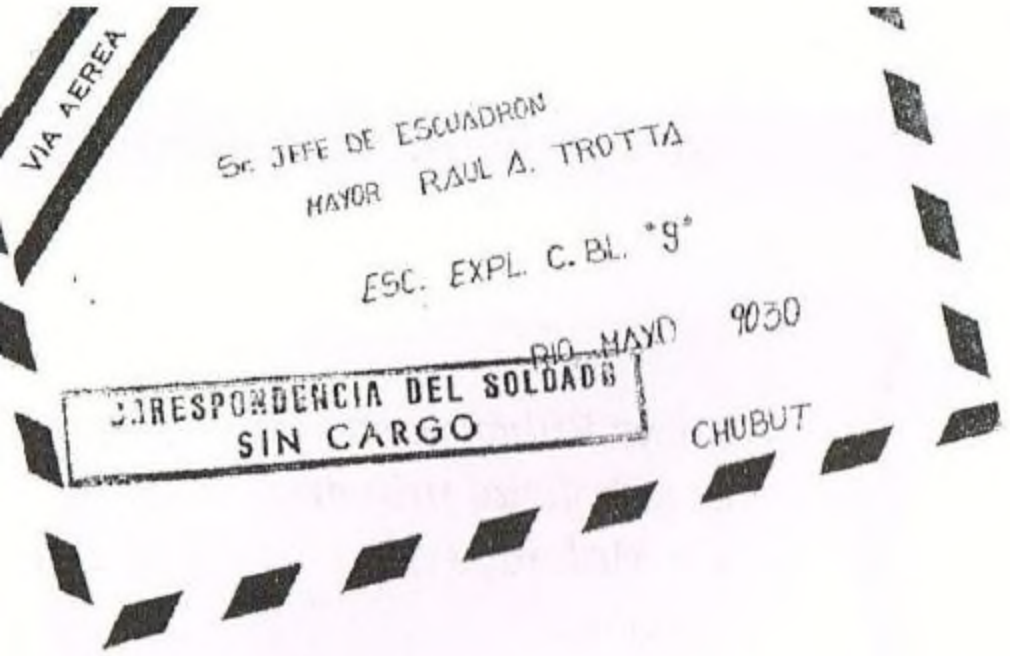
La despedida se me hizo difícil. Pero la imagen de los ojos llorosos de mi señora me ayudó siempre, porque con la mirada me pidió que regresara.

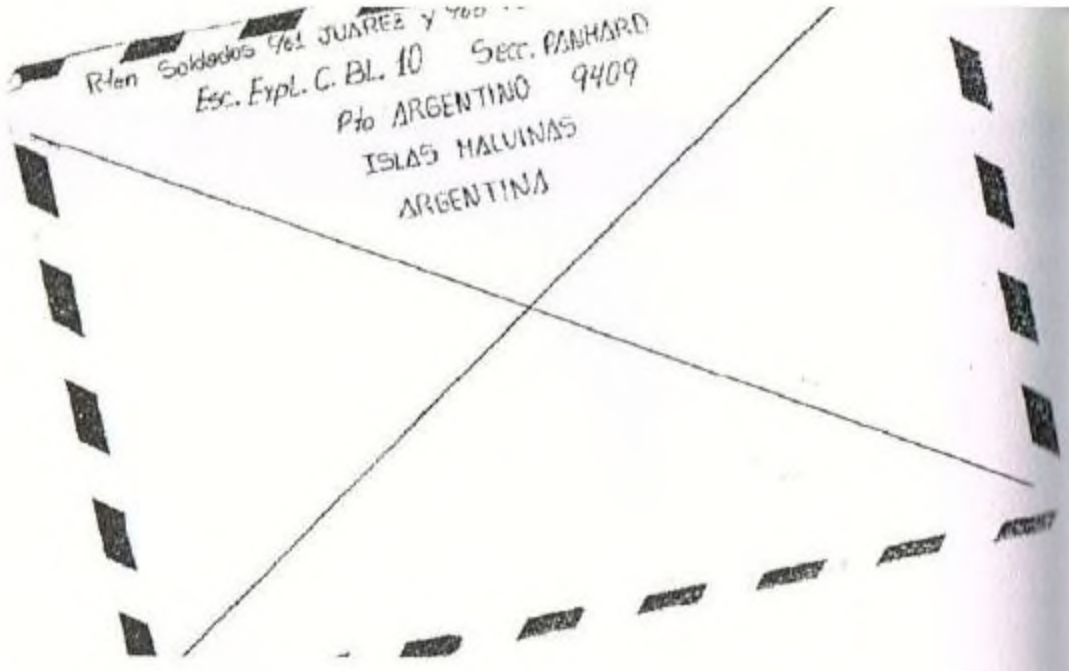
Cuando volví y bajé del micro, en la puerta del cuartel, no la reconocí. La tenía enfrente y no la reconocí, y estaba desesperado por verla. Me alcanzaron a mi hija, la alcé y tampoco la reconocí. Esa hija, la segunda, que tenía entonces unos seis meses tardó más de un mes en aceptarme de nuevo. Hasta ese momento no quería que la alzara, y cuando lo hacía, lloraba.

Psicológicamente la familia ayuda mucho para salir de ese trance de la guerra, mientras dura. Después, cuando uno vuelve y se tiene que reintegrar a la actividad, es fundamental. Yo, por ese apoyo, no necesité ningún tipo de tratamiento psicológico".

"No sentí nunca odio, en la guerra se siente respeto. Es un combate entre profesionales. Yo soy ex combatiente de la guerra contra la subversión en Tucumán, y no me costó entonces conducir a mis soldados".

Pablo Rubén Sosa (45) es suboficial principal. En Malvinas era sargento.
Nació en la provincia de San Luis.
Es casado y tiene tres hijas adolescentes y un varón de 8 años.
Después de Malvinas estuvo en Croacia en el BEA 5.





Puerto Argentino - 28-V-82

MAYOR

RAUL A. TROTTA:

Con nuestro mayor respeto nos dirigimos ha usted para saludarlo y ha la vez felicitalo por las nuevas edificaciones que en estos momentos estará ocupando.

Nosotros estamos, orgullosos y contentos como el primer día de participar en la representacion del ESCUADRÓN en estas ISLAS TAN ARGENTINAS COMO NUESTRO QUERIDO ESCUADRON.

La situacion actual, ataques continuos, falta de racionamiento, etc. NO NOS ASUSTA y estamos dispuestos como todo soldado Argentino ha defender nuestra SOBERANIA en cualquier situacion que sea necesaria hasta la última gota de sangre.

De este modo le hacemos llegar nuestros pensamientos y lo saludamos muy atentamente con el respeto de siempre ROGANDO HA DIOS POR UN PRONTO REGRESO AL ESCUADRON.

Soldado clase 61 JUAREZ

Soldado clase 63 PEREZ

Nota: Correspondencia oficial, recibida por el Jefe de Escuadrón de Exploración de Caballería Blindada 9 en Río Mayo (Chubut).El original de este documento se encuentra en la Sala Histórica del Comando de la IXna Brigada Mecanizada en Comodoro Rivadavia (Chubut),

Esta edición de 2.000 ejemplares, se terminó de imprimir
en el mes de octubre de 2006.

Así peleamos

Malvinas

Viene de la otra solapa

Carlos Daniel Esteban, teniente coronel

Sergio Fernández, coronel

Vicente Alberto Flores, suboficial mayor

Eduardo Rubén Gaetán, ex soldado clase 62

José María González Fernández, suboficial principal

Fernando Ignacio Huergo, mayor

Darío Raúl López, teniente coronel

Carlos Alfredo López Patterson, coronel

Horacio Lesio, coronel

Marcelo Llambías Prieto, mayor

Horacio Marchi, suboficial principal

Francisco J. Montenegro, ex soldado clase 62

Julio César Nunone, coronel

Raúl Armando Orcasitas, suboficial mayor

Ernesto Orlando Peluffo, mayor

Julio Miguel Ramírez, suboficial principal

Roberto Ríos, sargento ayudante

Sergio Daniel Rodríguez, ex soldado clase 63

Rodrigo Solanga, coronel

Pablo R. Sosa, suboficial principal

ISBN 987-97861-1-4

Biblioteca Soldados

30 relatos de guerra